



AMOR DIVINO AMOR PROFANO

*Dos mujeres
Dos maneras de amar en la Edad Media*

Sandra Ferrer Valero

Amor divino, amor profano

Dos mujeres.

Dos maneras de amar en la Edad Media

Sandra Ferrer Valero

A Cristóbal. Por enseñarme a amar.

INDICE

1. Introducción

2. Luces

3. Conversiones

4. Encuentros

5. Decisiones

6. Huidas

7. Esperanzas

8. Frustraciones

9. Visiones

10. Amor

Epílogo

Nota de la autora

En el año del señor de 1212, una muchacha de Asís decidía huir del destino dictado por su familia. Sus designios eran más elevados. Su huida marcaría su vida y la de todos aquellos que la conocieron. También la de cientos de mujeres y hombres en siglos posteriores.

En el proceso de canonización de Santa Clara de Asís, muchas jóvenes que la siguieron en su camino de renuncia fueron testigos de su vida milagrosa. Pero la única muchacha que no traspasó los muros de San Damián fue precisamente la que ayudó a la entonces Clara di Offreduccio a conseguir su gran objetivo.

Esta es la historia de dos mujeres que siguieron caminos distintos. Ambas buscaban lo mismo, alcanzar el amor.

1. Introducción

El amor que no puede sufrir no es digno de ese nombre

Atribuido a Santa Clara de Asís (1194-1253)

Monasterio de San Damián, invierno de 1236

La campana de San Damián, vieja y oxidada, resonó en la fría mañana. Cuando sor Felipa, la monja tornera, se acercó a la puerta que separaba su mundo del exterior se sorprendió al oír aquella voz dulce. No era una de las muchas gentes de la comarca que venían a dejar sus donativos a cambio de algún milagro. La muchacha quería hablar con sor Clara, la madre superiora. ¿Por qué debía molestar a la Madre? Preguntó con dulzura sor Felipa, demasiado acostumbrada a escuchar aquella súplica desde el otro lado del muro. Preparada como estaba para dar la misma respuesta de siempre, nuestra Madre se encuentra en retiro o descansando o demasiado exhausta para recibir a nadie (no se preocupe que rezará por todos ustedes), la joven respondió con decisión, cambiando de repente el tono de voz. Tenía un mensaje urgente, importante, para sor Clara y no podía esperar. No se iría de allí hasta habérselo dado en persona.

No supo cómo pero sor Felipa se encontró, por primera vez en mucho tiempo, sin argumentos para frenar la voluntad de la muchacha que permanecía al otro lado con tono decidido.

— Me estoy helando, hermana, tenga piedad de una pobre alma que necesita transmitir una última voluntad a sor Clara. Había dicho la muchacha. Y, a pesar de que sor Felipa sabía a ciencia cierta que dentro de San Damián no apaciguaría los temblores del cuerpo, abrió la pesada puerta que se encontraba junto al torno. Mientras abría aquella ruda lámina de madera carcomida miró de reojo a la joven. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que ella misma había vestido cómo una mujer, como aquella que la miraba con impaciencia? ¿Cuánto había pasado desde que Felipa se había alejado del mundo siguiendo la luz de Clara? Demasiado. O quizá no tanto...

Segundos antes de que el mundo de sor Clara y sus hermanas abriera por unos momentos su puerta al siglo, la joven se giró y miró al final del camino. Allí esperaba un hombre cuya silueta parecía la de alguien cansado y agotado. No sabía si podría verla, pero aún así, ella le dedicó una sonrisa que se perdió en la bruma de la mañana. Y entró en San Damián.

— Disculpe Madre.— Con susurrante voz, casi inaudible, sor Inés intentó llamar la atención de la Madre Clara. Algo que no era tarea fácil cuando la abadesa del convento de San Damián, a la que todas llamaban madre, y no abadesa, pues nunca quiso ostentar cargo mundano alguno, se encontraba sumergida en sus oraciones. Como si se encontrara bajo del agua, la Madre Clara sentía las voces del mundo ahogadas y huecas. Parecía una estatua imperturbable si no fuera por el ligero y débil movimiento en su pecho al respirar.

Sor Inés levantó la vista de la Madre Clara y miró con cierto nerviosismo hacia la puerta de la pequeña y destartalada capilla pensando en aquella joven que acababa de llegar desde Asís con la firme intención de hablar con la Madre Clara. No he podido persuadirla para que se marchara, se había justificado sor Felipa, quien tenía la consigna, como hermana tornera, de limitar las visitas del exterior a San Damián.

Todo el mundo sabía en la pequeña ciudad de Umbría que Clara, aquella mujer tenaz y decidida, había abandonado el siglo para no volver nunca más a él y sin la más mínima intención de conocer ninguna noticia del mismo. Y aun así, la muchacha que se había plantado en la puerta del convento tenía la determinante intención de no marchar sin hablar antes con la madre de las Damas Pobres. ¿No sabían que a Clara no le importaba nada el mundo? ¿Por qué venían a molestarla?

Constante era el peregrinar de hombres y mujeres que depositaban en el torno de sor Felipa regalos para las hermanas, comida, ropa, utensilios, a cambio de alguna ayuda milagrosa. La Madre Clara se conocía en Asís por haber realizado algún milagro, desde aquellos que aseguraban que sanaba a los enfermos hasta su gran gesta al expulsar a los sarracenos de los muros de la ciudad alzando con su mano el Santísimo Sacramento ante los ojos del infiel. Por eso todos querían acercarse a ella, aunque fuera con presentes que sabían de antemano que volverían al mundo, pues en San Damián la pobreza era la máxima que regía su día a día. Solamente se quedaban con lo estrictamente necesario para sobrevivir y la Madre Clara hacía lo que podía con sus sinceros y constantes rezos poniendo a prueba su cansado cuerpo, que ya había vivido más de cuatro décadas de sufrimiento involuntario e infligido por su propia fe.

Sor Inés seguía esperando junto a la que fuera en otro tiempo su hermana mayor en el hogar en el que nació en Asís. Ahora era su Madre espiritual, quien la había guiado por los senderos de la fe y la había ayudado a alejar de su persona todo atisbo de actitud mundana. Algo difícil para sor Inés, quien había seguido a su hermana a San Damián más por amor a su persona que por una profunda devoción, a pesar de rezar día a día para hacerse digna de formar parte de las Damas Pobres.

Lo que no había podido dejar tras los muros de San Damián era aquella curiosidad que impregnaba su rostro de ratoncito husmeando en la existencia de los demás. Poco había que descubrir en el monasterio, mucho menos de lo que observaba en las puertas medio cerradas de su palacio en Asís, cuando era una hermosa muchacha ávida de comerse el mundo. Aún así, siempre la curiosidad hacía que sor Inés encontrara algo que la mantuviera ansiosa y vigilante. En aquel momento, la misteriosa identidad

de la joven que esperaba en el locutorio era más de lo que podía pedir en sus monótonos días de rezos, trabajos en el reseo huerto o alimentando a las escuálidas gallinas.

Sor Inés miraba a su hermana y a la puerta de la capilla con aquellos ojos oscuros, penetrantes, llenos de vida que siempre habían iluminado su bello rostro, incluso ahora que lo enmarcaba un velo áspero e hirsuto al que mucho tiempo, demasiado, tardó en acostumbrarse.

— Madre, perdonad pero...— Sor Inés intentó modificar la fórmula de la petición y elevar levemente el tono de su voz, pero tampoco surtió efecto alguno en la Madre Clara. Sabía que hasta que no terminara su profundo diálogo con Dios, ni un terremoto la perturbaría.

Silencio. Seguía el silencio de la oración de la Madre Clara y seguían las miradas hacia un lado y otro de sor Inés.

Silencio. Un silencio roto tan sólo por las gotas que caían en un rítmico orden del techo lleno de humedad y que formaban charcos impertérritos en la capilla, contribuyendo al gélido frío de invierno y el sofocante calor del verano. ¿Cuándo vendría *messer* Mateo a arreglar por fin aquel maltrecho tejado? Desde que el pueblo campesino, los labriegos, los artesanos, se habían rebelado ya nada había ido bien. Y de eso hacían ya unos cuantos años. El orgullo aristocrático de la que un día fue bautizada como Catalina, pero resucitó como sor Inés, no había desaparecido al vestirse la toca de religiosa. Era un pecado de orgullo que no podría desterrar de su corazón. El linaje de su familia, los Favarone, se hundía en las profundidades de la historia y nunca había perdonado ni posiblemente perdonaría a aquellos estamentos inferiores que habían querido para ellos lo mismo que los grandes nobles de las ciudades. Y habían sacrificado a su padre en el camino... Luchaba a menudo contra el pecado de la soberbia mirándose en el espejo de quien un día fue su hermana mayor, quien no albergaba en su corazón ningún odio ni rencor posibles. Pero sor Inés sabía que, a pesar de que su entrada en religión había sido milagrosa, tenía que trabajar mucho sus rezos y penitencias para conseguir estar a la altura de muchas de las hermanas pobres de San Damián. Curiosidad, soberbia, y algún que otro defectillo hacían de aquella graciosa jovencita una monja difícil de corregir.

El rítmico tintineo de las gotas despertó de nuevo sus sentimientos mundanos. *Messer* Mateo se cree vaya usted a saber quién desde que tiene voz en esa comuna de Asís. Los pensamientos de sor Inés no descansaban mientras miraba con hastío el manchurrón de humedad en el techo de la iglesia.

La Madre Clara seguía con sus rezos. Sor Inés volvió a mirar hacia la puerta. Se apiadó de la pobre jovencita, quien a buen seguro estaría helándose en el locutorio. O quizás habría desistido y se habría marchado, dejándola a ella y su curiosidad totalmente insatisfechas. Sor Inés tenía la extraña sensación de que aquella mujer no había venido a pedir un milagro o la bendición de la que ya muchos consideraban la santa de Asís.

Pero continuaba el silencio. Y las gotas seguían cayendo. Tac, tac, tac. La Madre Clara parecía una figura del fresco que ahora contemplaba. Detrás del altar de San Damián, desde mucho antes que Francisco y sus primeros hermanos levantaran de nuevo sus muros en ruinas, la imagen del santo

fundador de Asís, San Rufino, había sido pintada al lado de San Damián y la Virgen María. Si miraba a Clara desde un ángulo concreto parecía una figura más. Como si su ser hubiera permanecido en aquel mundo desde mucho antes de nacer. Sor Inés entretuvo su inquietud contemplando los rostros de los santos protagonistas de un fresco cada vez menos nítido. ¿Quién los habría pintado? ¿Alguien como *messer* Mateo? Seguro que no. Si fuera así era más que probable que aún estaría por la primera capa de enyesado. Sor Inés esbozó una ligera sonrisa ante la gracia que ella misma se había hecho. Pobre *messer* Mateo, si supiera lo que pensaba de él realmente siempre que llegaba a San Damián y era ella la que lo recibía con palabras amables cuando lo que de verdad querría era reprenderle como a un sirviente de su antiguo hogar.

No. Seguro que aquella preciosa obra de arte la había pintado un ser mucho más sensible que *messer* Mateo. Alguien del que nunca se sabría su nombre. Solamente su obra preciosa quedaría para siempre como testigo de la gracia de su mano y su pincel... bueno, para siempre o hasta que la fastidiosa humedad terminara con sus cada vez menos vivos colores. Y seguro que a *messer* Mateo no le importaría ver perder aquella obra de arte. Su insensibilidad y su poca fe eran de todos conocida. Seguro que ardería en el infierno...

Sor Inés despertó de sus pensamientos justo en ese momento en que empezaba a desvariar sobre el destino del pobre miserable. El crujir de la madera carcomida de los bancos retumbó en las cuatro paredes de la pequeña iglesia. Dio un respingo y se tapó la boca para no gritar.

Bien merecido se lo tenía, pensó tras recobrar la calma. Desde que era pequeña, en su palacio de Asís, siempre se asustaba por el más mínimo ruido. Había cosas que ni los hábitos podían cambiar. Pero una cosa era cierta, la Madre Clara ponía a todo el mundo en su sitio, consciente o inconscientemente.

Siendo positiva, como siempre era sor Inés, se dio cuenta de que había conseguido algo bueno con el susto, pues había hecho reaccionar a su cuerpo congelado y había entrado ligeramente en calor.

La Madre Clara levantó el rostro y se quedó mirando a sor Inés. A la pequeña y petulante monja se le olvidaron de pronto todas las elucubraciones sobre *messer* Mateo y sus goteras sin arreglar, el frío y los frescos del altar. Su amada hermana siempre había tenido un semblante serio, elegante y profundo pero el viejo y raído hábito acentuaba mucho más la solemnidad de su gesto. Nadie, en todos los largos años que llevaban viviendo en aquel pequeño rincón del mundo, había conseguido que la Madre Clara llevara un hábito en condiciones. Siempre que tenía uno suave y confortable se lo daba a la hermana más pobre del convento. Siempre vistiendo ropajes harapientos, ásperos e incomodísimos. Y, aún así, la Madre Clara había irradiado siempre una fuerza, una luz, que nunca había podido explicar. Se había cumplido, sin lugar a dudas, la visión de su madre poco antes de ella nacer...

— Aun estás aquí —. La Madre Clara sonrió cariñosamente a sor Inés y se acercó a ella para que la ayudara a caminar apoyándose en su brazo. Se llevaban unos escasos cuatro años pero la rigidez de la vida de oración y penitencia con la que castigaba a su cuerpo privándolo de descanso y alimento, habían hecho de la fundadora de San Damián, a sus cuarenta y dos años, una verdadera anciana. Una anciana de

cuerpo, pues su mente y voluntad eran más fuertes que las de todas sus hermanas damianitas juntas.

— Os estaba esperando, madre. En el locutorio aguarda una mujer que dice traer un mensaje para ti.

Las dos monjas caminaban de la mano, lentamente, por el pasillo central de la pequeña capilla. Tras el sofoco del susto, sor Inés había vuelto a sentir el frío insufrible de la mañana y su cuerpo empezaba a tiritar. La gélida humedad de aquellos muros se había impregnado en su cuerpo como una segunda piel.

— ¿Y qué puede ser tan importante que sólo quiera decírmelo a mí? No tengo nada en contra de esa pobre niña que se debe estar helando en nuestro poco apacible locutorio pero a menos que me traiga la aprobación del Papa de mi regla para San Damián, poco más me puede importar ya de lo que suceda más allá de estos muros.

Sor Inés continuó caminando intentando controlar el movimiento de su cuerpo cada vez más helado y buscando una buena razón para convencer a la Madre Clara de que debía acudir al locutorio a hablar con la joven que allí esperaba. Salieron lentamente de la iglesia. El tenue sol matinal consoló los fríos pómulos de sor Inés, doloridos por el movimiento sincopado de su mandíbula tiritando. Nunca había soportado el frío, era superior a ella. Pero al menos le quedaba el consuelo que aquel sufrimiento era su auténtica penitencia. Pagaba así por todos los pecados que no había podido dejar en su mundana vida de Asís... Era una suerte de indulgencia que, había que reconocerlo, no llevaba demasiado bien. La Madre Clara, sin embargo, parecía ajena a las adversidades del frío invierno de Umbría. Verdaderamente no pertenecía a este siglo. Su existencia estaba más allá de cualquier inconveniente provocado por el mundo físico. Su cuerpo era un pequeño detalle que molestaba ligeramente a su alma impasible y rebosante de fe. ¿Cómo lo hacía? Era impactante su fortaleza, algo que, sin duda, había atraído a sor Inés y muchas otras jóvenes de las ciudades umbras a seguirla en su particular misión. Atraía como el calor del sol en una helada mañana, era una verdadera luz, como afirmó la voz que un día oyó su madre llevándola a ella en su seno.

Sor Inés, consolada en parte por el calor del sol, volvió a pensar en la joven del locutorio. La había reconocido nada más verla, aunque su rostro estuviera deformado por la densa red de hierros forjados de la verja. Era un rostro del pasado, aunque no hubiera formado parte de sus vidas. Sabía que su hermana Clara debía hablar con aquella niña. Necesitaba su consuelo y su paz. Pero sor Inés sabía también que si no venía para quedarse, poco tiempo le iba a dedicar.

La Madre Clara caminaba lentamente pero no temblaba. El frío no era problema para ella ni para las viejas y agujereadas telas que cubrían su cuerpo. Pero la falta de alimento y los constantes dolores y enfermedades que la acuciaban como pequeños demonios molestando su ser incorruptible con constante insistencia, limitaban irremediablemente la movilidad de un cuerpo cansado.

— Madre —, sor Inés detuvo el paso e intentó que su voz sonara solemne, algo que, al lado de su hermana era difícil de conseguir — esa muchacha dice que viene a traeros un mensaje de su vida anterior.

Que es de vital importancia para ella que al menos recojáis la carta que viene a traeros.

Su vida anterior. La Madre Clara miró con tristeza a sor Inés. Es necesario morir para resucitar en Cristo. Hacía mucho tiempo que había muerto en su vida anterior, dejando atrás a muchos seres queridos en un gran sacrificio de amor y dedicación a Dios. Una muerte dolorosa pero necesaria para cumplir con los designios divinos traídos de la mano de aquel hermano Francisco, tocado también por la mano del Altísimo. Con el paso de los años, los tiempos pasados, los rostros que la habían llenado, se habían ido difuminando y deteriorando en su mente. Igual que el tiempo erosiona los relieves de las antiguas catedrales, así su memoria desdibujaba a aquellos que vivieron con ella. A pesar de haberlos querido con gran cariño y sincero amor. Pero había tenido que dejarlos por un amor más grande y sublime. Un amor que algunos de los que la conocieron no entendieron nunca, demasiado aferrados al amor por lo tangible, por lo físico. Nunca los culpó por ello, pero nunca compartió ese deseo. Fue por ello incomprendida y relegada, maltratada y vilipendiada, sin ningún éxito por parte de aquellos que quisieron doblar una espada de acero tan bien forjada. La Madre Clara había olvidado que un día fue una niña, una niña extraña a los ojos de los demás, una niña callada, taciturna, escondida en la oración, pero amada y querida por todos. Una pequeña dama de la alta nobleza italiana destinada por su alcurnia a colmar de orgullo a su familia con un matrimonio ventajoso para todos, menos para ella. Una niña que se convirtió en joven, en una bellísima joven, una belleza que nunca deseó y siempre quiso ocultar. Esfuerzo vano pues todos sabían que Clara, la hija primera de la casa de Offreduccio, era la más bella de todas las que en Asís vivían. ¿Por qué Dios le había dado ese aspecto, si para ella tenía destinado otros caminos, alejados del deleite físico? Quizás para ponerle más pruebas en su camino, convertirla en una nueva manzana, en un fruto de deseo que nadie en la vida podría tomar. Si hubiera sido vulgar, más fácil lo habría tenido. Hasta tres matrimonios había urdido su tío Monaldo, aquel despreciable ser del que no tuvo pena de separarse y por el que continuaba rezando cada día, a pesar de todo el dolor que había traído a su familia.

— Acompáñame, hermana. Vamos a ver quién es.

Sor Inés volvió a emprender la marcha con una ligera sonrisa de satisfacción en el rostro. Los rayos del sol continuaron consolando su cuerpo congelado en el breve camino por el destartalado jardín de San Damián. Algunas de las hermanas ya estaban trabajando en silencio arrancando las malas hierbas y sembrando algunas verduras y hortalizas que servirían para el sobrio sustento alimentario de la comunidad. Las pocas y escuálidas gallinas que daban algún que otro huevo para alegrar las viejas escudillas de madera que conformaban el escueto ajuar de San Damián, paseaban cansinas por entre las monjas en busca de algo que llevarse al pico. La tierra del suelo aún estaba fría y húmeda y con el lento caminar de la Madre Clara el helor tenía tiempo de atravesar las finas suelas de las sandalias de sor Inés. Así que el calor que sentía en su rostro no pudo consolar el frío de sus pies. Las sandalias de madera cogidas con dos tiras de cuero que rozaban constantemente la piel dolorida y magullada hacían las veces de cilicio involuntario. Nada tenían que ver con las confortables botas de piel acolchadas por finas

medias de lana que protegían sus pies de las inclemencias del tiempo cuando era una bella dama noble de Asís. Una nube inoportuna se colocó entre ella y el poco calor que emanaba del sol así que, inconscientemente se acercó al cuerpo de su hermana en un vano intento de conseguir un poco más de calor.

— Poco calor te dará mi enjuta persona — le dijo con una tierna sonrisa en los labios —. El frío siempre ha sido tu peor enemigo, mi querida hermana Inés, aun en el confortable salón del palacio de madre, con aquella chimenea siempre encendida y los tapices calentando las gélidas paredes, siempre estabas arrebujada en una silla con una manta sobre tus frías piernas — Clara apretó con dulzura el brazo de su hermana quien le devolvió una tierna sonrisa.

— Nunca he podido ser tan fuerte como tú. Eres capaz de sobrellevar todas las penurias de este mundo sin que tu ánimo se vea alterado.

La Madre Clara volvió a sonreír.

— No soy tan fuerte, mi querida Inés. Sufro como todas vosotras. Pero lo hago con profunda alegría porque sé que así me acerco mucho más a Dios.

La pequeña nube se desplazó por fin dejando paso de nuevo al tímido sol de febrero. Sor Inés sintió un pequeño alivio en su piel al notar como el vetusto hábito que llevaba se calentaba ligeramente.

— ¿Lo ves? — dijo Clara mirando al cielo — el Señor siempre escucha nuestras oraciones.

Gustosa se habría quedado en el huerto donde el sol empezaba a despertar a las pocas verduras que las hermanas cultivaban. La hermana María y la hermana Cristiana recogían con la espalda totalmente curvada las coles, zanahorias y judías que servirían para la frugal comida de ese día. Poco se comía en San Damián, y lo que llenaba los platos de arcilla, hechos por la mañosa hermana Julia, era gracias al favor de aquella tierra ahogada por demasiada humedad en invierno y reseca por los calores en verano; a los escuálidos animales que se criaban en la pequeña granja más allá del edificio principal y que la hermana María cuidaba con excesivo celo; y por último, los regalos que los habitantes de Asís traían a menudo a las puertas de aquel mundo dedicado al culto a la pobreza. Regalos que debían pasar primero por las manos de la Madre Clara, quien decidía si eran demasiado ostentosos para la vida de pobreza que habían elegido vivir. Los donantes quedaban sorprendidos al ver como sus ofrendas eran devueltas o dadas a familias más pobres aún, si aquello era posible, de los alrededores de San Damián. Aun así, las gentes de la comarca seguían llevando telas, vajillas, capones, cerdos, gallinas, todo lo que se les ocurría esperando algo más que una bendición.

Sor Inés y la Madre Clara avanzaron dejando atrás a sor María y sor Cristiana, a sus hortalizas y el calor acogedor de la mañana. Avanzaban en silencio y lentamente pues la Madre Clara estaba excesivamente débil y sus movimientos eran incluso dolorosos. Sor Inés abrió la puerta de madera carcomida rompiendo con su chirriar el silencio de la estancia. Sor Inés notó el helor que salía de dentro de los muros. Otra vez a pasar frío. Seguiría haciendo penitencia.

Llegaron por fin al locutorio y se sentaron en unos taburetes de madera, también fríos, también

chirriantes, en absoluto confortables, delante de la densa verja de hierros forjados y entrelazados. Tan bien tejidos estaban que parecían de suave y maleable tela. Tan densos eran que dividían su mundo del siglo como si fuera un recio y sólido muro.

Las pequeñas teselas de luz que se dibujaban entre la forja, definían un mosaico que delimitaba con dificultad un rostro que permanecía silencioso al otro lado. Tras un breve instante que a sor Inés le pareció interminable y que, a buen seguro a aquella pobre muchacha que llevaba un rato largo esperando, todavía más, la Madre Clara habló.

— Ave María Purísima.

Su voz resonó fuerte y contundente. Sor Inés aún se maravillaba de la fuerza que emanaba el cuerpo debilitado de su hermana. Con las manos entrelazadas, como si de nuevo se pusiera a rezar, dirigía la mirada, distante, al viejo suelo de baldosas rojizas, resquebrajadas y desconchadas. Al otro lado de la verja se oyó una tímida y susurrante voz.

— Sin pecado concebida.

— ¿Qué motivos te traen a este nuestro pequeño mundo de San Damián, mi querida hija?

La joven vaciló un momento. A sor Inés le pareció que giraba ligeramente el rostro hacia la puerta de salida, como esperando la aprobación de alguien que no estaba allí.

— Sí, madre... esto... disculpad que haya perturbado vuestra vida de oración. Sé lo mucho que amáis el retiro y la meditación y lo poco que os gusta saber de lo que acontece a este lado de la verja. Pero... — la joven volvió a vacilar de nuevo —. Veréis, le traigo una carta de alguien que vos conocisteis hace mucho tiempo. Esa persona me pidió con insistencia que os la entregara.

Parecía como si aquella muchacha se hubiera estado preparando un discurso que, al final, había verbalizado de un modo de lo más atropellado. De nuevo el silencio. Sor Inés intentaba situar aquella voz en el pasado, cuando aún vivía en Asís, cuando era una niña. Y, a pesar de que era imposible que la que esperaba al otro lado de la verja hubiera compartido su infancia, su voz y sus gestos le eran extrañamente familiares. Y por la expresión de la Madre Clara, estaba segura de que su hermana estaba compartiendo con ella sus pensamientos. Siempre impaciente, si hubiera podido, habría salido corriendo hacia el pequeño agujero que hacía las veces de torno interior para coger la carta y salir por fin de dudas. Pero el trozo de papel seguía en las manos de aquella extraña tan familiar, donde sonaba al moverse entre sus rígidos dedos. Al fin, la Madre Clara hizo un ademán de levantarse. Sor Inés no sabía si su intención era coger la misiva o marcharse pero no le dejó opción. Sin pensárselo, dijo:

— No se preocupe, madre, ya la recojo yo.

La muchacha oyó aquellas palabras y se acercó tímidamente al torno a dejar la carta. Inés, en un movimiento rápido, todo lo rápido que la madera lo permitía, lo hizo girar. Ahí estaba la carta. A su lado había una pequeña cruz de madera con un Cristo finamente tallado sujeta con una cuerda raída. Cogió la carta y la cruz y se la dio a su hermana.

La Madre Clara miró sorprendida aquel sagrado objeto y levantó la vista hacia la verja. Inés sabía

que había reconocido la cruz. Respiró lentamente y bajó la mirada hacia la carta:

Mi más querida amiga Clara.

Mi hermana, mi compañera, mi luz. Dios ha querido que mi existencia en esta tierra termine pronto. Sé que me marcho de este mundo. Los médicos dicen que tengo algún humor maligno en el cuerpo y me sangran día y noche para que lo expulse. Me están dejando tan débil que aunque puedan sacar el mal de dentro de mí, me van a matar en el proceso. Bien sabes que nunca me han gustado esos galenos inspirados por doctrinas y usos que poco bien hacen a sus pacientes. Sé que me voy. Pero no tengo miedo. Ahora sólo siento tristeza por dejar aquí a todos aquellos que quiero y que sé que voy a echar mucho de menos. Las despedidas nunca han sido mi fuerte. Y a lo largo de mi vida he tenido que decir adiós a muchos de vosotros, mis seres amados, que he querido y adorado desde el fondo de mi corazón y me habéis abandonado para vivir destinos más elevados que el mío.

Antes de marcharme necesitaba despedirme de ti y pedirte que, en tu grandísima piedad, reces por la salvación de mi alma pecadora. Bien sabes que nunca he podido llevar una vida tan piadosa y virtuosa como la tuya y la de todas aquellas que te han seguido a San Damián. ¡Cuántas flores de Asís te llevaste para disgusto de padres y pretendientes! Yo no tuve el valor de dejar todos los lujos mundanos que tenía a mí alrededor. Y tampoco quise renunciar al amor. No al amor divino que tú elegiste, al amor de hombre y mujer; al amor de un hijo; al amor de mis seres queridos. Aunque también has de saber que en mi elección cumplí una gran penitencia. Pero eso ahora ya no importa. Te he escrito muchas cartas a lo largo de todos estos años alejada de ti. No te he enviado ninguna porque sé que nada te importa de lo que suceda más allá de los muros de San Damián, ese mundo que creaste para no vivir más que para rezar. Por eso te pido disculpas y a la vez te doy las gracias por haber accedido a leer esta que será, a buen seguro, mi última carta.

Junto con ella te mando dos regalos. El primero, una cruz que te dará la linda niña que te ha traído esta carta. ¿Te acuerdas de esta cruz? Me la diste una mañana después de pasarnos el rato corriendo como locas y saltando como pequeñas salvajes por el mercado de Asís. Bueno, yo más que tú, que me seguías rezagada, resoplando y sonriendo. Siempre sonriendo. Recuerdo que me la diste como regalo de cumpleaños. La habías comprado a un peregrino que venía de tierras lejanas y aseguraba que se había fabricado en el mismo taller en el que el santo padre de Jesucristo había trabajado como carpintero. Nos reímos de aquella historia como de tantas otras que traían farsantes de todo tipo. Pero a ti te dio tanta pena ver el pobre atuendo del pecador que le ayudaste con una limosna más que considerable. ¡Qué cara de lelo le quedó al ver las monedas que depositabas en sus viejas y sucias manos! Quizás no la fabricaran donde decía el harapiento viajero pero sin duda me ha acompañado toda mi vida y me ha ayudado de un modo extraordinario a sobrellevar todas las penas y tristezas de mi vida que, desde que tú te marchaste fueron muchas. Con esta cruz tú has estado siempre a mi lado. Ahora te la devuelvo como símbolo de nuestra inquebrantable amistad.

El segundo regalo es esta preciosa niña que tienes ante ti. Se llama Clara, como tú, y es mi más

amada hija. Desde que tiene uso de razón ha sentido una poderosa atracción hacia vosotras, las hermanas de San Damián. Un día le expliqué tu valiente historia y desde entonces que sólo piensa en conocerte y en formar parte de tu vida. Es más fuerte y osada que yo. De un modo extraño, parece más tu hija que la mía. Desde siempre ha sabido lo que quiere y ha estado dispuesta a enfrentarse a todo el mundo para conseguirlo. Pero su padre y yo se lo hemos puesto más fácil que a ti y a todas aquellas que tuvieron que huir para evitar la voluntad contraria de sus familiares.

Clara quiere unirse a vosotras. Mi último deseo es que la quieras como una hermana en religión y que cuides de ella. Solamente le he pedido que permanezca a mi lado hasta que exhale mi último suspiro. Tengo demasiado miedo a estar sola. Ya lo sabes. Quiero que no se separe de mí. Y tampoco de su padre. Rainiero. Ahora me despido de ti y del mundo.

Gracias Clara, por haber formado parte de mi vida.

Tú fiel amiga, siempre

Bona.

La Madre Clara sostuvo la carta con sus finas manos temblorosas. Hacía tiempo que su corazón no se conmovía por algún hecho alejado de la divinidad. No estaba acostumbrada a que su tranquila vida de oración y retiro se viera alterada por aquellos que vivían más allá de San Damián. Los había olvidado, a ellos y los sentimientos que con ellos compartió. Aquellas letras los habían despertado.

— ¿Estáis bien, madre? — Preguntó preocupada sor Inés. Tal era el gesto perturbado en el rostro de la Madre Clara.

Mientras, fuera de San Damián, el hombre que había acompañado a la pequeña Clara, caminaba con paso cansado camino de la ciudad. No sin antes volver la vista atrás una última vez. No podía permanecer más tiempo en aquel lugar de tan dolorosos recuerdos.

La Madre Clara levantó la mirada. Con un velo de lágrimas en sus ojos miró a la joven que tenía delante, que llevaba su nombre. Y un rostro del pasado.

Un torbellino de recuerdos perdidos en las cavidades más profundas de su alma afloraron entonces a su mente. Cerró los ojos y una fresca brisa que no sabía de dónde procedía acarició de repente su rostro.

2. Luces

Alumbrarás una luz que iluminará mucho al mundo

Proceso de canonización de Santa Clara

Asís, año del Señor de 1204. Saliendo del frío invierno

— ¡Corre Clara, más rápido! — Bona gritaba y corría como un caballo desbocado. Como si quisiera abrazar al viento, aquella niña de poco más de diez años saltaba y brincaba disfrutando de una primavera que se había hecho de rogar.

La campiña que se extendía más allá de los muros de Asís había despertado del crudo invierno. Largos y tediosos días de encierro combatiendo un frío gélido y nada compasivo habían dejado paso a las flores, el sol y las salidas al campo con las que Bona llevaba meses soñando. Los olivos florecían regalando vivos colores blancos y rosáceos contrastando con el intenso marrón de sus recios troncos. Centenares de años tenían algunos de aquellos árboles que habían visto una y otra vez avanzar las estaciones mientras se convertían en mudos testigos de la vida en Umbría. También las pequeñas pero elegantes vides, que regalaban a los ciudadanos de Asís y de toda la región e incluso más allá sus caldos exquisitos, parecían mover sus hojas alegres, como aliviadas por haber superado un año más el frío y devastador invierno. A su alrededor, hombres y mujeres se movían con alegría, con energía acumulada durante eternos meses de larga espera en el interior de las murallas protectoras que frenaban con orgullo el aire helado de los días invernales.

A pesar de su aspecto rechoncho y desgarbado, Bona, la pequeña de la casa de los Guelfuccio, necesitaba moverse. Había pasado los últimos meses como un pájaro enjaulado moviéndose a un lado y otro de su reclusión sin poder encontrar una salida. No soportaba las lecciones de su tutor, el viejo y paciente *messer* Bartolomé, las charlas de su madre, *madonna* Pacífica, sobre piedad y buenos modales o las lentas horas pegada a la tela y la aguja. Todos los días era iguales, lecciones y más lecciones sobre santos y santas, historias de la Iglesia, y algún rudimento de matemáticas, clases de lectura y escritura. Costura y saberes varios de cómo llevar una casa, sobre cómo llegar a ser una dama. Todo un cúmulo de tareas y conocimientos a los que Bona no conseguía encontrarles el sentido.

“Mamá, aún no entiendo por qué te empeñas en enseñarme tantas cosas”. Bona se quejaba siempre a Pacífica mientras movía su cuerpo nerviosamente como si quisiera bailar o prepararse para salir corriendo. Con las manos sujetándose el vestido y bamboleando la falda imitando los movimientos de un molino de viento, preguntaba una y otra vez por el objetivo de toda aquella educación. “Saber de cuentas es importante para llevar una casa, querida niña, y bordar con esmero es tarea digna de una dama cristiana”. Pacífica, con infinita paciencia, respondía así, una y otra vez, a las quejas de su pequeña niña indomable quien hacía oídos sordos a todo aquello que le decían y no le interesaba en absoluto. Para Bona el futuro que le esperaba eran fiestas en los salones de un palacio que un día compartiría con un amor aún no inventado. Soñando siempre despierta, su vida imaginaria cobraba ahora más fuerza con la luz de un sol que resplandecía con fuerza. Un universo paralelo alimentado con las historias llegadas de una lejana Francia desde la que juglares con sus fardos cargados de alabanzas a hermosas damas cantaban sobre amores de cuento de hadas.

Bona necesitaba correr, sentir el viento, oler las flores, pisar el suelo (a pesar de tener la mente en las nubes) notar la tierra bajo sus pies. Sentirse libre, sentirse viva. “Nunca seré buena con la lectura”, se lamentaba a su amiga Clara con un lamento poco sentido. “Bueno, tampoco seré buena con la costura”, y se reía de su propia incapacidad por centrarse en algo que no fuera salir a pasear y confeccionar un bello ramo de violetas. Al fin y al cabo, Bona sólo era una niña de diez años y aunque otros se afanaran en convertir a las muchachas de su edad en adultas en miniatura y situarlas a las puertas del matrimonio, su espíritu, su corazón, seguía siendo el de una niña.

— ¡Espera, Bona! — Detrás de ella corría Clara, o al menos lo intentaba. Su débil complexión física la obligaba a parar y apoyar las manos en sus rodillas para recuperar el aliento y volver a correr para poder alcanzar a Bona, que seguía corriendo y saltando y riendo a carcajadas, sintiendo la libertad por todos los poros de su cuerpo.

Al ver que su amiga no podía seguir su ritmo, Bona cambió el sentido de su carrera. Clara seguía con el cuerpo totalmente flexionado, intentando detener los pinchazos de dolor que martilleaban su corazón.

— ¿¿Existe mayor felicidad?! — preguntó al aire Bona cuando llegó a su lado.

Clara sonreía sin dejar de respirar con rapidez intentando recuperar el aliento. Escuchaba con diversión las ocurrencias de Bona mientras seguía respirando con dificultad. Su cuerpo, delgado y enfermizo, no podía seguir su ritmo, aunque quisiera.

Bona miró al cielo para cerrar de golpe los ojos y respirar hondo con los brazos en cruz. Ante sí se extendía la inmensa planicie del valle de Asís. Detrás de ella el monte Subasio con las últimas nieves del invierno resistiendo en las alturas de los picos más altos. Delante, la ciudad que las había visto nacer y crecer, recogida tras el lienzo de la muralla que escondía dentro de sí un cúmulo de casas abigarradas y en constante crecimiento.

La ciudad renacía después de las largas jornadas oscurecidas por las grises nubes del invierno. Las

ventanas se abrían de par en par, los densos tapices destinados a calentar las estancias se descolgaban, las chimeneas en los palacios y los pequeños braseros en las casas más humildes, terminaban su cometido hasta el siguiente otoño.

Bona levantaba su cara de niña mirando al sol con sus ojos negros cerrados esperando sentir el deleite de sus rayos junto al frescor de la brisa de primavera. Sentir la vida de nuevo, oler las viejas calles llenas de ansia por ofrecer a sus habitantes los aromas de las flores más sublimes mezclados con otros más prosaicos como el pan recién hecho o la arcilla moldeada.

Clara seguía sin poder levantar las manos de sus rodillas pero su corazón empezaba a recuperar el ritmo normal de su palpitir, lo justo para poder recuperar el habla.

— Dame un segundo y seguimos corriendo. Pero no tan rápido, que te volveré a perder.

— De acueerdo —. Contestó Bona con graciosa condescendencia.

Clara no sentía la llegada de la primavera con el mismo entusiasmo que su amiga. Porque Clara ya era feliz tras los muros de su palacio. Clara necesitaba aquella reclusión. Además de ser una niña extremadamente tímida e introvertida, desde que tenía uso de razón, la hija mayor de los Offreduccio se había sentido llamada a seguir los pasos de Jesús en su camino de pobreza y penitencia. Clara era una niña profundamente religiosa, que sentía que necesitaba sufrir para entender a su Dios hecho hombre, pasar por su calvario de hambre, sed y pobreza y ayudar a los demás en su renuncia total y absoluta a su propia persona física. Su profunda fe, marcada a fuego en su corazón, hacía de Clara una niña distinta a las demás. Solamente la amistad de Bona suponía una ventana al mundo infantil y terrenal. Porque, a pesar de ser distintas, eran como las dos caras de una misma moneda, y una no tenía sentido sin la otra. A pesar del carácter alocado de Bona, su alegría era para Clara un soplo de aire fresco. A pesar de la seriedad de Clara, su firmeza era necesaria para la inconstante e insegura Bona.

Desde que tenían uso de razón, Bona y Clara recordaban haber estado siempre juntas. Igual que sus madres, Pacífica y Hortolana, amigas inseparables, que se acompañaban desde las lejanas peregrinaciones a Jerusalén o Santiago de Compostela, hasta los más breves paseos por las calles de Asís, las pequeñas no podían estar la una sin la otra. A Clara le encantaba contagiarse de la alegría de Bona, quien siempre le explicaba historias fantásticas acompañada de sus muñecos de trapo y de madera. Elfos, hadas y un sinfín de seres de otros mundos se plantaban en las faldas de Bona, la gran maga que los convertía en seres reales para mayor deleite de su amiga. O detrás de una vieja silla de madera, convertida en el fantástico reino de Camelot, Bona, la pequeña soñadora, daba vida a Lanzarote, Arturo y Ginebra, mientras Clara aplaudía las ocurrencias inocentes de la que siempre había considerado como una hermana para ella. Por su parte, Bona necesitaba siempre a su lado a la reflexiva Clara, con su carácter tranquilo y pausado. Encontraba en ella la paz de espíritu que necesitaba. Admiraba la profunda fe de su amiga, y en el fondo sentía que sus oraciones eran una conexión directa con un reino de los cielos que ella sentía con gran turbación en su corazón. A pesar de ser distintas, el respeto y el cariño mutuo eran eslabones de una recia cadena que las uniría para siempre. O al menos eso creían ellas.

Bona dio poco tiempo para que Clara se recuperara. Al momento empezó de nuevo la marcha, esta vez un poco más lenta que antes, para que no volviera a quedarse atrás. El viento acariciando sus rostros infantiles le provocaba un excitante estado de inmensa felicidad.

— ¿Ves esa preciosa violeta de ahí? — preguntó Bona al llegar a un pedazo de tierra en el que crecían las flores en abundancia.

— Bona, no me tomes el pelo. Hay cientos de flores delante de nosotras. ¿Cómo voy a ver una entre todas?

— La belleza siempre destaca aunque sea entre una multitud ingente de seres vivos — Bona adoptó un tono solemne al tiempo que avanzaba de puntillas pues no quería pisar las flores que formaban el precioso manto ante ellas. Clara observaba divertida las ocurrencias de Bona —. Esta, ¿la ves? Es perfecta. Pues obsérvala bien, dulce Clara, porque llegará un día en que aparecerá un caballero hermoso, esbelto, recio y valiente que me regalará un amor tan perfecto como esta flor.

— ¿Uno como el que llega por ahí? — Clara señaló a la espalda de Bona quien se giró y puso un gesto de fastidio.

— Más bien no — dejó caer la flor con profundo enojo y volvió al lado de Clara, esta vez sin los andares sigilosos y sin preocuparse por pisar el suelo floral que quedó aplastado bajo sus pies.

— Señoritas —. Un joven caballero a lomos de un corcel marrón frenó en seco ante las dos niñas. Clara sonrió educadamente devolviendo el saludo. Bona ni siquiera lo miró. — Hermanita. Como madre se entere de que estás perdiendo tus modales te hará hacer penitencia —. Juan seguía sonriendo a la vez que bajaba de su caballo y abrazaba con suavidad a su hermana.

— ¡Déjame en paz! Madre no me va a castigar porque no te salude como es debido. Como si tú fueras el rey de la educación.

Bona admiraba a Juan pero a la vez sentía una terrible envidia por su vida de libertad. El hijo mayor y heredero de los Guelfuccio, Juan, a sus veinte años era un joven apuesto, elegante y educado que disfrutaba de los placeres mundanos a la espera de que sus padres encontraran para él una muchacha con una buena dote. Algo que no ansiaba precisamente pues mientras tanto disfrutaba de su soltería viajando allá donde le venía en gana y haciendo su santa voluntad.

— Debes estar cansado de tanto cabalgar desde Dios sabe dónde así que ¿por qué no te marchas a casa a descansar?

— Eso haré hermanita, no sin antes saludar a nuestra querida madre. Y si te portas bien, volveré a dejar que montes este caballo salvaje. Señoritas — Juan hizo una leve reverencia a la vez que subía con gran agilidad al corcel y marchaba a toda velocidad en dirección hacia donde se encontraba su madre.

Bona no pudo dejar de esbozar una leve sonrisa al pensar en que pronto podría volver a montar el caballo de su hermano. A pesar de las quejas de Pacífica, Juan dejaba que Bona cabalgara con él, cosa que entusiasmaba a su hermana.

Tras unos segundos en silencio, Clara le dijo a su amiga:

— ¿Por qué te has enfadado tanto con tu hermano? ¿Acaso no te alegras de que haya vuelto? Ayer mismo me decías que le echabas de menos...

— Sí, tienes razón. Pero a menudo le odio por no poder ser como él. Por no poder disfrutar de su libertad. ¿Por qué tenemos que estar encerradas en nuestra casa cosiendo y leyendo vidas de santos? Y además me chincha mucho.

— Nuestras madres han viajado por medio mundo en sus constantes peregrinaciones antes de convertirse en damas de su hogar. No siempre han estado encerradas. Igualmente, para mí estar en casa no es ninguna condena.

— Si para ti eso es libertad... Es que no has cabalgado a lomos de un caballo como ese ni has probado los verdaderos placeres de la vida. A veces quisiera ser un hombre como Juan...

A pocos metros de distancia, hacia donde se había dirigido Juan para saludar a su madre, las hermanas pequeñas de Clara, Catalina y Beatriz, jugaban en la hierba al lado de su madre, Hortolana. Esta, acompañada de Pacífica, observaba a sus hijas con una mirada de melancolía. En aquellos días en los que todo el mundo parecía estar alegre y con fuerzas renovadas, Hortolana sufría el recuerdo de una pérdida de la cual se cumplían entonces dos años.

Su amado esposo, Favarone di Offreduccio había sido herido de muerte en la batalla del puente de San Giovanni, cerca de Collestrada, en una guerra de la que Asís intentaba reponerse aún en aquellos días curando sus heridas a marchas forzadas.

Favarone di Offreduccio había sido uno de los miembros de la nobleza en caer ante sus enemigos comunales en la guerra que les había enfrentado.

La larga disputa entre güelfos y gibelinos, nobles y burgueses, *maiores* y *minores*, hombres de linaje y hombres del pueblo llano, había llevado a la guerra a muchas ciudades de Umbría. En un conflicto que aún no había terminado, todos enarbolaban la bandera de sus propios intereses. Mientras los estamentos elevados se aferraban a lo que ellos defendían como sus derechos de sangre y linaje, la nueva burguesía cada vez más poderosa empezaba a querer decir la suya en los asuntos políticos de sus ciudades. Crearon comunas y se levantaron contra el poder establecido de la antigua y rancia nobleza de casta. Las disputas económicas y de derechos establecidos se mezclaron con el enfrentamiento entre güelfos, así llamados los defensores del poder pontificio en la tierra, y gibelinos, que pretendían suprimir ese poder en los dominios del antaño esplendoroso Sacro Imperio Romano Germánico. El que un día fue fruto de la gloria de Carlomagno, ahora era un territorio de luchas intestinas entre sus herederos y en contra de otros poderes externos como el de Roma.

Asís, ubicada en el ojo del huracán de los intereses territoriales de unos y otros fue una de las muchas ciudades que se posicionó a favor del partido güelfo y en defensa de las comunidades. La vecina Perusa, fiel al emperador y defensora a ultranza de los arraigados privilegios feudales, arrastró a la

nobleza asisiense a una guerra contra sus propios conciudadanos. La familia Nepis, abanderada de los güelfos y de la *nobilissima parte di sopra*, se enfrentó abiertamente al partido gibelino y a *la parte di sotto*, los comunales liderados por los Fiumi.

El levantamiento ciudadano tomó unos niveles de violencia tal que llevó al derribo de casas y palacios de los grandes señores. Incluso la inexpugnable Rocca, orgullosa fortaleza que dominaba la ciudad de Asís en lo alto de una colina y que había acogido a la familia imperial poco tiempo antes, fue tomada al asalto. Los nobles asisienses no tuvieron otra alternativa que huir a Perusa y luchar a su lado. A pesar de pertenecer a clases diferentes, no dejaban de enfrentarse a aquellos con los que habían convivido durante mucho tiempo. Muchos se habían hecho amigos, se habían ayudado, habían reído juntos y llorado sus desgracias. Ahora debían luchar cara a cara en una batalla claramente desigual. El improvisado ejército de la recién creada comuna burguesa no pudo hacer frente al fuertemente armado y organizado ejército de nobles. A ellos también se habían unido mercenarios de otros lugares de Italia unidos en la defensa del emperador pero sobre todo de sus propios privilegios.

Así, en Collestrada, hacía ahora dos años, se habían enfrentado burgueses y nobles. Y a pesar de que el bando güelfo salió claramente victorioso, dejó en el campo de batalla muchos de sus más valerosos caballeros.

Favarone di Offreduccio, uno de los nobles más poderosos de Asís, había caído en el campo de batalla. Una lanza había terminado con su vida dejando viuda a Hortolana y huérfanas a tres niñas que aún se preguntaban cuándo volvería su padre de la guerra.

A pesar del paso del tiempo, de los días, los meses y los años, una herida como aquella era difícil de sanar. Solamente el consuelo de una profunda fe traía cierto sosiego al corazón de aquella viuda quien, a pesar de haberse casado por razones de linaje, había terminado amando y respetando sinceramente a su marido.

Pacífica, siempre al lado de su inseparable amiga, con la que habían recorrido todo el orbe cristiano en constantes peregrinaciones, entendía el profundo dolor que Hortolana seguía sufriendo en su corazón. Nada se podía decir ya que consolara su pérdida. Simplemente acompañar a su amiga e intentar mitigar su soledad.

— ¡Mirad, ahí está tío Monaldo! — El grito de Beatriz sobresaltó a su madre, quien giró la cabeza hacia donde señalaba su hija. Su cuñado cabalgaba con un trote tranquilo por el camino que quedaba a los pies de la colina donde estaban pasando la mañana. Con porte recio, demasiado orgulloso, se dirigía a los campos a controlar a los labriegos de las tierras de su difunto hermano.

Hortolana miró con tristeza la figura erguida de *messer* Monaldo en lo alto de aquel caballo que tiempo atrás había pertenecido a Favarone. Poco tiempo después de la muerte de su hermano, Monaldo había aparecido de la nada cuando la familia Offreduccio había vuelto a Asís de su largo exilio en

Perusa. Era como si de algún modo extraño se hubiera enterado de la desaparición de Favarone y hubiera vuelto a su ciudad natal para proteger lo que consideraba su legítima herencia. La suerte había sonreído una vez más al disoluto “hijo pródigo” de los Offreduccio. Hortolana, su cuñada, aún vivía y seguramente le quedaban muchos años por delante. También estaban sus tres sobrinas, a las que tendría que asignar una buena dote si quería conseguir rentables alianzas matrimoniales. Sabía que si permanecía en el palacio en el que había nacido, algún día todo aquello sería definitivamente suyo. No le importaba esperar. Era el único heredero masculino del linaje de los Offreduccio, una de las familias asisienses que perdía sus orígenes en el inicio de los tiempos, y las leyes estaban de su lado. Si no hubiera reclamado sus derechos, la viuda de su hermano podría dejar todo su patrimonio a sus hijas pero no iba a ser así. Por otro lado, en aquellos tiempos de disturbios constantes, una mujer sola, viuda y rica, debía tener a su lado algún tipo de protección masculina. Debía defenderla de posibles raptos por parte de ansiosos y desesperados nobles arruinados tras las guerras pasadas deseosos de llevarse con ella un importante botín. No era extraño que las viudas fueran objeto de deseo de futuros maridos ávidos de dinero y raptaran a esas mujeres como los romanos hicieran con las sabinas. Y a pesar de que Hortolana ya se sentía más que protegida con los muchos y fieles sirvientes que moraban en el palacio de la plaza de San Rufino, no pudo cerrar las puertas al hermano de su amado Favarone. Para ella no dejaba de ser una suerte de rapto dentro de su propio hogar pero no podía hacer nada para impedirlo, al menos no sin perjudicar el honor y el futuro de sus tres hijas. Temía demasiado la reacción de su cuñado, avaro, egoísta y dispuesto a hacer lo que fuera por conseguir su objetivo.

Monaldo por su parte, sabía que con paciencia terminaría disfrutando de una buena suma de dinero y extensas tierras que rendían cada día más junto con un palacio que ya lo veía como suyo y otras propiedades que, a pesar de haber quedado semiderruidas por los combates y los disturbios, se podrían llegar a reformar. Además, quisiera o no, no tenía adonde ir.

Había pasado su juventud viajando por Europa en busca de no sabía muy bien qué y había llegado a Tierra Santa como un cruzado más pero no para alcanzar la salvación eterna sino para conseguir un succulento botín. No tenía ninguna intención de ganarse el cielo ayudando en la fallida reconquista de Jerusalén. Más bien prefería vivir cómodamente en esta vida que preparar la ulterior. Llegada la hora, se decía, ya vería qué haría y siempre estaban las indulgencias; una buena suma de dinero seguro que le ayudaba a abrir las puertas del paraíso y cerrar a sus espaldas las del infierno.

Cuando había malgastado la herencia de su padre y todo lo que había conseguido en los saqueos de la cruzada y lo único que le quedaba era deambular por tabernas de mala muerte y locales de dudosa reputación, decidió volver a casa. Su hermano, el ordenado, pío y generoso Favarone no le cerraría las puertas en las narices. Seguramente tendría que soportar alguna reprimenda del primogénito de la familia pero aquello lo podría soportar. Le recordaría el pasaje bíblico del hijo pródigo y esperaría que su hermano no le recordara la parábola de los talentos. Lo que no podía imaginar era que la muerte de Favarone lo convertiría de un plumazo en el nuevo conde de Sasso Rosso a falta de sobrinos barones. Y

como tal, orgulloso y prepotente, aun sin merecer la nobleza heredada, paseaba por aquellas tierras de las que no era digno poseedor, controlando a unos siervos que añoraban a su antiguo señor.

No sólo llegó al lugar adecuado, sino que lo hizo en el momento perfecto. La familia Offreduccio acababa de volver a Asís desde su exilio en Perusa. En el conflicto con la comuna habían perdido al caballero Favarone y el castillo que tenían a las afueras de Asís era ahora una montaña de piedras y humo. El palacio que los Sasso Rosso tenían en la misma plaza de la catedral de San Rufino, pegado a la torre del campanario de la catedral, estaba en ruinas pero con trabajo y esfuerzo podría llegar a ser lo que fue. La dirección de un hombre y la seguridad que aportaban los caballeros con los que viajaba, dieron a Monaldo las llaves de la casa. La inseguridad y el miedo que aún se respiraba en Asís no dejaron alternativa a Hortolana. Al menos su cuñado respetó su papel de gobernanta de la casa dejando en sus manos la dirección de los siervos y la organización diaria.

— ¿Con quién está hablando *messer* Monaldo? — Pacífica se había dado cuenta de que el hermano de Favarone ya no cabalgaba sólo. Del otro lado del camino había aparecido otro caballero que ahora acompañaba a Monaldo en su paseo diario. Hortolana levantó la cabeza y despertó de sus recuerdos.

— Es *messer* Leonardo de Gislerio. — A aquella distancia Pacífica no lo veía con claridad pero al oír su nombre rápidamente lo identificó. Su mujer era una vieja amiga y tenían varios hijos, entre ellos Felipa y Cristiana, que compartían juegos con Clara y Bona. Formaban parte de la antigua nobleza asiense y también habían sufrido las desdichas de la guerra y el exilio en Perusa.

Monaldo había recuperado sus antiguas amistades perdidas en aquellos años de aventuras y libertinaje. Ahora que había vuelto a la ciudad, a pesar de no aplaudir sus actos, los demás nobles lo respetaban por el hecho de ser hermano de Favarone. Monaldo lo sabía y no le importaba, al contrario, estaba dispuesto a aprovechar la buena fama de su hermano en beneficio propio.

— No sabía que fuera amigo de *messer* Leonardo —. Dijo Pacífica sin dejar de observarlos.

Hortolana volvió de nuevo la mirada hacia la violeta que aún suspendía entre sus dedos.

— No son amigos. De hecho, *messer* Leonardo siempre reprobó la actitud de mi cuñado ante Favarone. Pero ahora mi marido no está y ambos tienen un objetivo común.

— ¿Y cuál es?

— Unir nuestras dos casas —. Hortolana hablaba en un tono neutro. Como si todo aquello que decía fuera ajeno a su persona y sus seres queridos. — El hijo que lleva su mismo nombre es de la edad de Clara y creo que Monaldo está cerrando un acuerdo matrimonial para que, llegado el momento, de aquí a pocos años, se casen.

— ¿Tan pronto se preocupa de estas cosas? — Preguntó extrañada Pacífica.

— También ha pensado en los maridos de Beatriz y Catalina aunque te parezca una locura. Ha vuelto dispuesto a atar todos los cabos sueltos para que el día que yo no esté pueda disfrutar de la herencia de mi esposo. Lo lamentable es que no le durarán las monedas en la mano ni lo que tarda el sol en fundir el rocío de la mañana. Pero sabe que si empieza a tejer una buena red de alianzas antes que

otras familias como la tuya lo hagan, podrá escoger el mejor partido no para mis hijas, sino para su propio beneficio.

Hortolana hablaba con la tristeza de saber que ella, como mujer, aunque madre de sus propias hijas, poco podía opinar. Sabía que si Favarone aún viviera, las cosas habrían ido de un modo bien distinto, pero tenía que empezar a aceptar aquella desgraciada situación.

— Las niñas no saben nada porque aún no hay nada concretado. Y no quiero que sepan nada hasta que sea necesario. Que disfruten de su felicidad y libertad mientras su infancia se lo permita.

Levantó la cabeza y miró a Beatriz y Catalina que seguían riendo a unos pasos de ellas. Después giró la mirada hacia Clara y Bona que ya no corrían ni saltaban.

Clara y Bona habían frenado en seco al ver que *messer* Monaldo las miraba desde el camino. Hizo una graciosa reverencia como si saludara a dos princesas y esbozó una forzada sonrisa en su duro rostro.

— No me gusta tu tío —. Bona le dio la espalda al jinete y se puso a andar en dirección opuesta. De pronto se le habían quitado las ganas de reír.

— A mí tampoco —. Clara miraba de reojo a su tío mientras alcanzaba los pasos de su amiga. Ya no corrían. Ahora sólo paseaban. — Mi madre sigue insistiendo en que es lo mejor para nosotras. Desde que padre se fue al cielo... — Clara miró hacia arriba haciendo la señal de la cruz — las cosas han ido muy mal. Me cuesta creer que fueran hermanos. Son tan diferentes. No sólo no se parecen físicamente, es como si Dios hubiera forjado sus almas con moldes totalmente opuestos.

— Todos echamos de menos a *messer* Favarone.

— Lo sé Bona. Él te quería como a una hija. Mi madre no ha podido superar su pérdida. Le quería con un amor más profundo que el que todos esos juglares que tanto te gustan puedan nunca relatar ni rimar. Aunque el suyo fue un matrimonio convenido por sus familias, el amor que se forjó entre ellos fue puro y eterno. Mi padre respetaba todas las decisiones de mamá. No ponía impedimentos a sus viajes piadosos a Tierra Santa o a Santiago de Compostela, el último viaje que hizo antes de que yo naciera. Aceptaba la manera de dirigir nuestra casa y no se metía en los asuntos domésticos más que para alabar las decisiones de su esposa. Y ella cuidaba de él con un amor incondicional. Sé que mamá no se recuperará nunca de la pérdida de nuestro querido padre. Y la llegada de tío Monaldo no ha hecho más que empeorar las cosas. Es como si tuviéramos que convivir con el *alter ego* negativo de papá. Es extraño. Y triste.

De vuelta al interior de las murallas, Hortolana quiso hacer un alto en la tienda de telas de *messer* Bernardone. Pietro di Bernardone era uno de los más ricos comerciantes de la ciudad. Con su negocio de telas había recorrido media Europa en busca de los mejores tejidos en los mercados y ferias más

importantes. En uno de sus viajes de negocios había conocido a *madonna* Pica, una bella mujer provenzal que había dejado su tierra francesa de trovadores para venir a vivir a Asís con su marido. El carácter dulce y afable de *madonna* Pica contrastaba con las maneras rudas y agresivas de Bernardone. De hecho, Pietro había sido uno de los principales instigadores de los levantamientos comunales unos años antes en la ciudad. Y a pesar de que los combates y la guerra entre la comuna y la nobleza habían terminado, las heridas y el odio aún no se habían curado. Si no fuera por su afán de lucro y su necesidad del dinero de las acaudaladas damas de la nobleza de Asís y de la comarca, sólo vendería su género a aquellos que comulgaban con sus ideas políticas. Pero Pietro vendería su género al mismísimo diablo si fuera necesario.

Cuando *messer* Bernardone vio entrar a Hortolana hizo un gesto de desagrado que no se esforzó en ocultar.

— Querida Pica, atiende tú a esta *signora* — mientras arrastraba con cierto tono de desprecio la última palabra, arrastraba también sus pasos hacia la trastienda.

Pica quedó sola ante Hortolana. Normalmente en el negocio familiar siempre se encontraba alguno de los hijos de la familia atendiendo y ayudando a sus padres, pero en aquel momento no había nadie más que ella.

— *Buon giorno madonna* Pica.

— *Buon giorno madonna* Hortolana.

Antes de la guerra de Perusa, la relación con los comerciantes de la ciudad era cordial e incluso amigable. Hortolana gustaba de hablar con todos ellos, era amable y les daba siempre una agradable conversación y todos la querían por su carácter cercano a pesar de ser una de las personas más ricas e influyentes de la ciudad. Pero el odio no se había enterrado en el campo de batalla junto a los restos del ejército caído. Y a pesar de que hubiera aún alguien con un mínimo de caridad cristiana y predisposición hacia el perdón, el dolor por la pérdida de algún ser querido impedía una sincera reconciliación.

A pesar de todo ello, Hortolana, quien siempre viviría con la duda de saber quién de sus conciudadanos le dio el golpe de gracia a su amado marido, rezaba y se esforzaba por intentar olvidar y seguir adelante. *Madonna* Pica siempre había sido muy querida por Hortolana y se compadecía sinceramente de ella. Había perdido muchos familiares en la batalla y su hijo más querido, el joven Juan, seguía enfermo tras los años que tuvo que permanecer en prisión.

— Espero que su hijo se encuentre mejor.

— Se va recuperando, aunque muy lentamente — Pica miró a los ojos a Hortolana —. Gracias *signora* por preocuparse. Muchos querrían que no hubiera salido de los muros de la prisión de Perusa.

— Las mujeres no deberíamos hablar de política, mi querida Pica. Eso mejor se lo dejamos a los hombres. Rezaré por la rápida recuperación de Juan.

— Se lo agradezco sinceramente, *madonna* Hortolana, pero sé que mi hijo saldrá victorioso de su propia batalla interior.

Tras darle de nuevo las gracias, Hortolana empezó a hacer el pedido de telas que necesitaba para su palacio y así desviar la conversación hacia temas menos embarazosos.

Cuando se hubo marchado, Pietro salió de la trastienda. Era evidente que había estado escuchando.

— La *signora* Hortolana tiene razón, aunque odie dársela a un miembro de la odiosa nobleza. Las mujeres no debéis hablar de política —. Pietro parecía escupir sus palabras, a las que Pica contestó con su habitual tono suave y muy cercano a la sumisión.

— Solamente intentaba ser educada...

— Pues no te educaron demasiado bien en tu Provenza libertina.

Pietro siguió rugiendo con el ceño fruncido mientras recogía las telas que Pica había sacado para mostrárselas a Hortolana. Cuando hubo terminado, Pica aprovechó que no había nadie en la tienda para volver a la parte de atrás y dirigirse a la zona privada donde vivía la familia Bernardone. En su continua queja sobre los pocos derechos que aún consideraba que tenían los comerciantes de la ciudad, Pietro no se dio cuenta de la ausencia de su mujer. Seguía refunfuñando una letanía de improperios mientras ordenaba el género recién llegado. Pica entró en la habitación donde descansaba su hijo. Con los postigos cerrados, para que la luz del sol no le molestara, la estancia permanecía en una constante penumbra. La madre cogió con ternura la mano del hijo que continuaba sufriendo una ausencia extraña del mundo.

Juan yacía inerte en su lecho. La fiebre y los sudores fríos no cesaban. Un sueño que no era tal, más bien un estado de semiinconsciencia, hacía dar vueltas a su mente como un fuerte torbellino de pensamientos y sensaciones.

Se veía a sí mismo en la llanura de Collestrada, bajo una lluvia de acero, luchando por su vida y la de sus conciudadanos que se habían visto inmersos en aquella batalla en la que defendían su derecho a ganarse la vida y a prosperar. Su padre había sido uno de los principales impulsores de la Comuna de Asís. Rico comerciante de tela, trabajador incansable, había vivido toda su vida a caballo de las principales ciudades europeas buscando la mejor mercancía para su negocio. De un simple vendedor había conseguido, con su propio esfuerzo, abrir un próspero taller en su ciudad y vivir holgadamente. Ahora reclamaba para él y los demás miembros de la naciente burguesía un lugar en las filas de los privilegiados. La nobleza de sangre, ganada por el simple hecho de haber nacido en una y no en otra cuna, era del todo injusta, pensaba la Comuna. Comerciantes, mercaderes, artistas, iban a luchar por tener derecho a decidir sobre las grandes decisiones de su ciudad y asumir ciertos privilegios reservados exclusivamente a las familias de alta alcurnia que no habían hecho nada para conseguir su posición. Era un acto de rebeldía que empezaba a despertar a muchos ciudadanos de un largo letargo de estamentación de la sociedad.

Juan se había alistado en las filas comunales para luchar por unos derechos de riqueza y poder de los cuales ahora empezaba a dudar.

Con las imágenes de la dura batalla, en las que veía cómo amigos suyos con los que había crecido

caían como muñecos de trapo, heridos, sin fuerza, sin vida, a su lado, sin poder hacer nada por ellos, se mezclaban otras más amables y antiguas. La opulencia que había conseguido su padre había hecho de Juan un joven rico, guapo, inteligente, que pasaba sus días en el taller familiar y sus noches en fiestas interminables con sus amigos. Una vida regalada de la que disfrutó buena parte de su juventud; una vida regalada que ahora no quería volver a vivir. Se veía a sí mismo levantando una copa, bailando, recitando poemas de amor, disfrutando de la vida sin mucha más preocupación.

Todo aquello había quedado atrás. La guerra contra la noble Perusa no había terminado con su vida pero sí con su libertad. Durante tres años estuvo prisionero a la espera de una paz entre las dos ciudades enemigas. En aquel encierro, sin embargo, se sintió libre. Los demás reclusos lo miraban perplejos pensando más bien en una suerte de enajenación mental. La guerra destruía el cuerpo, pero también la cordura. No podían entender cómo, en una situación tan penosa, aquel a quien todo el mundo conocía en Asís como *Il Francesco* por el origen provenzal de su madre, anduviera animando a sus conciudadanos y mostrando siempre un rostro de alegría y felicidad aun estando recluido en una prisión.

La fiebre continuaba subiendo y los escalofríos eran cada vez más acusados. En aquel momento entró una sirvienta a su habitación. Retiró con suavidad el paño húmedo que en cuestión de minutos se había calentado en la frente de Juan y colocó uno limpio y fresco.

— *Signora*, su hijo está cada vez peor. Deberíamos llamar a un médico.

— No necesitamos un médico. Los médicos sólo vendrán a sangrarle y apagarán aún más las fuerzas de mi hijo.

Pica permanecía impertérrita acariciando el cuerpo de su hijo. Un cuerpo cada vez más consumido, debilitado. Parecía un manojo de huesos incapaces de aguantar con vida mucho tiempo más.

Juan, ajeno a la presencia de su madre, continuaba viendo pasar ante sus ojos cerrados imágenes confusas y revueltas de un pasado ahora extraño para él. Como si estuviera muriendo en una vida para renacer en otra nueva. Aquella habitación se había convertido en un crisol del que debía salir siendo otra persona. Ya no se reconocía en aquel guerrero con espada luchando por su vida a costa de matar la de otros; ya no se veía disfrutando de la buena mesa y el buen vino con sus compañeros de alegrías. Algo dentro de él estaba naciendo. Un hombre nuevo. Pero salir del crisol iba a ser una tarea penosa y difícil para él y para los suyos.

Pero ahora lo importante era que iba a despertar. Su madre no se equivocó. Convencida ante todos, médicos y vecinos, de que su hijo sobreviviría, así fue. Días después de sufrir fiebre y delirios, una mañana, como cualquier otra, para asombro de todos, se levantó de la cama. Pica daba gracias al cielo una y otra vez mientras besaba el huesudo rostro de su hijo. Pedro también se alegraba por la recuperación relativamente rápida de Juan y sólo esperaba que pronto pudiera volver a serle útil en el negocio familiar. El joven, aturdido por el largo letargo, miraba a un lado y a otro de la estancia, a los rostros que lo observaban atónitos, sus padres, sus hermanos, los trabajadores del taller familiar.

Juan estaba feliz porque había sobrevivido a una batalla, un largo encierro y una peligrosa

enfermedad. Aun así, sentía una angustia extraña en su cuerpo. Sentía que no podía continuar con su vida donde la había dejado. En lo único que ahora encontraba consuelo era en la oración. Arrodillado en aquella habitación que había pedido que siguiera en penumbra, Juan pasó largos días e interminables noches rezando en busca de iluminación. Y mientras su madre lloraba lágrimas de alegría sabedora que su hijo había sido llamado a una vida nueva, su padre se desesperaba viendo cómo Juan eludía su tarea en el negocio familiar.

Empezaba a caer el día y pronto las puertas de las murallas de la ciudad se cerrarían. Una comitiva de caballos y carruajes se acercaba por el camino del norte. Tras un largo viaje, la familia de Rainiero di Bernardo volvía a ver las piedras de su amada Asís. A pesar del cansancio, la visión en el valle de aquella estampa largos años añorada cambió el humor de todos los que volvían por fin del exilio.

Había pasado tiempo desde la firma de la paz entre Perusa y Asís pero aún quedaban algunos nobles que habían permanecido en la ciudad que vivió su exilio. El palacio del linaje de los Bernardo había quedado muy dañado tras los primeros levantamientos en el interior de la ciudad y les había llevado tiempo recuperar su antigua morada. Aquella noche, al fin, dormirían en su propia casa.

Giovanni di Bernardone, su mujer y sus tres hijos viajaban acompañados de los sirvientes que habían permanecido fieles a su casa. *Madonna* Julia aguantaba con resignación los traqueteos de la vieja carreta en la que iba sentada soñando con la suavidad de sus sofás que esperaba que los miembros de su casa que habían vuelto a Asís antes que ellos los hubieran arreglado. Soñaba con volver a la rutina de su antiguo hogar y dejar atrás un vergonzoso y agotador exilio de más de dos años durante los cuales habían vivido con la amenaza de no poder volver a su ciudad natal. La paz firmada meses atrás les había devuelto la esperanza y habían empezado a trabajar en la reconstrucción de su nueva vida. *Madonna* Julia y sus dos hijas sorteaban los bandazos que daba la carreta al tropezar con las piedras del camino agarrándose con fuerza a las frágiles barandillas o reclinándose sobre los bultos de ropa que al otro lado del remolque se habían colocado. Su marido y su hijo mayor cabalgaban al lado de la carreta donde las tres mujeres viajaban con tan poca comodidad. Giovanni hacía trotar su caballo erguido en su montura con orgullo y con la cabeza bien alta. Todos en Asís debían ver que *messer* Giovanni di Bernardone volvía a casa victorioso. Había sido uno de los principales líderes del *popolo alto* junto con otros miembros de la alta nobleza como *messer* Favarone di Offreduccio. Pero así como muchos, entre ellos Favarone, fueron a la guerra para defender su posición ante una amenaza externa, otros, como Giovanni, deseaban una ejemplarizante derrota de sus enemigos. Contrario a la firma de una paz ansiada por muchos, Giovanni seguía convencido de que la Comuna tenía que desaparecer y castigar de una vez a los burgueses, viles hombres que no merecían más que trabajar como castigo a sus pecados.

A su lado, Rainiero, su hijo mayor, la esperanza de su linaje, imitaba los movimientos de su padre de manera inexperta y exagerada. Con tan sólo once años, era como una réplica en pequeño de su padre.

No había heredado solamente su nombre. Imitaba todo lo que hacía y decía y por supuesto defendía las mismas ideas que su progenitor sin saber muy bien lo que éstas significaban. Querría haber luchado en la batalla de Collestrada pero la espada aún pesaba más que aquel niño que soñaba día y noche con convertirse en un caballero de memorables hazañas. Su padre estaba orgulloso de su gallardía. Su madre, de su hermosura. El mítico rey Arturo posiblemente no habría sido la mitad de hermoso que ese niño de rasgos perfectos que pronto se convertiría en un hermoso Adonis digno de las alabanzas más sublimes. Pero aún era un diamante en bruto. Iba a necesitar muchas horas de esfuerzo para pulir su torpeza. Y sobre todo su orgullo y prepotencia, alimentados por las exageradas adulaciones de su madre, cegada por el amor a su hijo.

Llegaron al fin a los pies de la muralla de Asís y la comitiva entró en las estrechas calles de la ciudad para recorrer el último tramo de un largo camino. A su paso, los ciudadanos se hacían a un lado y contemplaban una vez más cómo otra familia volvía del exilio. Unos aplaudían y saludaban con efusividad a los hijos pródigos de la ciudad; algunos miraban hacia otro lado prorrumpiendo improperios en voz baja.

Alcanzaron la plaza de la catedral donde el ruido de los cascos de los caballos y de las ruedas rebotando en el adoquinado se expandió por la explanada de tal modo que parecía que llegaba a la ciudad algo más que cuatro carretas y unos pocos caballos. Giovanni aceleró el paso seguido por su hijo y su pequeño corcel. Cuanto más cerca del final del viaje, más ansioso estaba por llegar.

Aquel ruido rompió la tranquilidad de la plaza y del interior del palacio de los Offreduccio. Clara, concentrada como estaba en sus oraciones, levantó la cabeza con fastidio en dirección a la ventana de la sala por donde entraba todo aquel estrépito de ruedas y caballos. Se levantó de su reclinatorio y cerró el postigo. Antes de mover las hojas de madera miró hacia afuera para ver si descubría de dónde venía el alboroto, pero los caballos y los carruajes ya habían atravesado toda la plaza en dirección a las calles del norte de la ciudad. Segundos antes no había visto el pequeño corcel que trotaba a las órdenes de Rainiero, quien había girado la vista hacia la ventana donde Clara se escondía del mundo. Un solo instante el joven había visto el rostro de ella y su cuerpo se había estremecido.

Clara cerró las ventanas y volvió a arrodillarse ante el crucifijo de madera. Por fin, después de otro día en el campo, podía quedarse tranquila en el lugar donde mejor estaba, rezando en aquel salón, el más pequeño del palacio, donde nadie la molestaba. Mientras todo el mundo celebraba el cambio de tiempo en pleno mes de marzo, Clara más bien sentía todo lo contrario. Le gustaba estar en casa y el frío del invierno era un perfecto aliado para no tener que poner excusas para evitar salir más.

Durante los meses invernales, Clara y sus hermanas pasaban las horas en casa jugando y recibiendo clases de su madre, quien les enseñaba las cosas típicas de las damas de su rango como coser o aprender buenos modales. Para ello hacía uso de su propia experiencia, pues dirigía su palacio con eficacia y diligencia y era una de las mujeres más educadas y refinadas de la ciudad. También se ayudaba de las últimas publicaciones sobre educación femenina y cómo ser buenas amas de casa que adquiría del librero

de la ciudad. Eran ejemplares difíciles de encontrar y con un coste bastante elevado, pero para Hortolana era primordial la educación de sus hijas que un día tendrían que ejercer su propio papel en su propia casa.

Pero Hortolana también quiso dar a sus tres hijas una educación especial. Además de enseñarles la historia de los principales maestros de la Iglesia y de los santos más destacados, así como las vidas de algunos personajes importantes, quiso que Clara, Catalina y Beatriz supieran leer y escribir en latín. Las pequeñas aún no habían empezado a recibir estas clases pero Clara, una niña inteligente y despierta, ya sabía leer en la lengua universal del orbe cristiano.

— Mamá, yo también quiero un pergamino como el de Clara y una pluma tan bonita como la suya para pintar.

Catalina, a sus ocho años, quería siempre imitar lo que hacía su hermana mayor y le fastidiaba que siempre le dijeran que aún era pequeña.

— Aún eres pequeña, mi querida Catalina — respondía Hortolana con paciencia mientras cosía al lado de sus hijas —. Por ahora practica en las tablillas de cera como hace Beatriz.

Clara escribía en un pergamino las letras que su madre le enseñaba y que, como Catalina y Beatriz, primero había estado practicando en las tablillas de cera. Los pergaminos eran muy costosos y, aunque se podían rascar para volver a escribir encima, tenían una vida más limitada que las tablillas de cera.

Clara era una alumna aventajada. Perdía el mundo de vista cuando trazaba con suavidad y precisión las letras que poco a poco componían palabras y luego frases con una caligrafía cuidada y esmerada. Su postura recordaba a la de los muchos monjes, y monjas, que tras los muros de los monasterios que salpicaban todo el continente copiaban e iluminaban infinidad de manuscritos.

Además de las veladas de estudio y recreo, las niñas Offreduccio salían a la calle para asistir a los oficios religiosos. Entonces Clara sí que gustaba de salir al exterior. Además, como el palacio familiar se encontraba en la misma plaza de la catedral de San Rufino, con sus muros colindantes con la torre del campanario, no tenían que caminar demasiado para alcanzar sus puertas y no tenían que conversar con nadie puesto que dentro de la iglesia estaba terminantemente prohibido hablar. Prohibición expresa para las mujeres.

Así transcurrían los días de frío y nieve en los que las pequeñas siempre se quejaban ante la lejana llegada del calor y de la primavera, mientras que Clara disfrutaba de aquella temporal reclusión.

Pero el buen tiempo se había adelantado aquel año de 1204 así que Clara tendría que pasar más tiempo del deseado fuera de casa. Solamente le consolaba el poder estar junto a Bona. A pesar de ser muy diferentes, se entendían a la perfección. Bona era una niña soñadora con la cabeza llena de bellas damas enamoradas. Pronto aprendió nombres de leyenda como Isolda o Ginebra a las que adoraba. Clara, en cambio, no prestaba atención a todas esas historias de amores prohibidos que llegaban de Francia por boca de juglares y trovadores salidos de la corte de María de Borgoña, la hija de aquella anciana y ya legendaria reina Leonor de Aquitania, aquella a la que la historia recordaría como la reina

de trovadores. Sus intereses se centraban más en las vidas de santos como Santa Catalina de Alejandría o Santa Tatiana de Roma, a quienes admiraba por haber renunciado a todo, incluso a la vida, por amor a Dios. Unas vidas que le fascinaban hasta el extremo de soñar despierta con una existencia parecida a la de todas aquellas mujeres que ahora estaban gozando de su lugar en los altares.

Ambas miraban más allá de los Alpes buscando inspiración para sus vidas. Ambas buscaban amar, pero de modos muy distintos. Bona se encandilaba con las imágenes que recreaba en su mente de las cortes de amor. Soñaba con formar parte algún día de aquellos rituales de ensalzamiento del amor más puro entre hombre y mujer. La reina Leonor había creado ese mundo de ensueño y su hija, María de Borgoña, seguía manteniéndolo con vida, ahora que la gran dama de los trovadores era una anciana al borde de la muerte. De sus castillos de ensueño salían trovadores y juglares que recorrían los caminos de Europa con sus versos de alabanza al amor. Soñadores que se cruzaban con otros hombres y mujeres que también viajaban por el mundo predicando otro amor, el amor divino. Movimientos conocidos como los Valdenses o los Humillados, habían decidido sacar la palabra de Dios de iglesias y monasterios y predicar el Evangelio viviendo una vida apostólica teniendo a Jesús como modelo. Y junto a ellos, mujeres a las que llamaban beguinas que habían decidido vivir en comunidades alejadas de las órdenes monásticas. En estas nuevas formas de vida ponía su atención Clara cuando algún viajero llegaba a su pequeña ciudad o incluso alguno de aquellos nuevos predicadores alcanzaba los muros de Asís.

Todos buscaban el sentido de su vida, en el amor del mundo, o en el amor de Dios. Y esas dos pequeñas niñas no iban a ser ajenas a los cambios que el siglo estaba dando.

Ante su crucifijo de madera vieja y austera, Clara rezaba y meditaba. Después de la breve interrupción, se había vuelto a concentrar en la plegaria. Pensaba en su padre, de quien había sido aquella reliquia familiar; pensaba en todos los lujos que tenían; pensaba en la pobreza de Jesús; pensaba en los muchos pobres que cada vez en mayor cantidad, se agolpaban en las escaleras de la catedral de Asís, vestidos de harapos que no ocultaban las oscuras marcas de la peste; pensaba, en fin, en muchas cosas y rezaba para ser una buena persona y encontrar algún día su propio camino. Y mientras Clara rezaba, Bona repetía los versos escuchados en la plaza de boca de algún juglar. Poemas escritos por amantes anónimos de la poesía. Incluso oyó en una ocasión decir que también las mujeres rimaban hermosos versos de amor.

*He estado muy angustiada
por un caballero que he tenido
y quiero que por siempre sea sabido
cómo le he amado sin medida;
Ahora comprendo que yo me he engañado,*

*porque no le he dado mi amor,
por eso he vivido en el error
tanto en el lecho como vestida.*

Estos en concreto, que repetía una y otra vez en su mente, habían sido escritos por una misteriosa dama que había vivido en el siglo anterior al suyo y que algunos la llamaban la Condesa de Día. Otras mujeres del siglo jugaban con las palabras para ensalzar otro tipo de amor, aquel al que veneraba Clara. Eran conocidas como místicas y su talento tenía como centro el amor divino.

*Oh Dama, si vas allí
quedaremos completamente ciegos,
pues fuego ardiente es la Divinidad,
como tú bien sabes.*

Tan hermosos versos escribiría una de aquellas esposas de Cristo, llamada Matilde de Magdeburgo.

Ya fueran oraciones, ya fueran poemas de amor, ambas soñaban con encontrar un día su camino en la vida, un camino en el que poder amar, para sentirse vivas, para encontrar el sentido de su existencia. Pero había muchas maneras de amar.

En el palacio Offreduccio. Preparando las calendas de mayo

— Estáis preciosa, pequeña —. Una de las sirvientas de la casa azuzaba la falda de Clara con entusiasmo y emoción. Clara permanecía recta tal y como le habían enseñado que debían permanecer siempre las señoritas de buena condición. Lo que no sabía la sirvienta era que la rectitud de su joven ama era debida a la necesidad de disimular otro vestido en absoluto suave ni cómodo escondido debajo del que su madre le había escogido y llevaba tiempo preparando.

La espalda siempre recta, mirando al frente. Nada de actitudes lánguidas que denoten hastío. Hortolana explicaba así a sus hijas cómo ser unas damas educadas. Catalina y Beatriz se divertían con las explicaciones de su madre pero Clara las soportaba con resignada paciencia.

— Clara, sonrío un poco. Que en vez de a una fiesta parece que vayamos a un entierro — le espetó Catalina mientras bailaba a su alrededor con la falda cogida por las dos manos y bamboleándose con alegría.

— Ya sabes que a Clara no le gustan las fiestas — dijo Beatriz.

— Sí que me gustan — Clara no quería ser el centro de atención ni que cuestionaran sus actitudes

ni sus gustos —. Estoy un poco cansada de tantas salidas el campo. No me negaréis que cada día pasamos más rato al aire libre y ya sabéis que me canso con facilidad.

— Sí, sí, lo que tú digas — continuó la pequeña Beatriz.

— Si hubieras terminado de comerte todo el almuerzo... quizás tendrías más energías — respondió Catalina con una pizca de malicia.

— Basta, niñas. No es educado chingar ni fastidiar al prójimo. Dejad a Clara tranquila y vestíos vosotras también o nos perderemos la salida del obispo.

El mes de abril había pasado muy rápido entre excursiones a los prados del valle de Asís, visitas al mercado y las clases de Hortolana que, con el buen tiempo, se veían reducidas al mínimo indispensable. Faltaban dos días para que empezara mayo y la ciudad se preparaba para una de las celebraciones más esperadas del año. El *Calendimaggio* era la fiesta de la primavera por excelencia. Desde tiempo inmemorial, Asís despedía los crudos fríos del invierno y ensalzaba la alegría de los meses primaverales con fiestas en la calle, música, baile y vino. Una fiesta que ya celebraba el mundo cuando aún no había conocido la luz de Cristo y que la Iglesia, una vez más, había adoptado como propia haciendo alguna que otra variación. Una fiesta en la que, de manera excepcional, las mujeres, sobre todo las jóvenes de sello intacto, las vírgenes esperando a ser desposadas, podían mostrarse al mundo. Como hermosas flores escondidas en invernaderos, protegidas del pecado de la lujuria y la concupiscencia, ellas debían permanecer alejadas de cualquier mirada pecaminosa que pusiera en peligro su virtud. Pero en aquel mundo recatado, la Iglesia y el pueblo, aceptaban que su tesoro más preciado, las jóvenes sin mácula, se mostraran con estricta vigilancia para volver a ser enclaustradas, protegidas y cuidadas, con el fin último de salvar sus almas. O los intereses de sus casas. Pues nadie aceptaba una flor manoseada o una fruta ya catada, algo que podía suceder con una simple mirada furtiva que encendiera la pasión escondida en los corazones puros de unas niñas convertidas en doncellas. Por unos días, dejaban las labores dignas de una muchacha modélica, hilar, tejer, bordar, y se les permitía ver el mundo por un agujero. Observar la alegría de un baile, el retumbar eufórico de la música o el placer de un dulce en la boca. Aunque no demasiado, sólo en su justa medida.

Ese año de 1204, las calendas iban a tener un significado especial. Después de todo el periodo de guerra, se volvería a celebrar por primera vez en mucho tiempo la fiesta de la llegada de la primavera.

Estas calendas de mayo iban a reunir bajo los mismos acordes y la misma alegría a todos los ciudadanos de Asís. No sólo despedirían el invierno, también los tiempos de odio y lucha. Era una forma de purificar y curar las heridas de manera definitiva y mirar hacia el futuro con esperanza. Y aunque aún quedaban algunos que pensaban que había que aplastar como a un insecto a todos los del bando contrario, la mayor parte de la población de Asís quería dejar a un lado las divisiones y volverse a unir aunque sólo fuera para celebrar la llegada de la luz y el calor del mes mayo.

Hortolana observaba a sus tres hijas, vestidas con sus mejores trajes. Se sentía orgullosa de ellas. En aquel momento irrumpió *messer* Monaldo en la estancia femenina. Aunque estaba fuera de todo

decoro, Hortolana ya se había acostumbrado a la práctica ausencia de modales en su cuñado. Por eso no se inmutó e hizo un saludo frío y protocolario. La sirvienta que ayudaba a vestir a Clara, soltó de golpe la falta y se inclinó por miedo a recibir después una reprimenda por no saludar como era debido a su amo.

— Estáis preciosas pequeñas.

Como si estuviera ante un surtido de objetos preciosos llegados de Oriente a punto de ser vendidos al mejor postor, Monaldo miraba con ojos críticos a la vez que satisfechos a sus tres sobrinas. Para ellas tenía preparada una buena dote y una lista de pretendientes que beneficiaran más a él que a las hijas de Hortolana. Pero eso ya llegaría.

— Estamos a punto de terminar — antes de que Monaldo continuara con aquella inspección ocular, Hortolana recogió entre sus brazos a las tres niñas y las ubicó en el fondo de la habitación para que se calzaran sus zapatos más bonitos.

— Tranquilas, como el buen vino, no se debe apresurar — con una sonrisa maliciosa cerró la puerta tras de sí.

Si Clara ya no estaba de buen humor ante la perspectiva de pasar unas largas horas en la fiesta de las calendas, aquella incursión de su tío había terminado de fastidiarla por completo. Cuando su madre se hubo alejado lo suficiente para que pudieran oírlas, Catalina dijo a sus hermanas:

— No me gusta tío Monaldo. ¿Nadie le ha enseñado que no se puede entrar en nuestras habitaciones si no eres una dama?

— ¡Cállate, Catalina! — respondió Clara en un susurro. A ella tampoco le agradaba su tío pero las normas de educación le decían que no se debía murmurar del prójimo y menos si era para decir cosas negativas.

— A mí tampoco me gusta — añadió con un mohín la pequeña Beatriz —. No sé por qué ha tenido que venir a vivir con nosotras. Con mamá ya estábamos bien desde que papá...

Beatriz no pudo continuar la frase. Clara se levantó con un zapato a medio poner y se sentó a su lado dándole un cariñoso y fuerte abrazo mientras su hermana intentaba impedir que las lágrimas brotaran, otra vez, por culpa de la ausencia de su padre.

— Padre siempre estará con nosotros. Nos cuida y nos vigila desde el cielo. Fue la voluntad de Dios que nos dejara y no hemos de cuestionarla — Clara limpió una lágrima que caía sobre el regordete moflete de su hermanita y le dio un beso enternecedor. A su otro lado, Catalina se apoyó en el hombro de Clara mientras esta la envolvía en un dulce abrazo. Hortolana se giró hacia sus hijas y al ver los pies medio descalzos de las niñas exclamó:

— ¿Se puede saber qué hacéis ahí las tres sin calzaros aún? — Y dirigiéndose a la sirvienta exclamó: — Por favor, ayuda a las señoritas que parece que hoy no quiere salir nadie de casa.

Mientras en casa de Clara Hortolana azuzaba a sus hijas para que terminaran de arreglarse, en el

palacio Guelfuccio, a unas pocas calles de allí, Bona hacía rato que estaba preparada y repasaba una y otra vez el peinado en el que se había medio recogido su larga melena oscura. Siempre le costaba domar su extensa y rebelde cabellera pero al fin lo había conseguido con la ayuda de su nueva sirvienta María. Con esa muchacha que hacía poco tiempo que había llegado del campo Bona estaba encantada. No sabía dónde había aprendido pero tenía una graciosa agilidad con las manos que dejaba su pelo como nunca nadie lo había conseguido.

— ¿Te peinas tu sola? — Le preguntó a María mientras esta se afanaba en recolocar los rebeldes rizos en la cabeza de Bona.

— Sí, señora — Respondió María con una voz tímida.

A Bona le parecía gracioso que aquella muchacha que bien podría tener su misma edad, o a lo sumo dos o tres años más, la tratara con semejante solemnidad. Y mientras las manos de María continuaban con su cometido, ella no podía dejar de contemplar su precioso vestido azul y acariciaba su falda suave una y otra vez. Disfrutaba tanto poniéndose guapa. Se sentía como una de sus más queridas muñecas de trapo a las que vestía con bonitos vestidos elaborados por ella misma con los retales que sobraban de los suyos propios. Ahora ella era como una gran muñeca de diez años que se contemplaba en el tosco espejo que su padre había adquirido en tierras lejanas del norte de Europa. Se miraba una y otra vez sabiendo que el pecado de la vanidad debería confesarlo en su próxima visita a la iglesia. ¿Isolda llevaría un vestido tan hermoso como el suyo? Seguro que todos sus vestidos eran hermosos.

— No te mires más. Que estás preciosa.

La imagen emborronada de Pacífica apareció en el reflejo del espejo a su lado y la sacó de su ensimismamiento dando un ligero respingo.

— Mamá. Me has asustado.

Pacífica cogió cariñosamente a Bona por los hombros, se agachó a su altura y le dio un beso en la mejilla.

— Mirarse demasiado en un espejo no es bueno. Puede distorsionar la imagen que tienes delante y llegar a ser una obsesión. ¿No recuerdas al pobre Narciso?

— Narciso era demasiado bello para morir. La vida es injusta.

Pacífica sonrió ante la ocurrencia de Bona pues no era ese el mensaje que debía haber sacado de la historia del desdichado y vanidoso joven.

— Además — añadió Bona —, hemos de cuidar nuestro aspecto, por nuestro propio bien. Algún día tú y papá agradeceréis que me esfuerce en estar guapa a los ojos de los demás para que me podáis encontrar un buen marido — ante la mirada perpleja de su madre, Bona insistió — ¿A que sí, mamá?

— Siempre serás una niña bonita y preciosa a los ojos de tus padres. Y ahora no es el momento de pensar en maridos, sino de salir a la calle pronto si no queremos quedarnos atrapados en las estrechas callejuelas y no poder llegar a la plaza de San Rufino. Así que, vamos.

Pacífica se levantó antes de que Bona continuara con su disquisición. Aunque no había quedado

satisfecha con la respuesta de su madre, se calzó los zapatos y salió de su mano en la misma dirección en la que marchaban todos los habitantes de la ciudad.

Los alabarderos encabezaban una comitiva situada delante de las escalinatas de la catedral. Detrás, los tambores esperaban impacientes a hacer sonar sus membranas. Primero debían repicar las campanas anunciando la llegada del obispo Guido. El ruido ensordecedor, alegre y eufórico de éstas tañendo con fuerza acompañaron la salida del simpático, amable y rechoncho obispo de Asís. Vestido con su casulla más lujosa, apoyándose en un cayado de oro y piedras preciosas se plantó solemnemente ante la multitud a la espera de que sus adalides, las campanas, dejaran paso a su bendición.

Clara permanecía en pie, mirando sus zapatos nuevos moviéndolos de un lado a otro como si se bamboleara sobre sí misma. Hacía rato que había desistido de estirar más el cuello para intentar ver alguna cosa. Era demasiado bajita para toda aquella muchedumbre. Se sentía como en un campo de maíz, con las ramas sobrepasando su cuerpo. Aunque tampoco tenía excesivo interés. Mientras oía la bendición del obispo y restaba a la espera del estallido atronador de los alabarderos y los tambores, jugaba con sus pies en el fresco empedrado de la plaza al tiempo que intentaba separarse lo más que podía de los cuerpos que se apretujaban cada vez más a su lado. Beatriz y Catalina iban dando saltitos a su lado sin resignarse como ella a perderse el espectáculo. Clara recordó entonces que siendo ella pequeña como sus hermanas, su padre siempre la aupaba en brazos y se sentía como un pájaro sobrevolando todas las cabezas apiñadas en la plaza. Sintió entonces como se le encogía el corazón al pensar que su padre ya nunca más iba a compartir con ellas ni los momentos insignificantes ni los más importantes de su vida.

— Debíamos de habernos quedado en las ventanas de nuestra casa. Desde allí lo hubiéramos visto todo mucho mejor — se quejaba Catalina.

— Sí, y dejar que todo el mundo nos viera a su vez como si fuéramos un escaparate — le respondió Beatriz —. Ya sabes que las señoritas no deben mostrarse así en público.

— Nadie se habría fijado en nosotras. Todos están pendientes de lo que sucede en la plaza — siguió insistiendo Catalina.

— Si no calláis tampoco oiréis lo que dice el obispo — les reprendió Hortolana.

Clara observaba divertida a sus hermanas y su peculiar discusión. No le sorprendía aquella riña, pues era constante entre sus dos hermanas pequeñas. Esbozó una ligera sonrisa ante algo que al menos la tenía un poco entretenida.

Por suerte para Clara y para desdicha de sus hermanas, eran demasiado pequeñas para que su presencia en la fiesta de las calendas se alargara demasiado. Un breve paseo por la ciudad oyendo la música y algunos versos recitados en una y otra esquina y deberían volver de nuevo a sus casas dejando el vino y los excesos para las horas más oscuras de las tres jornadas que duraba la fiesta reservada para los hombres de mayor edad y alguna mujer camuflada de dudosa reputación.

— Clara, estás preciosa.

La muchedumbre había empezado a dispersarse siguiendo la música a través de las calles de la ciudad. La plaza empezaba a descongestionarse y por fin había dejado de ver las espaldas de sus conciudadanos demasiado de cerca. Bona se había acercado por detrás dando saltitos alegres luciendo su nuevo vestido.

— Tú también, Bona.

Clara sabía que el comentario de su amiga estaba pensado para una respuesta similar respecto de su aspecto. No le importaba. Conocía a Bona y su necesidad de estar siempre guapa y estrenar vestidos bonitos cuando la ocasión fuera propicia. Bona cogió de la mano a Clara y empezó a caminar con ese baile rítmico intentando seguir la música que cada vez se oía más lejana. Estiraba del brazo de su amiga en un intento de movilizarla a ella y las demás mujeres y niñas del grupo. Bona no quería perderse ni un detalle de la fiesta.

Entre toda la muchedumbre, messer Monaldo observaba a sus sobrinas mientras hablaba satisfecho con messer Leonardo de Gislerio y Hortolana intentaba aparentar que no entendía lo que sucedía.

— ¡Mira allí, Clara! — Bona señaló hacia un grupo de personas que hablaba animadamente al final de la plaza.

— ¿Qué o a quién estamos mirando?

— Ese joven, ¿no es Rainiero, el hijo de la casa Di Bernardo?

— Puede ser.

— Creía que aún estaban en Perusa.

— Volvieron hace pocas semanas — una voz detrás de ellas las hizo girarse. Era Catalina. Ante la expresión de sorpresa de Bona y Clara les dijo — tengo ocho años pero mis oídos hace tiempo que funcionan. Oí a mamá que lo comentaba con una sirvienta.

— Pues no deberías escuchar las conversaciones de los mayores, pequeño renacuajo — respondió Clara.

Bona no podía dejar de mirar aquel rostro perfecto. Era la viva imagen de la belleza. Y como si hubiera notado la mirada de la joven clavada en él, Rainiero se giró instintivamente hacia ellas. Pero no fue en Bona en quien se fijó, sino en Clara, un rostro tan o más hermoso que el suyo propio.

— Vámonos, Bona, — dijo Clara — mamá y las demás ya se marchan y no es decoroso que estemos aquí contemplando a ese muchacho.

Bona dio la vuelta a desgana mientras sus piernas temblaban tanto que no podía caminar. La respiración le dolía y el corazón le latía con demasiada velocidad. Mientras, Rainiero no podía dejar de mirar a Clara, una imagen que había visto al entrar en Asís y que no había podido borrar de su mente. Ahora que la veía más de cerca había ratificado lo que en ese momento sintió por la hija mayor de los Offreduccio.

Cuando las calendas de mayo terminaron, el verano llegó de manera prematura, con un calor tan asfixiante que hacía insoportable permanecer demasiado tiempo en las calles y los campos. Los labriegos marchaban a sus tareas de labranza antes de que el sol saliera para evitar sufrir la ira de sus rayos que quemaban sin piedad.

En el palacio Offreduccio se habían retirado los gruesos tapices de las paredes que durante los meses de invierno frenaban el frío. Ahora las ventanas también estaban cerradas y tapadas con suaves cortinas. El aire caliente que entraba con la corriente era peor que una bofetada. El paseo matutino se veía reducido a las primeras horas de la mañana hasta la iglesia de San Rufino y por las tardes, antes de que el sol se pusiera, Hortolana permitía a las niñas una corta visita a los prados, antes de que las puertas de la ciudad se cerraran.

En la penumbra de los salones más frescos de la casa, Hortolana y sus hijas pasaban las horas centrales del día cosiendo, leyendo y practicando sus habilidades con la escritura. Pero aquel día había más movimiento. Bona y Cristiana, se habían acercado a la casa de Clara para preparar una pequeña celebración por su décimo cumpleaños.

— Aunque no te gustan los regalos pon cara de entusiasmo cuando abras el mío — susurró divertida Bona a su amiga mientras preparaban un ligero refrigerio.

Era evidente que Clara no podía esconder su falta de actitud festiva. Pero intentó colaborar pues sabía que todo el mundo se había esforzado por preparar aquella fiesta.

Clara abrió todos los regalos con alegría porque sabía que muchos de ellos estaban hechos con sus propias manos. Beatriz y Catalina le habían cosido un bonito muñeco de trapo; Cristiana había pintado un jarrón con unas flores finamente detalladas. Le llegó el turno a Bona.

— Ya sé que no tengo mucho estilo con la aguja pero al menos sé que te será útil.

— Gracias Bona, es precioso.

Bona había bordado un pañuelo de seda con las iniciales de Clara en un lado y las suyas en el otro en señal de su corta pero eterna amistad.

— Lo llevaré siempre conmigo, de verdad.

— Hasta que se lo des a uno de tus amigos los pobres — Bona guiñó un ojo divertida —. Pero incluso si se lo das a alguien sé que lo harás por una buena causa así que no me enfadaré — Bona espachurró a Clara en un cariñoso abrazo.

La fiesta no duró demasiado y pronto las invitadas marcharon a sus casas.

Por la noche, Beatriz y Catalina cayeron rendidas en sus camas situadas al lado de la de Clara. Estaban tan cansadas por los acontecimientos del día que no oyeron entrar a su madre que venía a darles las buenas noches.

— Están agotadas de tanta fiesta — susurró Clara mirando cariñosamente a sus hermanas.

Hortolana se sentó al lado de Clara y la tapó hasta la cintura con una suave sábana. Tras darle un

beso en la frente le dijo:

— Hace diez años nos hiciste los padres más felices de este mundo. Tu padre, que en gloria esté, no dejaba de mirarte ni un segundo.

— ¿No tuvo una decepción al ver que su primogénita no era un varón?

— En absoluto. Siempre te quiso más que a nadie en el mundo y seguro que hubiera escogido para ti el mejor partido de la ciudad.

— Mamá, por favor.

— Sabes que algún día llegará ese momento... pero por ahora no hay que preocuparse del futuro. Solamente quiero recordar una vez más el pasado. Parece que estoy viendo aquella luz y oyendo aquella voz que me anunciaron tu llegada al mundo. Habías viajado en mi seno a Tierra Santa, en la que fue mi última peregrinación — Hortolana dio un beso en la frente a Clara y permaneció unos segundos en silencio, como si quisiera volver a dibujar en su mente aquel momento único —. Cuando aquella voz me dijo que de mí nacería una luz que iluminaría el mundo sentí la mayor felicidad que una madre pueda sentir nunca. Y tú, que eras un pequeño bultito dentro de mí, saltaste con fuerza.

— Pero aun no sé qué significa eso, mamá. Pobre de mí, si soy una niña bien normal y no creo que esté predestinada a hacer grandes cosas.

— No sé si lo que oí se cumplirá, pero lo que sí que tengo claro es que mi mundo ya lo has iluminado desde el momento en que vi tu rostro y toqué tu pequeño cuerpo indefenso. Recuerdo que cuando te bautizamos pocos días después en San Rufino, a punto de dar tu nombre, recordé la visión y decidí llamarte Clara, en vez de Catalina, que era el que tenía decidido ponerte en honor a Catalina de Alejandría. Tu hermana enmendó la posible afrenta a la santa — Hortolana volvió a besar a su hija y la dejó descansar.

En el palacio de Cecilia di Guelfuccio, esperando un bebé

— Madre, tengo mucho calor.

Cecilia, la hermana mayor de Bona, estaba a punto de ser madre. Hacía un año que se había casado con Felipe, un joven de una buena familia de Asís que desde el primer día había respetado y tratado con profundo cariño a su esposa impuesta por sus padres. Ella, que siempre había sido una muchacha obediente y respetuosa con las tradiciones, no había rechistado ni había objetado nada de un matrimonio basado exclusivamente en los intereses de sus progenitores. Y aquel amor nacido de la nada pero que había enraizado con fuerza en la pareja, los bendecía ahora con un hijo.

La alegría inicial, cuando Cecilia notó los primeros síntomas del embarazo, se tornó en los últimos meses en impaciencia e incertidumbre por el momento crítico del parto. Quería que llegara pronto para poder ver a su pequeño, o pequeña, pero a la vez temía aquel tránsito que bien podía ser hacia la vida o

hacia la muerte. Momento que al final había llegado, en un caluroso día de finales de agosto de aquel año de 1204.

Cecilia se había aposentado en su cama, con sábanas recién puestas cuyo frescor pronto desapareció al contacto con su cuerpo sudoroso. A su alrededor las sirvientas iban y venían en un desfile de cofias blancas que estaba poniendo cada vez más nerviosa a la futura madre. Solamente la mano dulce y firme de Pacífica sobre la suya lograba transmitir un pequeño atisbo de calma y confianza.

Bona revoloteaba por los pasillos intentando encontrar el momento de escabullirse dentro de la habitación de Cecilia. A pesar de la orden expresa de su madre de no estar presente en el momento de la llegada de su sobrino (no es lugar para niñas, había asegurado Pacífica con rotundidad), Bona y su indomable curiosidad no querían perderse semejante acontecimiento. No sabía si le habían prohibido estar en el centro de la acción por miedo a que molestara, con lo que ayudo yo en casa, refunfuñaba para sus adentros, o porque lo que allí dentro iba a suceder podía marcar su vida para siempre. Mejor no ver ciertas cosas, le decían las sirvientas siempre que quería meter su nariz allá donde no estaba permitido.

Mientras Bona se preguntaba todos estos porqués, la campanilla de la entrada sonó agitada. Era Lucrecia, la comadrona, que entró como una exhalación sin saludar siquiera al hombre que abrió el portón de la casa. Detrás de ella, como una sombra, iba pegada Angélica, su ayudante. Había llegado el momento, se decía solemne Bona. Ella se pegó a su vez a Angélica e intentó entrar detrás de la joven en la habitación de Cecilia. Pero lo único que consiguió fue una reprimenda de su madre y un portazo resonando en sus pequeñas orejitas. Aun no entendía cómo Pacífica la descubría siempre en situaciones incorrectas.

Y así fue como Bona no pudo ser testigo de lo que, cuando salía bien, todo el mundo describía como el milagro de la vida. Un milagro pregonado a los cuatro vientos por los gritos de las sufridas parturientas. Bona los oía desde el patio interior al que había marchado derrotada y donde se había quedado para hacer compañía al padre de la criatura que, a pesar de la cara de angustia, no conseguiría compadecerse lo suficiente del dolor que en ese momento estaba padeciendo su esposa.

— Tranquila, sólo es una contracción —. Las palabras de Lucrecia eran frías. Salían de su boca más como una orden, no te vuelvas a quejar, parecía estar diciendo de verdad, que como un consuelo.

La comadrona era una mujer de avanzada edad pero muy ágil en sus movimientos. Los largos años de duro trabajo trayendo niños al mundo no habían hecho mella en su fuerza de voluntad. A pesar de su aspecto frágil, no era demasiado alta y estaba incluso excepcionalmente delgada, tenía la fuerza y resistencia necesarias para aguantar desde los partos más rápidos y fáciles hasta aquellos largos y complicados en los que el desgaste a veces venía de la tensión del momento y otras por tener que llevar a cabo movimientos y maniobras que requerían de un vigor más varonil que femenino.

Hija de Asís, Lucrecia había aprendido el arte de partear de su propia madre y de los cientos de

niños que la habían visto a ella nada más nacer. Su fama de buena comadrona la acompañaba. A pesar de haber sufrido la pérdida inevitable de alguna mujer y muchos otros bebés a lo largo de su vida, las mujeres y hombres de aquel siglo lo aceptaban a menudo como parte de la vida. Pocas veces se había cuestionado su trabajo, las creencias populares estaban de su lado. Si una mujer moría en un parto o su hijo no sobrevivía, la culpa acostumbraba a recaer sobre ella misma y algún pecado mortal con el que había condenado su cuerpo y posiblemente su alma. Yacer en uno de los muchos días prohibidos por la Iglesia o cometer algún pecado relacionado con la carne eran razones suficientes para despertar la ira divina y terminar sin remisión con la vida de aquellas que habían osado transgredir las leyes celestiales.

Si la razón había sido más mundana, mejor aceptar aquel razonamiento sin sentido racional pero que cerraba de un plumazo un complicado problema de culpas, errores o simples fatalidades. Al fin y al cabo, ya desde tiempos de Aristóteles se asumía que la mujer, “un mal necesario para el hombre”, como aseguraba el gran filósofo, era un simple receptáculo de la vida sin más obligación en este mundo que servir al género masculino con pureza y castidad so pena de sufrir la ira terrenal o divina, dependiendo de los casos.

Y aun así, las mujeres se empeñaban en vivir aquel momento que sabían debían sufrir con dolor, por culpa de Eva y su manzana, como un tránsito a la vida, con profunda esperanza. Cual si fuera una moneda lanzada al aire, parir suponía la vida o la muerte. Así de simple, así de cruel.

Pero para pocas disquisiciones éticas o filosóficas estaban en aquellos momentos en la habitación donde Cecilia seguía con sufrida obediencia las instrucciones de Lucrecia e intentaba sobrellevar con la mayor dignidad posible los terribles dolores en aquella absoluta ausencia de intimidad.

En las pequeñas treguas en las que el bebé dejaba de torturar a su madre, Cecilia respiraba hondo y se apoyaba en la cabecera de la cama protegida por suaves y mullidos almohadones sobre los que descansaban dos bellísimas medallas de la Virgen que repiqueteaban alegres en la madera del cabezal. En ellas se había depositado la esperanza y la protección divinas. Si habían protegido a su madre y a su suegra, bien deberían protegerla a ella en ese momento.

Los minutos se hicieron horas en un largo despertar a la vida. Parecía que el pequeño retoño o era demasiado vago para abrirse camino en este mundo o tan a gusto estaba en el vientre de su madre que, sospechando que lo que se le presentaba delante no sería halagüeño, prefería alargar, un poquito más, su estancia dentro de mamá.

Felipe no paraba de caminar arriba y abajo en el patio mirando hacia arriba cada vez que oía un ruido o una voz de la ventana en la que parecía haberse detenido el tiempo. Bona observaba a su cuñado sentada en un banco con su muñeca en el regazo. Cansado de moverse sin llegar a ninguna parte, el futuro y ansioso padre se sentó por fin a su lado.

— Qué muñeca más bonita.

¿Desde cuándo le interesaban a Felipe las muñecas? De hecho, ¿desde cuándo le había interesado Bona? A pesar de ser un hombre educado, desde que había entrado en las vidas de los Guelfuccio, poco

se había relacionado con la pequeña de la familia. Lo que hacía la desesperación, pensó Bona para sí, pero en vez de eso intentó ser correcta como su madre se agotaba de repetirle y respondió:

— Se llama Isabella. Y la hice yo.

— Un nombre muy bonito. ¿Por eso le bordaste esta “I” en el pecho? — Que ahora se preocupara por la costura, algo absolutamente femenino empezaba a preocuparla. Si su esposa no le obsequiaba pronto con su vástago...

— Sí. No me ha quedado muy bien, pero al menos lo he intentado... — Felipe se quedó mirando más allá de la muñeca hasta que un nuevo grito lo despertó de aquella conversación absurda con una niña de diez años.

Bona, cansada de alzar la vista cada vez que un gemido llegaba de arriba, empezó a peinar los cabellos de lana de su Isabella. Miró aquella “I” tan mal cosida que no había por dónde encontrarle una alabanza, sólo aquel pobre padre desesperado podría hacerlo, y pensó en el verdadero significado de la misma. La “I” no era por Isabella. Su muñeca se llamaba en realidad Isolda, en honor a aquella hermosa princesa celta que había vivido una de las historias de amor más memorables jamás contada. Pero para algunos era una historia de pecados y seres libertinos pertenecientes a un mundo alejado de la fe cristiana así que prefirió mantener en secreto su particular homenaje a Isolda y evitar una nueva reprimenda de su madre y de su hermana. Cuando decidió darle ese nombre a su muñeca pensó también en Ginebra pero no se le ocurrió una alternativa que empezara por “G” que la convenciera. Isabella estaba bien. Isolda mucho mejor. Aunque lo sentía por Ginebra.

El ambiente en la habitación de Cecilia se iba cargando por momentos, el calor de los paños recién calentados y el vapor que salía de los dos cubos que habían subido con gran dificultad las sirvientas para tener siempre a mano repartían por la estancia una humedad insoportable. Angélica secó la frente de Lucrecia, plagada de perlas transparentes. Aquella jovencita que iba siempre al lado de la partera no debería tener más de veinticinco años. Con un pelo rubio como la paja, recogido en una trenza perfecta que salía recta por debajo de su cofia blanca e impoluta, y unos ojos azules más claros que un cielo de verano, parecía realmente un ángel venido del cielo. Un origen que Lucrecia le había atribuido desde que Asís había visto por primera vez aquellos ojos preciosos y había oído sus profundos chillidos. Según aseguraba con gran determinación su protectora, la niña había aparecido en la vera de un riachuelo, perfectamente fajada, dentro de una cesta. Como Moisés en las aguas del Nilo. Lucrecia repetía la historia utilizando siempre las mismas palabras porque, según ella, recordaba aquel momento con perfecta nitidez. O puede que fuera una de aquellas mentiras repetidas una y otra vez como una letanía con la esperanza que con su repetición la convirtiera en realidad, como quien forja una espada a golpe de martillo. Aunque, ¿qué más daba que fuera mentira o que fuera verdad? Si era hija de Lucrecia, hija natural, pues la vieja matrona nunca había sido esposa a los ojos de Dios, al menos no la había

abandonado. Los conventos andaban repletos de momentos de debilidad convertidos en seres inocentes condenados a vivir una vida lejos del calor de una madre y la protección de un padre. Si Angélica era efectivamente una niña abandonada, Lucrecia había sido un alma más que caritativa. Así que lo que de verdad importaba era que aquel bebé abocado a una muerte segura o a una vida falta de cariño estaba ahora allí, feliz con su destino, amando con profunda sinceridad a una mujer a la que consideraba su madre. A la que respetaba y de quien nunca se separaba. Eso era lo realmente importante.

Estaba aprendiendo el oficio con gran celeridad y eficacia. Pronto podría encargarse ella sola de un parto. Pero por ahora era el complemento perfecto a Lucrecia. No hacían falta palabras, órdenes habladas, solamente una mirada, un gesto que las demás mujeres apenas percibían para saber lo que había que hacer. Como en aquel preciso instante.

Tras la última contracción de Cecilia, y ya iban tantas que habían perdido la cuenta, Angélica cambió su posición alejada de Lucrecia para ponerse a su lado. El niño ya asomaba su pequeña cabeza.

— Un empujón más y pronto veremos al bebé — Lucrecia, de rodillas ante la parturienta, siguió dando órdenes hasta que por fin, nació un niño rollizo al que pusieron el mismo nombre que a Felipe, el padre afortunado del que costó separarlo más esfuerzo del que había sido necesario para sacarlo del vientre de su madre.

Así, el pequeño Felipe se convirtió en la nueva diversión de los Guelfuccio, con Bona a la cabeza. Abandonando por un tiempo a su querida Isolda y el resto de sus princesas, supuestamente santas, de trapo, Felipe se convirtió en su juguete favorito. Por él se esmeró en bordar con más finura y sacrificó algunos de sus paseos matutinos para estar pegada a la cuna de su sobrino.

Aquel verano de 1204, después de la guerra y el odio, parecía que Asís, poco a poco, iba curando sus heridas. Juan, *Il Francesco*, reanudó el trabajo en el taller familiar, hecho que calmó, al menos temporalmente, los ánimos del rudo Pedro di Bernardone. Giovanni di Bernardo y su familia pronto volvieron a sentirse como en casa e intentaron borrar con fiestas y celebraciones en su ostentoso palacio restaurado los tristes días de exilio en Perugia. En casa de Clara Offreduccio, la presencia de *messer* Monaldo no impidió que la vida continuara como antes, y el vacío dejado por Favarone, intentó ser suplido por horas de oración y el amor de Hortolana a sus tres hijas.

Pero mientras la vida en Asís recuperaba poco a poco su normalidad, nadie sospechaba que las casas de Bernardo, Offreduccio y Guelfuccio iban a sufrir largos días de nuevos conflictos personales. La causa última no sería otra que una profunda conversión vivida por Juan, quien no se resignaría a seguir los pasos de su padre en la tierra. Iba a cumplir los designios de su padre en el Cielo. Y aquello iba a sacudir los cimientos de muchos de los hogares de más alcurnia de la ciudad.

3. Conversiones

*Loado seas, mi Señor, con todas tus criaturas,
especialmente el señor hermano sol,
el cual es día, y por el cual nos alumbras.*
Cántico del hermano sol, San Francisco de Asís

Asís. 1206

El frío del invierno por fin estaba empezando a desaparecer. Despertaba de nuevo la primavera en Umbría y el verde de los fríos campos dejaba paso a un arco iris de flores que, tras el largo sueño invernal, despertaban con fuerza. Después de un largo invierno encerradas huyendo del frío, por fin, Bona y Clara podían disfrutar de una mañana en libertad. Aunque más Bona que la mayor de los Ofreduccio, quien prefería permanecer recluida entre los muros protectores de su hogar.

Bona y Clara paseaban alejadas de la niñas. Beatriz y Catalina seguían siendo pequeñas y jugaban alrededor de Pacífica y Hortolana. Bona y Clara estaban a punto de cumplir los doce años y aunque pequeñas, empezaban a acercarse a la edad adulta; según las convenciones de la época, en menos de tres años ya deberían estar comprometidas y preparadas para casarse. Había niñas de su entorno que ya tenían un marido asignado para el resto de su vida. Cuando oían hablar de ello, Bona se sentía ansiosa, pensando con ilusión en la llegada de ese día. El matrimonio acordado de sus padres había sido un matrimonio feliz. No sólo habían conseguido ser una de las familias nobles más importantes de la ciudad, sino que dentro de su palacio, en la intimidad, la felicidad era su mejor definición. Los padres de Clara también habían tenido la misma suerte. No siempre sucedía que un acuerdo matrimonial fuera del agrado de sus principales implicados pero en sus casos, amor y matrimonio habían ido excepcionalmente de la mano. Pero a diferencia de Bona, Clara no tenía claro que quisiera seguir los pasos de sus padres. Había oído rumores de que su tío Monaldo ya había decidido quién sería su marido e incluso el de las pequeñas Beatriz y Catalina. No conocía la razón, pero oír hablar de ello le provocaba un nudo en el estómago y no precisamente de emoción.

Bona y Clara seguían paseando en silencio. Respirando el aire fresco de la mañana mientras el tímido sol calentaba suavemente sus rostros.

— Mira allí — Bona sacó a Clara de sus pensamientos. Su mano señalaba la vieja y derruida ermita de San Damián. Desde hacía tiempo, un viejo ermitaño vivía en la que era la sombra de un pequeño templo construido hacía demasiado tiempo. Las piedras se caían, el techo empezaba a desaparecer, los frescos y adornos litúrgicos eran prácticamente inexistentes. Tan sólo una vieja cruz de madera adornaba el empobrecido altar de la capilla. Pero Bona no señalaba el resto de iglesia que veían a menudo cuando llegaban a este punto del prado. Al lado del viejo monje, al que veían siempre pasear por los alrededores de la ermita y que parecía ser una piedra más del destartado edificio, estaba un joven alto, esbelto, que conversaba alegremente con el ermitaño. Posiblemente sería la primera vez que el pobre viejo hablaba con alguien que no fuera Dios.

— ¿Con quién está hablando el monje? — Preguntó Clara aunque sin mostrar demasiado interés. La pregunta era más para agradar a su amiga, quien sabía que la esperaba, que para cubrir la curiosidad de ella misma.

— Parece Juan, aquel que llaman Francisco, el hijo del vendedor de telas *messer* Bernardone.

— ¿No había marchado con el ejército del papa hacia Apulia? Su madre, *madonna* Pica, nos lo comentó entristecida un día que pasamos por su tienda hace unos meses. Parece ser que junto a otros jóvenes de la ciudad decidió apoyar la causa de un tal Gauthier de Brienne, un conde que reclamaba la corona de Sicilia y al que Inocencio III defendía.

— Pues o es alguien muy parecido o ha vuelto de la guerra por alguna razón que desconocemos.

— ¿Qué crees que querrá el hijo de un rico comerciante de un pobre y miserable sacerdote?

Clara esbozó una sonrisa y respondió:

— ¿Sabías que la curiosidad mató al gato?

— No seas malévola, Clarita. No te pega en absoluto — respondió Bona esbozando también una sonrisa de complicidad. Ambas sabían perfectamente que a Bona le gustaba conocer y fisgar en la vida de los demás. Clara, a quien le importaba más bien nada lo que sucediera más allá de su círculo de seres queridos, siempre gustaba de reírse con cariño del pequeño defecto de su amiga.

— Anda, vamos a caminar hacia el otro lado y dejemos que ese tal Francisco y su ermitaño traten de sus asuntos en privado. Además, seguro que de un modo u otro acabarás enterándote. Siempre lo haces.

— Y entonces no te lo explicaré aunque me lo supliques.

— De acuerdo, lo acepto, me quedaré con la duda.

— Espera — Bona agarró del brazo a Clara y la hizo volver a mirar hacia la pequeña ermita. El joven alto y esbelto se había encaramado a un montón de piedras que antaño hubieran formado un recio muro y empezó a hablar a voz en grito a unos pobres labriegos que merodeaban por allí —. ¿Oyes lo que dice?

— Pues no — respondió Clara un tanto asqueada.

— Acerquémonos un poco más — Bona estiró del brazo de Clara para acercarse lo necesario para

oír las palabras del joven.

— Venid y ayudadme — decía —, en la obra del monasterio de San Damián, pues con el tiempo morarán en él unas señoras, con cuya famosa y santa vida será glorificado nuestro padre celestial.

— Anda, vámonos de aquí antes de que nos vea y crea que somos esas señoras de las que habla — Bona giró sobre sí misma y volvió a trepar hasta los prados en los que estaban paseando —. Vamos Clara. No es más que un pobre loco. Será verdad que su prisión en Perusa lo ha trastocado por completo.

Clara sintió un extraño escalofrío en su cuerpo y siguió a su amiga mientras giraba tímidamente la cabeza para no perder de vista la imagen de aquel a quien muchos a partir de entonces iban a llamar loco.

— *Signorina* Chiara, la *signorina* Guelfuccio ha venido a verla.

Clara no esperaba la visita de Bona. Se encontraba absorta en su costura, sola, tranquila en su habitación, mientras las niñas Beatriz y Catalina jugaban al lado de su madre en el salón principal. Bona entró como una exhalación, sin dar tiempo a Clara a esconder el tosco pedazo de tela que estaba cosiendo.

— ¡Hola Clara! ¿Qué estás cosiendo? — preguntó extrañada al ver aquella tela sucia y rasposa.

— Esto... estaba arreglando este vestido para dárselo a los pobres...

— ¿Y desde cuándo se hacen dobladillos a los vestidos de los pobres? Últimamente haces cosas muy raras Clara. Te conozco y sé que no me estás diciendo la verdad... Pero tú sabrás...

— ¿Si te lo digo, guardarás el secreto?

— Ya sabes que sí — respondió intrigada Bona.

— Di uno de mis vestidos a una pobre a cambio del suyo.

— ¡Y si esa pobre tenía la lepra o algo contagioso! — exclamó escandalizada — ¿No pensarás ponértelo? — añadió con un gesto de desagrado.

Ante el silencio de Clara, Bona prosiguió.

— Perdona Clara. He dicho que guardaré el secreto, cosa que sabes que haré. Me gusta saber todo de todos pero sé guardar un secreto cuando alguien me lo pide de verdad. Pero, sinceramente, no comprendo tu comportamiento. No sé cómo vas a explicar a tu madre y sobretodo a tu tío, tu nueva vestimenta.

— Me lo pondré debajo de los vestidos que uso normalmente. Nadie lo notará.

— ¿Y con qué fin?

— Para recordarme que todos hemos de ser pobres como lo fue Jesucristo. Quiero compartir su pobreza. Sé que es difícil de entender pero eso es lo que siento en el fondo de mi corazón. Y como sé que los demás, como tú, no lo entenderán, prefiero ocultarlo debajo del lujo que se me ha impuesto por mi privilegiada condición. Como me va un poco largo estaba acortando la falda para que no sobresaliera por debajo de la mía. No es la primera vez que lo hago y, hasta ahora, nadie se ha percatado del engaño.

— Hablas de tu privilegiada condición como si fuera una condena.

— En parte así lo siento, sí. Todos deberíamos ser iguales a los ojos de Dios.

— Pero hay muchos hombres y mujeres doctos que pertenecen a la Iglesia que defienden como aceptable la posesión de bienes. No sé a qué viene ahora esta necesidad de ser pobre.

— También hay muchos que están empezando a decir lo contrario. ¿No has oído hablar de unas mujeres a las que llaman beguinas? Son damas ricas como nosotras que lo han dejado todo para vivir en la pobreza y cuidar de los demás.

— Clara, me estás asustando.

— Tú ves lo más normal del mundo arreglarte y sentirte guapa y atractiva. No te juzgo por ello. Al contrario, me alegro de que seas feliz en la vida que te ha tocado vivir. Yo siento dentro de mí una angustia constante. Debo encontrar el porqué de esa sensación. Y ayudar a los demás y sentirme más cerca de Jesús me hace sentir mejor. No creo que haga nada malo.

— Claro que no. Mi querida y dulce Clara — Bona dio un abrazo a su amiga —. Sabes que siempre te querré incluso y quizás sobretodo por tus excentricidades. Pero por ahora, mejor guardemos este secreto — añadió a la vez que cogía con las puntas de dos dedos de las manos el vestido harapiento y lo lanzaba hacia otro lado de la habitación —. Ahora me toca a mí contarte mis excentricidades.

Clara sonrió y miró el vestido que había caído en un rincón de la estancia.

— Tranquila. Cuando me vaya podrás volver a cogerlo — dijo Bona con sorna y prosiguió —. Esta mañana he tenido el gusto de conocer a uno de los partidos más guapos, elegantes y caballerosos de todo Asís. La mujer a la que elijan como su esposa será la más afortunada de toda Umbría y más allá.

— ¿Y quién es ese Adonis? — preguntó Clara con burla. Ahora le tocaba a ella reírse de los gustos de su amiga.

— Cuando lo veas no te reirás tanto. Incluso tú, que nunca te has fijado en nadie del sexo opuesto tendrás que reconocerme mi entusiasmo. Es el hijo pequeño de la casa di Bernardo, Rainiero. Los que llegaron hace poco más de dos años del exilio en Perusa. ¿No te acuerdas? Días antes de las calendas de mayo, fueron los últimos en volver. Ayer mi padre tuvo una entrevista con su padre, quien lleva el mismo nombre que su apuesto hijo. Evidentemente no pude saber el contenido de dicha conversación y el rancio de mi hermano, quien también estaba presente, no ha querido soltarme ni una palabra. Desde que volvió de Oriente, por cierto, que está insoportable. Bueno, a lo que iba. ¿Te imaginas que mi padre consiga un buen acuerdo matrimonial para mí con Rainiero?

Bona sonreía de auténtica felicidad mientras soñaba despierta en un futuro con aquel joven guapo y elegante.

— Sería muy bonito, claro que sí. Rezaré porque algún día consigas esa soñada felicidad. Pero sea él o cualquier otro, será afortunado de tenerte como esposa. Sé que serás una buena dama de tu casa y una buena madre.

— Y tú también.

Clara bajó la cabeza y soltó suavemente las manos de Bona.

— ¿Por qué cada vez que se habla de matrimonio miras hacia otro lado? Sabes que no falta demasiado tiempo para que seamos elegidas para algún joven de la ciudad. Y deberías estar contenta y dispuesta, como nos han enseñado nuestras madres, quienes, ya que las menciono, son un buen ejemplo de alegría y felicidad conyugal.

— No sé, Bona. No creo que nunca llegue a ser tan buena como mamá. Y yo no tengo tan claro que quiera eso para mí...

— ¿No me estarás diciendo que quieres entrar en un convento? — respondió escandalizada su amiga.

— No hables tan alto. Te digo que no lo sé. Aún no me he planteado tantas cosas como tú. Me veo muy niña todavía. No lo sé.

— Hay niñas que con doce años son entregadas a sus maridos. Aunque aún juguemos con muñecas, el límite entre un estado y otro está cada vez más difuso y hemos de estar preparadas.

— No lo sé, Bona — insistió Clara —. De todos modos, no está en nuestras manos la elección. Tú tienes suerte de tener a tu padre que velará seguro por tus intereses. Yo, en cambio, dudo que mi tío Monaldo piense en algo más que en los suyos propios y mamá poco puede opinar.

Mientras decía estas palabras con tristeza en su voz, Clara se levantó para recoger el vestido que Bona había tirado y lo escondió debajo de su cama.

Bajaron al salón donde Pacífica se había quedado a hablar con Hortolana.

— Así que tengo que preparar para mañana todo lo necesario para la cena — oyeron a Hortolana mientras bajaban las escaleras.

— ¿Qué cena, mamá? — preguntó Clara mientras entraba en el salón.

— Tu tío ha invitado a *messer* Bernardo, su esposa y sus tres hijos a cenar. Ya los conoces, las dos niñas son mayores y están a punto de casarse, sus padres les han encontrado buen marido. El pequeño y heredero de toda la fortuna de su casa tiene tu misma edad. Cuando erais pequeños jugabais juntos aunque de eso seguramente no te acordarás. Ah, y también vendrá el obispo, así que espero que tengáis un comportamiento impecable.

Seguro que no se acordaba de Rainiero. Muy poco tiempo dejaban a los niños convivir con otros niños del sexo opuesto. Cuando empezaban a tener uso de razón, los separaban para que cada uno siguiera su camino. Los niños, aprender a ser grandes caballeros; las niñas buenas dueñas de su hogar.

Mientras hablaba Hortolana, Bona apretó con fuerza la mano de su amiga. Clara intentó disimular el dolor de aquel apretón nervioso y súbito.

— ¡Sí! ¡Y lo mejor de todo es que a Beatriz y a mí nos permiten también estar en la cena! — exclamó Catalina.

Clara entendió que si las pequeñas estaban invitadas, ella por supuesto que también tendría que acudir. Así que se ahorró la pregunta mientras buscaba la manera de deshacerse de la fuerte mano de

Bona sin llamar demasiado la atención. La asistencia a actos públicos, aunque fueran dentro de su propia casa, no estaba permitida a las niñas de corta edad ni a las jóvenes que empezaban a despuntar como mujeres. No era adecuado que se mostraran en público más de lo estrictamente necesario, como asistir al oficio religioso o a alguna fiesta especial. Seguro que la decisión de invitar a sus tres sobrinas había sido idea de *messer* Monaldo pero no sabía muy bien el por qué. A buen seguro que respondería a alguna maquinación de su tío.

— Bona, querida, nosotras debemos marcharnos ya. Despidete de Clara y de las demás.
Para alivio de Clara, Bona no tuvo más remedio que soltarle la mano.

Además de a toda la familia de la casa di Bernardo, *messer* Monaldo había invitado al obispo Guido. La cabeza visible de la Iglesia en Asís era un invitado asiduo a las cenas de los Offreduccio. Todo el mundo conocía al hermano del desaparecido Favarone y sabían que no se parecía a él en la piedad y la religiosidad. Pero sí era experto en las relaciones personales y sabía que una buena relación con el clero siempre era necesaria. El obispo lo sabía pero aceptaba las invitaciones de *messer* Monaldo por el recuerdo de su hermano y la estima que tenía a Hortolana. La dama de la casa de los Offreduccio había ayudado mucho en las obras de caridad de la catedral de Asís y siempre que podía echaba una mano en lo que pudiera para ayudar a los pobres. Y, por qué no decirlo, las cenas en casa de los Offreduccio eran copiosas y regadas con los mejores vinos. Pecar un poco de gula era a veces necesario para mantener una buena relación con los feligreses...

Las tres niñas estaban perfectamente alineadas en un lado del salón esperando a recibir a los invitados tal y como les había enseñado su madre. Primero entró el obispo, un simpático hombre regordete de cara amigable que siempre tenía una palabra amable para todo aquel que se le acercara. Tras saludar a *messer* Monaldo y *madonna* Hortolana, se dirigió a ella diciéndole:

— *Madonna* Hortolana, tiene usted unas hijas preciosas, elegantes y educadas. Pocos habrá en Asís que merezcan estas joyas.

Hortolana sonrió educadamente mientras Beatriz y Catalina respiraban hondo y se ponían más firmes todavía, orgullosas del comentario hecho por el obispo. Clara mantenía la mirada al frente esperando poderse sentar, pues las piernas le temblaban y se sentía un poco indispuesta. Los nervios, que siempre le sobrevenían cuando debía asistir a algún acto con más personas de las habituales en su rutinario círculo diario, no los podía controlar. Intentó no moverse para pasar lo más desapercibida posible. Algo poco probable, pues su belleza natural deslumbraba al más apático e insensible de los seres. El obispo Guido se acercó a las niñas manteniendo una educada distancia con ellas y se dirigió a Clara.

— Pronto tu tío encontrará un buen partido para ti y por supuesto que será el más afortunado de la ciudad. Serás una esposa fiel y una madre piadosa.

Clara hizo una tensa reverencia manteniendo la cabeza baja para no mostrar su rostro de rasgos tensados.

En aquel momento, el sonido de pasos desde la puerta derivó para su tranquilidad la atención de todos los allí presentes. *Messer* Bernardo, su esposa *Michaela*, sus dos hijas y su hijo *Rainiero* hicieron su entrada en la gran sala del palacio.

Clara tendría que dar la razón a *Bona* cuando la viera a la mañana siguiente. Realmente *Rainiero* era un joven muy apuesto. Rubio, con ojos azules, alto y esbelto, quizás demasiado para su edad, la misma que Clara. Elegantemente vestido y con un porte de auténtico caballero. Pero lo primero que pensó fue que era bello como un fresco de la catedral o una estatua del anfiteatro romano de la ciudad. Pero nada más. El escalofrío que sintió *Bona* al verlo no lo sintió Clara en absoluto. Al momento desvió su mirada hacia los demás miembros de la familia *di Bernardo*, por lo que no se dio cuenta de que *Rainiero* sí que la miraba con ojos muy distintos. El joven no podía separar la vista de la bella dama que tenía ante sí. Una larga melena rubia recogida en un sutil peinado, con unos ojos rasgados y penetrantes, un rostro absolutamente perfecto y un cuerpo proporcionado, dejaron prendado a *Rainiero*, quien no se dio cuenta de que los demás avanzaban para iniciar los saludos formales. Su hermana mayor, *Catherina*, volvió sobre sus pasos para hacer avanzar a su hermano al que cogió del brazo. A pesar del latigazo que le propició *Catherina*, *Rainiero* no dejó de mirar aquel ángel que se le había aparecido delante de sí. Había visto a la mayor de los *Offreduccio* en alguna ocasión de lejos, cuando acudía a la catedral a rezar o desde la ventana de su casa, pero nunca había estado tan cerca de ella como para poder deleitar sus sentidos con semejante belleza.

Clara saludó con formal educación a toda la familia *di Bernardo*. Cuando le tocó el turno a *Rainiero*, hizo una graciosa reverencia y volvió a su posición anterior en un calculado ejercicio de protocolo. Aunque le costó ocultar la turbación que le provocó la mirada insistente, incluso atrevida, de *Rainiero*, quien continuaba aturdido por su presencia sin poder avanzar tal y como las normas del saber estar y el decoro le indicaban. De nuevo *Catherina* volvió a salvarle. Miró a Clara y le dedicó una leve sonrisa que ayudó a destensar su rostro y recogió con cariño a su hermano mientras le susurraba algo al oído.

Por fin se sentaron todos a la mesa a cenar. Una mesa larga, exquisitamente decorada, con los manjares más suculentos que *Hortolana* había ordenado cocinar y había supervisado para que todo estuviera perfecto. Y perfecto estaba. Y orgullosa se sintió ella de ser una anfitriona perfecta. En definitiva era una de las labores para las que había sido educada.

— Señor obispo, beba y coma tranquilo que hoy he sabido que ha tenido un día de lo más ajetreado — *messer* *Monaldo* levantó la copa e invitó a su eminente invitado a seguirle en el placer de la bebida. Los demás quedaron a la espera de que el obispo explicara a qué se refería *Monaldo* —. Explíqueselo a los demás, eminencia, que por sus caras creo que aun no se han enterado de la noticia del día, la semana y supongo que del año en *Asís*. Creo que tras la revuelta de aquellos burgueses ansiosos de poder, este

ha sido con diferencia el hecho más destacado que se han vivido dentro de los muros de nuestra respetada ciudad.

El obispo Guido hizo un leve sorbo en su copa de vino y dijo:

— Bueno, bueno, *messer* Monaldo, no exagere usted. No sé yo. Creo que todo quedará en una anécdota. Aunque quién sabe. Sólo el tiempo lo dirá.

— Explíquenos, eminencia, que nos tiene a todos sobre ascuas — respondió impaciente *messer* Bernardo. Las damas tenían el mismo interés pero no era de buen gusto mostrar impaciencia ni entrometerse en una conversación iniciada por los hombres a menos que se les preguntara o su comentario fuera realmente oportuno.

— Creo que *messer* Monaldo le da demasiada importancia pero si tanto les interesa. Esta mañana, el hijo del vendedor de telas y su esposa francesa, aquel a quien llaman ahora Francisco pero fue bautizado con el nombre de Juan, ha venido a mi presencia para despojarse de todos sus bienes. Como símbolo de su decisión, según él, inspirada por el Altísimo, se ha quitado toda su ropa y me ha pedido que se la diera a los pobres — las mujeres se pusieron las manos en la boca ahogando suspiros escandalizadas —. Pueden imaginar la reacción poco favorable que ha tenido su desdichado padre, quien le acompañaba, de quien todo el mundo sabe el amor que le profesa al dinero y los bienes de este mundo.

— ¿Y por qué ha hecho semejante tontería? — preguntó *messer* Bernardo mientras se reía burlonamente.

— Parece ser que tras el tiempo que estuvo preso y la enfermedad que le sobrevino después de su liberación, el joven empezó a tener visiones y unas voces que le decían que ya no pertenecía al siglo y que debía seguir los pasos de Cristo asumiendo su pobreza. Tras muchas divagaciones ha decidido dejar a su familia, quien no está en absoluto de acuerdo con su decisión. De hecho, su padre, Pedro Bernardone, vino con él para denunciar a su propio hijo del robo de unas telas. Francisco explicó en su defensa que las había cogido para venderlas y con el dinero que obtuviera poder ayudar en la reconstrucción de la vieja y derruida ermita de San Damián.

Así que era él a quien habían visto con Bona aquella mañana en el prado. Clara escuchaba con atención las palabras del obispo y observaba con disimulo los gestos de desaprobación e incluso de risa y mofa de los sentados a su mesa. Solamente Hortolana mantenía una actitud seria y respetuosa con las palabras del obispo.

— Vigile padre que no le obligue a usted y los suyos a despojarse también de todas sus riquezas — respondió con sorna *messer* Bernardo — estos burgueses no pueden traer nada bueno, más que lo que nos venden en sus tiendas. No me da ninguna pena ese Pedro Bernardone, le está bien empleado. Tanto luchar por sus derechos y no se ha preocupado de su hijo quien ha terminado convirtiéndose en un pobre loco.

— Francisco no se ha metido con nadie... por ahora — respondió en un tono serio el obispo. No le había gustado el cariz de broma que le estaba dando a su historia Rainiero Bernardo —. Mientras él tome su camino con decisión y responsabilidad sin alterar el orden público ni opinar sobre los bienes de los

demás, puede reconstruir las iglesias que quiera y despojarse de los bienes que más le molesten.

— ¿Pero no teme que más jóvenes sigan su ejemplo? — Hortolana se atrevió a hablar con un tono de voz tímido.

— No creo que muchos jóvenes estén dispuestos a dejarlo todo como ha hecho Francisco. Los bienes terrenales gustan mucho a muchos — respondió Monaldo quien miró con una mirada de cierta desaprobación a Hortolana. Esta no bajó la mirada ni se sintió mal. Al fin y al cabo ella también era la anfitriona y los años que hacía que conocía al obispo Guido le daban fuerzas para hablar.

— Bueno, no seas tan benevolente Monaldo — dijo a su vez Rainiero —. No sé si has oído hablar de esas mujeres al borde de la demencia que se conocen como beguinas que más allá de los Apeninos han empezado a formar comunidades en las que la pobreza y la caridad son sus principales lemas. Son mujeres que lo tenían todo, riqueza, belleza, pero que han decidido despojarse, como este Francisco, de los bienes del siglo y vivir en la más absoluta de las pobreza.

— En este caso supongo que han preferido la pobreza a que se las obligue a casarse con alguien a quien ellas no han escogido. Sus familias no habrán sido lo suficientemente persuasivas — añadió Monaldo mientras ahogaba las últimas palabras en su copa de vino.

— ¿Es de su agrado la cena, eminencia? — la pregunta de Hortolana intentaba redirigir la conversación que estaba derivando hacia temas peligrosos.

— Sabe *madonna* Hortolana, que siempre he agradecido las invitaciones que me hacéis a vuestro palacio. La compañía es exquisita y la comida de primera categoría. Brindo por ello.

Clara agradeció el giro que le dio su madre a la conversación aunque se quedó con una fuerte curiosidad por saber más de la historia de aquel Francisco. Sabía que era hijo de los vendedores de telas más ricos de la ciudad y que hubo un tiempo en que dedicaba sus horas de ocio a la buena vida. Pero este cambio de rumbo en su vida, sus palabras en San Damián y ahora su rebelión hacia sus padres y frente al obispo habían hecho de Francisco una persona interesante para ella. La conversación continuaba animadamente, Clara arrastraba la comida a ambos lados del plato masticando un pequeño pedazo de carne lentamente para que pareciera que comía como todos los demás. Con una mano sostenía el tenedor; con la otra, arrastraba un pedazo de pan hasta el borde de la mesa. Cuando creía que nadie la miraba, le dio un empujoncito para que cayera en su falta donde lo agarró con fuerza y se lo escondió debajo del vestido.

Mientras se debatía la actitud de Francisco ante sus padres y la difícil y extraña decisión que había tomado, Rainiero no dejaba de observar a Clara. Era como tener ante sí el rostro de una bella Virgen pintada en un perfecto fresco. Sus facciones eran perfectas, el color de su rostro de un blanco inmaculado, su pelo preciosamente peinado. Los codazos disimulados de su hermana mayor no servían para alejar aquella mirada mantenida de la sobrina de su anfitrión. Tendría que reprenderle cuando llegaran a casa y darle un repaso a las clases de protocolo y decoro. Aquel niño que jugaba a ser un hombre había quedado hipnotizado por la belleza de Clara. Había oído hablar de ella y de cómo todo el

mundo se prendaba al verla pero aquella perfección era difícil de describir. Tan ensimismado estaba que el trozo de carne que se sostenía por una ligera punta terminó por caer encima de la gustosa salsa que no había probado aún. El salpicón le sobresaltó despertándolo de aquel sueño extraño en el que se había sumido. El gritito agudo que salió de la boca de su otra hermana hizo que todos los comensales derivaran su atención hacia el pequeño incidente. Clara miraba con poca curiosidad aquel niño torpe que había interrumpido la conversación sobre Francisco.

Sin embargo un sentimiento de lástima por el avergonzado Rainiero le sobrevino.

— No se debe reír del prójimo — susurró a sus hermanas que no pudieron evitar soltar alguna tímida carcajada.

Casi sin pensarlo le alcanzó su servilleta desde el otro lado de la mesa. Una risita nerviosa de Beatriz la incomodó y se dio cuenta de que debía haberse quedado quieta sin hacer ni decir nada.

En la despedida a la velada, Monaldo quedó aparte un momento con Rainiero.

— Tenías razón, Monaldo. Tu sobrina no sólo es bella. Tu cuñada la ha educado como a una auténtica dama. Es educada, seria, callada. Todo son alabanzas... excepto una cosa. Creo que Hortolana ha enseñado a las niñas a leer y escribir. Ciertamente no me parece mal que Clara sepa leer, siempre que se ciña a textos adecuados para una mujer obediente. Lo de escribir... dar a una mujer un arma como esa, creo que es un poco peligroso. Plasmar en un papel sus ideas, si es que las tiene... en fin. Algún defectillo debía de tener. Esperemos que no use ese conocimiento para la rebeldía y el mal.

— Estate tranquilo, Rainiero. Clara es una niña muy obediente. Hará todo lo que le digamos.

Una vez en su habitación, Beatriz y Catalina no dejaron de chincar a Clara con comentarios acerca de Rainiero.

— Vamos niñas, dejad en paz a vuestra hermana. Sólo ha sido educada con el joven di Bernardo — las palabras salvadoras de Hortolana fueron recibidas con mucho agrado por parte de Clara —. Venga, a dormir que ya es muy tarde.

Las niñas se metieron en la cama a regañadientes. Estaban demasiado excitadas por la velada que habían tenido. Pocas cosas diferentes pasaban en sus vidas por lo que cualquier cambio las alteraba en exceso.

Mientras seguían haciéndose bromas la una a la otra dentro de sus pequeñas camas, Hortolana arropó a Clara y le dio un beso en la mejilla.

— Mamá, no debería haberle acercado la servilleta, ¿verdad? Ahora voy a dar mucho de qué hablar.

— No te preocupes, mi dulce niña.

— No lo he hecho con ninguna intención. Simplemente me ha dado pena ver a ese pobre niño embadurnado de salsa hasta las orejas.

Hortolana sonrió ante la descripción de Rainiero.

— Ya no eres una niña. Y Rainiero tampoco es un niño. Aunque tienes sólo doce años, ahora todas las miradas se dirigirán a cualquier cosa que hagas. Ya sabes que tu tío está empeñado en encontraros un buen marido a las tres. Y tú, mi querida Clara, eres la primera, te guste o no.

— Me parece que no le gusta demasiado — respondió Catalina desde debajo de su sábana.

— Lo que no me gusta es ser el centro de atención.

— Pues lo has sido — respondió Beatriz —. Y no precisamente por el incidente de Rainiero. Los demás también se han dado cuenta de que no has probado bocado.

— No me sentía con hambre.

— Siempre tienes una excusa para no comer en público — insistió Beatriz.

Hortolana tranquilizó a las niñas. Aunque no se lo había dicho a Clara, sabía que su hija guardaba la comida para dársela a los pobres. Aunque Hortolana ya hacía actos de beneficencia, respetaba el no tan secreto sacrificio que hacía su hija por los demás.

— Mamá, no me gusta que hablen de mí. Y menos de matrimonio — dijo Clara con un tono triste en su voz.

— ¿Crees que tío Monaldo habrá hablado con *messer* Bernardo de vuestro acuerdo matrimonial? — preguntó Catalina.

— Tarde o temprano tendréis que casaros y Rainiero di Bernardo pertenece a una buena casa de Asís. Es un buen chico. No sería una mala elección...

— Mamá, por favor — Clara parecía realmente angustiada.

— Pues si no te casas, deberás huir a un convento antes de que tío Monaldo te alcance. Con el enfado que llevará encima seguro que te coge antes de que entres por ninguna puerta de ningún monasterio — respondió con tono serio la pequeña Beatriz.

— El matrimonio puede ser algo bueno — respondió Hortolana quien hizo ver que no había oído el último comentario de su hija —. Desde pequeñas sabéis que vuestro destino ha de ser el mismo que el mío. Aceptar lo que vuestros padres digan, en este caso vuestro tío, por el bien de la familia.

— Y no tiene que ser nada malo, ¿verdad mamá? — preguntó Catalina, quien con sus diez años tampoco estaba tan lejos de recibir un hombre como marido —. Tú y papá tampoco os queríais antes de casaros y después fuisteis una pareja muy feliz.

Hortolana esbozó una triste sonrisa al recordar el amor incondicional que le había profesado su difunto marido.

— Si el amor no llega, mi querida Catalina, debéis esforzaros por fortalecer el respeto, la obediencia y la amistad con el hombre con el que debáis casaros. El amor no es indispensable en un matrimonio...

Fuera, en la calle, ya era noche cerrada. Francisco oyó los pasos de las personas que salían del palacio Favarone interrumpiendo sus pensamientos. Aquella noche vagaba por las calles de Asís huyendo de la ronda. Ya no era un joven jovial, alegre y risueño que se divertía por aquellas mismas calles con sus compañeros de aventuras nocturnas. Después del acto de rebeldía ante su padre y el obispo se había convertido en un desarraigado. En un pobre. En lo que él quería.

Su padre, Pietro di Bernardo, había renegado de su propio hijo. Para él ya no era Juan di Bernardo, aquel al que llamaban *Il Francesco*. Ahora era un mugriento pobre más que se escondía en los soportales, en los rincones o en cualquier sitio que pudiera.

Francisco no sentía pena por su padre. Aunque sabía que las lágrimas vertidas por su madre, la dulce Pica, no podrían ser limpiadas por su mano. No podría consolar a su amada madre, a quien tanto quería. Era el único vínculo con el mundo que realmente le dolía dejar. Su madre. La que le había acunado, la que le había alimentado con su pecho cálido y tierno. La que había consolado sus llantos de niño y sus temores de adolescente. Sólo a ella echaría de menos en aquel duro camino que había escogido de imitación de Cristo. Rezaría por ella. Rezaría por su consuelo. Sabía que Pica, como madre, lloraría pero entendería su elección. También rezaría por él. Lo sabía. Sumido en sus pensamientos, Francisco terminó cayendo en un profundo sueño arropado en un rincón de las escaleras de San Rufino, esperando que el nuevo día le diera fuerzas para seguir el duro camino que había escogido. Desde allí aún podía oír los pocos sonidos que dejaba la noche en la ciudad. Entre ellos, los pasos acelerados de la familia de Rainiero di Bernardo. El padre de la familia no estaba muy contento con la actuación de su hijo y tenía ganas de llegar a su palacio para, una vez dentro, darle una buena reprimenda.

— ¿Tu madre no te ha enseñado a comer, pequeño mocoso?

Rainiero mantenía la mirada clavada en el suelo mientras su padre le gritaba.

— Espero que la próxima vez que te encuentres con los Offreduccio te comportes como un Bernardo y no como un muchachuelo de la calle. Eres un caballero de alta alcurnia. Espero que no lo olvides nunca.

— Sí, padre.

Su voz intentaba sonar serena y fuerte pero apenas le salió un hilo de voz a punto de cortarse mientras luchaba por intentar que una lágrima no se deslizara por su mejilla. Cuando su padre dejó la sala dando un estruendoso portazo, su madre se le acercó cariñosa.

— Vamos hijo, vete a la cama y descansa. No pasa nada. Mañana será otro día.

Pero cuando *madonna* Michaella iba a darle un beso en la mejilla, él se zafó de ella y se marchó ahogando un “déjame madre”. Aquella noche, en la soledad de su alcoba, Rainiero lloró como un niño.

Bona cosía apresuradamente el bordado que tenía entre las manos. El sudor hacía que el hilo se le enganchara en los dedos. Los nudos no dejaban correr el hilo por la tela.

— ¡Maldición! — susurró mientras se ponía en la boca un nudo para cortar el hilo y volver a empezar.

— ¿Estás bien? — preguntó Clara —. Te veo preocupada.

Desde que habían llegado a casa de Clara, para pasar una tarde de costura, Bona había estado esperando la ocasión para preguntarle a su amiga acerca de su encuentro con Rainiero y su familia.

— Sí, sí. Es sólo que se me ha hecho un nudo y he de volver a empezar.

— No te preocupes — respondió Pacífica —. A veces pasa. Este hilo es muy fino y si no lo haces con delicadeza es fácil que se te enrede. Tienes que bordar con más cuidado.

Bona mantuvo la mirada baja. No soportaba que la corrigieran y menos en público. Aunque fuera su madre. Y aunque tuviera razón. Si normalmente no se le daba demasiado bien bordar, aquel día los nervios le impedían dar una puntada a derechas. Estaba demasiado pendiente de encontrar el momento adecuado para poder hablar a solas con Clara.

Catalina estaba demasiado cerca de ellas y con sus oídos siempre atentos a cualquier comentario era demasiado arriesgado. Al fin se levantó a buscar un vaso de agua en la mesita que había al lado de Hortolana y se quedó ahí contemplando la belleza de los bordados que estaba haciendo su madre.

— Clara — susurró Bona.

— ¿Qué? — Clara respondió en un tono de voz normal pues no entendía el misterio de su amiga.

— ¿Cómo fue la cena de ayer? ¿Conociste a Rainiero?

Ahora lo entendía. Claro que había conocido a Rainiero, pensó Clara. Sabía que iba a ir a cenar ahí ¿cómo no lo iba a conocer? Le iba a contestar con un exabrupto por primera vez en su vida pero se mordió la lengua.

— Sí — respondió.

— ¿Y qué tal es? ¿Es simpático? ¿Seguro que tu tío ya ha apañado un matrimonio con él...

— Por favor, Bona. Aún somos muy pequeños — ante la ansiedad que se perfilaba en las palabras de Bona, Clara prefirió omitir la conversación con su madre y sus hermanas cuando los invitados se hubieron marchado.

— Pero no me negarás que es muy guapo. Y si además es simpático y educado...

Clara empezó a sentirse incómoda.

— No lo sé Bona, ya sabes que yo no me fijo en esas cosas. Y no es correcto que hablemos de ningún joven...

— Venga. No me vengas con excusas. Las dos sabemos cuando un chico es guapo y cuando no lo es.

— Pues yo no lo sé — Clara empezaba a sentirse molesta por los comentarios inquisidores de Bona —. Parece que de pronto no me conozcas. Sabes perfectamente que si ahora mirara hacia la ventana

sería incapaz de decirte de qué color llevas el vestido. Sabes que no me fijo en la gente. No porque no me importen, sino porque no me fijo. Y ya está.

— Perdona, Clara. Tienes razón. Es sólo que todo este tema de nuestro futuro me está empezando a poner nerviosa.

El siguiente punto que intentó clavar en su costura terminó en la tierna carne de su dedo.

4. Encuentros

*Sólo existe un amor, siempre el mismo, sea cual fuere su objeto:
una mujer, un hijo, una madre, la patria, una idea, Nos*
San Francisco de Asís

Asís. 1210

Bona y Clara paseaban por las tranquilas calles de Asís. Tras ellas, dos damas de compañía y un hombre del servicio de la casa de los Offreduccio velaban por la seguridad, y la reputación, de las jóvenes. El frescor del final del verano era agradable y habían salido a caminar tras pasar parte de la tarde bordando en casa de Bona. Los años habían pasado pero sus vidas repetían las mismas rutinas una y otra vez. Poco había cambiado para ellas. Habían crecido pero los días, los meses, las estaciones, se sucedían con la misma monotonía de siempre. La monotonía reservada a las niñas, a las jóvenes, a las mujeres, recluidas en sus hogares.

Los transeúntes las saludaban educadamente. Algunos, tras pasar a su lado, no podían dejar de girarse de nuevo a mirarlas. Las niñas se habían convertido en dos bellas jóvenes. Clara, con su larga y rubia melena recogida en densas trenzas, no pasaba desapercibida. Alta, esbelta, siempre erguida y porte elegante digno de su noble condición era como una hermosa estatua romana de las que aún se conservaban en las antiguas ruinas de aquel imperio pasado. Contrastaba Clara con su amada amiga Bona. Esta tenía los cabellos castaños, eran recios y toscos y su recogido parecían ramas de olivos. Sus ojos negros, de mirada siempre temerosa, contrastaban con el azul de los ojos de Clara. Ambas vestían bonitos vestidos de alegres colores. Eran, en fin, la representación de la nobleza más exquisita de la ciudad.

— Mira, ahí está ese loco de Francisco y sus hermanos, como los hace llamar.

En un rincón de la plaza de la catedral se encontraban aquellos jóvenes pidiendo limosna mientras relataban unos versos de amor al prójimo y a Dios.

—Tú eres esperanza nuestra, tú eres fe nuestra, tú eres caridad nuestra, tú eres toda dulzura nuestra, tú eres vida eterna nuestra: Grande y admirable Señor, Dios omnipotente, misericordioso Salvador.

— No les llames locos, Bona. — Respondió cariñosamente Clara.

— No me negarás que muy cuerdos no están. Aún no entiendo cómo han renegado de su familia y su pasado para vivir con harapos. También podrían ayudar a los demás desde su antigua posición.

— Son el ejemplo vivo de Jesús. Si pidieran limosna con ricas vestimentas, no serían sinceros. La renuncia a todo lo mundano es su modo de vivir según la palabra de Dios.

— Sigo sin entenderlo. Nosotras también damos limosna aunque llevemos bonitos vestidos y no por eso dejamos de ser buenas cristianas.

— Los bonitos vestidos son solamente una máscara que no nos permite a menudo ver la verdad. Nos contaminan los sentidos y no nos dejan seguir el camino de Jesús.

— Hablas como si estuvieras pensando que los pasos de Francisco son los que todos deberíamos seguir.

— Pues hay muchos jóvenes, miembros de la nobleza y de la burguesía, que lo están siguiendo y no parecen tristes precisamente...

— Pues a mi me gustan las cosas bonitas. Creo que alegran nuestras vidas y nuestros momentos de pesar.

— Dulce Bona. Las cosas bonitas no son pecado en sí mismas. Sólo digo que hay personas que deciden dejarlo todo para seguir con plenitud los pasos de Jesús. Y a mí me entristece que por eso muchas personas los tilden de locos. Por encima de todo han escogido su camino, a pesar de todo y de todos. Con todas las consecuencias.

— Pero podían haberse metido en un convento y hacerse monjes. Nuestra región está plagada de monasterios donde los recibirían con las manos abiertas.

— Quizás ellos no quieren encerrarse, sino proclamar la palabra de Dios a los demás con su, como tu piensas, original ejemplo.

Mientras hablaban se fueron acercando cada vez más al grupo de Francisco. Tenían que coger la callejuela que tenían justo al lado para salir a los prados a los que se dirigían a dar su habitual paseo vespertino. Se detuvieron ante ellos y Clara sacó unas cuantas monedas de su bolsillo. Bona siguió su ejemplo aunque un poco resignada.

— Gracias, bellas nobles. Encontraréis vuestra recompensa en el seno del Señor.

Francisco se había despojado de sus ricas vestiduras pero no de su exquisito hablar provenzal. Miró fijamente a los ojos de Clara, sin pestañear, y ella le devolvió la mirada mientras sentía como su corazón daba un vuelco y sus manos temblaban ligeramente. Agarró con fuerza a su amiga y continuaron por su camino. Mientras se alejaban de la plaza, Clara tuvo que contener el impulso de girar el rostro para mirar atrás, donde Francisco permanecía de pie siguiendo sus pasos hasta desaparecer.

— Has hecho bien, Bona — Clara sabía que su amiga había dado la limosna a regañadientes, solamente por agradarla a ella. Bona le respondió haciendo una graciosa mueca que provocó la sonrisa en el gesto nervioso de Clara que aún no se había repuesto de la mirada de Francisco.

Giraron por una estrecha calle. Clara se estaba recomponiendo el vestido que se le había quedado

un poco arrugado tras sacar las monedas y no vio quién se acercaba. Bona apretó instintivamente su brazo y le hizo levantar la mirada.

— ¡Mis queridas Bona y Clara! — Rainiero hizo una profunda y divertida reverencia delante de ellas. — ¿A dónde os dirigís con tan alegre paso?

— Fuera de las murallas, a tomar un poco de aire fresco — Contestó Clara casi sin mirarle. Bona mantenía el brazo de Clara apretado pero ésta no dijo nada al respecto — ¿Y tú?

— También estaba dando un paseo. Las paredes de mi casa me estaban empezando a asfixiar y he salido a refrescarme un poco. Iba felizmente paseando y pensado en bonitas criaturas hasta que la visión de aquellos harapientos de la plaza me ha fastidiado por completo. Deberían echarlos de una vez de la ciudad.

— Sabes que está permitida la mendicidad entre los muros de Asís y no hacen daño a nadie — respondió con seriedad Clara.

— A mí, con su simple presencia, sí que me hacen daño. Estropean la belleza de la ciudad. Suerte que vuestra presencia lo ha remediado.

Bona los observaba sin atreverse a decir nada.

— Si no te conociera a ti ni a tu familia desde hace tiempo diría que eres un hombre con muy pocos sentimientos y menos sensibilidad. Aunque sé que esto no es cierto y no eres realmente consciente de tus palabras.

— Mi querida Clara siempre tan comprensiva — Rainiero volvió a hacer una profunda reverencia —. Lo que deberían hacer es prepararse como caballeros los que pertenecen a la nobleza para algún día volver a luchar contra los infieles con la espada. Y los burgueses y artesanos como Francisco, volver a trabajar al taller de su padre que es su obligación. El pobre Pedro di Bernardone se ha quedado sin su más efectivo trabajador y seguro heredero del negocio familiar.

— Te dejamos, Rainiero, con tus originales ideas — respondió Clara con un tono de ironía en sus palabras —. Que tengas un agradable paseo sin desagradables interrupciones.

En todo el rato Rainiero no fijó ni una mirada en Bona. Ni tan siquiera en el saludo y la despedida. Era como un ser invisible al lado de Clara. Mientras tanto, Bona estaba como hipnotizada por el rostro de Rainiero. De hecho no fue capaz de escuchar nada de lo que decía, se sentía mareada y si no hubiera sido por el brazo de Clara, muy probablemente se habría desmayado.

— Salute, *messer* Monaldo, la cena está realmente exquisita, como siempre —. El obispo levantó la copa y tras honrar a su anfitrión con una ligera inclinación de cabeza, bebió todo el líquido levantando el codo al límite de lo decoroso. Aquella noche, el obispo había sido de nuevo invitado al hogar de los Offreduccio, pero esta vez como único invitado —. *Madonna* Hortolana, es usted una gran anfitriona — dijo a la vez que le dirigía a la dueña de la casa una gran sonrisa —. Las mujeres en Asís están muy bien

educadas para ejercer la dirección de sus hogares, al menos aquellas que pertenecen a la alta nobleza. Espero, niñas, que sigáis el ejemplo de vuestra madre — el tono de su voz era ahora paternal e incluso parecía que estaba dando uno de sus sermones.

Clara bajó la cabeza mientras Beatriz y Catalina asentían de manera educada. El obispo miró a Clara disimuladamente al tiempo que pedía que volvieran a llenar su copa. Tras beber un nuevo sorbo, continuó comiendo y charlando animadamente.

— ¿Qué les ha parecido el sermón de nuestro querido Francisco? — preguntó con un cierto tono de picardía el obispo. Bien conocía la opinión que Monaldo tenía de Francisco y sus seguidores.

— Con todos mis respetos, su eminencia, aún no comprendo cómo es que ha dejado hablar en lugar sagrado a ese loco de remate que sólo hace que vivir como un pordiosero y hacernos sentir culpables al resto de los mortales.

— Si cree que lo que tiene es de justicia, no debería sentirse culpable... — el obispo esbozó una leve sonrisa que no gustó demasiado a Monaldo —. Además, Francisco no obliga a nadie a unirse a él ni critica, al menos abiertamente, a los que tienen bienes terrenales. Él sólo expone su opción de vida y la “vende” de la mejor manera posible. Hace buen uso de sus conocimientos comerciales en su vida anterior. Aunque a su padre le moleste sobremanera y a su madre le haya partido el corazón. Cuando me pidió poder dar un sermón en San Rufino no pensé que iba a provocar tanto revuelo. Pero, en fin, no llueve nunca a gusto de todos.

Clara había estado escuchando el sermón de Francisco aquella mañana con verdadero interés. Durante años había conocido la conversión de *Il poverello* y cómo había decidido vagar por las calles reconstruyendo ermitas y dándolo todo a los pobres. Había escuchado bonitas palabras suyas en las calles pero nunca hasta ahora había tenido el privilegio de oír un verdadero sermón en la catedral de San Rufino. Gracias al obispo Guido, quien había abierto las puertas de la casa de Dios a Francisco, toda la ciudad de Asís había podido escuchar, por fin, un discurso coherente y sincero de su opción de vida. Su amor por la pobreza en un seguimiento incondicional del Jesús nacido en un pesebre; su dedicación a los demás; un amor al prójimo y una desatención total y absoluta por su cuerpo y su yo.

Mientras Bona y muchos fieles miraban escépticos a aquel pobre de solemnidad plantado al lado del altar mayor, hablando de la pobreza como una maravillosa opción de vida, Clara sentía como todo su cuerpo se estremecía. En más de una ocasión tuvo que reprimir alguna lágrima de emoción por aquellas palabras que se grabaron a fuego en lo más profundo de su corazón. Desde hacía mucho tiempo una desazón había minado su alma. Todos decidían a su alrededor cuál debía ser su destino mientras ella luchaba consigo misma para encontrar el camino que verdaderamente debía seguir. Las palabras de Francisco eran como velas brillando delante de ella marcándole un camino peligroso pero cierto, verdadero. No sabía cómo, pero en aquel momento supo que debía hablar con él.

— En verdad que te has vuelto totalmente loca — Bona miraba con incredulidad y asombro a Clara — ¿Me estás diciendo con total sinceridad que quieres ir a hablar con Francisco?

— Sí. Y para ello necesito tu ayuda. Sabes que yo sola no puedo ir. Eres mi amiga más querida y sólo en ti puedo confiar.

— No me traspases a mí la responsabilidad de tu felicidad. Si es que realmente conocer a ese pobre te hace de veras feliz.

Un tenso silencio se plantó entre las dos muchachas levantando un muro de desencuentro por primera vez entre ellas.

— Te conozco desde siempre. Desde pequeña he sabido de tu piedad, en extremo a veces, incluso exagerada. Pero la he respetado. Incluso respetaría que quisieras entrar en un convento y dedicar tu vida a Dios. Pero seguir a alguien como Francisco...

— El papa ha aprobado su forma de vida.

— Sólo verbalmente.

— Tiene la misma validez que un papel lacrado y sellado. Es la palabra del Santísimo Padre. No deberías ponerla en tela de juicio.

Tras otro difícil silencio, Clara continuó:

— Mira Bona, comprendo que no compartas mis opiniones referentes a Francisco. No te pido que pienses como yo. Solamente necesito la ayuda de una amiga que siempre ha estado a mi lado. Desde hace mucho tiempo la duda me provoca ansiedad. Rezo y rezo, pienso, medito, pero no encuentro salida en mi vida. A pesar de que sé que pronto mi tío me va a asignar un marido, tengo la certeza de que no quiero ser una esposa. No quiero casarme como tú siempre has soñado y el solo hecho de pensar en ello me provoca un nudo aquí que me oprime el pecho y el corazón. Tampoco sé si entrar en un convento es lo más adecuado. Las órdenes religiosas que conocemos no llenarían por completo mis sentimientos religiosos. Los conventos de Umbría están llenos de mujeres ricas que aglutinan en sus celdas joyas y vestidos suntuosos, que tienen a su servicio a otras monjas de condición humilde. Reproducen en el interior de sus muros los estamentos sociales mientras que todas deberían ser iguales a los ojos de Dios y renunciar al siglo en todas sus facetas. No critico sus formas de vida pero no creo que yo encajara en ellas. No sé hacia dónde tirar, Bona. Pero hoy, por fin, las palabras de Francisco han desecho ese nudo que no me ha dejado respirar durante mucho, mucho tiempo. Sé que es arriesgado. Sí. De locos. Como decís muchos de vosotros. Pero a Jesús también le acusaron de loco...

Las lágrimas silenciaron el discurso de Clara. Plantada delante de Bona, sin moverse, sin hablar, dos ríos de agua salada surcaban sus bonitas y rosadas mejillas. Bona se le acercó y la abrazó. Sin despegarse de su amiga, se sentó en un butacón y puso la cabeza de Clara en su regazo. De rodillas, abrazaba dulcemente las piernas de Bona mientras esta acariciaba el largo y brillante cabello de Clara.

— Eres mi más querida amiga. Te quiero como si fueras mi hermana. Y la sola idea de perderte también me provoca una tristeza infinita. Pero si seguir los pasos de Francisco calma tus anhelos, no

dudes de que te ayudaré.

Al día siguiente quedaron pronto. Como cada mañana, se dirigirían hacia San Rufino a rezar para luego desviarse hacia las afueras de la ciudad. Esta vez no se detendrían en los prados, alfombras verdes con decoraciones puntuales de flores en las que tantas veces se habían sentado a hablar, reír y disfrutar de la mañana. Irían más allá, hasta llegar a la ermita de San Damián. En aquellos días, Francisco y los suyos continuaban reconstruyendo el entorno de la iglesia y sabían que era más que probable que se encontraran allí.

Ni Bona ni Clara durmieron bien aquella noche. Los nervios no estaban causados solamente porque iban a infringir las leyes del decoro, sino porque ambas sabían que si el tío de Clara llegase a saber que su sobrina tenía intención de hablar con aquel al que tenía en tal mala estima, seguro que la cólera sería indescriptible. No sólo odiaba y despreciaba a Francisco por ser un pordiosero que despertaba las conciencias de los que vivían por y para los lujos mundanos. Su origen, nacido en el seno de una familia de artesanos, tampoco ayudaba. Monaldo nunca había aceptado la nueva situación surgida tras los conflictos comunales. Seguía creyendo en la estamentación rígida e inamovible de una sociedad que él consideraba más que justa. El tío de Clara era plenamente consciente de la piedad de su sobrina pero pensaba que aquello sería una buena virtud para venderla al mejor postor. La religiosidad para él iba conjunta con la obediencia, algo que sería indispensable para que Clara aceptara al marido que se le asignara y fuera una buena y sumisa esposa. En los últimos tiempos se estaban perfilando los acuerdos matrimoniales no sólo de Clara, también de sus dos hermanas. Ellas por descontado no sabían nada por miedo a una reacción negativa. Hasta que la decisión no fuera firme, ninguna de las tres conocería el nombre del joven, o no tan joven, con el que tendrían que pasar el resto de sus días. En alguna ocasión Monaldo había intuido un cierto recelo por parte de Clara respecto del matrimonio pero no le había dado importancia. Aceptará y obedecerá las decisiones de sus padres o, en este caso de su familia, se decía convencido Monaldo.

Poco se podía imaginar que aquella mañana Clara y su inseparable amiga iban a pasar una típica mañana de campo. Ahora que ya tenían casi dieciséis años se les permitía una cierta libertad de movimientos y en alguna ocasión sus padres aceptaban que fueran solas a la iglesia o a pasear. Bona y Clara aprovecharon uno de esos momentos para planear el encuentro con Francisco.

Bona llegó a la puerta del palacio Offreduccio en la misma plaza de la catedral con el semblante preocupado. Continuaba sin aprobar aquella locura que Clara estaba dispuesta a emprender pero había hecho una promesa y debía cumplirla.

Clara abrió la gran puerta de madera de la entrada ayudada por uno de los caballeros que aún custodiaban día y noche su casa. Monaldo no había perdido el miedo ni el recelo a los “enemigos que aún están entre nosotros” como llamaba a los burgueses de la ciudad.

— ¿Estás lista? — la pregunta de Bona no se refería tanto a si estaba ya preparada para salir a la calle como a si estaba aún decidida a dar el paso. Como si Clara hubiera entendido el verdadero sentido de la pregunta de Bona, contestó:

— Sí. No he cambiado de opinión. Casi no he dormido en toda la noche intentando encontrar una razón que me hiciera volverme atrás y no ir al encuentro de Francisco hoy. No he encontrado ninguna — Clara cogió el brazo de Bona con suavidad invitándola a caminar —. Gracias de nuevo por ayudarme.

Bona bajó la cabeza y empezó a andar con paso ligero al lado de su amiga.

— Vamos antes de que me arrepienta.

Después de entrar unos minutos en San Rufino, Bona y Clara emprendieron el camino de salida de la ciudad.

En San Damián, Francisco y sus hermanos trabajaban con celeridad poniendo piedras una encima de la otra para levantar el muro caído mucho tiempo atrás. Utilizaban herramientas que algunos habitantes de la ciudad les habían facilitado. Había muchas personas en Asís que no se habían unido directamente al grupo de *Il poverelo* pero creían en sus palabras e intentaban ayudar a su causa aportando lo que en su mano tenían.

Uno de los hermanos advirtió la llegada de dos jóvenes por el camino que venía de la ciudad. Eran dos muchachas altas, una rubia, la otra morena. Caminaban a paso ligero, erguidas, elegantes, diligentes. Seguras de sí mismas. A unos pocos metros de la ermita, la joven morena se despegó de la otra muchacha quien se quedó rezagada en el camino.

Bona avanzó los últimos pasos hasta San Damián sola, observada por las miradas curiosas de aquellos hombres, otrora jóvenes ricos nobles o burgueses y que ahora vestían como auténticos pobres. Bona se dirigió a Francisco. Le impresionó estar tan cerca de él. Siempre había visto a *Il Francesco* a lo lejos. Cuando era pequeña lo veía como un joven alto, espigado, elegante, que paseaba por las calles de la ciudad irradiando alegría y ganas de vivir una vida llena de opulencias. De vuelta del exilio en Perusa, el hijo mayor de los Bernardone había desaparecido de la ciudad, primero en su prisión y después en su propia casa, donde se estaba recuperando, decían, de una extraña enfermedad. Cuando volvió a aparecer por las calles de su ciudad, las calles que lo habían visto crecer, Bona pensaba que ni las piedras de las casas, ni las campanas de la catedral, ni nadie en la ciudad, podría reconocer en aquel pobre harapiento al joven trovador que un día alegró con sus poemas y cantos las calles de Asís. Ahora también cantaba pero eran cantos de alabanza hacia cosas diametralmente opuestas a las que un día ensalzó.

Y ahora lo tenía delante. Una mirada penetrante. ¿Era la mirada de un loco verdaderamente? ¿O más bien la mirada de alguien que había encontrado su destino? Porque ahí, tan cerca, podía ver en sus ojos la felicidad, la seguridad y la determinación de alguien que sabía lo que hacía. Alguien que no se planteaba si estaría o no equivocado en su camino. Francisco irradiaba seguridad. Había encontrado su camino aunque este fuera un camino de piedras sucias y compañeros leprosos y no un camino limpio pisado por sutiles zapatos de caballeros y nobles damas ricamente vestidos.

Francisco levantó sus brazos hacia Bona en un abrazo fraternal y simbólico, pues no la llegó a tocar.

— Sed bienvenida *signorina* a nuestra humilde iglesia de San Damián. ¿Qué necesitáis de nosotros?

A Bona le sorprendió aquella pregunta, pues más bien debiera ser una pregunta a la inversa. En aquel momento una suerte de culpabilidad extraña recorrió su cuerpo. De repente se sintió incómoda en sus vestidos limpios y sus cómodos zapatos. Intentó mantener la compostura. Giró levemente la cabeza en dirección a Clara, quien esperaba estoicamente en el mismo punto en el que la había dejado. Volvió de nuevo la mirada hacia Francisco, a quien costaba de mirar a los ojos, unos ojos demasiado sinceros.

— Esto... mi amiga Clara, de la casa de los Offreduccio, os ha oído hablar en la catedral de Asís y os ha visto... — intentó evitar la palabra “mendigar” — por las calles de la ciudad y quería hablar con vos.

Lo había dicho, había abierto la puerta a un futuro incierto de su más preciada amiga. ¿Algún día se lo perdonaría? ¿Por qué se sentía tan mal si era lo que Clara quería? ¿O era un sentimiento egoísta ante la amenazante sensación de que pronto iba a perder a quien había sido como una hermana para ella?

— Decidle que se acerque — y levantó un brazo con gran sutileza en dirección a Clara invitándola a llegar hasta él —. Todas las criaturas son bienvenidas. Todo aquel que quiera vivir según hizo Jesús puede venir y hablar con los hermanos. Además, la estábamos esperando.

Francisco dedicó una sonrisa a Bona. Ella lo miró sorprendida sin saber qué contestar.

Mientras Clara hablaba con Francisco, Bona esperaba sentada en una gran roca del camino como si estuviera en una silla de una salón elegante. Con las rodillas juntas, las manos apoyadas en ellas, parecía esperar una merienda en una mesa invisible delante de ella. Miraba nerviosa hacia todos lados y a ninguna parte. Sus esfuerzos por no parecer ansiosa la ponían aún más intranquila. Vigilaba nerviosa hacia el lado del camino que dirigía a Asís y observaba de reojo las figuras de Clara y Francisco. No quería que ni ellos ni los hermanos pensaran que quería cotillear. Su amiga e *Il Poverello* estaban de espaldas y lo suficientemente lejos como para que fuera imposible oír nada. Si por alguna razón quisiera Bona saber el contenido de la conversación, sería para entender el porqué del interés de Clara en aquellos hombres. ¿Qué le atraía de ellos? No tenían nada. Sólo su cuerpo y su voluntad. Y una creencia, recia como un roble, en lo que estaban haciendo. ¿Algún día sentiría ella la misma seguridad en su vida? Qué más daba, si su vida la iban a elegir otros... ¿Clara se rebelaría contra su propia familia a la que siempre había obedecido? Honrarás a tu padre y a tu madre. ¿Hasta dónde llegaría la osadía de Clara? ¿Quedaría todo en un furtivo encuentro? ¿Sería suficiente para saciar la curiosidad de Clara? A Bona le asustaba la determinación con la que había decidido encontrarse con Francisco. Nunca antes la había visto tan segura de sí misma. ¿Se habría enamorado de Francisco? Dios mío. ¿Serían una réplica de

Abelardo y Eloísa? Porque para Bona el amor de hombre y mujer era la única razón que encontraba a una locura como aquella. Sabía de mujeres que huían de sus casas para refugiarse en los muros de un convento pero el Amor, con mayúsculas, era lo único que podría llevar a una persona a acercarse a aquel grupo de seres. Al menos así lo veía Bona.

Sus manos empezaban a sudar encima de sus rodillas. Se empezaba a impacientar. Temía que alguien llegara por el camino de la ciudad y descubrieran que su salida habitual a los prados no hubiera sido aquella mañana una salida tan inocente. No quería ni imaginarse la reacción del tío de Clara si llegara a enterarse de dónde estaba su querida sobrina.

Y mientras Bona miraba nerviosa a todos lados y a ningún lado, Clara veía cómo el mundo se abría de repente ante sí. Cada una de las palabras que salían de boca de Francisco fueron moldeando el que iba a convertirse en su destino. Ahí estaba lo que toda su vida había estado buscando. Y Francisco se lo estaba ofreciendo con sencilla grandeza.

5. Decisiones

¡Oh ¡ Si él me besara con besos de su boca!

Porque mejor son tus amores que el vino.

Cantar de los Cantares

Asís. 1212

Bona permanecía aferrada al quicio de la puerta. Una vez más, Cecilia, su fértil hermana, iba a dar a luz a un bebé. Y ya iban cuatro. En ninguna de las anteriores ocasiones había estado presente en la llegada de sus sobrinos al mundo. Bien porque no se lo habían permitido (“eres demasiado pequeña y sólo harás que molestar, además, hay cosas que son mejor no ver”, le había dicho en alguna ocasión su madre), bien porque ella misma no había querido estar presente. Pero en esa ocasión sintió cierta curiosidad y ante el alboroto que reinaba en la habitación nadie se dio cuenta que Bona se deslizaba hacia un rincón dispuesta a presenciar el milagro de la vida.

Había muchas mujeres en la estancia, cargada de humedad sofocante, pero todas sabían cuál era su cometido. Las sirvientas preparando los paños limpios sumergiéndolos en el agua caliente del gran barreño de cobre. Otras terminando de preparar la preciosa cuna en la que los hermanos de aquel bebé nonato ya habían ocupado hacía muy poco tiempo. La nodriza, de pechos rebosantes de leche, esperando alimentar al pequeño que a buen seguro saldría hambriento del vientre de su madre. Lucrecia, la comadrona, y su inseparable Angélica, en el centro de la acción, ante la parturienta que de nuevo iba a sufrir los dolores del parto. Los dolores de la vida. Y Pacífica, con su mano tranquilizadora sobre la frente de su hija.

— Madre, me duele muchísimo la cabeza. Tengo este terrible dolor desde ayer por la mañana y no ha parado de atormentarme.

Cecilia hablaba a trompicones mientras intentaba respirar siguiendo el ritmo que le marcaba Angélica.

— Tranquilízate. Ya has pasado por esto otras tres veces. Todo saldrá bien. — Pacífica miró hacia atrás, al cabezal donde deberían estar las imágenes de la Virgen que habían acompañado a los partos de las mujeres de los Guelfuccio desde hacía décadas. No estaban allí. Sintió un escalofrío pero decidió no

moverse del lado de Cecilia para no alertar a su hija. Y aunque hubiera querido no habría podido. Una contracción hizo gritar a Cecilia y apretar fuerte el brazo de su madre.

Bona pensó entonces en los hombres que permanecían en el patio o en una de las salas de la casa esperando tranquilamente sin hacer esfuerzos ni sentir ningún dolor. ¿Quizás compasión? Poca. Al fin y al cabo, ellos no tenían la culpa de que Eva hubiera condenado a todas sus descendientes a parir con dolor. Por un momento quiso poder unirse a ellos como ya había hecho en las otras tres ocasiones en las que su hermana se había enfrentado a aquella delgada línea que separaba la vida de la muerte.

Pero cuando vio a Lucrecia levantar las sábanas, entendió por qué era mejor que no hubiera ningún hombre presente. Y se convenció que sí, que su madre tenía razón, que había cosas que era mejor no ver, enfrentarse a ellas cuando el destino o Dios lo decidieran. Mientras tanto tendría que estar abajo, con aquellos a los que se les había asignado el papel fácil en aquella escena.

Bona se sentó en un viejo butacón situado en un rincón de la estancia donde nadie se dio cuenta de su presencia. Levantó las piernas recogéndolas debajo de su falda como hacía cuando se sentaba en los prados y agarró con fuerza a Isolda que había salido de su baúl y había marchado con su dueña escondida entre los pliegues del vestido. No quería oír comentarios acerca de una joven casadera como ella andando aún con muñecas. Isolda no era una muñeca. Pero mejor no explicarle a nadie lo que significaba ese trozo de trapo para ella.

Cecilia gritaba cada vez con más intensidad, a medida que las contracciones martirizaban su cuerpo con el objetivo de hacer salir al bebé de su vientre.

Parirás con dolor.

Había oído aquellos gritos desde lejos en los otros partos pero ver el rostro de sufrimiento de su hermana supuso un impacto para ella. A cada gemido se ovillaba más en aquel butacón intentando hacerse más pequeña. Hasta desaparecer. ¡Dios del cielo lo que nos había costado una manzana! Blasfemia, Bona. Lo sé. Lo sabía. Pero aquellos gritos, aquella imagen de la desesperación, para traer una vida al mundo, podían hacer desvariar a cualquiera. Incluso blasfemar.

Cecilia seguía apretando y gritando y respirando y llorando. Una mezcla de sensaciones, sentimientos, miedos, esperanzas. Lucrecia, ajena al dolor tantas veces presenciado, recitaba palabras de ánimo como si fueran una letanía mientras se comunicaba con Angélica de pie, a su lado, siempre acertando en las peticiones mudas de la comadrona. Perlas de sudor que caían por el rostro de la sufrida parturienta convirtiéndose en lágrimas haciendo de su cara el hogar del dolor. Una mujer que no hacía tanto tiempo jugaba con muñecas. Como Bona, con su Isolda, espachurrada contra su pecho, en un instintivo sentimiento de posesión. Que nadie le quitara aquel trozo de trapo, y con él su infancia como a su pobre hermana a quien recordaba como una niña alegre no hacía tanto tiempo.

Y ahora, ahí estaba, haciendo un esfuerzo titánico, por cuarta vez en su vida.

Aun sin poderlos contar, los minutos pasaban lentos, agonizantes, al ritmo agotador de la respiración de Cecilia y de sus contracciones cada vez más insoportables.

El ovillo que había formado Bona con su cuerpo ya no se podía reducir más. Su pelo negro y ondulado le caía sobre el rostro a modo de cortina. Entre medio del cabello alborotado, mal recogido, siempre, en una trenza, Bona pudo ver una pelota negra y viscosa sostenida por las viejas manos de Lucrecia. Se escondía entre su pelo pero no podía dejar de ver cómo la comadrona retorció el pescuezo de aquel bebé indefenso mientras seguía animando a Cecilia que siguiera empujando. Bona siguió con sus grandes ojos negros abiertos de par en par, sin pestañear, observando como un hombro diminuto y luego otro, aparecían de dentro de su hermana hasta que una persona en miniatura se presentó ante su vista. Una de las sirvientas arrulló al pequeño en un paño caliente mientras Lucrecia cortaba el cordón umbilical y ataba aquella cuerda viscosa a la pierna de su hermana. “Mientras se desprende la placenta”, explicaba siempre, impasible, Lucrecia, explicación que Bona no entendió hasta minutos después. Por la pierna de su hermana resbalaba un líquido que no sabía si era sangre o cualquier otro de los muchos fluidos salidos del interior del cuerpo de Cecilia. ¡Dios Santo! Bona se compadecía de la falta de intimidad que suponía la llegada de un hijo al mundo. Desnudo llegaba el hijo, desnuda también la madre, despojada de todo vestido, cubierta solamente por parte de su mismo cuerpo.

Cuando Bona pensaba que ya se podía levantar para ir a espachurrar a su nuevo sobrino oyó la voz de mando de Lucrecia.

— Cecilia, lo has hecho muy bien. Pero ya sabes que tienes que seguir empujando.

¿Seguir empujando?! Bona volvió a apretarse contra su asiento. No podía ser que vinieran gemelos. Su hermana no tenía el vientre tan voluminoso. Después de volver a empujar con una energía que no sabía de dónde le había salido, Cecilia expulsó de su interior una bola roja y viscosa que según supo más tarde era el habitáculo en el que había permanecido el bebé.

Mientras Cecilia terminaba, por fin, con el alumbramiento, su pequeño había sido fajado con sumo cuidado y, antes de ser entregado a la nodriza para que tomara su primer alimento en el mundo, la madre pudo acunar unos minutos a su bebé.

Apareció entonces ante los ojos de Bona y de todas las demás mujeres allí presentes una estampa digna de aparecer en un libro de horas recreando el nacimiento de la Virgen, tantas veces representado. Nunca se había parado a pensar que aquel instante inmortalizado cientos de veces escondiera los momentos previos tan impactantes que acababa de presenciar. Y los terribles acontecimientos que podían suceder después. Y que iban a suceder.

Bona salió de sus pensamientos ante la llamada de su madre, quien lejos de reñirla por haberse escabullido dentro de la habitación, en el fondo se alegraba de que presenciara algo que pronto debería vivir ella misma en primera persona. Ya iba siendo el momento.

— Querida, acércate.

Pacífica estaba sentada junto a Cecilia, quien parecía haberse recuperado milagrosamente del sufrimiento vivido hacía tan solo unos instantes. Cuatro veces había tenido aquella indescriptible sensación y cuatro veces se había emocionado como si fuera la primera. De su rostro habían

desaparecido cualquier signo de dolor y había mudado en una expresión alegre y llena de luz. El pequeño bebé miraba con ternura a su madre levantando los bracitos hacia ella. El cuerpo lo tenía fajado con tal esmero que apenas podía moverse. Una suave cinta azul anunciaba a todos que era un niño.

Bona se acercó tímidamente y observó lo poco que se podía ver de su sobrino. Una cara diminuta, abotargada por el titánico esfuerzo. Un súbito llanto puso fin a aquella hermosa estampa. El pequeño necesitaba comer. Bona se retiró al momento dejando paso a la nodriza y a su robusta pechera.

El alimento de aquella mujer que parecía más bien una joven acabada de salir de la infancia iba destinado a su propio hijo pero unas fiebres mortales habían terminado con la brevísima vida de su pequeño dejando a la pobre infeliz con el corazón vacío y los pechos rebosantes de leche. Bona no podía dejar de mirar a aquel pequeño ser que no sabía nada del mundo pero que, de manera instintiva, se agarró con fuerza a la nodriza. Bona no entendía muy bien por qué su hermana, como toda dama de la alta aristocracia que se preciara, no alimentaba a su propio hijo. Primero había pensado que quizás era porque estaban hechas con un molde distinto a campesinas o burguesas y por eso no fabricaban leche. ¡No iban a ser tan vulgares como una cabra o una vaca! Pero cuando vio que una de las sirvientas preparaba un emplasto con hierbas para, según había oído, calmar las molestias de la subida de la leche, comprendió que, a pesar de los elegantes vestidos, eran igual que cualquier otra mujer. Con sangre roja y leche en los pechos. Así que seguía sin entender por qué Cecilia iba a cambiar aquel precioso angelito por un mejunje de hierbas frío y viscoso. Pero, de nuevo, hizo grandes esfuerzos por no preguntar. Aunque tampoco nadie estaría por la labor de responderle.

A pesar de las dudas existenciales de Bona, aquella seguía siendo una bonita estampa. Mientras que las muchachas del servicio seguían recogiendo los paños manchados, retiraban el agua sucia, avivaban el fuego y lo recogían todo como un ordenado y efectivo ejército de hormigas, Lucrecia y Angélica guardaban en silencio sus cosas en una grande y vieja bolsa de cuero.

Cecilia descansaba sobre suaves y cómodos almohadones. Miró hacia atrás, a la recia cabecera de madera y observó que no estaban los amuletos de su madre. Pensó que quizá se habrían caído o Pacífica ya los habría recogido, así que no preguntó. Se tapó cuidadosamente con unas impolutas sábanas blancas que ayudaban a los candiles a iluminar la habitación. La suave voz de la nodriza entonando una nana culminaba aquel espacio de paz y felicidad. Bona se recolocó en el butacón para disfrutar de aquel momento mágico cuando de repente el cuerpo de su hermana empezó a convulsionar. Lucrecia, que a punto estaba de salir por la puerta dejando a la familia disfrutar de aquel momento en la intimidad, volvió sobre sus pasos seguida por Angélica.

— ¡Cecilia! ¡Dios Santo! ¡¿Qué sucede?! — Pacífica gritaba desesperada cuando Lucrecia la apartó sin miramientos del lado de su hija a la que agarró con fuerza por los brazos intentando parar los latigazos que producía su cuerpo. Angélica se situó a los pies de la cama sujetando con mucha dificultad los pies de Cecilia. Ambas mujeres intentaban por todos los medios que no se hiciera daño con sus propios movimientos involuntarios. Por desgracia ya habían presenciado situaciones similares y sabían

lo que había que hacer.

La dulce nana, los rostros felices y la calma de unos segundos antes se habían convertido de pronto en gritos histéricos y angustia generalizada. Bona volvió de nuevo a esconderse en el butacón con Isolda ahogada entre sus trémulas y sudorosas manos.

Pacífica gritaba fuera de sí el nombre de su hija convertida en un cuerpo lanzado a la deriva como un barco en la furia de una tormenta. Como si un rayo caído del cielo la hiciera convulsionar con fuerza. Aún peor que eso, algunas, si no todas, las mujeres allí presentes temieron la presencia del maligno. No sería la primera vez que alguien había visto una posesión diabólica y tampoco sería la primera vez que vieran en la víctima una madre teñida de pecado. Un pecado que debería pagar con la visita del diablo. Señales de la cruz, rodillas clavadas en el suelo, oraciones desesperadas a la Virgen, por aquella muchacha aparentemente sin mácula pero llevada en ese momento por las garras de Belcebú.

Cecilia no dejaba de contorsionarse en movimientos imposibles, la mirada perdida en ninguna parte. Su columna vertebral se arqueaba hasta formar un enorme puente entre su espalda y el suave jergón.

Todo aquel escándalo atravesó los densos muros de la casa y alcanzó el patio donde esperaban los hombres en una animada conversación. Ellos estaban acostumbrados a oír los gritos de las parturientas pero aquellos chillidos desgarradores alarmaron a Felipe quien entró como una exhalación en la habitación dando un sonoro portazo.

Si hacía unas horas Felipe había salido de aquella misma estancia dando un cariñoso beso a su esposa y al vientre de esta, lo que vio ante sí fue una lejana sombra de Cecilia.

— ¿¡Qué ha ocurrido aquí!? — Preguntó en tono acusador mientras apartaba a las mujeres que, en vano, continuaban buscando una solución a aquella situación desesperada.

Alguien oyó como Felipe susurraba “¡Virgen Santa, mi amor!” mientras se unía a la imposible tarea de Lucrecia y Angélica de detener el sufrimiento de su esposa. De repente, como si aquella fuerza extraña se hubiera dado por vencida, o se sintiera suficientemente satisfecha, desapareció de sus brazos provocando un último coletazo que terminó en los pies haciendo tambalear a la frágil Angélica quien tuvo que hacer esfuerzos por no caer al suelo.

Los jadeos empezaron a remitir. Cecilia giró su cabeza hacia su esposo, amado y respetado desde el primer día. Felipe, igualmente enamorado de ella, notó un escalofrío al ver aquel rostro arañado por líneas oscuras. Los ojos hundidos en sus órbitas, la boca seca, aun habiendo expulsado grandes cantidades de saliva espumosa. Abrió los ojos y lloró.

Nada más.

Un silencio roto tan solo por la susurrante letanía de las muchachas que lo habían dejado todo, paños, cubos, jofainas, todo tirado por el suelo y se habían arrodillado para pedir un milagro a la Virgen. Un milagro que no llegó. Pacífica con los ojos cerrados ahogados en lágrimas agarraba con fuerza y desesperación la mano sin vida de su amada hija. Felipe, incapaz de sostener la mirada vacía de su

esposa, apoyó el rostro en su cuerpo apagado ocultando las lágrimas en su pecho. Nadie debía ver a un hombre llorar. Ni tan siquiera en una insoportable situación como aquella.

Y Bona, la pequeña Bona, seguía escondida entre sus rodillas, acunando a Isolda y derramando un incontenible río de lágrimas. Intentaba sin éxito ahogar los síncope que salían sin control de su pecho apretando aún con más fuerza su cuerpo contra sus rodillas.

Bona, la pequeña Bona, que ya nunca más iba a ser una niña, había presenciado en un mismo instante el milagro de la vida y la cruel y despiadada voluntad de la muerte.

Bona, la pequeña Bona, había perdido definitivamente la inocencia.

Expulsada del Edén de la niñez, del Paraíso Terrenal que había supuesto para ella la infancia. ¿Así se sintieron Adán y Eva? ¿Asustados? ¿Desamparados? ¿Desesperados? Como ellos, ya no había vuelta atrás. Las puertas del paraíso se habían cerrado. Para siempre.

Minutos después, Lucrecia susurró unas palabras al oído de una de las sirvientas y se deslizó como una sombra fuera de la estancia seguida de Angélica. Su mentora parecía hecha de pura roca, pero ella seguía sin poder soportar aquellos terribles desenlaces. Cogió con su suave mano el pomo de la puerta y la cerró.

Aquella mañana el sol lucía espléndido. Ajeno a la profunda tristeza que oscurecía el corazón de Bona y de todos aquellos que amaban a Cecilia. Parecía reírse de su desgracia. El cielo debería estar llorando como la casa Guelfuccio. Pero la vida continuaba, aunque en un rincón del mundo, la muerte ahogara la felicidad con su presencia.

Con un vestido negro, tan oscuro como sus cabellos, el rostro de Bona parecía el de una muñeca de cera. Dos profundos surcos oscuros contrastaban con la blancura inexpresiva del resto de sus facciones. Como si la sangre ya no fluyera. Como un pedazo de mármol de mala calidad, con demasiadas vetas oscuras. Los ojos hinchados de llorar hasta el agotamiento, ya no había más lágrimas que derramar. O quizá sí. Se abrazaba a sí misma de pie a un lado de una ventana. Era indecoroso mostrarse al mundo, pero poco le importaban en ese momento las normas de conducta. Veía pasar a la gente por la calle. Unos se paraban ante la puerta de su casa y oía entre susurros palabras de consuelo que bien poco le servían a ella en ese momento. Otros preferían seguir su camino, pretendiendo tener algo mucho más importante que hacer que acompañar a la familia Guelfuccio en aquel insoportable dolor. Probablemente ella habría hecho lo mismo. La expresión de Bona era de profunda tristeza, probablemente ese había sido el primer día de su vida que su rostro no había esbozado una sonrisa.

— Tía Bona — una dulce voz que parecía la de pajarillo perdido despertó a Bona de su letargo. Era una de sus sobrinas que la miraba con ojos tristes y confundidos. Se acercó a ella y se agachó a su altura. Detrás permanecían en pie sus dos hermanos mayores. Felipe se sorbía los mocos en un intento absurdo de frenar los hipidos de su llanto. Probablemente era el único que con su edad ya era consciente

de todo lo que había sucedido. Sus hermanos aún tenían la suerte de vivir en la inopia de la infancia. Aunque la extraña ausencia de su madre y la oscuridad que de repente había invadido la casa no dejaban impasibles a los pequeños huérfanos.

— Dime, preciosa.

— Hace días que no vemos a mamá. — La niña miraba fijamente a los ojos de su tía esperando una respuesta convincente. Más convincente que la historia que le había contado su abuela. No podía creer ni entender que su idolatrada madre los hubiera abandonado para convertirse en un ángel del cielo. “Para protegeros”, decía Pacífica sin cesar a los pequeños. Pero su sobrina había heredado el espíritu inquieto y curioso de su tía y no iba a quedarse con aquella respuesta como absurdo sustituto de los tiernos besos de su madre.

Felipe iba dándose puñetazos en la pierna en un intento vano de frenar aquel llanto tan poco masculino, pero las lágrimas seguían brotando y su pierna estaba cada vez más roja y dolorida.

— ¿Es que ya no nos quería y ha preferido marchar con nuestro hermanito al que casi no hemos conocido? ¿Lo quería más a él que a nosotros, tía Bona?

Bona miró fijamente a aquel pequeño ángel que esperaba oír de su boca una respuesta lo suficientemente milagrosa como para borrar de su corazón inocente toda sombra de tristeza. Pero Bona sólo podía ofrecerles lágrimas que no quería derramar pero que nublaban por momentos su mirada.

¿Cómo explicarles a tres preciosos niños indefensos, inocentes, que lo único que quieren en la vida es el calor del regazo de una madre, que ella ya no estaba? ¿Que nunca más acariciaría sus cabellos, que ya no estaría para consolar sus noches de sueños turbulentos, que ya no la podrían oler, tocar, besar, amar? Hay cosas que la vida no puede explicar. Y el cielo, a medias. Al menos para Bona que en aquellos momentos no encontraba el consuelo anhelado en la oración. Su único deseo era volver a abrazar a su hermana. Y eso no lo iba a conseguir un Padrenuestro.

Lo único que pudo hacer con sus sobrinos fue abrazarlos en un estúpido intento de emular a su madre muerta y llorar, llorar y llorar.

Bona no quería entrar en la catedral. ¿Podía doler el alma? Más que una puñalada asestada en el pecho. El féretro de su hermana junto a aquella pequeña cajita que bien podría parecer un lindo cofre de tesoros infantiles pero que en realidad albergaba el cuerpo diminuto de un ser inocente que había preferido seguir el camino de su madre a sufrir una existencia en soledad. Cruzar el umbral de aquel templo sagrado significaba aceptar definitivamente que Cecilia ya no estaba. Que ya no volvería a ver su sonrisa, ni oír sus sermones, adornados con dulces palabras, exigiéndole que dejara de ser como un potro salvaje mientras besaba dulcemente su mejilla. Entrar en San Rufino significaba decirle adiós. La sola idea se le hacía insoportable. Pero la vida empuja con su recia y cruel mano hacia delante. Le da lo mismo que lo que encontremos ante nuestros ojos, sea un camino de rosas o un abismo oscuro. Da igual.

Hay que seguir adelante. La mano que empujó a Bona a seguir adelante fue la de su madre. La rodeó tierna pero firmemente en un intento de hacer soportable aquel trance. Momentos que Bona recordaría pasado el tiempo de manera difusa, confusa, extraña, como si solamente hubiera sido un sueño, una pesadilla. Sombras deambulando como fantasmas por la nave de la catedral, entre los andamios aún sosteniendo las últimas piedras por colocar. Una estampa desesperante. Sentiría con el tiempo la sensación de haber quedado atrapada entre la vida y la muerte. Sintiendo viva pero sin poder abandonar el olor penetrante de la muerte. Todos aquellos rostros mirándola a ella y a su familia con falsa compasión, muchos, sincera tristeza, los menos. Porque entre el incienso y el humo de las velas se mezclaban, como una poción ponzoñosa, los rumores de la mano del diablo como compañero de Cecilia en su último viaje al más allá. La posesión demoníaca era una de las explicaciones que solían darse cuando una mujer moría con aquellas terribles convulsiones, algo que no era extraño, pero que los sabios doctores no habían sabido aún discurrir sobre su origen físico. Así que, ante la incapacidad e ineptitud de la sabiduría humana, se había dado al demonio el honor de ser el artífice de aquel final terrible solamente reservado a las mujeres pecadoras.

Como alguien se atreviera a insinuar que su hermana, pura, sin mácula, esposa modelo como pocas de las mujeres allí presentes, había sido merecedora de tal infame destino no podría responder de sus actos ante Dios. Debía de haber alguna otra injusta explicación. Porque Bona no podía entender y aquello provocaba en su interior una angustia violenta. Quería pegar a alguien, buscar algún culpable de toda aquella desgracia. Mientras su madre lloraba y rezaba, rezaba y lloraba, en una espiral de búsqueda infructuosa del porqué de los designios divinos, ella se rebelaba contra el cielo y la tierra y se negaba a creer que aquello tenía un carácter justiciero o simplemente porque lo había querido el Altísimo. Siempre había sido una niña poco piadosa, le había costado entender esa mística conexión entre el cielo y la tierra. Y ahora, más que nunca, el fino hilo que había conseguido tejer a fuerza de cayos en las rodillas, se había roto de un golpe certero. Allí se dio cuenta de lo frágil que era su fe. Era un castillo de naipes que podía desmoronarse con un simple y absurdo bufido y no un edificio de piedra, inexpugnable. Era una flor hermosa pero que se mustiaba al primer aguacero. No era un recio árbol con tronco robusto y raíces agarradas firmemente a un suelo de creencias sólidas e invariables. Su fe se asentaba en un mundo feliz, infantil, alegre, con una historia sagrada centrada en una virgen amorosa y un niño rollizo y alegre. En el fondo nunca había aceptado aquellas visiones crueles de sacrificios humanos por el gran designio divino. Ahora lo entendía. Era una niña que no estaba preparada para entender la crueldad de la vida.

Enterrar a su hermana fue como colocar una losa sobre su alma. Una losa que sería la primera. Pero no la última. Porque si Cecilia la había abandonado por orden del cielo, Juan, el único hermano que le quedaba, iba a abandonarla seguido de las directrices de su representante en la tierra.

Inocencio III no había tenido suficiente con iniciar la cruzada contra los albigenses del sur de Francia que ahora se disponía a echar una mano al rey castellano en su encarnizada lucha contra los

almohades. Un extenso ejército de soldados provenientes de muchos puntos de Europa y que serían conocidos como los ultramontanos se unirían a aragoneses, portugueses y castellanos con el objetivo de expulsar al infiel de una vez por todas del solar hispano. Juan vio en aquella llamada una oportunidad de huir de Asís, de sus recuerdos que tanto le dolían aunque no hubiera hecho partícipe a nadie de ellos. Porque reconocer el dolor provocado por el rechazo de Clara era aún más doloroso que el dolor en sí. Desde entonces, y habían pasado ya muchos años, su padre no había sido capaz de encontrar otra pretendiente adecuada para él y estaba ya cansado de vagar por las calles como un bufón en una corte. Porque Juan también se había enamorado en secreto de Clara. Había negado una y otra vez, como Pedro a su Señor, que la negativa de ella había afectado de ninguna manera en el corazón de él. Ni tan siquiera había herido su orgullo de caballero, aseguraba indiferente una y otra vez en un vano intento de llegar a creerse su propia mentira. Pero hacía tiempo que la vida en Asís se le hacía insoportable. El hecho de que su hermana fuera la mejor amiga de Clara hacía aún más insufrible la situación. Obligado a ver el cuerpo que albergaba todas sus esperanzas machacadas como una copa de fino cristal estampada contra el suelo, una y otra vez, lo estaba volviendo loco. Las voces de guerra contra el infiel resonando desde el Vaticano hasta el corazón de Castilla fueron para él la música que debía seguir para consolar su alma perdida.

Bona quedó así, de un plumazo, como la única hija de los Guelfuccio. La única esperanza de prolongar el nombre ilustre de su familia cuando sus ánimos no estaban para nada más que para llorar las continuas pérdidas que había vivido e iba a seguir sufriendo.

El día que Juan se alejó de Asís, Bona subió corriendo las angostas callejuelas que parecían serpientes bajando de la ladera en busca de alimento, hasta llegar al altiplano de la Rocca Maggiore. Desde allí, la naturaleza regalaba la visión de las tierras que se extendían más allá del lienzo de su ciudad. Tierras que su hermano se disponía a conquistar, a vivir, a pisar, a exprimir. Ella solamente podía conformarse con observarlas. Eran como los pasteles que cocinaba María en las cocinas de su hogar y nadie le permitía devorar por miedo a pecar en exceso de gula. Podía olerlos pero no saborearlos.

Desde lo alto de la ciudad, contempló con un nudo en el estómago cómo su hermano partía al galope como si le persiguiera el mismísimo diablo. El cielo se había llevado a su hermana; la tierra a su hermano. El viento era tan fuerte allí arriba, desprotegida de los brazos que conformaban el lienzo de la muralla, que incluso las lágrimas huían de su rostro nada más brotar de sus ojos. Bona apretó los brazos cruzados en su pecho, abrazándose a sí misma, intentando consolarse o ahogar el sentimiento de rabia que corría por todo su cuerpo. ¿Quién más la iba a abandonar?

Lo que Bona nunca supo es que el rostro de su hermano estaba igualmente inundado de lágrimas que se secaban a la misma velocidad que el viento surcaba su rostro dejando su piel reseca. Porque Juan era libre de marchar, pero él nunca habría querido hacerlo. Huía de la vergüenza, de la humillación, que solamente una mujer podría haber provocado en él. Huía del rechazo de Clara. Huía de un futuro condenado a ver a aquella pequeña compañera de juegos de su hermana convertida en esposa de otro.

Aquella niña que había visto crecer y de quien, convertida ya en doncella, se había enamorado tan profundamente como el silencio de sus sentimientos. Haberse sabido escogido por sus familias después de un angustioso primer compromiso, fue para Juan el paraíso en la tierra. Sus plegarias habían sido escuchadas. Pero solamente para vivir una esperanza efímera. Como un enfermo al que le enseñan la medicina para arrojarla al suelo y pisotearla con violencia, así se sentía él. Traicionado por una niña a la que había visto jugar con muñecas.

Juan no quería luchar en una guerra que le era lejana. ¿¡Qué le importaban a él unos cuantos moros fastidiando los planes estratégicos de aquellos reyes castellanos!? Pero era la única rendija que el destino le había dejado para huir de la prisión en la que se encontraba. Así que levantaría su lanza contra el infiel para descargar su ira, su rabia, su frustración. Y perder su vida, su mundo, su alma, para siempre.

Bona entró como una exhalación en la habitación de Clara. Sin llamar a la puerta, sin pedir permiso. Clara dio un respingo absorta como estaba en la costura y se pinchó con la aguja.

— ¡Bona! ¿Qué te pasa? — preguntó Clara mientras se chupaba el dedo para borrar el puntito de sangre.

— ¡Ay Clara! ¡¿Qué va a ser de mí?! ¡Estoy viviendo una pesadilla!

Entre sollozos y quejas, Clara era incapaz de discernir qué era lo que le había pasado a su amiga. Bona tendía muchas veces a exagerar, parecía que dramatizaba en exceso, como si estuviera interpretando un papel, como si quisiera llamar la atención. Pero en esta ocasión era diferente. Algo terrible le había sucedido. Bona se arrodilló a los pies de Clara. Esta dejó la costura en la mesita que tenía al lado de su butaca y pasó sus brazos alrededor del cuerpo yacente de Bona. Los espasmos eran cada vez más calmados, como si el simple contacto tranquilizador de las manos de Clara la ayudaran a sobrellevar aquella situación.

— Cálmate y explícame qué te ha pasado — dijo Clara mientras acariciaba el negro pelo de Bona.

Ésta, con la cara en el regazo de Clara, seguía llorando, mojando con sus lágrimas el fino vestido de su amiga.

— Mi hermano ha huido. Se ha fugado. Lo ha dejado todo para ir a la otra punta del mundo. A Bizancio.

— ¿Y por qué ha huido?

— ¿Recuerdas la historia que te conté acerca de una muchacha que encandiló a Juan durante el saqueo de los cruzados de la ciudad del Bósforo? — Clara la recordaba vagamente. Le explicaba tantas historias, unas reales otras fruto de su imaginación que a veces se le olvidaban. Bona no esperó una respuesta y le volvió a explicar de manera atropellada cómo Juan había llegado a Bizancio con los cruzados de paso hacia Tierra Santa. Ellas eran tan solo unas niñas y habían sido ajenas a los turbulentos

hechos que sacudían la cristiandad después de que los infieles tuvieron la osadía de tomar Jerusalén. Desde que en 1095, el papa Urbano II llamara a los cristianos a defender la Ciudad Santa, muchos habían sido los hombres, y también las mujeres, los que habían puesto rumbo a oriente siguiendo las directrices de Roma. Juan había sido uno de ellos, contagiado por el entusiasmo de los que creían que así se ganarían un lugar en la eternidad. Pero en el camino se topó con la belleza de una ciudad entre dos continentes en la que una mujer lo atrapó para siempre. Su mirada lo hipnotizó y, a pesar de que continuó su camino hacia Jerusalén, volvió sobre sus pasos y se reencontró con la dama de sus sueños a la que le prometió amor eterno. Ahora había decidido cumplir su promesa.

— Parece ser que han mantenido contacto por carta y unos mercaderes amigos suyos le han ayudado a mantener ese contacto. Ayer mismo dejó un mensaje a mis padres explicando que se marchaba a Bizancio porque el amor así se lo pedía. Me dedica unas palabras a mí, diciendo que yo, que siempre he creído en el Amor, entendería su decisión. ¿Te lo puedes creer?!

— No entiendo nada, Bona. ¿Juan no ha marchado a tierras hispanas? ¿Bizancio no está en Oriente?

— ¡Sí! Claro que se ha ido a Castilla, pero desde allí ha decidido no volver a casa. ¡Se ha vuelto loco! ¡Las espadas le han nublado el entendimiento! Y se ha marchado para siempre.

Clara acariciaba con cuidado el pelo de Bona sin saber qué contestar.

— Pero eso no es lo peor. A mí, que haga con su vida lo que quiera. Me trae sin cuidado. Pero no sólo ha mancillado el honor de la familia por haberse marchado en busca de una infiel, sino que se ha llevado... — Bona no terminó la frase y rompió de nuevo a llorar.

— Vamos, tranquilízate. ¿Qué es lo que se ha llevado que es tan valioso para ti? — Clara cogió a Bona por los brazos, se arrodilló a su lado y la obligó a mirarla a los ojos. Bona quedó unos segundos mirando a su amiga con una mirada triste, vacía.

— Se ha llevado parte de mi dote, Clara. Ahora nadie querrá casarse conmigo. Así que mi padre ha decidido enviarme al convento de monjas benedictinas — Bona siguió mirando a su amiga mientras las lágrimas caían sin consuelo —. ¿Qué voy a hacer, Clara? Tú mejor que nadie sabes que no podría vivir en un convento. No soporto el frío, ni las incomodidades. Llámame mundana y frívola, pero necesito vivir rodeada de cosas bonitas. Y hubiera querido un marido que, aunque no me quisiera, al menos me respetara. Algún día me habría querido. No soy tan fea ni tan mala. ¿Verdad, Clara?

Clara la abrazó con fuerza mientras Bona la miraba como un cordero a punto de entrar en el matadero. Esperaba que, como siempre, Clara tuviera una respuesta convincente a sus tribulaciones. Pero aquello también le sobrepasaba. Tras un breve silencio que a Bona le pareció eterno, Clara suspiró e intentó hablar con la mayor contundencia posible.

— Eres la criatura más dulce que he visto nunca. Ahora debes ser fuerte. Todas debemos ser fuertes. Y todo saldrá bien. Ya lo verás.

Clara salía hacia la iglesia de San Rufino a rezar junto con sus amigas Bona y Cristiana y sus hermanas pequeñas Beatriz y Catalina. Hacía mucho frío pero el trayecto no era largo y los paños que llevaban les abrigaban lo suficiente para aquel pequeño recorrido. Pero aunque tuviese un poco de frío, sobre todo en manos, cara y pies, ese leve sufrimiento no le importaba. No así a las demás que tiritaban bajo las capas ante la sonriente mirada de Clara y las quejas de las otras.

— ¿Por qué no aceleramos el paso? — Se quejaba Bona — ¡El frío me está agrietando las mejillas y casi no puedo hablar!

— Un poco de sufrimiento no nos va mal en nuestras vidas — dijo Clara.

— Tú siempre con tus comentarios graciosos — respondió Catalina.

— No pretendía hacer una gracia — añadió Clara.

Con tanta queja habían llegado por fin a la entrada central de la austera catedral. A punto de entrar por la gran portalada, oyeron tras de sí el sonido de un caballo trotando vivazmente hacia ellas. Era Rainiero. El niño travieso que había crecido como ellas se había convertido en poco tiempo en un majestuoso caballero de elegante porte. Todas se giraron al unísono ante la urgencia del galope. La sonrisa sincera de Bona se tornó en un gesto serio al oír las palabras de Rainiero.

— *Signorina* Clara, quisiera hablar unos minutos con vos.

Aquellas formas poco habituales de dirigirse a una joven doncella no gustaron nada a Clara ni a las demás. Tampoco le pareció normal tanto protocolo en sus palabras. A ello se añadía el hastío por interrumpirla en su camino a la iglesia. Estaba molesta y así lo mostraba su rostro.

— Por favor, será sólo un momento.

Rainiero permaneció sobre su caballo intentando mantenerlo quieto mientras esperaba que Clara le diera una respuesta.

— Está bien —. Miró a las demás y les dijo — Ahora entraré —. Las jóvenes hicieron caso a Clara y empezaron a desfilar hacia el interior del templo. Bona miró de reojo hacia la plaza de delante de la iglesia mientras entraba en ella y vio, con tristeza, como Rainiero las miraba con ojos impacientes mientras buscaba un lugar donde dejar atado a su corcel.

— ¿Caminamos un poco, Clara?

Clara se estaba poniendo cada vez más nerviosa, empezando a sentir escalofríos que no estaban provocados por el frío de la mañana. Rainiero puso su mano justo detrás de su espalda invitándola a caminar. Aunque no la tocó, arqueó ligeramente su cuerpo para evitar cualquier tipo de contacto físico. Sabía que iba a hacer penitencia por la orgullosa intuición que sentía. La misma que sus amigas y hermanas. Deseaba equivocarse con toda su alma. Rainiero la arrancó de sus pensamientos.

— Últimamente veo que vas mucho a rezar...

— No sé por qué me haces esta pregunta, como si fuera algo malo una oración sincera en una iglesia.

— No querida, no censuro tu actitud, al contrario, siempre me ha gustado que las jóvenes sean

devotas y sigan los dictados de Jesús. Es simple curiosidad.

— Me reconforta rezar a Dios. Me ilumina y me ayuda a tomar decisiones. A ti no te iría mal alguna oración de vez en cuando—. Clara hablaba mientras miraba hacia delante intentando distraerse con los viandantes.

— ¿Qué decisiones?

— Saber qué voy a hacer con mi vida, decidir cuál ha de ser el mejor camino. No te hagas el inocente Rainiero. Nos hemos hecho mayores y todos sabemos que, a nuestra edad, sobre todo las mujeres ya deberíamos haber elegido el camino a seguir.

— ¿Casarte y ser una buena esposa...?

Clara frenó en seco su paso cada vez más acelerado y miró a Rainiero a los ojos.

— Ese no tiene que ser el único camino. No todas las mujeres tenemos que ser esposas.

— Ahora me soltarás que quieres ser monja — respondió Rainiero con sorna intentando esconder bajo una forzada carcajada el temblor que subía por su garganta.

Clara volvió a acelerar el paso como queriendo huir de aquella escena en la que ella se estaba convirtiendo en su principal protagonista.

— Clara —. Rainiero frenó su paso agarrándola firmemente de un brazo y cejó sus carcajadas. Ahora su rostro ya no mostraba diversión. Lo que se estaba jugando en aquel momento era muy serio.

— Te quiero.

Un escalofrío de miedo atravesó el cuerpo y el corazón de Clara. Por fin había llegado el momento que nunca hubiera querido vivir.

— Yo también te quiero. Eres como mi hermano y bien sabes que siempre he tenido un gran afecto por ti.

Rainiero soltó a Clara con rabia y la miró frunciendo el ceño y tensando los labios.

— ¡Por favor, Clara! ¡No me humilles de este modo! Querer como hermano. ¡Vaya eufemismo! Ten valor para decir que no me quieres y me iré por donde he venido.

Rainiero se estaba empezando a molestar. Sabía de la determinación de Clara. No era joven fácil de convencer. Tenía las ideas muy claras y no le importaba enfrentarse a quien fuera para defenderlas.

— No pretendo humillarte — respondió con serenidad —. Te estoy mostrando mis más sinceros sentimientos. No te quiero del modo en que tú me lo estás pidiendo, si es eso lo que quieres saber. Y no pretendo hacerte daño pero tampoco quiero engañarte. Nunca seré una esposa como todos pretendéis que lo sea porque mi camino en la vida no es ese. Sé que nadie entenderá que una mujer decida su camino pero sí que te pido a ti, por la amistad que nos une y el cariño que te tengo, que entiendas que debo ser sincera contigo y decirte la verdad. Aunque estas palabras te duelan y te pierda como amigo para siempre.

Sus pasos apresurados les habían llevado a una de las puertas de las murallas de Asís por la que habían salido, casi sin darse cuenta, a las afueras de la ciudad. Estaban en un camino que conducía al

monte Subasio, donde tantas veces habían corrido y jugado de niños. Un tiempo que parecía tan lejano en el tiempo que en sus mentes era un borroso recuerdo.

Desesperado, Rainiero contestó con voz temblorosa, algo que para su corazón de caballero era humillante e intolerante.

— No sé, Clara, cuál será tu camino en la vida. Pero me hago una ligera idea con las nuevas amistades con las que últimamente te prodigas. Ese Francisco te está llenando la cabeza de sermones iluminados por Dios sabe qué espíritu indeseable. No me equivoco, ¿verdad? Todos conocemos el pasado disipado de ese hombre y a pocos nos ha podido hacer creer que en verdad ha tenido una revelación y ha cambiado su vida licenciosa y llena de excesos por la pobreza y el ascetismo. Piénsalo bien, Clara. Acepto que no me quieras como se supone que deben quererse un hombre y una mujer, pero lo que yo te ofrezco no lo hará nunca ese Francisco. Si te casas conmigo tendrás una vida acomodada, cerca de los tuyos, que sé que tanto necesitas, sobre todo tu madre y tus hermanas. No tendrás que preocuparte de nada, querida Clara. Podrás hacer lo que quieras, tendrás plena libertad para gestionar tu casa y tu vida. Pero Clara, por favor, no me rechaces.

Rainiero dejó de hablar porque sus sentimientos de joven enamorado estaban traicionando al gentil y recio caballero que siempre había mostrado a los demás. La humedad en los ojos no terminó en lágrimas humillantes pero ya no podía continuar. Mientras hablaba sabía que todas aquellas palabras no significaban nada para Clara. La joven iba a mantener su decisión pero aquel muchacho con el que había crecido le estaba destrozando el corazón. En aquel preciso instante Rainiero fue consciente del error inmenso que había cometido en aquel momento de ímpetu. Quizás si hubiera callado sus sentimientos y hubiera dejado que sus padres pusieran a Clara ante unos hechos consumados, las cosas habrían sido muy distintas. Ahora ya nunca lo sabría.

— Lo siento, mi más querido amigo —. Clara intentó que las palabras sonaran lo más sinceras posible — Aunque sé que ya tengo edad de casarme, y mi tío Monaldo no cesa en el empeño de buscarme pretendientes, reitero mis palabras, ese no es mi camino. Me entristece mucho que hables con desprecio de ese Francisco, pues es una buena persona y un ser de gran corazón tocado sin duda por la mano de Dios. Ese Francisco a mí no me promete nada, solamente quiere iluminar el corazón de aquellos que quieren oírlo.

Quedaron los dos jóvenes en silencio, mirando el hermoso paisaje de viñedos y olivos que se extendía a su alrededor. El suave viento de la mañana refrescó las acaloradas mejillas de Clara.

— Está bien — contestó al fin Rainiero —. Agradezco tu sinceridad y me alegro de que tengas unas ideas tan claras. Espero que cumplas tus sueños sin hacer daño a nadie más. Yo también tengo mis ideas claras, ahora mucho más. Mi señora. — Hizo una profunda, exagerada, reverencia y se marchó.

Clara se quedó como una planta agarrada al suelo por fuertes raíces. Sabía que había perdido a su amigo para siempre. La revelación de aquellos sentimientos había construido un sólido muro entre ellos. Giró la cabeza hacia los muros de Asís y pensó en su tío Monaldo, quien no la recibiría precisamente con

una gran sonrisa en los labios. Los acontecimientos se estaban precipitando. Las cosas iban demasiado rápidas. Observó los prados cercanos y vio, como en un sueño, la figura de unas niñas correteando, saltando y riendo felices. Sombras que desaparecieron, pues eran ya sólo recuerdos de un pasado que no volvería.

Unas voces que cantaban en unos prados no muy lejos de allí hicieron volver de nuevo la cabeza de Clara hacia fuera de la ciudad. Los cantos provenzales delataron a Francisco y sus seguidores, que seguro se dirigían a San Damián. Sin darse cuenta, Clara esbozó una sonrisa y no se movió hasta que los vio desaparecer en el horizonte. Aquella música celestial calmó al momento su cuerpo y su alma.

Las campanas de la catedral despertaron a Clara de su ensimismamiento. ¿Cuánto tiempo había transcurrido? Giró y volvió con paso apresurado a las callejuelas de Asís. Llegó a San Rufino y entró en la iglesia intentando no hacer demasiado ruido. Sus hermanas, Bona y Cristiana, aún estaban allí. No se giraron al oír sus pasos, pero al notar su presencia a su lado no pudieron evitar mirarla de reojo. Habían interrumpido sus plegarias pero a ninguna se le pasó por la cabeza hablar. Estaba terminantemente prohibido dentro de una iglesia, bien lo sabían. Clara se arrodilló sin mirarlas y se encerró en su habitual oración a Dios. En sus plegarias pidió al Altísimo misericordia para el pobre Rainiero. Sabía que le había roto el corazón y que muy seguramente se encontraba perdido y desconsolado aunque su condición de hombre y caballero le impidieran mostrar aquellos sentimientos que muy probablemente le avergonzarían. No quería que su amigo sufriera, y menos por su culpa. “Ilumina su alma, oh Señor”.

Terminada la oración, salieron de la iglesia. La oscuridad del templo contrastaba con la fuerte luz que iluminaba la plaza de la catedral. Entornaron los ojos para acostumbrarse a aquella claridad. El frío de la iglesia también dejaba paso a un leve calor invernal de aquel tímido sol que ya empezaba a erigirse en lo alto del cielo. Caminaron unos pasos en silencio. Nadie se atrevía a hablar. Clara miraba al infinito esperando la inevitable pregunta. Bona fue quien al fin habló.

— ¿Y bien?

— ¿Y bien, qué?

— Ya lo sabes — añadió Cristiana — ¿Qué quería Rainiero?

— Quería que fuera su esposa. Eso es lo que me ha pedido. Y no, no he aceptado. — Clara y las demás se pararon ante la puerta del palacio de Offreduccio al que habían llegado.

— A tío Monaldo no le va a gustar nada tu decisión. Ya es la tercera vez que rechazas un pretendiente y no creo que esta vez lo deje estar como las otras veces — habló Beatriz con seriedad a pesar de su juventud —. Tienes ya dieciocho años y sabes perfectamente que a tu edad ya hay muchas jóvenes que son esposas y madres de uno o incluso dos hijos. Vas a disgustar a nuestra madre.

Clara seguía mirando al infinito. Beatriz tenía razón. En los últimos meses había ofrecido a Clara la posibilidad de casarse con dos jóvenes de sendas familias de alta alcurnia, uno de Asís y otro de Perusa, pero ella se había negado aduciendo que esperaba encontrar un pretendiente adecuado. Lo que realmente quería Clara era ganar tiempo para aclarar sus ideas, pero sólo había conseguido alterar los nervios de

su tío al que *madonna* Hortolana cada vez le era más difícil calmar. Esta vez su tío ya no dejaría correr la ocasión y existía la posibilidad de que las cosas se precipitaran. Al parecer la familia de Rainiero y su propio tío había organizado la unión a sus espaldas como ya había intuido en aquella cena en su casa. Monaldo pensaba poner a Clara ante los hechos consumados. Lo que no sabía era que Rainiero, en su ímpetu y ansiedad, había desmontado sus planes. Le dolía también por su querida madre, a la que sabía como su hermana, que no agradaría aquella situación.

— ¿Cómo ha reaccionado Rainiero? — La pregunta de Bona la sacó de sus pensamientos.

— Lo ha aceptado con dignidad, aunque sé que acabo de perder a un amigo para siempre.

— ¿Qué vas a hacer ahora? — Esta vez era su hermana Catalina la que le preguntaba.

— Entrar en casa, que hace mucho frío — Clara intentó dar un giro a la conversación con aquel comentario banal a la vez que abría la gran puerta de madera de la casa.

— Gracias por quedarte — Clara cogió a Bona del brazo mientras subían las escaleras de la casa.

Cristiana se había marchado a su casa que estaba justo al lado de la de los Offreduccio. Sus hermanas habían subido corriendo a las habitaciones de su madre donde seguramente las estaría esperando junto con Pacífica para bordar y charlar animadamente como solían hacer.

— ¿Estás bien? — Preguntó Bona.

— Sí — apretó con cariño la mano de su amiga. —. Sólo estoy triste por haberle hecho daño. No sé por qué se habrá fijado en mí. Soy como cualquier otra joven. Tú, por ejemplo, eres guapa y esbelta. Y Cristiana es tan risueña que su rostro brilla de manera excepcional. Y yo soy una más. Quisiera que no se hubiera fijado en mí de ese modo. Las cosas serían mucho más sencillas.

— Para nosotras las mujeres, sabes que las cosas no son sencillas. Rainiero se ha enamorado y eso no se puede evitar. Cuando amas a alguien de ese modo no existe una respuesta racional.

— No lo sé Bona, pues yo nunca he sentido ese amor mundano del que tú hablas y que sé que has sentido — hizo una pausa y miró a Bona sabiendo que estaba introduciéndose en sus secretos sentimientos de mujer—. Al menos asumo que Rainiero haya aceptado mi decisión con respeto. Se ha comportado como el caballero que siempre presume ser. Por una vez en su vida lo ha sido de verdad.

No había terminado de decir esas palabras cuando oyeron unas voces masculinas tras una puerta entreabierta. Eran su tío Monaldo y Rainiero. Clara agarró a Bona del brazo y la colocó junto a ella detrás de la puerta. Ambas mantuvieron la respiración.

— No te preocupes, noble Rainiero — Hablaba *messer* Monaldo con voz grave y segura—. Clara se casará contigo quiera o no. La unión de nuestras dos casas es importante y necesaria en estos tiempos que corren. Los nobles debemos unir nuestras fuerzas ante esos nuevos ricos salidos del arado que se hacen llamar burgueses. El contrato de esponsales con la dote correspondiente de mi sobrina ya lo acordamos en su momento con tus padres y mi cuñada Hortolana. Y sé que mi hermano, que en gloria

esté, así lo habría querido también.

— Gracias, conde Monaldo — Rainiero hizo una reverencia sumisa ante el tío de Clara.

— Ahora sólo nos queda convencer a la futura novia y doblegar esa terquedad que siempre le ha caracterizado — una sonrisa malévolamente se dibujó en su rostro. — Estate tranquilo que lo conseguiremos. Las mujeres son siervas de Dios... y de los hombres. Nacieron para obedecer y ser sumisas. Mi sobrina no va a ser una excepción.

La sangre de Clara estaba tan helada que si le hubieran cortado no habría sangrado. No pestañeaba. Su mirada estaba clavada en la figura de Rainiero o lo poco que podía ver de él a través de la recia puerta de madera. Traicionada. Engañada. Por su amigo. Por su familia. Por aquellos a quienes creía que querían lo mejor para ella y respetaban su voluntad. ¡Qué ilusa había sido!

Bona observaba alternativamente a Clara y la estrecha escena que se dibujaba más allá de la puerta. No sabía qué decir. No sabía si debía decir algo. Pero de pronto vio como Clara se ponía en movimiento y, como un fantasma, se deslizó por el pasillo hacia las estancias femeninas donde ya les esperaban las demás. Bona la siguió acelerando el paso.

La sala de costura no era la algarabía de alegría de otras ocasiones. Las niñas permanecían calladas mientras sus madres cosían intentando mantener una normalidad que no era tal. Pacífica aún no se había recuperado del disgusto de ver partir a su hijo Juan. Lo quería como sólo una madre puede querer a un hijo. Y él había salido corriendo, a uña de caballo, en busca de un amor digno de ser cantado por juglares y trovadores. Juan se había vuelto loco, o es que simplemente la fuerza de la juventud y el despertar a la pasión le habían trastornado los sentidos. ¿Quién sería aquella mujer? ¿Sería digna de su amor? Qué más daba eso.

Cuando Clara entró en la estancia seguida de Bona, oyó como su madre estaba consolando a Pacífica.

— No os lamentéis por un hombre que ha podido escoger el camino por el que caerse. Es más de lo que nosotras podremos hacer nunca en la vida.

Sus hermanas se miraron sin entender demasiado qué sucedía. Pacífica en cambio, gran confidente de Hortolana, sabía perfectamente el sentido de las palabras de Clara. Catalina, impaciente, dijo entonces:

— Mamá, hoy Rainiero nos ha venido a buscar a la iglesia.

— A nosotras no, Catalina, sólo a Clara — le corrigió redicha Beatriz. Ambas hermanas, en su inocencia, se sentían importantes por poner en conocimiento de su madre aquella noticia. Noticia que no provocó el efecto deseado por las niñas, más bien aumentó la tensión de aquel salón minutos antes alegre y divertido.

— Será mejor que dejemos para otro día la velada de hoy —. Dijo Pacífica, quien se levantó decidida invitando con sus manos a las pequeñas y a su hija Bona a salir de la estancia. Beatriz y Catalina salieron a regañadientes; Bona salió detrás de su madre sin decir una palabra. Ambas dejaron la

casa de los Offreduccio.

La plaza de la catedral ya estaba muy animada a aquellas horas de la mañana. Tenderos y artesanos habían colocado sus productos para venderlos. Las tiendas y talleres de las calles cercanas ya estaban también a pleno rendimiento llenando la ciudad de sonido y vida. Ensimismada en las personas que tenía delante de ella no oyó salir a Rainiero del palacio.

— Buenos días, Bona.

Ante aquellas palabras dio un pequeño respingo que hizo sonreír a Rainiero.

— Hace un día espléndido, ¿no crees? — Rainiero sonreía mirando a la plaza mientras se ponía sus guantes y se atusaba el abrigo. Hizo una graciosa reverencia y se marchó. — Señora Guelfuccio, Bona. Que tengan un buen día.

Bona sabía que Rainiero no estaba hablando del tiempo, aunque el sol brillara en todo su esplendor aquella mañana de invierno. Intentó disimular ante su madre el ahogo que le provocaban los fuertes latidos de su corazón. Se sentía estúpida porque un hombre provocara aquellas reacciones en ella. Y no quería que Pacífica se diera cuenta. Demasiado tarde, su madre, como tal, conocía sus sentimientos mucho mejor que ella. Pero hizo ver que no se daba cuenta para no incrementar el nivel de angustia de su hija.

— Mira, Bona — exclamó divertida mientras señalaba un punto en el centro de la plaza —. Vamos a ver a *messer* Fabricio, a ver qué jarros tan preciosos ha traído esta vez de vaya usted a saber dónde —. Esbozó una sonrisa y empujó a su hija del brazo hacia el curioso viajero que siempre deleitaba a los ciudadanos con objetos exóticos de tierras lejanas.

Mientras, arriba en el salón de mujeres de los Offreduccio, Clara y su madre se miraban en silencio.

— Clara —, empezó Hortolana — antes de que me juzgues como creo que ya lo has hecho, por favor, quiero que me escuches.

— Me has traicionado — interrumpió Clara con dolor en sus palabras.

— Mi querida niña — Hortolana hizo como que no había oído nada —. Tú y tus hermanas sois lo que más quiero en este mundo de desdichas. Una madre no hace daño a sus hijos. Algún día, si eres madre, entenderás mis palabras. Vivimos en un mundo difícil en el que a las mujeres se nos ha dejado una estrecha parcela de libertad. Las historias de mujeres extraordinarias que nos cuenta Pacífica y que tanto os gustan, sobre todo a tus hermanas, son eso, historias excepcionales, de damas escogidas. Vidas extraordinarias que admiramos pero que hemos de meditar mucho antes de quererlas emular. Eres buena, Clara, dulce y amable. Piadosa, por supuesto, pero yo, como madre tuya que soy, y te aseguro que te quiero más que a mi vida, creo que tu futuro será más seguro al lado de Rainiero que de cualquier otra manera. Y Rainiero es bueno, atento, de noble cuna, sí. Y para colmo de alegrías, te quiere con sincero y devoto amor. Bien sabes que, nos guste o no, el matrimonio no siempre deja lugar al amor. Que muchos jóvenes recurren al rapto y al hecho consumado para conseguir estar con la persona amada como ha

hecho Juan no es garantía de nada. A menudo esas historias no terminan con final feliz. En vuestro caso ha coincidido el interés de nuestras familias con el amor que os profesáis... Y sí, aunque parezca mentira, por una vez estoy de acuerdo con la decisión de tío Monaldo.

— ¿Y qué te hace pensar que yo le quiero?

— Creo sinceramente que algo en tu interior te hace dudar y no te deja ver con claridad tus sentimientos.

— Tienes razón en lo referente a mis dudas. Llevo una opresión en mi corazón que a veces no me deja ni respirar. Sé que pronto deberé tomar una decisión en mi vida pero aún no sé qué es lo que debo hacer. Y lo que me angustia aún más es ver como a mi alrededor se precipitan los acontecimientos y otros quieren decidir por mí — Era la primera vez que la silenciosa y taciturna Clara se sinceraba con alguien acerca de sus sentimientos. Las lágrimas empezaron a brotar por sus ojos. Se había propuesto no llorar, pero era demasiado tarde.

Hortolana se acercó a su hija y la abrazó fuerte. Clara siempre había sido una niña reservada, que no mostraba sus sentimientos, dejando sus opiniones guardadas en su corazón. Aquel peso era ya demasiado insoportable. Oía el palpitar del corazón de su madre. Decían las sabias mujeres que asistían a las asustadas parturientas que aquel sonido ya lo oía un bebé antes de nacer. Así se sentía ahora, un bebé recién nacido al mundo de los adultos, de las decisiones, de las encrucijadas.

— Mamá, te quiero mucho — Clara miró a su madre a los ojos —. Por favor, no permitas este matrimonio — Hortolana guardaba silencio mientras acariciaba la rubia melena de Clara.

— ¿Sabes, Clara? No he olvidado aquel misterioso y extraordinario mensaje que recibí antes de que tú nacieras. Si aquellas palabras empiezan ahora a cobrar significado, las respetaré, así como en silencio respetaré tu decisión. Sé que sabrás seguir el camino que el destino te ha marcado. Eres fuerte, decidida, mi querida Clara. Desde que naciste he sabido que estabas destinada a grandes cosas aunque ni tú ni yo sabemos aún cuáles son. Pero algo me dice que pronto lo sabremos. Si lo debes hacer al lado de Rainiero, así será, si no, sé que serás fuerte para asumir tu destino. Así pues, yo debo hacer mi papel, y tú debes asumir el tuyo. Al final el Señor nos iluminará a las dos para saber qué camino hemos de seguir.

Las palabras de Hortolana sorprendieron a Clara. Conocía la historia de su nombre, de la voz que había hablado a su madre antes de nacer, pero en aquel momento aquello no la consolaba ante el panorama de matrimonio que se le presentaba. Estaba confusa. Muy confusa. La luz estaba escondida tras una oscura nube de dudas e incertidumbres.

— Lo vas a hacer, ¿verdad?

Bona y Clara se habían quedado solas en la sala de lectura del Palacio Offreduccio. Clara escribía con extrema delicadeza en una de las hojas que su tío Monaldo, aunque a regañadientes, le había comprado en la feria semanal de Asís. *Messer* Monaldo no entendía por qué sus sobrinas y buena parte

de las jóvenes nobles tenían que aprender a leer y escribir y recibir una educación que, según él, sólo era productiva en los hijos varones. Hortolana, siempre diplomática, había convencido a su cuñado para que continuara con la educación que su hermano había elegido para sus hijas. *Messer Favarone* no quería que sus niñas fueran incultas ni analfabetas, quería que conocieran la cultura de su tiempo y la vida de los principales miembros de la Iglesia. Además de recurrir a la memoria de Favarone, Hortolana había convencido a su cuñado aduciendo que lo que ella y sus tutores enseñaran a las niñas sería de gran utilidad para en un futuro gestionar y dirigir su propio hogar como ella misma había hecho.

Clara levantó la vista de su trabajo y miró a un lado y a otro de la habitación para cerciorarse de que estaban solas. A Bona no le gustó aquel gesto de desconfianza. Sin mirarla, Clara volvió a centrarse en la escritura y contestó con tranquilidad:

— Ya sabes que sí. No sé por qué me lo preguntas.

— No te estoy juzgando, Clara. Sólo quiero que estés segura de tu elección. No sabes dónde te metes. No es como si entraras en un convento y te hicieras monja, algo que pronto tendré que hacer... — Bona dijo estas palabras con tristeza — Vas a huir, de noche, con un hombre y sus seguidores que...

— Hablas como si me fuera a fugar con un amante como hizo tu hermano, Bona — Clara hizo un gesto de disgusto —. Igual que todos han confundido la elección de Francisco, tú estás confundiendo diametralmente la mía. Y sé que cuando me haya marchado todos dirán barbaridades de mí. Esperaba que alguien como tú no contribuyera a las calumnias...

— No me refería a eso.

— Francisco es el inicio de algo muy grande — Clara continuaba hablando a pesar del inciso de Bona, como si no la hubiera oído —. El Papa ha aprobado la regla de los Hermanos Menores y cada día más jóvenes de Asís, a pesar del fastidio de muchos, se están uniendo a él.

— Hombres jóvenes. No mujeres — volvió a cortar Bona, esta vez con un tono más contundente para llamar la atención sobre Clara y su monólogo. Y parece ser que lo consiguió. Clara dejó de escribir y la miró fijamente a los ojos.

— Las grandes órdenes del orbe cristiano tienen su *alter ego* femenino en conventos de monjas. Benedictinas, cistercienses... ¿por qué no puedo yo empezar una rama de mujeres seguidoras de los hermanos menores?

— Clara, no juzgo tu elección. Ya te lo he dicho. No me hables sobre la historia del monacato en Europa. Para eso ya tenemos nuestras clases de historia y los sermones del obispo. Es un simple sentimiento egoísta el que corroe mi espíritu.

El silencio reinó en la habitación por unos segundos. Clara observaba a Bona, quien luchaba consigo misma para seguir hablando sin llorar.

— La vida no será igual sin ti. Tus consejos, tu paz, tu seguridad, ahora ya no estarán aquí para que la débil e indecisa Bona pueda seguir adelante. Tu madre, en su visión, supo que serías la luz que iluminarías el mundo. A mí me has iluminado todos estos años, y ahora veo la oscuridad llegando

amenazadora a mi corazón. Has sido la hermana para mí, y ahora te marchas. Sé que debes hacerlo porque sé que es para un gran fin. Serás alguien importante. Lo sé. Pero me dejas aquí sola. Y no sé si podré soportarlo. Pronto yo tendré que entrar en religión contra mi voluntad y lo haré sola. Aun rodeada de monjas, estaré sola. Porque no estarás a mi lado para consolarme, para hacerme reír, para ser luz...

Clara miró con tristeza a Bona. Esta respiró hondo y fijó la vista en sus manos. Sólo había silencio. Nada más.

— Por primera vez en una conversación contigo, no sé qué decir. Sabía que me iba a tener que despedir del mundo. Pero no me imaginé que sería tan duro ni que haría daño a los que quiero. Pero has de entender mi elección. Algo muy profundo dentro de mí me dice a voz en grito que en breve he de huir de mi vida y empezar una vida diferente. Dedicada a Dios. Simplemente, pero tan complicado a la vez. Echaré de menos a mi familia, y en ellos te incluyo a ti. Para mí también has sido mi hermana. Rezaré profundamente para poderte iluminar aun estando lejos de ti físicamente. Y del mismo modo que tengo el convencimiento de que lo que me ha de suceder será algo maravilloso, la vida terrenal te depara a ti un futuro feliz.

— Sabes que no quiero vivir en un convento. Me conoces lo suficiente para saber que eso no me hará feliz. Pero si al menos una de nosotras consigue lo que quiere, te ayudaré. Te acompañaré, Clara, lo sabes. Aunque sea como clavarme un puñal en lo más profundo de mi corazón.

Más que una iglesia, la catedral de San Rufino parecía un jardín. Era como la recreación del paraíso. Un gran escenario iluminado con unas jóvenes protagonistas dispuestas a entrar en escena en aquella ceremonia y en la vida. Como todos los años, el domingo de Ramos tenía lugar una gran celebración religiosa pero también, sobretodo, social. Las jóvenes de la ciudad, vestidas con sus mejores galas, se mostrarían ante toda la ciudad en un símbolo de estar dispuestas para la edad adulta y su vida en matrimonio.

Bona, Clara, Cristiana y muchas otras jóvenes estaban sentadas en los primeros bancos de la engalanada catedral de San Rufino. Bona apoyaba las manos enguantadas en la suave seda de la falda de su precioso vestido. Tenía la mirada perdida, triste. No sabía qué estaba haciendo allí. Para qué la habían obligado a lo que para ella era una pantomima. ¿No iba a ser monja? ¿Por qué la mostraban al mundo? ¿Para acto seguido esconderla para siempre? Tenía que cumplir con la tradición. Al fin y al cabo ahí estaban todas las futuras novias, fueran sus maridos hombres de carne y hueso o el mismísimo Jesucristo. Quería salir corriendo de allí. Como había hecho su hermano. Le culpaba de todas sus desdichas pero en el fondo le envidiaba. Si hubiera nacido hombre hubiera podido hacer lo que él había hecho. Huir hacia una vida llena de amor. Ella era el precio, el sacrificio involuntario para que su hermano consiguiera lo que él más deseaba. Maldijo en silencio a Juan por haberle arruinado no sólo ese día, soñado desde muy pequeña, sino toda su vida. Pero ya todo daba igual. De todos modos, tenía que

aceptar su destino, la decisión de sus padres. Honrarás a tu padre y a tu madre. De todos modos, ¿quién querría casarse con ella? Una joven mediocre, para nada guapa, simple. Qué más daba. Mejor dedicar su vida a Dios y alejarse de aquel mundo injusto que no la había aceptado.

Miró de reojo a Clara. Ella sí que estaba preciosa. Hortolana no debía disimular su orgullo de madre; era un hecho objetivo que Clara era de las más bellas, sino la más hermosa de todas las muchachas de Asís. Clara hacía honor a su nombre porque resplandecía con luz propia. Con su belleza natural, con sus ojos azules como el mar en calma, un pelo rubio que al sol incluso a veces deslumbraba, un rostro bello, sereno. Con todos aquellos atributos naturales, se pusiera lo que se pusiera, sobresalía por encima de todas las demás. Y su humildad, su ausencia de orgullo y vanidad aún la hacían más hermosa a los ojos de todos, sobretodo a los ojos de los caballeros jóvenes a la espera de esposa. Sobretodo de Rainiero.

Clara estaba nerviosa. Empezaba a vislumbrar en su corazón que aquel no era su lugar. Si no aceptaba ser esposa no tenía derecho a formar parte de aquel ritual. Tampoco estaba segura de querer entrar en uno de los conventos que tenía a su alrededor. Sentía que estaba engañando a todos. Pero no podía salir corriendo, aún no. Sentía el peso de las miradas de los habitantes de Asís en su cabeza. Estaba tan nerviosa. Nunca le había gustado ser el centro de atención de nada. Le gustaba pasar desapercibida. Pero con aquel atuendo con el que la había vestido Hortolana no pasaba precisamente desapercibida. Parecía una ninfa de los bosques, como salida de un cuento del rey Arturo, Perceval o algunas de aquellas historias de amor que Clara encontraba almibaradas y sin sentido para ella. Historias que Bona tanto amaba. Para Clara el amor residía en otros lugares y debía manifestarse de modos bien distintos.

Sea como fuere, todas aquellas dulces e inocentes jóvenes estaban ahí para una despedida. Incluso Clara. Se despedían de su mundo infantil de juegos, danzas, paseos por el campo para convertirse en señoras de su hogar, para dirigir un nuevo pequeño universo igual que sus madres habían hecho en su momento. Deberían emular a sus predecesoras en empeño, tesón, duro trabajo y respeto a aquel a quien les hubieran asignado como marido. Se deberían despedir de su casa natal, de sus padres, hermanos, sirvientes, para crear un nuevo hogar lejos del abrazo protector de sus progenitores. Quizás encontrarán un nuevo regazo amable en sus impuestos maridos, quizás no. Clara también se despedía de los suyos. Pero con la gran diferencia de que se marchaba a un futuro incierto. Las palabras de Francisco continuaban martilleando con fuerza e insistencia en su cabeza. Iba a ser una sierva del Señor pero no en un convento ya existente. Ni tan siquiera iba a ser una monja más. *Il Poverello* tenía reservado para ella un destino bien distinto. Se lanzaba a un abismo que desconocía pero aun así sabía que sus pies iban a saltar a ese vacío que ella esperaba estuviera lleno del amor de Dios.

— ¡Clara! —. Bona susurró a su amiga para que se levantara. Había llegado el momento de la ceremonia más esperado por padres, pretendientes y jóvenes casaderas. El coro de monaguillos empezaba a entonar un dulce cántico de alabanza a Dios que se iba expandiendo por los arcos, cañones y

naves de la catedral. Toda la comunidad estaba en pie, en un solemne silencio.

— ¡Clara! —. El segundo susurro fue acompañado de un pequeño empujón en el brazo. Bona estaba nerviosa y confusa. Clara parecía una estatua de piedra. La había estado contemplando de medio lado durante toda la misa pero no fue hasta que la tocó que se dio cuenta que realmente parecía un icono inerte. Era como una Virgen en un altar mirando al más allá en profundo éxtasis. Era imposible moverla. Las jóvenes empezaban a levantarse y desfilar. Miró a un lado y a otro y finalmente lo entendió. Clara ya no seguiría más sus pasos. Aquellas dos amigas sólo caminarían juntas un último trecho más del camino de sus vidas. Sería el de la víspera, en el que se despedirían definitivamente. Bona entendió que Clara no iba a participar en aquella que iba a ser una farsa para ella. Se levantó, miró con tristeza a Clara, y siguió a las demás en busca de su palma. Atrás quedó Clara que ni tan siquiera la había oído. No había notado el leve empujón de Bona en su brazo. Su cuerpo estaba allí paralizado pero su alma vagaba por un mar de pensamientos que debía ordenar y encajar. Encajar un adiós a su madre y sus hermanas no era para nada sencillo; un adiós que no podría realizar abiertamente. Habían sido el amor más puro que había conocido después del amor de Dios. Y sus queridas amigas, sobretudo la indecisa pero entusiasta Bona. Siempre a su lado, tan diferentes pero tan comprensivas con sus contrapuestos sentimientos e ideales. Dejaba un mundo de lujo y riqueza aunque eso nunca lo había valorado como algo necesario. “Pasarás hambre”, le había dicho Francisco, “pasarás frío”. ¿Tendría la fuerza suficiente para sobrellevar aquella cruz? Era fácil soñar desde la comodidad de sus bonitas estancias infantiles, aquellas que sólo vería una vez más. Pero debería pasar un día y otro y otro, de hambre, sed, suma pobreza. Esa parecía ser su extraña voluntad. Porque a pesar de difícil, aquello era lo que quería. Era un futuro complicado de entender para muchos, pero ella quería ir hacia allí. Hacia aquel camino de no retorno al mundo terrenal, al mundo de aquel siglo extraño lleno de contrastes, de guerras y fiestas, disturbios y jolgorios, odios ancestrales y amores infinitos. A Francisco tampoco lo entendió nadie al principio. Puede que aún muchos siguieran sin entenderlo y que las generaciones venideras siguieran sin entender, pero eso carecía ya de importancia.

Y allí seguía, sola en la bancada ahora ya completamente vacía, mientras las demás recogían su preciado trofeo. Bona caminaba lentamente en la fila. De tanto en cuanto la distancia entre ellas se reducía a un mínimo incómodo. Parecía como si las de atrás quisieran llegar antes pensando que el presente destinado para ellas se terminaría antes de tiempo. Ansiosas por recibir de manos del obispo su palma, como un acordeón humano las jóvenes se iban reubicando. Bona seguía mirando disimuladamente a Clara con pesar en los ojos y a Rainiero con incertidumbre. A pesar de haber sido la que había robado el corazón de su amado, no podía sentir rencor hacia Clara. Aun más cuando esta no había hecho nada por ganarse el amor de Rainiero. Mientras avanzaba por aquella fila que formaba un gran gusano de seda, brocados, terciopelos y joyas, observaba cómo Clara seguía allí, impertérrita, ajena a todo y a todos.

A pesar de que muchos ojos empezaban a clavarse en su figura sentada, ella no se inmutaba. Bona nunca podría haber hecho eso. Admiraba el arrojo de Clara, su determinación. Enfrentarse al mundo y ponerse en boca de todos como años antes había hecho Francisco. Pero él, al fin y al cabo, era un

hombre, y a los hombres se les permitía de tanto en cuanto aquel tipo de locuras. Ella, sin embargo, era una joven, una mujer, un ser sin decisión, inferior a su compañero según los grandes teólogos, un ser que debía purgar los pecados del mundo haciendo la voluntad de los demás.

Allí estaba ella, impertérrita.

Su tío Monaldo y Rainiero se iban mirando alternativamente mientras miraban con odio furibundo a Clara. La de *messer* Monaldo, con ojos inyectados en sangre, cada vez más llena de ira. La de Rainiero, cada vez más confusa. ¿Cómo iba a doblegar aquella yegua rebelde que era capaz de ponerse en evidencia ante toda la comunidad de fieles asisienses? Era la primera vez que algo así sucedía en aquella antigua ceremonia y la protagonista tenía que ser su futura esposa.

Hortolana, por su parte, con las manos juntas, devota, rezaba con piedad para transmitir fuerza a su querida hija Clara. Sus ojos miraban hacia el altar, hacia la imagen de María a la que pedía valor para sobrellevar aquella despedida. El rostro de la Virgen lo veía cada vez más abombado y borroso por causa del filtro que producía una lágrima que nublaba su visión. Una lágrima que como devota cristiana sabía que no debía derramar, pero como madre no podía evitar. Desconocía los planes de Clara, pero sabía que había llegado el momento de saber qué significaban realmente aquellas palabras que la habían acompañado toda su vida. “Darás a luz una criatura que iluminará el mundo”. Miraba a Clara, su hija. Aquel pequeño bultito que había iluminado su vida con su llegada a este oscuro mundo que de un modo u otro ella debería iluminar. Un regalo divino que ahora debía devolver. Sólo rogaba a Dios que protegiera su alma y su cuerpo mientras viviera en este mundo aunque no supiera ciertamente dónde.

Los niños dejaron de cantar. Las niñas preparadas para ser esposas posaban orgullosas ante el altar con su palma apoyada en el brazo unas. Otras, aún con un corazón infantil, atizaban la rama al aire para que la vieran sus orgullosos padres como si fuera un dulce caramelo regalado por un feriante en una mañana de mercado. Otras, simplemente aguantaban la palma con resignación, concedoras ya de la identidad de su futuro y no deseado marido.

Se hizo el silencio. El obispo cogió la última rama que quedaba en la cesta y bajó del altar con gran solemnidad. Los allí presentes mantenían la respiración. Sólo se oía la tela de los ricos ropajes del religioso arrastrándose por el frío suelo de la catedral. Entonces Clara despertó. Ahí estaba el obispo, ante ella, ofreciéndole la palma. Con humildad la cogió. ¿Qué significaba aquello? ¿El obispo sabía de sus planes? ¿Francisco le había puesto al corriente? La mirada de complicidad del obispo parecía responder afirmativamente a sus preguntas. Se acercó lentamente a su oído y le dijo “abrazo tu destino” en un latín susurrante que nadie pudo oír y si alguien lo oyó, tampoco pudieron entender aquel idioma reservado a unos pocos.

— ¿Qué significa este espectáculo? — La voz de *messer* Monaldo sonaba floja pero contundente. La pregunta no iba a nadie en particular pero esperaba que alguien le dijera lo que estaba pasando. De nuevo lo que sucedía a su alrededor estaba fuera de su control, algo que no iba a volver a tolerar.

— Amén —. Aquella fue la única respuesta que encontró en boca de su cuñada Hortolana.

6. Huidas

*Escucha, hija, y mira, y presta tu oído,
y olvida tu pueblo y la casa paterna,
pues el Rey se ha prendado de tu hermosura
(Sal 44,11-12).*

Asís. 1212

Clara estaba metida entre las colchas. No dormía. Oía la respiración tranquila y pausada de sus hermanas. Ellas sí dormían plácidamente. Había sido un día excitante para las pequeñas. En sus tranquilas vidas, cualquier hecho extraordinario las entusiasmaba. Y el Domingo de Ramos siempre era un bonito día de alegría y jovialidad.

A través de las telas que la arropaban en su cama, Clara podía distinguir perfectamente los objetos de su habitación. La luz de la luna llena se había colado por los ventanales con tanta intensidad que parecía que el día no hubiera aún terminado. De hecho, para ella no había terminado.

— Luz de la noche; luna que iluminas nuestra oscuridad; hoy serás mi guía y acompañante en mi camino a la vida.

Se armó de coraje y se levantó. Se había metido en la cama un poco antes de que sus hermanas lo hicieran aduciendo cansancio por los actos de la jornada, para así no tener que desvestirse. Se calzó con sigilo sus bonitos y cómodos borceguíes de seda. Como un espectro, abrió la puerta y salió al pasillo. Antes de volver a cerrar la puerta miró por última vez aquella habitación, lugar de alegres y dulces momentos. Miró a sus hermanas. Compañeras de juegos infantiles; confidentes de sueños juveniles. Sus queridas y amadas hermanas. Había meditado mucho ese momento. Bona la había ayudado a planificarlo todo. Menos un detalle. La ruptura definitiva. ¿Tendría el valor suficiente? Los fuertes latidos de su corazón estaban empezando a impedir su respiración. Inspiró hondo. Tranquila. Cerró la puerta. Toda su vida había estado esperando ese momento, esa decisión; ahora ya no podía echarse atrás. Una fuerza invisible la empujó con pasos firmes hacia el oscuro pasillo.

Bajó las escaleras y salió por la puerta de atrás. Aquella salida siempre estaba cerrada pero en aquel momento se abrió sin más problemas. No estaba sola en aquella fuga. Fuera, en el frío de la noche,

se topó con la callejuela trasera del palacio. Más oscura que su propia casa, pues hasta aquí no llegaba la luz de la luna. Un brazo firme la asió y arrastró unos metros hasta un portal. Se le heló la sangre.

— ¿Por qué has tardado tanto? — la voz de Bona le devolvió la serenidad. — Van a darse cuenta de mi ausencia si no nos damos prisa. Y mañana temprano he de irme a Roma.

Era evidente que a Bona no le apetecía en absoluto hacer aquel viaje y no lo escondía. Pero era mejor marchar que quedarse en aquella ciudad sin Clara. Pacífica había propuesto que, antes de que ingresara en el convento, hiciera un viaje de peregrinación a la ciudad santa para poner en orden su desordenada cabecita. No sabía muy bien por qué pero había aceptado la propuesta de su madre.

— Lo siento, Bona. Catalina y Beatriz han tardado una eternidad en dormirse. Estaban tan excitadas que les ha costado mucho conciliar el sueño.

— ¡Vamos! — Con una extraña resolución en la siempre temerosa e indecisa Bona, ésta puso a Clara en marcha hacia la puerta de la ciudad que llevaba a la Porciúncula, la pequeña iglesia de las afueras de la ciudad en la que Francisco y los suyos esperaban la llegada de Clara. Escondidas en sus capas caminaron por las callejuelas más estrechas intentando evitar las rondas y aquellos que salían por las noches a cometer fechorías y otras actividades censurables.

Salieron por fin a la gran llanura del valle que dominaba Asís. Tenían por delante un largo camino que emprendieron casi a la carrera, de la mano, sin soltarse en ningún momento. Asís empezaba a quedar atrás, cada vez más pequeño. Delante, un camino que más o menos se intuía gracias a la luna, que aquella noche era su única aliada. Pero al llegar al bosque cada vez más denso, los árboles oscurecían el camino. Una fuerza sobrenatural empujó a las dos mujeres hacia delante. Y cuando ya prácticamente no se veía nada, al final de todo, unos leves puntos de luz les indicaron que estaban a punto de llegar a su destino. Eran las antorchas que los hermanos menores habían encendido a la espera de su llegada.

— Hemos llegado — dijo Clara entre jadeos por la rápida carrera —. Bona — miró a su amiga a los ojos al tiempo que le cogía las dos manos —. Ha llegado el momento. Bendita seas por haberme acompañado hasta aquí. Has sido y siempre serás mi gran amiga y confidente. No sé si volveremos a vernos y eso me rompe el corazón pero entiende mi decisión. Yo ya no pertenezco a este mundo. Mi mundo es ahora la consagración a Dios. Esta consagración a Dios. Gracias de nuevo por haber venido hasta aquí. Siempre estarás en mis oraciones.

— Clara — Bona abrazó a su amiga. La estrechó fuerte entre sus brazos. Sabía desde hacía tiempo que un día se tendría que separar de Clara; la había incluso ayudado a culminar este momento. ¿Llegaría a odiarse por ello? Aun así, el dolor era ahora intenso. Pero no quiso llorar. Se lo debía —. Cuídate mucho. Y no te preocupes, cumpliré tu promesa y viajaré hasta Roma. Eres mi clara luz que siempre ha iluminado mi corazón perdido. Ahora tendré que vivir sin ti. Pero estoy feliz porque sé que tu has escogido tu camino a pesar de todo y de todos. Eres fuerte. Bendita seas.

Sin pensárselo más soltó a Clara y dio media vuelta. Tenía que llegar a Asís lo más pronto posible pues la noche empezaba a adentrarse en sus más oscuras horas. Clara quedó unos segundos mirando hacia

el negro agujero por el que había desaparecido Bona.

— Nunca te olvidaré — susurró con voz temblorosa y giró hacia la luz de las antorchas.

Entró dentro de la pequeña capilla junto con los hermanos que la habían estado esperando. Ahí estaba Francisco, de rodillas, rezando ante la imagen de María. Terminada la oración se levantó, se giró y miró a Clara.

— Por fin has llegado, querida hermana — Francisco esbozó una leve sonrisa y de nuevo asumió un gesto serio y solemne en su rostro. Sin decir nada más, Clara se arrodilló ante la misma imagen de la Virgen. Dentro de la capilla sólo se oía el ruido de las teas chisporroteando. El fuego movía las sombras del pequeño y austero recinto. Clara se levantó y muy lentamente se fue despojando del hermoso y rico traje de seda que había vestido aquella mañana en la solemne celebración del Domingo de Ramos. El suave tacto de las ricas telas dejó paso a una anguarina tosca. Pesaba. Era recia y áspera. Un monje le acercó una gruesa cuerda con varios nudos que ató a su cintura en sustitución del hermoso cinturón de joyas que acababa de quitarse. Se descalzó los borceguíes, también de seda, y dejó sus pies desnudos en el frío suelo de la capilla. Un hermano menor le acercó unas sandalias de madera.

Terminada de calzarse sus nuevos e incómodos zapatos, Francisco se acercó a ella con unas tijeras con las que había cortado infinidad de telas en el taller de su padre. Retiró el bonete que llevaba Clara en su cabeza y desató las largas y rubias trenzas con las que recogía su precioso pelo. Mechón a mechón, fue cortando el dorado y fino pelo. Clara respiraba tranquila, la mirada fija en la imagen de la Madre de Dios. Cortada toda la melena, tapó su cabeza con un espeso velo negro. La pesadez del mismo hizo que tirara la cabeza ligeramente hacia atrás pero al momento se acostumbró a su peso y volvió la cabeza a su posición inicial.

Esa era la nueva Clara. Ese era su nuevo aspecto. Así de simple. Ya no era una bella y elegante joven del siglo, era una austera, pobre y sencilla criatura al servicio de Dios. Sólo faltaban los tres votos monásticos. Clara asumió una nueva vida de pobreza material en la que debería permanecer virgen y casta obedeciendo en todo momento a Francisco. Y así fue como murió Clara Offreduccio y nació la hermana Clara.

— Bienvenida seas a tu nueva vida, hermana — las palabras de Francisco resonaron con fuerza en las gruesas paredes de la iglesia.

Clara estaba intranquila. Habían planeado la huida pero no se había concretado dónde se iba a instalar la nueva hermana. Pero de nuevo las palabras de Francisco la tranquilizaron.

— Tus nuevos hermanos y yo te vamos a trasladar ahora mismo al convento de las hermanas benedictinas de San Pablo de las Abadesas. La madre superiora te está esperando. Es el sitio más seguro que hemos encontrado por el momento para ti.

San Pablo se encontraba a pocos kilómetros de la Porciúncula. Clara se notaba cansada de la

primera huida pero iba a seguir adelante.

Entretanto, Bona había llegado al interior de los seguros muros de su casa. Entró en su habitación y se tiró en la cama. Lo habían conseguido. Ella y Clara habían culminado su gran plan. Un sollozo nervioso asomó entonces a sus ojos.

Bona lloraba con profundo desconsuelo. Toda la tensión acumulada los días previos a la huida de Clara y durante la peligrosa salida nocturna salía ahora desbordada de su corazón junto con la profunda tristeza por haberla perdido para siempre. Clara había sido su luz. Su faro en la oscuridad de su eterna incertidumbre. Aun con ideas muy distintas a las suyas, su determinación la consolaba y animaba su espíritu. Pero Clara ya no estaba. Ahora sólo quedaba oscuridad en su vida y su alma. Y en esa oscuridad ¿qué haría ahora? ¿En qué brazo se apoyaría cuando se cruzara con Rainiero? ¿Y qué sería de él? Porque él también se había quedado sin luz, sin amor, con desesperanza. Lo que no sabía Bona era que Rainiero no había tirado la toalla.

El joven había estado observando atentamente los movimientos de Clara durante la ceremonia del Domingo de Ramos en la catedral de San Rufino. Sabía que el gesto del obispo no era un gesto inocente. No le había entregado a Clara aquella palma porque ella se hubiera despistado y se hubiera quedado rezagada de las demás. Rainiero sabía del carácter piadoso de Clara; Rainiero había recibido su negativa a contraer matrimonio con él y sabía también que no era porque quisiera a ningún otro como un hombre y una mujer se amaban. No. Además, había observado cómo Clara miraba a Francisco cuando hablaba en el púlpito de San Rufino — aún no entendía, como muchos, cómo el cardenal se lo permitía — ; sabía de sus visitas clandestinas acompañada de aquella infeliz de Bona. Pobres ilusas, pensaba Rainiero. Creían que jugaban a ser mayores y vivir aventurillas de las que iban a salir inmunes. Ató cabos y, aunque no sabía muy bien hacia dónde llevaba todo aquello, aquella noche no pudo dormir. Sin pensarlo, con un nudo en el estómago y el pecho acongojado, salió de su casa y se dirigió como un fantasma por las vacías calles de Asís a aquellas horas y se plantó delante del palacio de los Offreduccio. Tenía la extraña sensación de que algo iba a suceder. Y acertó. Escondido en una esquina vio como llegaba Bona. Cuando vio su sombra sintió un intenso impulso de abalanzarse sobre ella, pero algo agarró sus pies a las frías y húmedas piedras del suelo mientras con su mano dibujaba un violento gesto. Al cabo de pocos minutos salía con alguien a su lado. Era Clara.

Como si fuera su sombra y silencioso como un espectro, recorrió el mismo camino que Bona y Clara marcando la suficiente distancia como para que no supieran de su presencia. Y las dos jóvenes emprendieron el camino tan agitadas que no se pararon a mirar atrás. A cada paso creían oír ruidos sospechosos a sus espaldas pero no había tiempo de enfrentarse a ellos. Debían llegar cuanto antes a Santa María de la Porciúncula y no podían perder ni un solo minuto.

De modo que Rainiero fue invitado sin permiso en aquella ceremonia en la que Clara se despidió del mundo. Desde una ventana lateral, detrás de un árbol, vio la increíble transformación de su amada. Agarraba la corteza del árbol hasta romperla, pintando el tronco con un fino reguero de sangre. Sus

labios estaban fuertemente apretados luchando consigo mismo para que una traicionera lágrima no cayera de sus defraudados ojos. No podía creer que Clara hubiera llegado tan lejos en su tenacidad y determinación. En su mundo, las mujeres eran obedientes, sumisas y no rebeldes y huidizas. Él se había enamorado de la mujer equivocada. No sólo no lo quería a él. No quería a nadie de este mundo. Triste y absurdo consuelo.

Cuando Francisco puso sobre la cabeza de Clara aquella pesada tela negra, la mujer a la que había amado toda su vida desapareció. Como si a un cadáver lo taparan con un sudario, aquel cuerpo ya no era el de Clara. La desesperación empezó a apoderarse de Rainiero, quien no pudo seguir mirando. Se marchó de ahí corriendo como si le persiguiera el mismísimo diablo. Si hubiera podido, hubiera gritado. Antes de emprender la marcha oyó algunas palabras sueltas desde el interior de la capilla. Palabras como “segura” o “San Pablo”. Jadeaba a cada brinco que daba luchando contra su propia frustración. Sin embargo, una pequeña, diminuta, chispa de esperanza le impulsaba a avanzar con desesperación.

Cuando llegó a las puertas de la ciudad exhausto, sin aliento, se había rendido. La esperanza se había ahogado con las lágrimas que no había podido frenar. Le dolía el corazón con aquel fuerte palpar. No podía respirar. Estaba todo perdido. O quizás no. Entró en la ciudad con paso más lento. Le temblaban las piernas, ya no podía correr. Empezó el camino a su casa. Derrotado. Iba cabizbajo, caminando sin saber por qué calles se movía. Las lágrimas nublaban sus ojos. Parecía un triste borracho con el alma perdida. Levantó la cabeza y vio que se encontraba delante de la casa de Clara. Su voluntad no se había rendido. Volvía a estar en el punto de partida. ¿Qué podía hacer? No se lo pensó dos veces y aporreó la puerta de la entrada sin importarle en absoluto el escándalo que pudiera ocasionar. Los golpes eran cada vez más fuertes, descargando en ellos toda su ira y frustración.

Cuando las puertas del palacio se abrieron, Rainiero continuaba aporreando la madera.

— ¿Te has vuelto loco, muchacho? — el hombre que custodiaba la casa y había abierto la puerta cogió con fuerza el brazo de Rainiero, que seguía moviéndolo desesperadamente.

— ¡Necesito hablar con *messer* Monaldo! ¡Es urgente! ¡Es su sobrina, Clara!

Rainiero no tuvo que decir nada más. El sirviente de la casa de los Offreduccio lo empujó dentro del palacio y corrió escaleras arriba. Pero no hizo falta que llegara al piso superior de la casa. Los fuertes golpes habían despertado a toda la familia. Monaldo bajaba por la escalera.

— ¿Qué sucede, Rainiero? ¿Por qué nos despiertas a estas horas?

— Señor, disculpadme. Pero ha ocurrido algo terrible.

Mientras Rainiero relataba atropelladamente lo que acababa de presenciar en la capilla de la Porciúncula, Hortolana escuchaba desde la oscuridad de la parte superior de la escalera. Desde la capilla en la que se encontraba rezando, había escuchado los ruidos y había salido alertada. Horas antes también había oído cómo su amada hija Clara salía de su casa a hurtadillas. Cómo salía de su vida para siempre. Pero no sabía a ciencia cierta lo que iba a suceder, por lo que se había refugiado en su capilla para rezar por la protección de Clara. Aunque de un modo difuso y alterado, Hortolana supo por boca de

un desesperado Rainiero que su hija había seguido los pasos de Francisco.

— Ahora se la han llevado a San Pablo de las Abadesas. Dista sólo tres kilómetros de la Porciúncula. Si nos damos prisa, con los caballos podremos alcanzarlos.

— Espero que lleguemos a tiempo.

Tras estas palabras, Monaldo empezó a dar gritos a todos sus hombres dando órdenes para que ensillaran los caballos.

— Señor — le interrumpió Rainiero —. Me voy a adelantar para intentar llegar antes.

— Muy bien, hijo — Monaldo puso una mano en el hombro de Rainiero y le invitó con un gesto a salir corriendo de la casa en dirección a la iglesia en la que iba a refugiarse Clara.

— Mamá, qué sucede — Catalina y Beatriz dieron un sobresalto a Hortolana, quien se mantenía escondida en la parte superior de las escaleras. Giró hacia sus dos hijas que, asustadas por los ruidos, se habían despertado.

— No pasa nada, preciosas. Vamos, os acompañaré a la cama.

— ¿Dónde está Clara? — Preguntó Catalina frotándose los ojos.

— Clara está bien, mi niña. Mañana hablaremos.

Rainiero llegó ante los muros de San Pablo unos minutos antes que los demás. Su veloz caballo había llegado al límite de sus posibilidades azuzado por su nervioso jinete. Rainiero iba a jugar su última carta. Bajó del caballo, que resopló con fuerza y siguió respirando con ansiosa velocidad. Estaba todo oscuro; ni un ruido. Sólo los constantes resoplidos del cansado caballo. Pero de repente giró la cabeza en dirección al camino que venía de Santa María. Unas luces que parecían fuegos fatuos se acercaban a él. Las antorchas pronto iluminaron los rostros y cuerpos de aquellos que llegaban. Eran Francisco y sus hermanos acompañando a Sor Clara. Había interceptado su llegada. El plan iba bien. Aunque los demás aún no habían llegado, se enfrentaría él sólo a aquel grupo de indefensos religiosos. Los seguidores de Francisco se detuvieron al ver la sombra de Rainiero. Tras unos segundos, Clara se plantó delante de él.

— ¿Qué haces aquí? — La voz de Clara resonó con fuerza en el silencio de la noche ocultando con gran maestría los nervios que sentía por dentro. No podía creer que estuviera ahí. Nunca pensó que su obstinación le llevara tan lejos.

— No eres la única que sale corriendo para conseguir lo que quiere.

— Esperadme dentro — Clara habló con tanta seguridad que Francisco y sus hermanos entraron en el convento sin replicar. A Rainiero le sorprendió que la dejaran ahí fuera sola, sin ninguna protección. Al pasar por su lado, Francisco le miró con tal serenidad que Rainiero dio un leve paso hacia atrás. Los ojos de *Il Poverello* se le habían clavado provocando un extraño vuelco en su corazón.

— Ya veo lo que te defienden tus queridos amigos, *Il Poverello* y los otros andrajosos que van con él — sólo cuando los hombres estuvieron dentro, Rainiero se atrevió a escupir aquellas palabras al

rostro de Clara.

— No necesito protección de nadie, he llegado hasta aquí por propia voluntad y ni tú ni nadie tiene que amenazarme ni defenderme — Clara empezó a andar en dirección hacia la puerta dispuesta a entrar detrás de Francisco. Rainiero agarró con fuerza su brazo y exclamó.

— Clara, te lo ruego, no me dejes.

— Por favor, Rainiero, suelta mi brazo y déjame marchar.

— ¿Por qué no me quieres, Clara? — luchaba angustiado por intentar mantener un mínimo de la poca dignidad que, como caballero que era, le quedaba. Pero su voz sonaba quebrada. Sus ojos humedecidos por las lágrimas apenas le dejaban vislumbrar el rostro de su amada, que desaparecía de su vista de manera inexorable.

Clara sentía una enorme compasión por aquel joven al que nunca había querido como mujer. De algún modo se sentía responsable de su sufrimiento. Debía pedir perdón por cualquier señal errónea que le hubiera podido mandar a aquel pobre corazón enamorado. Pero ya no había tiempo para el consuelo. Era ahora o nunca. Un muro recio y frío, una mano igualmente rígida y helada como si de una estatua se tratara, la separaban de su nueva vida, de su último destino.

— Te lo suplico. No serías feliz a mi lado — palabras desesperadas cada vez más ensordecidas por los pasos y las voces de su tío y los demás. — Por favor. Por favor.

Y de pronto, por fin, como si una fuerza invisible lo agarrara, hizo que Rainiero soltara el brazo de Clara. Del impulso cayó al suelo quedando totalmente humillado ante su amada, quien, ahora lo sabía, nunca lo sería. Clara hubiera querido ayudarlo a levantarse y consolarlo como una buena amiga pero delante de ella ya veía las luces de las antorchas de aquellos que pretendían trincar su cometido. Como un ángel en la sombra, desapareció.

— ¿Qué ha pasado aquí? — rugió el conde Monaldo — ¿La has dejado marchar? ¿No has podido con una enclenque y frágil florecilla? ¿Tú, que dices ser un fuerte y recio caballero? ¡Maldito seas!

Monaldo vomitaba aquellas palabras de odio y frustración. Alrededor de Rainiero los hombres del conde miraban la escena sin atreverse a darle una mano para que se pudiera levantar. Temían demasiado la ira provocada por su amo Monaldo.

— ¡Vámonos de aquí! — A la orden rotunda de su amo y señor, marcharon todos dejando aquel lugar en silencio. Sólo la lenta respiración de Rainiero hacía de aquella noche un momento triste. Al otro lado del muro, en otro mundo, cerrado al exterior, una joven que sabía bien lo que quería, rezaba una sentida y profunda oración por aquel joven desdichado con el que había crecido.

Pero Monaldo no se había resignado. Para sorpresa de todos, en vez de tomar el camino de vuelta a Asís, entró decidido en el convento por la puerta por la que había entrado Clara. La hermana tornera que vigilaba a aquellas horas la entrada del convento se escondió asustada al ver a *messer* Monaldo y sus hombres entrar en el convento. Cuando se dirigían hacia el claustro empezó a tocar la campana dando la alarma.

Monaldo abrió con violencia la puerta de la iglesia. Allí estaba Clara, rezando a los pies del altar, acompañada de la madre abadesa y de Francisco y sus hombres.

— ¡Clara! ¡Levántate!

Tras unos eternos segundos en los que Clara terminó su oración, se levantó lenta y pausadamente. Giró su cuerpo con tranquilidad y se quedó como una estatua a los pies del altar mirando con valentía a su tío Monaldo. Aquel que un día había entrado en sus vidas pretendiendo suplantar a su padre querido y amado se había dedicado todos esos años a manipular y utilizar a su madre y sus hermanas para su propio beneficio. El miedo que durante mucho tiempo le había tenido por fin se había marchado.

— No puedes obligarme a nada, querido tío.

— Aun siendo la más callada siempre has sido la más rebelde. En tu silencio has fraguado esta vergonzosa humillación para ti y toda tu familia. Tu padre se estará revolviendo en su tumba.

— No te atrevas a hablar de mi padre. Ni eres digno de nombrarlo ni de llevar su nombre.

— Vuelve a casa si no quieres que descargue mi ira sobre ti.

— Esta es ahora mi casa.

— Estás delirando — Monaldo hablaba con una expresión de asco en su rostro. De reojo miraba a Francisco, quien permanecía impasible observando el duelo entre tío y sobrina.

— Estos hombres te han engañado y serán llevados a la justicia aunque sea lo último que haga. Por última vez, Clara. Ven conmigo y olvidaremos todo este desafortunado incidente.

Monaldo se iba acercando sigilosamente al altar donde se encontraba Clara. Cuando estaba a punto de agarrarla por el brazo esta se arrancó de un manotazo la tela que cubría su cabeza.

Monaldo, sus hombres y Rainiero, quien de nuevo observaba en lo más alejado de la escena, a las puertas de la iglesia, se quedaron helados al ver cómo Clara se había desprendido de su hermosa cabellera y lucía un pelo rasurado.

— Me amparo en la ley de la protección de la Iglesia. No puedes alejarme de aquí. Ahora soy yo la que te pido por favor que marches en paz con tus hombres y abandones este lugar sagrado. Si no, pagarás las consecuencias ante la justicia terrenal... y divina.

Todo aquello transcurría fuera de los muros de la dormida Asís. Pero no todos dormían aún. Hortolana, después de oír cómo su cuñado y los guardias de la casa salían a la carrera detrás de Rainiero, dejó a sus dos hijas de nuevo en la cama y volvió sigilosa hasta la capilla. Allí donde hacía casi veinte años había oído el mensaje que anunciaba la llegada de su adorada Clara, rezaba ahora por su valiente decisión. La madre de Clara no sabía hacia dónde había huido su hija pero en cierto modo estaba tranquila. Aquellas palabras que se habían grabado a fuego en su alma y en su corazón eran una señal inequívoca de que Clara empezaba a vivir realmente su vida; una vida dedicada a Dios, a los demás.

Rezó piadosamente como sólo Hortolana sabía. Su cuerpo presionaba duramente sus sufridas rodillas pero ella no se levantó en mucho rato. Sólo pedía que Monaldo no hubiera truncado los deseos de Clara. Como madre quería volver a verla, por supuesto, pero su hija ya no debía estar en los muros de

su casa. Asumió su destino, lloró y rezó hasta que oyó a lo lejos unos pasos de hombres y caballos derrotados. Hortolana sonrió, se levantó con dificultad, miró a María y le dio las gracias. Volvió a su habitación antes de que nadie se diera cuenta. Y aquel día por fin terminó.

7. Esperanzas

¿Pero puede alguien olvidarse de cómo le amaron?

Eloísa (Siglo XI)

Camino de Roma. 1212

A la mañana siguiente Bona también estaba preparada para marchar. Mientras esperaba la noche anterior a que fuera la hora de recoger a Clara, ella y su sirvienta María habían ultimado los preparativos del viaje. Una peregrinación a Roma, tal y como había prometido a Clara días antes. Sentadas en un prado, como hicieran de niñas, Clara había pedido a Bona que la ayudara en su huida.

— A pesar de que lo hago porque te quiero como una hermana, como tal te voy a echar terriblemente de menos. No sé si podré soportar caminar por las calles de Asís sin poderme colgar de tu brazo.

— Aguantarás bien el equilibrio — respondió Clara.

— Ya sabes lo que quiero decir — dijo Bona esbozando una sonrisa llena de amargura.

— Lo que debes hacer — dijo Clara cambiando el tono de voz y asumiendo un papel de autoridad — es marcharte tú también.

— ¡Por favor, Clara! No me pidas que vaya contigo; ya sabes que no estoy hecha para vivir en un convento. Déjame vivir en libertad hasta que mis padres decidan en qué claustro deben encerrarme. Parece que ni tan siquiera las monjas me quieren a mí ni a mi minúscula dote. Tendré que terminar sirviendo en un convento.

— Ya lo sé — afirmó Clara asumiendo ahora un tono maternal —. Lo que te estoy sugiriendo es que deberías marchar a Roma en peregrinación. Tus pies lo soportarán, la Ciudad Eterna no dista muchas jornadas de aquí y tu alma que ahora crees desorientada te lo agradecerá. Busca iluminación en los caminos como antaño hicieron tu madre y la mía.

Bona guardaba los últimos pocos elementos necesarios para su viaje mientras recordaba su última tarde en los prados. Ya nada sería igual. Nada tendría luz para ella. El día también estaba triste. Las nubes oscuras que amenazaban tormenta proyectaban unas melancólicas sombras en las llanuras de Umbría. Bona miró con tristeza su habitación. Ella también se marchaba. Contra su voluntad. A partir de ahora todo sería contra su voluntad. Porque no tenía el valor que tenía Clara. Porque tampoco había

encontrado un compañero, amigo, amante, daba igual, que hubiera querido caminar a su lado. Sólo María la acompañaría y porque así se lo habían ordenado. Ella tampoco tenía voluntad.

— *Signorina* — la sirvienta entró en la habitación —, Marco está preparado con la burra y los paquetes de comida que ha preparado Giovanna. Ha estado cocinando toda la noche para que podamos llevar pan recién hecho y algunos de los pasteles que más os gustan. Cuando quiera podemos marchar. ¿Esa bolsa también nos la llevamos? — preguntó con un gesto de extrañeza. ¿Tantas cosas necesita un peregrino? Pensó María. La joven sirvienta miraba con una mezcla de extrañeza y compasión a su señora. Ella, que venía de la más absoluta pobreza, no entendía los problemas que tenían aquellas damas de la nobleza. Con un techo sobre su cabeza y un plato de sopa caliente en la mesa ella se sentía la persona más afortunada del mundo. Aunque tuviera que trabajar de sol a sol y estar al servicio y la voluntad de otros.

— Sí. Dásela a Marco, que la cargue en el pobre animal — Bona se la dio a María sin mirarla —. Será mejor que nos marchemos ya. Voy a despedirme de mamá y papá.

La despedida fue fría. Desde que el padre de Bona había decidido que tendría que vivir en un convento, su relación no había sido como antes. Tampoco a su madre le había perdonado que no hubiera luchado por ella. Era demasiado joven para comprender que las mujeres tenían muy poco poder sobre su propia voluntad y la de los suyos.

Sin mirar atrás, salieron por la puerta sur de la ciudad y cogieron el camino que les tendría que llevar hasta Viterbo. Allí encontrarían la Vía Francígena, nombre con el que se llamaba a la larga red de caminos que llevaba a los peregrinos del norte de Europa hasta la Ciudad Eterna. Bona y sus acompañantes sólo tendrían que hacer el último tramo.

Mientras el pequeño grupo salía de Asís, por una de las puertas del norte llegaba a la casa de los Güelfuccio un correo urgente que venía directamente de tierras de bizantinas. La sorpresa de los padres de Bona fue tan grande que quedaron paralizados.

En el primer tramo de camino, Bona y María iban detrás de Marco y la mula. A pesar de haber vivido prácticamente toda su vida con aquella joven sirvienta, Bona se daba cuenta en aquel momento, de que era una extraña para ella. Siempre silenciosa, servicial, atenta, María estaba donde se la requería, sin una queja, sin un mal gesto. Todos esos años a su lado y no sabía quién era aquella muchacha que desde que tenía uso de razón había formado parte de su vida. El silencio sólo roto por el sonido de sus pasos arrastrando piedras del camino empezaba a ser cada vez más molesto. Molesto para Bona porque María estaba acostumbrada a permanecer sin decir nada esperando a que otros le dijeran lo que tenía que hacer. Bona se había quejado repetidas veces de aquel viaje que ella consideraba absurdo y en el que no tenía ganas de participar. Se cansaba con facilidad y a pesar de que no se encontraban a muchas jornadas de Roma, se agotaba sólo de pensar estar lejos de su cómoda casa. María, sin embargo, si estaba disconforme con aquella peculiar aventura, no se quejaba. No tenía derecho a quejarse. Era una sirvienta. No tardó mucho tramo del camino en echar de menos a Clara y su divertida conversación con ella.

María miraba el paisaje que se abría a su alrededor con una sonrisa triste en su cara.

— Cuántos labriegos en el campo, ¿verdad? — a Bona le pareció absurdo el comentario pero prefería palabras absurdas a aquel silencio incómodo.

— Están segando para poder recoger los cereales en la próxima temporada. Los hombres acarrean los pesados arados mientras que las mujeres ayudan como pueden. Mirad aquella campesina, lleva un bebé agarrado a la espalda. No debe hacer muchos días que lo habrá traído al mundo.

— No sabía que conocieras tan bien la vida del campo...

— De pequeña ayudaba a mi familia a labrar las tierras que un señor de la comarca nos había cedido para poder sobrevivir a cambio de trabajarla y sacar de ella sus frutos. Era un terreno pequeño pero suficiente para poder vivir. O al menos no morir de hambre.

— ¿Cuánto tiempo llevas trabajando para mi familia? — se atrevió a preguntar Bona. Aunque no le parecía cortés hacer preguntas de ese tipo, aunque fuera a una criada, sabía que ella tendría que responder. Y, al fin y al cabo, allí no estaba su madre para reprenderle su mala educación.

— Poco antes de que nacierais — María seguía mirando con un aire melancólico hacia los campos —. Vuestro padre había contratado mis servicios a mi padre por una importante suma de dinero que entonces necesitaba mi familia. Aquel había sido un año de infortunios. Las malas cosechas arruinaron la mayor parte de grano necesario para pasar el invierno. Los animales se morían de hambre. Mi padre había enfermado y... mi hermana. Bueno, mi hermana no tuvo la misma suerte que yo.

— ¿A qué te refieres? ¿Para ti fue una suerte que mi padre te contratara?

— Sí — María esbozó una sonrisa tímida y miró a Bona cariñosamente —. Mi hermana hacía unos años que había empezado a servir en una casa de Perusa. Era una familia con mucho dinero y se le prometió una buena dote cuando llegara el momento de casarse. Pero cuando mis padres acordaron un buen casamiento para ella, el *signore* se negó a entregar la dote aduciendo un mal servicio por parte de mi hermana. Ella quedó destrozada y tuvo que ingresar en un convento. Sus dueños aceptaron darle una parte ridícula de la dote que las monjas del monasterio aceptaron. Así que desde entonces mi hermana vive recluida en un convento contra su voluntad sirviendo a las monjas de mayor alcurnia. Pero al menos no se muere de hambre y no es una carga para el resto de la familia. Mi madre aún trajo al mundo a otros dos bebés que no superaron los escasos meses de vida. Tuvieron la desdicha de nacer en el crudo invierno y aquellos dos angelitos subieron al cielo como si fueran carámbanos. Aunque yo era muy pequeña, aún veo a mi madre desgarrada por los gritos al traer al mundo a los gemelos. Un mal presagio, engendrar dos seres en un mismo embarazo. Mi padre se preguntaba en silencio qué pecado habría cometido mi madre. Ella los enterró junto a la casa. Ella misma cavó el sepulcro, arrancando la tierra congelada con una vieja pala mientras mi padre se alejaba taciturno por el camino. La última imagen que recuerdo de mi madre fue el de una mujer abatida. Los hombres creen que porque nosotras parimos una y otra vez estamos acostumbradas a perder a los hijos. Mi madre lloró desconsoladamente por la pérdida de sus bebés. Siguió adelante con su vida, no se podía permitir quedarse sentada y lamentarse de su

desgracia. Pero en cada labor en la que se volcaba estoy convencida que tenía presente a sus pequeños.

A Bona le dio un escalofrío. Se abrazó a sí misma de modo inconsciente como para protegerse de algo que la amenazaba. María hizo como que no se daba cuenta y continuó con el relato. La soledad del camino despertó su necesidad de explicar a su señora todo aquello que ahora se agolpaba en su mente. Era como si los campos resucitaran sus recuerdos.

— Pasados los años, una mañana llegó tu padre y aseguró al mío que no me sucedería lo mismo que a mi hermana. Hasta ahora así lo pensaba, pero desde que su hermano se marchó... Espero que su padre cumpla con su palabra.

María se atrevió entonces a mirar a Bona a los ojos mientras pronunciaba la última frase.

— Aunque no tengo mucho poder en mi casa, como habrás podido comprobar, haré todo lo posible para que mi familia no te defraude.

— Gracias — María esbozó una tímida sonrisa y continuó caminando al lado de su señora.

— Buenos días, Francisco.

— Buenos días, Clara. Espero que tu estancia en San Pablo esté siendo de tu agrado.

Francisco y Clara se habían reencontrado después de la noche del Domingo de Ramos. Había pasado una semana desde que Clara fuera recluida en San Pablo de las Abadesas. Las monjas habían sido muy amables con ella y la habían tratado con gran ternura. Pero Clara seguía teniendo una extraña opresión en su pecho. Tenía la sensación de que su huida todavía no había terminado.

— Las hermanas me están tratando maravillosamente. Pero este no es mi lugar, Francisco.

— ¿Por qué dices eso? — preguntó extrañado.

— No sé muy bien cómo explicarlo pero siento que aquí tampoco encajo. Quiero seguir los pasos de Jesús en su pobreza más absoluta y en San Pablo no creo que lo vaya a conseguir.

— Con la venta de tu dote perdiste muchos derechos. Ahora eres una sirvienta del convento y vives en un estado de pobreza considerable...

— Pero no suficiente.

— Te alejé del mundo y de sus vicios y opulencias. Pero sabes que no puedes unirte a nosotros.

— Francisco, ya sé que las mujeres no deben unirse a los hombres en la tarea de predicar. Que nosotras hemos de servir a Dios tras los muros de un convento y no por los caminos y las ciudades, pero aquí no estoy bien. Hay algo que falla. Te lo ruego, Francisco, necesito que busques otro lugar para mí. Este no es mi sitio.

— De acuerdo. Veré qué puedo hacer.

La primera solución encontrada por Francisco fue trasladarla con la comunidad del Santo Angel de Panzo, creada recientemente. Aquel grupo de mujeres había decidido seguir el Evangelio de un modo distinto al de los monasterios convencionales. Como las beguinas en el centro de Europa, habían

decidido vivir en la pobreza pero corrían el peligro de ser disueltas por el Papa si no se adherían a una regla ya establecida. Por el momento era una solución mejor que San Pablo de las Abadesas. Las mujeres del Santo Ángel recibieron a Clara con amabilidad.

Una mañana en la que la joven congregación rezaba en la capilla oyeron ruidos que venían del camino. Siguieron rezando, pero unos golpes en la puerta alertaron a las mujeres. La que dirigía a las demás se levantó y fue hasta la puerta de la iglesia. Una joven de poco más de dieciséis años respiraba con dificultad por la carrera que parecía acababa de terminar. Las demás permanecían arrodilladas.

— ¿Qué deseas, bonita?

— Hermana, he venido corriendo desde Asís... de hecho he escapado de mi casa... ando buscando a mi hermana... creo...espero que esté aquí. Se llama Clara.

Al oír su nombre, Clara se levantó de golpe y se dirigió hacia aquella joven.

— ¡Catalina!

— ¡Gracias a Dios que te encuentro! Las noticias sobre tu paradero son confusas en Asís y no he podido hablar directamente con Francisco.

— ¿Y cómo me has encontrado?

— Pedro, uno de los hermanos menores, me dijo en San Rufino dónde te habían trasladado.

— ¿Pero qué haces aquí?

Clara abrazó con dulzura a su hermana. No es que no se alegrara de verla pero intuía que nada bueno podía estar pasando.

— He venido a quedarme contigo.

— ¿Pero tú sabes lo que dices?

— Sí, hermana querida. Nada ha tenido sentido desde que te marchaste de casa. Todo es tristeza y mi vida se ha quedado vacía. Tío Monaldo ha decidido casarme con Giovanni de la casa de los Mezzo y creo que no lo podría soportar. Es viejo, gordo y tiene una mirada lasciva que hace que me sobrecoja cada vez que fija sus ojos en mí. ¡Tío Monaldo se ha vuelto loco! Se pasa el día gruñendo y no para de gritar improperios a nuestra madre y a nosotras. Parece que quiera castigarnos por lo que tú hiciste... No te estoy culpando, Clara. Pero es horrible. No podía soportarlo más. No me lo he pensado dos veces y me he escapado. Lo único que siento es ponerlos a ti y a las demás hermanas en peligro. A estas alturas ya deben haber dado la voz de alarma y seguro que se dirigen hacia aquí — Catalina abrazó con fuerza a su hermana y con lágrimas en los ojos exclamó — : ¡Por favor, Clarita, no dejes que se me lleven! Quiero estar contigo, seguir tus pasos, morir a tu lado si es necesario.

— Tranquilízate, Catalina. Hoy no va a morir nadie.

Clara se levantó de modo resolutivo y ordenó a las demás que cerraran las puertas del recinto monástico. Clara cerró la puerta de la iglesia y todas se pusieron a rezar. En una calma tensa, las hermanas continuaron con el rezo. Catalina miraba a un lado y a otro intentando oír el sonido de los caballos o los pasos de los hombres de Monaldo. Poco tuvo que esperar porque, como ella misma había

predicho, habían alertado de su ausencia poco después de que saliera a escondidas del palacio. Catalina cogió la mano de su hermana. Clara la agarró con fuerza en un intento de transmitirle calma y confianza.

— Todo saldrá bien — Clara aún tuvo ánimos para dedicarle una sonrisa. Siguieron rezando.

El ruido de los cascos se paró en seco ante las murallas del convento. Un brevísimo silencio antecedió a unos fuertes golpes en las puertas de madera. Las hermanas se asustaron. Algunas se levantaron y se acercaron unas a otras en un vano intento de protegerse entre ellas. Clara se levantó con el gesto inmutable. Abrió la puerta de la iglesia y salió al patio. Las hermanas oyeron cómo Clara preguntaba quiénes eran y qué querían y cómo su tío le respondió con rudos y groseros improperios.

Las hermanas esperaban nerviosas dentro de la iglesia, con el silencio roto únicamente por los sollozos de Catalina que no conseguía calmarse. Una monja que tendría su misma edad, intentó tranquilizarla cogiendo su mano. A los pocos segundos oyeron cómo se acercaban varias personas. Clara entró la primera. Detrás de ella, su tío y cuatro hombres de su casa.

— Como ves, querido tío, Catalina está aquí. Y aquí se quedará.

— No se puede acoger a la protección de la iglesia pues aún no es una monja — Monaldo escupió la última palabra —. No podrás usar la misma treta que usaste contigo misma.

Catalina se deshizo de la mano de la joven religiosa que tenía a su lado y salió corriendo junto a Clara. Se abrazó al cuerpo de su hermana como un náufrago se agarra a un palo flotando en medio del océano. Clara acariciaba suavemente los cabellos de Catalina para insuflarle confianza.

— Catalina, ven con nosotros si no quieres que usemos la violencia contigo.

Clara notó como Catalina apretaba con fuerza sus costillas hasta el punto de no dejarle respirar.

— Tranquila, preciosa — le susurró en un intento de sentirse un poco más aliviada. Catalina, sin embargo, seguía sin soltarse de su cuerpo.

— No te lo voy a repetir. Deja a estas mujeres y vente conmigo. No voy a sufrir un segundo desplante ante otra gran familia de Asís. Te vas a casar y lo harás con quien yo diga.

Tras estas palabras, Monaldo levantó el brazo dando orden silenciosa a sus hombres de que fueran a por Catalina. En ese momento la pequeña empezó a gritar en un ataque de histeria y desesperación. Clara notó las uñas de su hermana clavadas en su hábito atravesándolo hasta su cuerpo. Los nervios se apoderaron de aquellos hombres. Las hermanas gritaban. Ellos empezaron a golpear a Catalina, seguros de que aquel era el método acordado con su amo en caso de rebelión por parte de la niña.

— ¡Basta! — la voz fuerte y contundente de Clara resonó en los muros de la pequeña iglesia. Todos quedaron quietos. Catalina tenía golpes por todo el cuerpo, estaba exhausta. Como un árbol talado, cayó desplomada al suelo. Clara no hizo nada por recogerla. Ni tan siquiera la miró. Las demás hermanas ni los hombres de Monaldo se atrevieron a acercarse a ella. ¿Estaría muerta? Clara continuaba mirando fijamente a los ojos a su tío. Como en San Pedro de las Abadesas, Monaldo volvía a sentirse desafiado por aquella niña otrora obediente y sumisa que iba a ser la solución a su futuro. Por fin, Clara exclamó —: cogedla... si podéis.

Monaldo se adelantó a sus hombres y cogió del brazo a uno de ellos indicándole que le ayudara a coger a Catalina. Aún tenía la esperanza de que simplemente se hubiera desmayado. No sabía cómo iba a explicar las heridas a su cuñada, pero aquello ahora era lo menos importante para él. Se agachó e intentó coger los hombros de la niña mientras el otro hombre la cogía de los pies. Los demás observaban desde sus posiciones cómo Monaldo y su sirviente eran incapaces de levantar el cuerpo de Catalina.

— No puedo alzarla señor, es como una roca... — dijo tímidamente el hombre.

Monaldo lo miró con ojos llenos de odio. Él tampoco podía levantarla, el cuerpo de la niña estaba frío como un témpano y parecía una estatua de mármol. Pero no iba a decirlo con palabras. Una nueva derrota de aquellas mocosas rebeldes y maleducadas no la podría soportar. Pero tras varios intentos y cuando el sudor empezaba a correr por sus rostros, Monaldo y su hombre se levantaron fatigados.

— No sé qué artimañas o pactos con el diablo has hecho esta noche aquí. Pero yo te maldigo, hermana Clara. Vámonos de aquí.

Clara permaneció como una estatua observando las espaldas caídas de Monaldo y aquellos hombres que, cuando ella era pequeña, habían cuidado de su familia y su casa y ahora se veían obligados por necesidad a cumplir las órdenes de un hombre indeseable. Las hermanas detrás de ella continuaban abrazadas unas a otras conteniendo las respiración. Muchas se santiguaban y miraban a Catalina con ojos incrédulos. Cuando la puerta de la iglesia se cerró con un portazo Clara se agachó al lado de Catalina, le tocó el rostro con cariño y le susurró al oído:

— Catalina, querida, levántate. Todo ha terminado.

Las monjas empezaron a persignarse cuando vieron cómo la pequeña se levantaba con dificultad, pero se levantaba. Clara la aguantó de un brazo y la ayudó a sentarse en uno de los bancos de la iglesia. Abrazó a su hermana con fuerza y le dio un beso en la frente.

— Ya estás a salvo. Yo cuidaré de ti.

— ¡Por fin has vuelto! — Cristiana entró como una exhalación en la habitación de Bona. Sentada en la cama, estaba deshaciendo el pequeño equipaje. Su amiga se abalanzó sobre ella y le dio un gran abrazo. — ¡Cuánto te he echado de menos!

— ¡Yo también te he echado de menos, pero suéltame que me haces daño! — Respondió riendo Bona al tiempo que apartaba a Cristiana cariñosamente. Cuando pudo soltarse del todo, cogió la pila de ropa sucia del viaje y se la dio a su sirvienta que esperaba silenciosa en el otro lado de la habitación —. Gracias — le dijo Bona al tiempo que salía por la puerta y dejaba solas a las dos amigas. Antes, le dedicó una cariñosa sonrisa a María, quien le devolvió el gesto con gratitud.

Sentadas una al lado de la otra en la cama, Cristiana y Bona se cogieron de las manos. Cristiana dijo:

— Con la huida de Clara y Catalina y tu marcha a Roma los días se han hecho de lo más largos y

aburridos.

— ¿Cómo dices? — Respondió Bona extrañada — ¿Catalina también ha entrado en el convento?

— Claro, tú no estabas aquí. Ya te habías marchado. Pues sí. Diez días después de la marcha de Clara, Catalina salió en su búsqueda hasta el convento de San Pedro, donde Francisco había llevado a Clara. Ya te puedes imaginar el enojo y la ira de su tío Monaldo. Esta vez fue muy violento en su intento de recuperar a su sobrina. Había perdido a una y no estaba dispuesto a perder también a Catalina. Dicen que al llegar al convento y hacerla llamar intentaron convencerla por las buenas y, al no conseguirlo, la quisieron sacar a la fuerza arrastrándola por los pelos y golpeándola con toda la fuerza y ninguna piedad.

— ¡Pobre Catalina! — Respondió Bona realmente afectada por la noticia. Catalina era un ser débil y no se imaginaba cómo unos hombres salvajes se habían podido atrever a ponerle la mano encima y usar la violencia con ella.

— Cuentan también que Clara salió en su ayuda. Gritó y suplicó que dejaran en paz a su querida hermana Catalina. Si hubiera sido un hombre, seguro que se hubiera liado a dar golpes a diestro y siniestro. Su tío y sus hombres no hicieron ningún caso a las súplicas desgarradas de Clara ni a los sollozos desesperados de Catalina. Pero entonces sucedió algo milagroso.

Cristiana hizo un leve silencio.

— ¿Qué ocurrió? — Preguntó Bona impaciente.

— Parece ser que uno de los hombres quiso levantar el magullado e inerte cuerpo de la pobre Catalina que yacía inconsciente en el suelo para llevársela a su casa. Era uno de los hombres más fuertes y recios de la casa de los Offreduccio, pero aún así fue incapaz de coger entre sus brazos a la pequeña Catalina. Su cuerpo se convirtió de pronto en una pesada tabla que ni él ni ningún otro fue capaz de levantar. Cuentan los hombres que allí estuvieron que Clara miró con dureza a su tío y le dijo con una voz contundente: “Dejad a esta humilde sierva del Señor. Ha venido a mí por su propia voluntad. Marchad en paz y dejadnos seguir nuestro camino”. Derrotado por segunda vez, *messer* Monaldo se fue de allí. Nada más desaparecer del convento, Catalina se levantó ayudada por la mano de Clara como si nada hubiera pasado. Así las vieron los hombres que tuvieron aún la osadía de mirar atrás en su camino de vuelta de la derrota. Catalina ha tomado los hábitos junto a Clara. Incluso se ha cambiado el nombre y ahora se hace llamar Sor Inés.

De nuevo el silencio. Bona quedó unos instantes mirando a ningún sitio intentando asimilar el relato de Cristiana.

— ¿No te parece milagroso que Catalina sobreviviera a una paliza como la que cuentan que sufrió?

— Quizás no fue tan brutal como dicen — respondió Bona, que volvió a mirar a su amiga —. Los hombres tienen que exagerar sus gestas para defender su herido ego masculino. Ser derrotados por dos débiles jovencitas no creo que sea precisamente una hazaña que quieran recordar.

— Pero creo recordar que Clara también consiguió abrir la puerta trasera de su casa el día que huyó sin ningún tipo de problema, a pesar de estar siempre trabada con barrotes de madera...

— Alguien la debió ayudar desde dentro.

— Pero tú estabas allí... — insistió Cristiana.

— Si Clara hace milagros, eso sólo concierne a Dios y a la Iglesia — contestó Bona, al tiempo que se ponía a ordenar una pila de ropa que tenía sobre una consola.

— Estás enfadada con ella por habernos dejado, ¿verdad? — Preguntó Cristiana.

Bona la miró con ojos tristes y contestó.

— No podría estar nunca enfadada con Clara, ha sido y será siempre como una hermana para mí. La quería, la quiero tanto, que ha dejado un agujero demasiado grande en mi corazón. Pero me molesta que la gente empiece a murmurar y a inventar historias fantásticas sobre ella. Simplemente es una mujer que ha puesto en jaque a una recua de hombres que creían controlar su vida como la de todas nosotras. Eso, ya de por sí, es todo un milagro.

Cristiana abrazó cariñosamente a Bona.

— Todos la echaremos de menos. Su piedad, su virtud y su alegría de vivir ha dejado una huella imborrable en todas nosotras. Y su decisión y determinación ha sorprendido a todos los habitantes de esta pequeña ciudad. Aún no nos habíamos sobrepuesto a las excentricidades de ese Francisco y sus Hermanos Menores que se lleva por delante a nuestra querida Clara.

— Si Clara te oyera hablar así de Francisco seguro que te reprendía — respondió Bona con una media sonrisa en los labios.

— Tienes razón — contestó Cristiana sonriendo a su vez —. En su defensa he de decir que, en algún momento, sus radicales ideas de pobreza y humildad como muestras de amor a Dios no me han parecido tan extrañas ni censurables.

— ¡Tú también me vas a dejar! — Respondió Bona entre la seriedad y la broma.

— No lo sé. Yo aún soy joven para tomar ninguna decisión.

— Parece que todas estáis dispuestas a tomar vuestras propias decisiones y no acatar lo que os digan vuestras familias...

— Pobre Bona, siempre tan obediente — respondió Cristiana en un tono medio burlón medio cariñoso.

— No te rías de mí.

— Sabes que no lo hago. Igual que respeto la decisión unilateral de Clara, entiendo que otras personas no tengan esa decisión y prefieran aceptar el destino que sus familias les han dejado. Yo no puedo opinar porque mis padres aún no han decidido por mí, así que sigo viviendo feliz —. Cristiana le dedicó una sincera sonrisa. De pronto asumió un tono más serio.

— Sé que estabas muy unida a Clara. Que erais grandes amigas. No tengo la gracia de ella, pero sabes que también soy tu amiga y me tienes para lo que necesites.

— Gracias, Cristiana. Yo también me alegro de que seamos amigas.

Mientras conversaban, Cristiana se puso a ayudar a Bona a ordenar la ropa que tenía encima de la

consola. Tras alabar el bonito vestido de color azul que Bona estaba doblando cambió de tercio la conversación y dijo:

— No te he contado que en el fallido rescate de Catalina estuvo también presente Rainiero.

Bona dejó de doblar la ropa y respondió un tanto ofendida:

— ¿Y qué te hace pensar que ese detalle me interesa?

— Vamos Bona, todas sabemos cuáles son tus sentimientos hacia el joven Bernardone, aunque nunca nos los hayas revelado abiertamente.

— Lamento que os hayáis dado cuenta de mis vanos sentimientos. Parece ser que soy como un libro abierto que no se puede cerrar. Pero qué más dan mis sentimientos. Como tú dices, bien sabes que acataré la decisión que tomen mis padres acerca de mi futuro. Honrarás a tu padre y a tu madre —. Bona cogió un montón de ropa y lo guardó en un armario. Cristiana observaba los movimientos de su amiga mientras estaba cómodamente sentada en una butaca.

— Destino difícil tenemos las mujeres. Parece ser que Eva nos condenó a sufrir por los siglos de los siglos y no obtendremos nunca el verdadero perdón ni un sincero consuelo.

En aquel momento se abrió la puerta de la habitación. Era Pacífica, la madre de Bona. Tras un caluroso saludo a Cristiana, pidió a la amiga de su hija que la dejara a solas con ella, pues tenían un importante asunto que tratar. Cristiana se levantó diligente de la butaca y tras despedirse afectuosamente de madre e hija se marchó. Cerrada la puerta, Bona preguntó:

— ¿Qué sucede, madre?

Pacífica abrazó con fuerza a su hija, emocionada por las buenas noticias.

— Te he echado mucho de menos, hija mía — Pacífica cogió el rostro de su hija entre sus manos. Unas lágrimas empezaron a deslizarse por su rostro.

— Mamá, me estás asustando.

Pacífica se limpió las lágrimas y miró de nuevo a su hija.

— No lloro de pena. Sino de emoción. Ha ocurrido un milagro. Poco después de tu marcha, tu hermano estuvo aquí. Vino a vernos y a dejar dinero y joyas suficiente para tu dote.

— ¿De qué estás hablando?

Bona se sentía confusa. Con miedo a creerse lo que su madre le estaba contando.

— Aquí tienes una carta en la que te lo explica todo personalmente — Pacífica le acercó un trozo de papel arrugado de las veces que su madre lo había leído y releído. Bona permaneció unos minutos leyendo las palabras de su hermano que no llegaba a comprender del todo. Estaba agotada por el cansancio del viaje y ahora esto. No sabía muy bien dónde estaba y qué sucedía a su alrededor.

— No lo entiendo — Bona miraba las letras sin ser capaz de leer nada.

— Pues eso. Mi querida niña. Que ya no tendrás que ingresar en un convento. En tu ausencia, tu padre se ha apresurado a cerrar una buena alianza matrimonial para ti y toda la familia.

Bona empezaba a entender y a creer las palabras de su madre. Sus sueños se iban a cumplir.

Aquello era realmente un milagro. Todo se arreglará, le había dicho Clara la última vez que se vieron. Entonces Bona se dio cuenta de que sabía que iba a casarse pero no con quién. Podría ser una buena esposa y tener hijos a los que querer y cuidar.

— ¿Puedo preguntar con qué familia ha cerrado padre el acuerdo matrimonial? — aquellas palabras le sonaban grandes al pronunciarlas ella misma.

— Tranquila, mi querida niña. Mañana por la mañana serás presentada oficialmente a aquel con quien compartirás tu vida al tiempo que celebraremos la ceremonia de los esponsales —. Pacífica esbozó una sonrisa de confianza.

— ¿Por qué no me dices quién es? — consiguió por fin preguntar con un hilo de voz.

— Tanto tu padre y yo como la familia del novio prefieren que lo sepas en el momento de la ceremonia. Sabemos que no harás como las hermanas Offreduccio y huirás corriendo, pero todos han preferido que las cosas vayan de este modo. Así está muy revolucionado últimamente por la marcha de Clara y Catalina. Ha sido un duro golpe para su familia, pero también para toda la nobleza de la ciudad. De aquí a dos días celebraremos también el banquete y la ceremonia nupcial. Será una gran fiesta, ya lo verás.

— ¿Acaso no os fiáis de mí?

— Sí, hija mía — respondió Pacífica con una sonrisa —, pero hay demasiado en juego. El futuro de nuestras dos familias, y es mejor para todos que sea así. Tienes que estar tranquila y prepararte con serenidad; ya verás como todo saldrá bien.

Pacífica abrazó a su hija como cuando era una niña. Madre e hija se quedaron en silencio unos instantes sumidas en sus pensamientos.

— Te quiero mucho, mamá.

— Ya lo sé, mi niña. Te echaré de menos cuando te marches de esta casa para establecerte en la tuya propia. Sé que todo lo que te hemos enseñado tu padre y yo servirá para que seas una buena esposa y una madre amorosa.

— He tenido una gran maestra y un gran ejemplo en ti. Siempre has sido una madre ejemplar y sé que a padre lo has respetado siempre y lo has querido aunque también fuera un amor impuesto.

— Las mujeres y sobretodo las de nuestro rango no tenemos derecho a amar como nos cuentan erróneamente los trovadores y juglares que recorren Europa con sus grandes historias de amores prohibidos. El amor al que ellos cantan es un amor que no puede traspasar los versos de sus cantos. Permanece vivo, pero en un mundo irreal. Nuestro destino es ser herederas y receptoras de nuestro linaje, cuidarlo y asegurar su futuro con una amplia descendencia. Yo asumí esa tarea y he sido feliz. Tuve suerte de que tu padre siempre me respetó y el cariño inicial fue dejando paso a la ternura y el amor matrimonial más puro y dichoso que te puedas imaginar. Sé que tú también tendrás esa suerte. Con trabajo y tesón lo conseguirás. Además, eres encantadora, no lo digo porque seas mi preciosa niña — Pacífica dio un tierno beso en la mejilla a su hija —. Sé de todas tus virtudes, que no son pocas.

— Espero no tener que trasladarme muy lejos de ti.

— No. Estaremos muy cerca, ya lo verás.

Y así, abrazadas como una madre que mece a un bebé recién adormecido, quedaron las dos mujeres mirando a ninguna parte, exprimiendo al máximo aquellos preciosos momentos de ternura y amor entre una madre y una hija.

Aquella noche Bona tuvo muchas dificultades para conciliar el sueño. A pesar de estar derrotada por los días pasados en peregrinación a Roma, los últimos acontecimientos vividos nada más llegar del viaje no le permitían descansar. Le dolía la cabeza. Había marchado de Asís sabiendo que debería entrar en un convento y había vuelto convertida en la prometida de un caballero de alta alcurnia de la ciudad. Las ideas, los nombres, empezaban a revolotear peligrosamente por su mente. No valía la pena hacer ninguna elucubración acerca de quién iba a ser su futuro marido, y menos hacerse ilusiones. No. Ningún nombre debía sobresalir sobre los demás. Sólo debía esperar unas horas y, al fin, el destino de su vida se desvelaría. Y esas horas las debía pasar descansando si no quería parecer un fantasma el mismo día de sus esponsales. Al fin y al cabo cualquiera sería mejor que una vida enclaustrada en un convento. Debía agradecerle a su hermano lo que había hecho por ella. Al menos había enmendado el agravio.

Con la carta de Juan aún entre sus manos, volvió a leer las escuetas pero decisivas palabras que le había dedicado.

Mi querida pequeñaja

Sé que siempre has creído que te he tomado a broma. Que por ser una niña no te tomaba en serio. Pero has estado muy equivocada. Has sido mi querida y amada hermana (sin olvidarme de nuestra querida Cecilia, que el Cielo la haya acogido en su seno). Nunca he querido hacerte daño. Cuando me marché no pensaba que iba a ser para siempre. El amor, y no la guerra, fue lo que me encontré en frente de mí. El destino quiso que Bizancio se convirtiera en un lugar mágico. Siempre te he oído quejarte que las mujeres no tenéis opciones, que no podéis elegir. Tienes toda la razón del mundo. Pero nosotros tampoco lo tenemos fácil. Todos debemos encontrar nuestro lugar en el mundo. Tú también lo encontrarás. Desde la distancia velaré por ti y me encargaré de que seas feliz.

Dio la enésima vuelta en la cama. Nada. Era imposible dormir. Se levantó y miró por la ventana. Era ya muy de noche. ¿Qué hora sería? ¿Qué más daba! Tenía que dormir. Todo Asís dormía. Bueno, quizás alguien más también estaba despierto esperando aquel momento. Separó su cuerpo de la ventana y volvió a la cama.

¿La querría? ¿Él sí sabía quién sería su esposa? ¿Lo conocía? No se había atrevido a formular ninguna de aquellas preguntas a su madre, quien sólo le había pedido un poquito de paciencia.

Ahora era el momento de prepararse para poner en práctica todo aquello que había aprendido en su infancia. La vida le había dado una segunda oportunidad y tenía que aprovecharla. Era la hora de la

verdad. La vida para la que la habían preparado había llegado y tenía que hacer que sus padres se sintieran orgullosos de ella. Cerró los ojos. Sus pensamientos empezaban a tropezar unos con otros. De pronto se vio a sí misma de pequeña, jugando en los prados con Clara, hilando con su madre, rezando con Cristiana y todas las demás. ¿Cuánto tiempo había pasado? No demasiado. Todo había sucedido muy rápido. Su mundo feliz de infancia despreocupada se había desvanecido para siempre. Clara y Catalina se habían marchado a un convento contra la voluntad de su familia. Cecilia ya no estaba en este mundo. Cristiana pronto conocería su futuro. Beatriz, la hermana pequeña de Clara, aún era una niña pero pronto sería una mujer como ellas... Y así fue repasando la sencilla historia de algunas de las jóvenes de Asís.

Hecha un ovillo, como dicen que los fetos moran en el seno de sus madres, Bona esperó a nacer de nuevo. La niña había muerto. Pronto nacería una nueva esposa de la que todos, familia, pueblo, iglesia, estarían orgullosos. Finalmente, el agotamiento pudo con ella y se durmió.

Una brillante luz matinal entró en los ojos aún cerrados de Bona. María estaba abriendo todos los cubreluces de las ventanas. La oscura habitación pronto se llenó de claridad. Bona se tapó los ojos y giró sobre sí misma en la cama. Estaba agotada. Tenía la sensación de que se acababa de dormir y su mente aún moraba en un profundo sueño del que le iba a costar un gran esfuerzo despertar.

— Buenos días, señorita Bona — dijo suavemente María —. Su madre ha dado órdenes de que os levantéis y empecéis a prepararos.

¿Para qué? Bona aún estaba medio dormida. ¿Estaba en Roma, en casa, dónde? ¿Qué día era? De golpe se despertó y se incorporó en la cama al recordar la conversación con su madre del día anterior.

— Madre mía, María. Tienes razón. Me tengo que preparar para... — dudó de si María ya sabría qué iba a suceder. ¡Claro que lo sabía! Los sirvientes callaban y oían. Siempre sabían todo de todos.

Bona se levantó con todo el cuerpo dolorido. La fatiga del viaje empezaba a aflorar justo en ese momento y las pocas horas que la noche anterior había dedicado al sueño poco ayudaban a su recuperación. Miró a un lado y a otro. Observó la diligencia con que María abría las ventanas para que entrara la suave brisa de la mañana y cómo adecentaba la estancia con suma eficiencia. Apreciaba a aquella mujer que siempre le había servido y acompañado. Y desde que había viajado con ella a Roma, había compartido prácticamente todos los momentos de la peregrinación y descubierto su duro pasado. Veía en ella a una mujer fuerte, no sólo a la pequeña sirvienta que durante años había sido su sombra sin darse demasiada cuenta de su presencia.

— ¿No estás cansada del viaje, María?

Ésta sonrió tímidamente. Posiblemente era la primera vez en su vida que alguien se preocupaba por ella. Sin dejar de hacer su trabajo respondió:

— Ayer la *signora* Pacífica me permitió retirarme a mi habitación un poquito antes de lo habitual y me metí en la cama con el sol aún visible para poder estar dispuesta para este día tan importante para

vos. De todos modos, el que yo esté cansada o no ahora no tiene importancia. Lo importante es que se prepare o si no su madre empezará a impacientarse.

Prepararse. De acuerdo. Pero ¿qué se iba a poner? La angustia de nuevo. Aunque duró poco porque, como si María hubiera leído sus pensamientos, levantó de la cómoda un precioso vestido de seda. Bona se quedó sin habla. Era el vestido más bonito que había visto en su vida.

—¿De dónde has sacado esta joya? — Preguntó sorprendida Bona a una sonriente María.

— Se lo he dado yo — Bona se giró al oír la voz diligente de su madre que entraba en ese momento por la puerta de la habitación —. Se lo he dado para que te lo pongas. No es cuadro para contemplar. Es un vestido para que deslumbres a todos los presentes en tus esponsales. A tu futuro marido el primero —. Mientras hablaba se acercó a su hija y le dio un caluroso abrazo y un beso en la mejilla.

— Mamá, es precioso. No sé cómo te las has ingeniado, pero una vez más eres la madre perfecta.

— Venga, déjate de halagos y ponte en marcha. La tela es otro de los regalos de tu hermano. Te quiere más de lo que te imaginas. El diseño ha sido obra de Felipa de Col de Mezzo, siempre ha sido una artista con la aguja. Aquí te he dejado también los zapatos. Ah, y lo más importante — Pacífica abrió su mano y entregó a su hija un exquisito collar —. Este collar me lo regaló tu padre el día que finalizaron todas las ceremonias oficiales de nuestro enlace. Para mí fue la muestra de amor más grande que pueda tener un marido con su mujer. Hoy quiero que lo luzcas tú como símbolo del amor entre un hombre y una mujer. Porque aunque obligado, a veces el amor termina surgiendo. Has de tener fe — besó de nuevo a Bona y la ayudó a vestirse.

Pacífica, ayudada de María, empezó a arreglar a Bona. Su madre asumió una actitud solemne. Bona vio de repente ante sí a los hermanos menores que vestían a Clara en aquella fría noche en que desapareció para el mundo. Ella también se vestía ahora para su nueva vida.

Bona entró en el salón donde todos la estaban esperando. Ser la protagonista. Que todos estuvieran pendientes de ella la estaba poniendo cada vez más nerviosa. No saber quién se encontraría al otro lado de la puerta tampoco ayudaba. Por fin, lo vio. Si los latidos de su corazón eran ya acelerados, cuando vio el rostro de Rainiero en el otro extremo del salón pensó que se iba a desmayar. Miró un segundo a su madre, que le sonrió, pues también sabía de sus sentimientos. Al final todas lo sabían. Pero Rainiero parecía una estatua. Vestido como un caballero, con porte exquisito, parecía no mirar a ninguna parte. Era eso, una estatua. Ni en ese momento miró a Bona. Toda su vida había tenía la impresión de que Rainiero la tomaba como una sombra al lado de Clara. Ahora se había convencido de que así era. Era una sombra para Rainiero a la que no valía la pena mirar. Ni tan siquiera ahora, que iban a ser marido y mujer.

Avanzó solemne por la sala. Todos la miraban. Intentó no temblar. Era difícil, pero consiguió controlar su cuerpo. No sabía muy bien hacia dónde se tenía que dirigir. Notó el brazo de su madre que la guiaba hasta colocarla a pocos pasos delante de Rainiero y su familia.

La ceremonia empezó. Los futuros esposos, uno frente al otro, parecían ajenos a todo lo que allí ocurría. De hecho así era; ellos no habían elegido estar allí. Aquello no era más que un mero contrato entre familias. Aquello no era una unión de amor sagrado entre un hombre y una mujer, por mucho que la Iglesia se empeñara en santificar los matrimonios solamente si eran fruto de la voluntad de ambos contrayentes. Aquello no significaba nada más que la unión de los intereses económicos de dos linajes cuyos orígenes se hundían en la oscuridad de los tiempos. Hablaba el obispo Guido; hablaban los padres. Hablaban de contratos, dotes, arras. Como una transacción de mercado, como una venta de un fino tejido en la feria mensual. Bona estaba a punto de llorar. A pesar de tener delante al hombre que había amado toda su vida, la oscuridad invadía su corazón. Todo el amor puro, cortés, ceremonioso, que había oído a trovadores, juglares, caballeros, no estaba en aquella sala. A ella le deparaba un matrimonio de conveniencia más. Como su madre, como Hortolana, como tantas mujeres obligadas a asumir el papel de portadoras del nombre de su familia y mejorar la condición económica de la misma. Clara y muchas otras mujeres habían escapado a esta farsa. Ella había caído en sus redes cegada por las vanas palabras de amor verdadero que nunca encontraría.

— Ten fe.

Bona miró como un rayo a su lado y un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. Sólo se oían voces masculinas en aquel acto solemne. Pero aquellas dos palabras las había pronunciado una mujer. Clara. Sí, estaba completamente segura, era Clara. Buscó nerviosamente entre los asistentes a la ceremonia. ¿Cómo va a estar aquí? Pero la había oído, o se estaba volviendo loca. O en su desesperación querría estar con ella. Su corazón y su alma eran un ovillo liado que era imposible desliar. Como el hilo siempre desordenado de su rueca. Sus sentimientos ya no le pertenecían.

— Ten fe.

De nuevo un escalofrío, pero esta vez seguido de paz. Mucha paz. Todos los nervios, la ansiedad, la tristeza, habían desaparecido. Respiró hondo. Sí. Aquella voz provenía de su corazón, donde había guardado el recuerdo de su amada amiga Clara. Quizá Clara sí que hacía milagros. Fuera lo que fuese, ahora se sentía bien. Estaba serena. Ahora lo veía todo claro. Asumiría su papel con dignidad. Su penitencia en este valle de lágrimas. Sufriría como Clara había decidido sufrir por Dios. Ella en una reclusión distinta. Pero reclusión al fin y al cabo. Tendría fe.

— Quedáis unidos por los lazos del sagrado matrimonio. En nombre del padre, del Hijo y del Espíritu Santo — El Obispo Guido con estas palabras la había unido para siempre a Rainiero.

Clara había conseguido convencer a Francisco que ella y su hermana Catalina, convertida en sor Inés, no podían permanecer más tiempo en el monasterio del Santo Ángel de Panzo. Aquella mañana salieron temprano y se despidieron cariñosamente de las hermanas que las habían acogido durante aquel corto periodo de tiempo. Las monjas aún no comprendían por qué no querían quedarse con ellas. Las

habían tratado correctamente y parecían haberse adaptado a su rutina monástica. Pero Clara hacía tiempo que sabía que aquella iba a ser una pequeña etapa en su camino. Y Catalina iría donde fuera su hermana. Fuera de los muros las esperaban Francisco y sus hermanos.

Mientras avanzaban por el camino, la madre abadesa miraba con ojos perplejos aquella pequeña figura que marchaba a un destino incierto; que no había aceptado ni los muros ni las normas de aquel espacio de paz y meditación. No entendía qué era lo que buscaba Clara. Pocos lo entendían aún.

Caminaron en silencio los largos kilómetros que separaban la abadía de la pequeña iglesia de San Damián, el destino que había escogido Francisco para Clara y que, tras años de ardua remodelación, habían conseguido que fuera un sitio mínimamente habitable. Sólo se oía el crujir de las hojas y las piedras del camino chocar contra las duras sandalias de madera que llevaban Francisco y sus acompañantes. Clara e Inés caminaban cogidas del brazo y, a pesar de que empezaban a sentir el dolor en sus fríos pies, la sonrisa no se borraba de sus rostros. Una fuerza interior las hacía avanzar animadamente sabiendo que su destino final estaba próximo.

A los pocos minutos llegaron ante un pequeño lienzo de muro, no demasiado alto, que protegía la iglesia y el resto de edificios sencillos que albergaba aquel humilde lugar. Desde el inicio de su restauración seis años antes, Francisco y sus hermanos, sabedores de que ahí debía instalarse una congregación de mujeres, no sólo habían arreglado la pequeña iglesia, sino que habían construido un pequeño módulo con unas pocas celdas a modo de habitaciones para las futuras hermanas. Al otro lado de la iglesia, un pequeño refectorio y una sala ubicada en el piso superior que haría las veces de enfermería para que las hermanas que estuvieran enfermas pudieran ser cuidadas por las demás. Aquel humilde y pobre espacio, construido por las manos de los jóvenes entusiastas seguidores de Francisco y con los materiales que pudieron encontrar o fueron suministrados por vecinos generosos de la ciudad, a los ojos de cualquiera hubiera provocado la tristeza y la desolación. Pero ella lo vio claro. Aquel era el sitio. Ningún otro. La pobreza y la igualdad entre hermanas que ella había soñado se reflejaba en aquel humilde sitio. Todas las que quisieran unirse a ella serían iguales y no habría espacio para lujos ni ostentaciones. De repente recordó la primera vez que vio aquel lugar, entonces un montón de piedras y apenas algún trozo de pared sustentándose frágilmente. Aquel día que Bona y su curiosidad la arrastraron hacia allí y escuchó las premonitorias palabras de Francisco que ahora tomaban forma y sentido. *Venid y ayudadme, en la obra del monasterio de San Damián, pues con el tiempo morarán en él unas señoras, con cuya famosa y santa vida será glorificado nuestro Padre Celestial.*

— El terreno que queda detrás del refectorio lo podéis usar como huerto para cultivar los alimentos necesarios para vuestro sustento.

Allí donde otros hubieran visto un terreno yermo, una construcción pobre y cochambrosa, Clara vio el Paraíso Terrenal.

8. Frustraciones

*Cuando trato de cantar
lloro y suspiro
pues no pueden mis coplas reemplazar
a lo que yo aspiro.*
Clara d'Anduza, trobairitz occitana

Asís. 1212

— Vamos a dejar las cosas claras.

Rainiero se desvestía sin ningún tipo de pudor mientras Bona, plantada delante de él a los pies del lecho matrimonial, esperaba con las manos entrelazadas. No sabía muy bien qué tenía que hacer. Esperar las órdenes de su marido. Ahora era su sierva. Su amo continuó:

— He tenido la desgracia de tenerme que desposar con la persona más ruin de Asís. La persona que ayudó a mi verdadero amor a huir y caer en los brazos de ese indigno de Francisco y sus secuaces. Si no hubieras ayudado y alentado a Clara, si no la hubieras empujado a verse con aquel pobre de espíritu, ahora sería ella y no tú la que estaría delante de mí.

Rainiero escupía las palabras a la vez que lanzaba las piezas de ropa al suelo de la habitación. A Bona le sudaban las manos, le temblaban las piernas. Aquel no iba a ser el encuentro de Ginebra y su amado en la habitación del castillo en la isla circular. Aquello era el mundo real, ahora lo sabía. No podía ser que justo en este preciso momento estuviera deseando estar escondida tras los muros de un convento. Todo se derrumbaba a su alrededor.

Bona miraba al techo. La luz de la luna dibujaba tenues sombras en el centro de la habitación. Sombras con formas extrañas. Bona no dejaba de mirarlas mientras Rainiero hacía uso de su más alto derecho como marido. Los ojos de Bona seguían fijos en aquellos dibujos. Una lágrima solitaria corrió por su mejilla. Tenía los brazos agarrotados, así que no pudo limpiársela. La gota de agua salada cayó en las limpias sábanas nupciales.

Mi querida Clara,

La boda y todas sus celebraciones por fin han terminado. Ahora que has renunciado al mundo y a todos tus bienes materiales seguro que no te hubiera gustado estar aquí. Pero yo te he echado de menos. A mi más querida amiga. Me hubiera gustado tenerte a mi lado en este momento tan importante para mí. Del mismo modo que tú siempre supiste que no querías vivir algo así, yo me he estado preparando toda la vida para esto.

A pesar de haberte echado de menos, he de decirte que en cierto modo has estado a mi lado.

Ya soy esposa y Dios quiera que pronto sea madre también. Aunque no estoy muy segura de que Rainiero también así lo quiera. Es cierto que al final conseguí que mi familia me prometiera en matrimonio con él, pero Rainiero sigue pensando en ti. No te menciona, por supuesto, pero mi corazón me dice que no me quiere. Espero que, como muchos matrimonios concertados, acabemos queriéndonos, sino respetándonos.

He sido educada para ser una buena esposa y creo que así lo estoy haciendo. Sólo espero que él se fije algún día en mí y seamos realmente un matrimonio. Y nos convirtamos en una familia de verdad.

Tu fiel amiga,

Bona.

Era la primera vez que escribía a Clara después de su separación. No sabía si le contestaría, ni siquiera si la leería. Hacía un tiempo que todo Asís sabía que se había instalado junto a su hermana Catalina y un puñado de jóvenes en San Damián. En los meses siguientes a su llegada a aquel convento levantado sobre unas ruinas, otras mujeres de la comarca se habían acercado curiosas a ver qué estaban haciendo aquellas dos mujeres. Tal era la atracción de Clara y su mensaje que muchas no volvieron a sus casas. Entre ellas, Cristiana y Felipa, amigas de la infancia, y Beatriz, la hija pequeña de los Offreduccio, habían optado por la vida de pobreza que Clara estaba forjando a su alrededor. Allí había destinado su carta, pero tenía la impresión de que Clara había dejado el siglo y todo lo que le rodeaba para dedicarse a Dios en cuerpo y alma. Sabía que había roto todos los lazos terrenales. Aun así, escribirle le daba un gran consuelo.

— Estás escribiéndole a ella, ¿verdad?

Bona dio un respingo y la pluma le cayó al suelo. Estaba tan absorta en sus pensamientos y escribiendo aquella carta a Clara, que no oyó entrar a su marido. Antes de que pudiera decir ni hacer nada, tan solo poner la mano encima de la carta sin tocarla, la tinta aún no se había secado, Rainiero exclamó:

— ¡Maldita seas, Bona! ¡Si la mujer es indigna por ser mujer, tú lo eres más por ser como eres!

Bona permanecía ante Rainiero intentando sobrellevar aquellas palabras de profundo odio y rezando para que la voz no fuera seguida de ningún gesto. No iba a ser la primera vez... Pero en esta ocasión no iba a llorar, al menos no delante de él. No le mostraría que había vencido en su empeño de

hacerle daño.

— Tú, sí tú, fuiste la culpable de todo —. Aun a aquella distancia, Bona podía oler el tufo a vino y otros tipos de licores que seguro Rainiero había estado bebiendo. — Sí, tú, no me mires con esa cara de cordero degollado — arrastró las últimas palabras con un tono que sonó ciertamente amenazador —. En tu retorcido plan urdido desde el principio, empujaste a Clara hacia ese loco de Francisco para alejarla de mí. Hiciste un pacto con el diablo, ¿verdad, Bona? Porque sabías de algún modo maligno que si ella desaparecía tú serías la siguiente en la lista de pretendientes, ¿me equivoco? Y ahora le estás explicando tu gran triunfo... A saber qué ardides malignos has estado fraguando...

Estaba claro que Rainiero estaba borracho, aunque no lo suficiente para dejar de hablar con cordura, pero sí lo necesario para darle la libertad de los ebrios de ser sincero en sus sentimientos. Aquellas retorcidas palabras confundían y asustaban a Bona. A parte de no entender cómo había podido llegar a tan rocambolesca deducción, aquellas referencias al demonio la estaban empezando a asustar. Por menos, otros maridos insatisfechos habían conseguido la anulación de su vínculo matrimonial o incluso habían arrastrado a sus esposas a la mismísima hoguera de la Inquisición. Las mujeres eran tildadas de brujas por razones muy vanas.

Bona tenía los labios apretados, tanto que formaban una finísima línea inexpresiva. No sabía si hablar y defenderse de semejantes barbaridades o callar y esperar que la resaca del día siguiente borrara no sólo aquel estado de embriaguez sino también aquellas peligrosas palabras. Como si hubiera leído su pensamiento, Rainiero exclamó:

— No tienes respuesta a semejante acusación, ¿a que no? No esperabas que hubiera descubierto tus artimañas, ¡aprendiz de bruja!

— Rainiero — respondió nerviosa sin saber cómo le salían las palabras de su boca —, estás cansado, ¿por qué no te acuestas y mañana...?

— Y mañana, ¿qué? — Cortó con un grito ensordecedor —. Mañana será igual que hoy. Mañana seguiré sintiendo lo mismo por ti. Nada. Nada en absoluto —. Con un tono de derrota más que de desprecio en la voz, Rainiero cogió su capa tendida en el suelo, la tiró sobre el sofá y cayó encima a la vez que se quitaba las largas botas con mucha dificultad. Fue lo único que se quitó de su atuendo. Sin mudarse de ropa se levantó apoyando las manos con pesadez en los brazos del sofá y arrastrándose se tiró en la cama. A los pocos segundos su respiración se tornó en una cantinela cansina de silbidos y ronquidos.

Tras unos segundos plantada en medio de la habitación observando a aquel que era su marido, se dio media vuelta y caminó lentamente hacia el otro lado de la estancia. Bona quedó mirando a lo lejos a través de los grandes ventanales de su habitación. El tiempo era de lo más apacible. Era primavera. Pero ella no abría aquellos recios cristales. Desde su mundo observaba un bonito vergel de amapolas; los olivos con sus preciosas e infinitas tonalidades verdes. El trigo que se movía como las olas en el mar. Todas las ramitas se movían al unísono, como ejército de soldados perfectamente adiestrados. El cielo

azul, limpio. Céfiro lo había limpiado con su suave soplido. Sólo estaba tocado por alguna pequeña nube de blanco algodón. Más cerca, las torres de su ciudad, erigidas poderosas separadas por la misma distancia entre ellas alrededor del lienzo de su protectora muralla. Y por encima de todas, las humildes y ostentosas construcciones, los alegres y recios campanarios de las múltiples iglesias construidas en Asís. Con sus campanas dormidas esperando marcar las horas y el ritmo de la vida.

Parecía todo irreal. Para Bona, todo aquello era como un bonito lienzo, un fresco iluminado por los más bellos colores. Pero era ajeno a ella. No formaba parte de ello. Era una mera espectadora. Ya no quería salir a aquellas callejas. Unas anchas, otras más estrechas, donde sus habitantes avanzaban por su existencia, unos más felices que otros. ¿Ella era feliz? ¿Lo había sido alguna vez?

La dicha con la que soñaba de joven no la había encontrado. Eso era Bona. Una simple soñadora que quizás no había luchado lo suficiente para conseguir todo aquello que quería. Quizás no sabía lo que quería. Sus amigas, sus queridas amigas, Clara y sus hermanas Catalina y Beatriz, Cristiana, Felipa, y tantas otras, habían elegido con firme alegría y convicción el camino de la fe. De una fe extrema que las había llevado a abandonar el siglo con todas las comodidades que su nobleza les ofrecía. Ninguna de ellas estaba destinada a abrazar la vida monástica. No eran hijas obligadas por sus padres a entrar en un convento. Como ella en su momento. No eran jóvenes despechadas que se hacían monjas huyendo de un desafortunado desamor. No. Todas habían decidido por su propia cuenta. Habían actuado haciendo uso de su libre albedrío o simplemente las había guiado una fuerza superior que no había contado con ella.

¿Había sido ella, Bona, una cobarde al no querer dejar las comodidades del mundo? No. Se repetía una y otra vez que no. No lo era. Su corazón, aunque piadoso y devoto, no estaba entre los muros y rejas de un convento. Ella, de niña, soñaba con el maravilloso milagro de la vida. Siempre quiso ser madre. Y esposa fiel. Quizás por obediencia a sus mayores, quizá por miedo a la rebeldía, pero nunca se planteó transgredir las leyes establecidas. Sabía que no siempre las jóvenes escogían a sus maridos pero siempre tuvo la esperanza de querer y ser querida.

Giró la cabeza en dirección al lecho donde yacía Rainiero. Dormía profundamente gracias a la cantidad de vino que corría por sus venas. Lo miró con una profunda tristeza en los ojos. Se sentía tan sola. Él no la quería. Siempre querría a Clara. Sin pretenderlo, su amiga se había grabado a fuego en el corazón de su marido y nada ni nadie podrían curar nunca esa herida de amor. Y en su amor obsesivo ella no tendría nunca cabida. Habían pasado ya muchos años, pero el tiempo no siempre cura las heridas.

Volvió de nuevo la vista hacia la ventana. Esta vez no vio el exterior. Por un juego de luces y reflejos vio su rostro, sus mismos ojos mirándola fijamente.

Amor, deseo, cariño, atracción. Eran palabras prohibidas. Eran sentimientos vetados para una buena, piadosa y obediente esposa. El amor verdadero entre un hombre y una mujer sólo existía en los poemas de ilusos trovadores que entretenían a los pobres infelices con sus tristes historias de vanos amores imposibles. Tristán perdió a Isolda. Y tantos otros desdichados personajes de cuentos de hadas vacíos de realidad. Se había pasado la vida soñando con un sentimiento, el amor, situado en un lugar

equivocado, el matrimonio.

Ilusa niña, se había enamorado perdidamente de un ser equivocado. Nunca debía haberse enamorado. La obediencia, la sumisión, el acatamiento. Eso era lo único que debía de haber aprendido. Pero nada de amor.

La carta de Bona llegó a manos de Clara y la leyó. Terminada la carta la guardó en un pequeño y viejo cajoncito de su celda y rezó. Rezó por Bona y Rainiero. Pidió a Dios por su amor.

Bona despertó un nuevo día. Por unas fracciones de segundo creyó estar en su casa, en su verdadera casa. Creyó tener muchos años menos. Creyó ser una niña feliz, con las únicas preocupaciones de una niña. El movimiento de su marido, aún adormilado a su lado, la hicieron despertar de su sueño a la pesadilla en que se había convertido su vida. Aquel día no tenía fuerzas para enfrentarse a un nuevo día de odio y desprecio, pero tampoco quería quedarse a su lado. Olía a vino y a mujeres. No recordaba haberle oído llegar pero seguramente no haría demasiado rato. Con cansancio intentó incorporarse. Como si ella también hubiera estado toda la noche de taberna en taberna, sentía un temblor agotador en las piernas cuando se intentó levantar. Con un ligero mareo se puso una bata y se marchó hacia la cocina en busca de María. En aquel tiempo de soledad, y desde la peregrinación a Roma, María se había convertido en algo más importante que su simple sirvienta. Ahora dirigía a los demás siervos de su nueva casa y le había dado potestad para decidir en casi todo. Ella no tenía ánimo para nada.

— *Madonna* Bona, tenéis mala cara.

— Buenos días a ti también, María — Bona se sentó con dificultad, apoyando las manos en sus cansadas piernas, en una de las frías y duras sillas de madera de la cocina.

— Disculpad, *madonna*. Buenos días.

— Desde que te he dado autoridad en mi casa has perdido el respeto hacia mí — contestó Bona con una sonrisa cansada.

— No es eso, mi querida *signora* — contestó María con un cierto retintín — primero, que no deberíais estar en la cocina, ya sabéis que el desayuno se sirve en el comedor; estos son mis pequeños dominios; y segundo, no tenéis muy buen aspecto esta mañana.

— ¿Lo ves, María? Tú tienes madera de ama. Lo haces mejor que yo. Yo no tengo ánimos para mandar a nadie ni para hablar con el entusiasmo que tú hablas.

— *Madonna* Bona, vos sabéis que hacéis muy bien vuestro trabajo. Pero insisto, ¿os encontráis bien?

Bona no contestó. Apoyó su mano derecha en la cabeza y cerró los ojos como si necesitara volver a dormir.

— ¡Madre mía! — Exclamó María de repente —. ¿No estaréis...?

— ¡Calla! — Bona respondió con un grito ahogado mientras miraba a su alrededor para asegurarse de que nadie las oía. Se tranquilizó al percatarse de que estaban solas.

— Disculpadme de nuevo *madonna*. Puede que tengáis razón y esté perdiendo los modales. Si va al comedor le serviré súbito el desayuno — María hizo una tímida reverencia y se disponía a marchar cuando Bona exclamó:

— ¡Vuelve aquí, por favor! — María giró sobre sí misma y esperó, con las manos en el regazo, las órdenes de su dueña —. Lo siento. No debería haberte gritado. Al fin y al cabo — dijo con un tono de amargura —, eres la única que se preocupa sincera y desinteresadamente por mí. Y si no es así, actúas de maravilla.

María no pudo menos que sonreír ante aquel extraño humor que tenía de repente Bona.

— Vos sabéis que no estoy actuando — María se acercó lentamente y dijo —: Hace días que estoy preocupada por vos. A la apatía y la tristeza, dos características para nada acordes con su persona, se ha unido últimamente un cansancio físico que me tiene preocupada y creo que, o estáis cayendo en una peligrosa tristeza o tenéis uno de los síntomas de... — María fue bajando el volumen de su voz hasta que las últimas palabras se hicieron ininteligibles.

— Crees que puedo estar embarazada, ¿verdad?

— ¿Tenéis náuseas y mareos?

— Constantemente. Y hace demasiado tiempo que no tengo ninguna pérdida...

Ambas quedaron en silencio hasta que María se acercó a Bona y le dijo en tono cariñoso:

— Vamos al comedor e intentad desayunar alguna cosa. Seguro que os sentiréis un poquito mejor. Y si luego os sentís con ánimo, iremos a pasear. El aire fresco de la mañana os hará recuperar el color.

— Tienes razón. Además, ahora mismo no me veo con fuerzas de enfrentarme a Rainiero. No sé cómo se lo voy a decir. No sé si esto servirá de algo. No sé si mejorará nuestra inexistente relación.

— Todo saldrá bien, *madonna* — María esbozó una confiada sonrisa y ayudó a Bona a ir hasta el comedor.

—¿Qué quieres? — Rainiero oyó entrar a su mujer pero no levantó la vista de las cuentas del palacio.

— Tengo que hablar contigo — respondió Bona con un hilo de voz. Plantada delante de su marido, le temblaba todo el cuerpo. Su corazón latía tan fuerte que empezaba a dolerle. Las náuseas se iban acentuando. Hacía días que había eludido con una excusa u otra aquel momento. María no paraba de insistirle que debía comunicárselo a su esposo porque ese era su deber. Su deber. Siempre su deber. De un modo u otro quería evitar aquella conversación pensando que así no sufriría. Pero la pequeña vida que llevaba dentro de sí empezaba a crecer de manera demasiado palpable a los ojos de los curiosos y sería

peor que Rainiero se enterara por una tercera persona de la feliz noticia. Así que, empujada por María, aquella mañana se encontraba plantada delante de Rainiero esperando que su boca fuera capaz de articular las palabras adecuadas.

— Pues habla — él seguía sin mirarla, un desprecio que usaba constantemente con ella. Bona vaciló unos segundos pero al fin, sin saber cómo, las palabras salieron de su boca como un torrente de agua descontrolado.

— Creo que estoy embarazada. Mi señor.

Aun después de oír semejante noticia, Rainiero continuó con su trabajo, aunque se dignó a contestar.

— ¿Lo crees? No estás segura, vamos.

— Esto... tengo muchos síntomas... Yo diría que es más que probable que...

Rainiero dejó la pluma y por fin levantó la vista de la mesa, pero no para mirarla a ella, sino para observar el paisaje que veía desde la ventana de su despacho.

— Está bien. Al menos me vas a servir para darme un heredero, si nace varón, claro está. No sé si soportaré tener a una mujer más dentro de esta casa. Las de vuestro sexo sólo traéis problemas al mundo. Servís para bien poco —. Tras un suspiro de suficiencia masculina, volvió a fijar la vista en sus números y listados.

Antes de que Bona desfalleciera por la tensión, hizo una leve reverencia seguida de un “Mi señor” y salió hacia el pasillo. Una vez fuera, se sentó en un banco del corredor antes de caer al suelo. Respiró hondo para intentar calmar las pulsaciones de su corazón y evitar la caída de las lágrimas que ya empezaban a nublar su mirada. Estaba cumpliendo su cometido de esposa y ahora lo iba a hacer como madre, tal y como de pequeña le habían enseñado. Pero aquello no se parecía en nada a cómo siendo una niña se había imaginado su futuro. Volvió a levantarse antes de que nadie, ningún sirviente ni por supuesto su marido, la vieran en aquel estado lamentable. Apoyándose en las paredes, llegó hasta su habitación; cerró la puerta. Cayó de rodillas sobre una suave alfombra. Se sentó y abrazó con sus manos sus piernas cerrando su rostro en la oscuridad de su propio regazo. Y lloró.

Ahí quedó Bona, a los pies de su cama, en una habitación vacía, llorando lágrimas de tristeza y frustración. Quizás el pecado de la soberbia por creer que sería la mejor dama de Asís, mejor que su madre, mejor que Hortolana, era lo que la había llevado a aquella situación. ¿Era ella la culpable de todo aquel sufrimiento? Al fin y al cabo, había seguido los dictados de sus progenitores, como una hija ejemplar. Había honrado a su padre y a su madre. ¿Dónde estaba el error? Quizás fuera que como mujer, tuviera que sufrir. Simplemente eso. Y ya iba siendo hora de que lo entendiera.

Se acordó entonces de Clara, y del sufrimiento que ella voluntariamente se infligía. Clara y las que habían seguido su camino, sufrían por decisión propia, para llegar a Dios. Ella sufría por ser mujer. Como Eva, alguna cosa había hecho para ser expulsada del paraíso de sus propios sueños...

En aquel torbellino de pensamientos cayó definitivamente en un profundo sueño. María entró en la

habitación para saber cómo se había desarrollado la conversación con Rainiero. El estado en el que se encontró a su dueña no le dejó lugar a la duda. A pesar de su complexión pequeña, su voluntad de hierro consiguió levantar a su ama y acomodarla en la cama.

— Que tengáis dulces sueños, mi querida niña — susurró María mientras tapaba sigilosamente el cuerpo derrotado de Bona.

— Esto no está bien — dijo Clara pensativa mientras sostenía una carta del cardenal Hugolino. Francisco estaba sentado a su lado, mirando el pequeño jardín de San Damián.

— Es lo mejor para vosotras. Es una manera de protegeros y de continuar sirviendo a Dios.

— Sí, pero vosotros, los hermanos menores, no habéis necesitado adoptar ninguna regla para seguir con vuestra misión. Ya hemos aceptado vivir una vida de reclusión en vez de peregrinar como hacéis vosotros o vivir en el siglo como hacen las hermanas beguinas del norte.

— La regla benedictina se adapta en la mayoría de sus preceptos a las ideas que tú tienes para ti y tus hermanas.

— Sí, menos en los dos puntos principales que yo defiendo y la regla de San Benito no contempla. No queremos en San Damián propiedades, ni personales ni de la comunidad. Ya vi en San Pablo de las Abadesas cómo el convento crecía en riquezas gracias a las dotes y donaciones de las monjas que ingresaban en su comunidad. Defendemos también la fraternidad y la elección de una abadesa rompe con esa igualdad entre todas nosotras. No quiero clases en mi convento. Todas somos iguales ante Dios. Iguales en pobreza y humildad y así debemos continuar.

Clara seguía mirando y remirando la carta intentando encontrar una salida a la propuesta del cardenal sin caer en la desobediencia.

— La reunión conciliar en Letrán lo ha dejado bien claro...

— Ya lo sé.

Clara se levantó y empezó a pasear lentamente mirando a ninguna parte. Pensando.

— Además — añadió Francisco —, el cardenal Hugolino te prometió hace tiempo crear una regla específica para todas las órdenes que, como las damianitas, se han creado recientemente y no se adaptan a las reglas ya existentes. Deberías aceptar lo que se te ofrece y tener paciencia.

— Está bien, aceptaré el cargo de abadesa pero con condiciones que haré saber a mis hermanas. Respecto al tema de la pobreza, estoy dispuesta a dirigirme al mismísimo Papa. Sí. Le reclamaré un privilegio especial sobre este asunto que parece ser que nadie entiende. Ni siquiera tú. — Clara lanzó una mirada poco amigable a Francisco y continuó —. No quiero que nadie intente llenarnos los bolsillos ni las estancias de San Damián con vanas riquezas que nos alejen del original camino de Jesús. No me he alejado del siglo, rompiendo el corazón de mis seres queridos, para rodearme ahora de los lujos que abandoné en Asís. Tanto el cardenal como tú, os pensáis que soy una pobre religiosa a la que podéis

imponer vuestra voluntad. Imagino que lo hacéis por mi bien, pero soy mayorcita para escoger mi propio camino y el de mis hermanas.

Durante los largos meses que duró el embarazo, Rainiero se preocupó por su vástago sin preguntar a su esposa directamente ni una sola vez. El apoyo de su madre Pacífica, la fiel sirvienta María, fueron vitales para que Bona no cayera en una profunda depresión.

Al final, aquel ser que se movía cada vez más inquieto dentro de ella decidió que era el momento de salir. Bona, que no soportaba el dolor, en las últimas semanas no dejaba de pensar en cómo iba a sobrellevar aquel tránsito del que había oído verdaderas historias de terror. Ahora tendría que vivirlos en su propia carne. Ahora recordaba con mucha claridad los gritos desgarradores de su hermana cuando trajo al mundo a su sobrino Filipo y su eco se repetía una y otra vez torturándola sin descanso.

Había terminado de comer cuando se incorporó con la intención de dar el habitual paseo tranquilo por las calles cercanas al palacio Guelfuccio, acompañada de María. Como si fueran tres ancianas, recorrían las calles cogidas las unas a las otras con unos pasos cansinos pero reconfortantes para las piernas deformadas de Bona. No sólo sus piernas, todo su cuerpo había cambiado. Se veía gorda, hinchada, como un barril de cerveza. Si no había conseguido conquistar a Rainiero con su juvenil belleza, su estado actual más bien empeoraba las cosas. María había hecho verdaderos milagros para adaptar sus vestidos a su nueva forma pero aun así, ella se veía terriblemente deforme.

— No me siento bien — Bona se cogió la parte baja de la barriga como si quisiera sostenerla entre sus manos. Todo su cuerpo se dobló y su cabeza miró hacia el suelo.

María intentó incorporarla pero se había quedado rígida.

— Esto es una contracción — respondió resuelta María —. Hay que avisar rápido a la comadrona. El bebé podría estar en camino.

Al oír aquellas palabras, Bona sintió más espanto que dolor.

— No, si estoy bien — en un intento de negar la evidencia.

— Mi señora, el bebé tiene que nacer, y más vale que sea en su casa que no aquí, en medio de la calle a la vista de todos.

Aunque aún no se habían alejado demasiado de la casa de Bona, el camino de vuelta fue realmente penoso. Cada vez tenían que detenerse con mayor frecuencia y el gesto de dolor en el rostro silencioso de Bona era desesperante.

Cuando al fin pudo recostarse en su cama, el alivio que sintió al relajar todo su cuerpo duró pocos segundos. La comadrona, Lucrecia, y su ayudante, Angélica, llegaron pocos minutos después. Lucrecia continuaba siendo una mujer ruda, grande, fuerte, con mirada decidida a pesar de los años transcurridos. Empezó a remangarse como si fuera a hacer una tarea en el campo. Bona reconoció a aquella mujer y su ayudante. Las había visto en casa de su hermana aquel feliz día en el que venía el mundo su sobrino y ella

era solamente una niña feliz. Empezó a sentir pavor. María cerró las puertas de la habitación. Dentro, las mujeres que ayudarían a Bona en aquel tránsito, extraña mezcla de alegría y temor. Fuera, los hombres esperando. Rainiero con una única esperanza, que naciera un hijo varón. La puerta de la estancia se abrió una última vez para dejar entrar a Pacífica, cuya presencia iba a ser de gran ayuda para Bona.

Rainiero estaba sentado en una silla en el salón de su casa con una copa en la mano. Su rostro no expresaba nada en absoluto. Los minutos pasaban y veía cómo a su alrededor todo el mundo se impacientaba. Se levantó y dijo a uno de sus sirvientes que le acompañara. Este le miró extrañado pero siguió sus pasos.

Mientras el padre de su futuro hijo desaparecía de su casa, Bona seguía sufriendo unos dolores insoportables. Perlas de sudor pintaban su rostro marcado por la angustia y la desesperación. Cómo podía ser que algo tan maravilloso como una nueva vida fuera la causante de semejante sufrimiento. Parirás con dolor. Parirás con dolor. Un eco rechinante retumbaba en su cerebro de aquella fórmula escuchada en la iglesia en sermones declamados por rudos y valientes religiosos. Parirás con dolor. Porque eres origen del pecado. Parirás con dolor.

Bona sintió de repente como si le desgarraran todo su cuerpo. Iba a morir, no iba a conocer a su hijo. Dios mío, ayúdame. Perdona mis pecados. Aquello no podía estar pasando. Veía pasar ante sí muchachas asustadas con paños blancos pintados totalmente de rojo. El rojo de su sangre, el rojo del dolor. El rojo del pecado. De la muerte. Sus labios estaban tan apretados que casi no se veían en su rostro. A pesar del profundo dolor, no iba a gritar. No quería gritar. No quería que nadie recordara aquel mismo sonido que no podía olvidar desde el nacimiento de su sobrino.

Solamente tenía un consuelo, una mano caliente, firme, cariñosa, agarraba la suya intentando insuflarle confianza.

— Cariño, aguanta un poco más. El bebé está a punto de llegar — Pacífica hablaba con ternura y firmeza a su asustada hija. Bona acertó a abrir los ojos y mirar a su madre. Ahora comprendía mucho más a esa mujer, a todas las mujeres.

Después de largos minutos de sufrimiento, de repente se hizo el silencio. El dolor había desaparecido. Pero tampoco oía nada. Silencio. Silencio roto al fin por el llanto desconsolado de una pequeña criatura brillante y pegajosa que la comadrona aguantaba con firmeza por los pies al tiempo que le atizaba unos suaves golpes para que reaccionara. De repente un llanto desconsolado y asincopado afloró a los ojos de Bona como si quisiera acompañar a su pequeño. Lloraba sin poder evitarlo. Gimoteaba como una niña que ha perdido su querida muñeca. ¿Dónde estaría Isolda, su princesa de trapo?

Tras unos instantes en que las mujeres limpiaron y arrojaron al bebé, al fin pudo cogerlo entre sus brazos. Era una niña. Una preciosa niña pequeña con el rostro abultado por el esfuerzo de llegar a su nueva vida. Bona siguió llorando pero los espasmos cesaron. Besó con dulzura su pequeña mejilla. Tenía miedo de romperla, de lo pequeña y frágil que parecía. Pero no podía dejar de abrazarla, de besarla, de

mirarla. Era su hija. Ahora ella era una madre.

— Es preciosa — Pacífica se sentó a su lado contemplando a su pequeña nieta.

— Sí, mamá. Es un ángel.

— Ahora debe comer — dijo con firmeza la comadrona.

— Sí, es cierto — respondió Bona un tanto confusa. No sabía muy bien qué debía hacer. Pero cuando se disponía a mostrarle su pecho a la pequeña, la vieja que acababa de hablar exclamó.

— No. No os preocupéis. La nueva nodriza está esperando fuera.

— ¿Cómo decís?

— ¿El *signor* no os lo ha dicho?

Bona se sintió confusa y apretó instintivamente a su hija.

— El *signor* ya nunca me dice nada — respondió Bona para sí.

Tras esta respuesta, la partera continuó.

— *Messer Di Bernardone* contrató los servicios de la mejor nodriza de la ciudad en el momento en que quedó usted embarazada. Le dijo que si era niño le pagaría un buen sueldo. Aunque visto que es niña, la muchacha quedará un tanto defraudada...

En ese momento de confusión Bona se dio cuenta de que su marido no había entrado aún a conocer a su hija.

— ¿Dónde está Rainiero? — preguntó Bona a su madre.

— Disculpad señor — Un sirviente se había acercado al mesón en el que Rainiero permanecía desde que se había enterado que su mujer estaba de parto. Estaba jugando a los dados con un caballero de aspecto desaliñado y cara de pocos amigos que miró con desprecio al joven que se dirigía a Rainiero y había interrumpido la jugada.

— ¿Qué queréis?

— Su mujer a dado a luz...

— ¿Y?

— Es una niña.

— ¿Por dónde íbamos? — Rainiero lanzó los dados con furia mientras una moza de grandes senos que no se afanaba en ocultar, acariciaba lascivamente su pecho sin que él hiciera nada por frenar sus movimientos.

Bona exhaló un suspiro de agotamiento y se durmió.

Clara caminaba pausadamente por el patio de San Damián. Habían terminado las oraciones vespertinas y las hermanas se dirigían al refectorio a comer.

— Madre, deberíais entrar. Hace frío y es la hora de tomar un poco de alimento.

— Gracias hermana Felipa pero necesito pensar. Tras las oraciones necesito buscar una solución a

nuestros problemas.

— Perdonad que insista, madre. Pero estáis muy pálida y deberíais comer algo o volveréis a caer enferma.

— Si es la voluntad de Dios, aguantaré todos los sufrimientos de mi carne pecadora. Y todos no serán suficientes para llegar al dolor que sintió nuestro señor Jesucristo.

La hermana Felipa continuaba a su lado intentando encontrar una buena argumentación para que la madre Clara entrara en razón y se uniera a ellas en el refectorio. Desde hacía tiempo había decidido hacer ayuno voluntario todos los miércoles y viernes. El resto de días a penas probaba un poco de pan y agua. La severa dieta que se estaba infligiendo hacía mella en el ya de por sí débil cuerpo de Clara.

— Madre. ¿Qué es lo que os preocupa?

— Querida Felipa, bien lo sabéis. La adopción de la regla benedictina no ha hecho más que alejarme de mis ideas iniciales para San Damián y todas nosotras. Asumí con humildad ser vuestra madre abadesa aunque todas sois conscientes de que no quiero mandar por encima de vosotras y que quiero que las damianitas seamos una fraternidad de seres iguales. Porque todos somos iguales ante Dios. Pero la aceptación de la regla de San Benito conlleva otros elementos que no quiero que se instauren en estos muros. Cuando todas y cada una de vosotras entrasteis aquí lo hicisteis sabedoras de que el voto de pobreza no era un voto más como en cualquier otro convento. De hecho disteis todas vuestras dotes a los más pobres de la comarca y dentro del convento sólo existen las cosas mínimas necesarias para nuestra supervivencia.

— Madre. Ya sabéis que todas nosotras entramos siguiendo vuestro camino de piedad. Nadie nos ha obligado y queremos hacer lo que nuestra madre quiera.

— Ya lo sé querida, niña. Pero el voto de pobreza, como en San Damián lo entendemos, no es el voto de pobreza que San Benito dio a sus monjes y monjas. Los monasterios benedictinos pueden tener bienes comunes. Yo no quiero tener más posesiones que un pobre, y si continuamos abrazando la regla que nos impuso el Concilio de Letrán, llegará un día que nuestra idea inicial con la que se fundó San Damián terminará desapareciendo.

La hermana Felipa se dio por vencida y dejó a Clara en el patio del monasterio. Daba vueltas mirando al suelo, observando las pisadas de sus raídas sandalias de madera, viendo cómo dejaban una huella en el barro. Tenía que hacer algo. Tenía que encontrar la manera de sellar sus ideas para que prevalecieran en el tiempo. Tendría que llegar a las más altas instancias si era necesario para conseguir su objetivo. Escribiría al papa. Le pediría un privilegio que nadie hasta entonces le habría pedido a un pontífice. Pero necesitaba la iluminación necesaria para llevar a cabo su difícil cometido. El Orbe Cristiano estaba sumido en un pequeño caos en el que nuevas maneras de observar la vida monacal estaban desquiciando a cardenales, obispos y toda la curia de Roma. Pocos entendían el profundo fervor que había surgido de los muros de las nacientes ciudades de seguir a Cristo lejos de la ortodoxia marcada. Pero alejarse de la senda oficial podía ser peligroso y Clara lo sabía. Más si el alejamiento del

orden establecido venía de una comunidad femenina. Tenía que seguir rezando para encontrar el camino a seguir. Necesitaba iluminación. Necesitaba meditar. Rezar, rezar, alejarse del mundo para encontrar la respuesta.

La llegada de una hija en la casa Di Bernardo no mejoró las cosas entre Rainiero y Bona. El deseo de aquel de que su esposa concibiera un niño heredero no se había cumplido, por lo que tendría que continuar con su deber conyugal, algo que le asqueaba cada vez más. Bona se refugiaba en el calor y la ternura de su pequeña. Después de las largas sesiones con la nodriza, conseguía estar a solas con la niña. Entonces no se separaba de ella ni un minuto. Había decidido tragarse sus instintos de amamantar ella misma a su pequeña para no encolerizar más a su marido. La miraba y miraba sin cansarse de observar sus pequeñas facciones. Cogía su mano minúscula y la acariciaba. Besaba sus mejillas, la acunaba, la paseaba. No le importaba que Rainiero no apareciera por sus estancias para ver a la niña. De hecho, lo prefería. Ahora eran ellas dos. Sabía que para él era una carga más para la casa, un gasto más. Pero a ella le daba igual. Bona disfrutaba de aquellos momentos de intimidad con su pequeña mientras no tuviera que volver a sus obligaciones de esposa.

Sin embargo, aquella alegría duró muy poco. Un día, de repente, la pequeña empezó a llorar desconsoladamente. El alimento de la nodriza ni los abrazos de su madre conseguían calmar el llanto desesperado de la niña. Una fiebre alta empezó a apoderarse de aquel pequeño cuerpo indefenso. Fueron dos días de lucha hasta que aquel pequeño ángel voló hacia el cielo. Y su madre cayó en la más profunda oscuridad del averno.

— Eminencia. Ha llegado esta carta para vos.

El Papa Inocencio III acaba de terminar una de las sesiones del concilio que se celebraba aquellos días en Letrán. El cuarto que tenía lugar en aquel hermoso rincón de Roma. Muchos eran los temas a debatir. Muchos ya se habían acordado. Pero el trabajo era duro y el pontífice, anciano y cansado, trataba de participar con gran esfuerzo en la mayor parte de sesiones.

Inocencio miró el trozo de papel y ordenó a su ayudante que lo abriera y se lo acercara. Tras leerlo con sumo detenimiento su rostro mostró un gesto de perplejidad.

— Existen criaturas en este mundo realmente extraordinarias.

— ¿Qué sucede? — Le preguntó el Cardenal Hugolino.

— Seguro que recordáis a sor Clara, la joven a la que Francisco de Asís arrancó del mundo para que siguiera los pasos de Jesús tras los muros de la pequeña ermita de San Damián.

— Por supuesto, eminencia. Yo me encargué personalmente de que Francisco le transmitiera la aprobación en este mismo concilio de la adopción, por parte de todas las nuevas congregaciones, de una

regla ya establecida.

— Pues parece que la madre Clara no está del todo satisfecha con esta decisión. — Tras decir estas palabras acercó la carta de Clara al cardenal. Este la leyó y mostró en su rostro la misma perplejidad que Inocencio.

— ¿Desde cuándo alguien reclama un privilegio de este tipo?

— El privilegio de no tener nada. Parece un contrasentido, ¿verdad?

— Es cierto que la madre Clara aceptó la regla benedictina, pero con reticencias. No quería mandar por encima de sus hermanas y solamente la insistencia de Francisco y el cariño de la congregación consiguieron que cediera. Pero parece ser que Clara quiere llevar hasta las últimas consecuencias el camino de pobreza. ¿No será un peligro...?

— Ciertamente es una petición revolucionaria, pero no creo que suponga nada malo. Clara debe querer asegurarse, pues así lo transmite en su carta, de que cuando ella falte se respetarán sus ideas iniciales. Si no queda por escrito, ya sabe querido cardenal, que las palabras fluyen en el aire y desaparecen en la oscuridad de los tiempos.

Inocencio mandó llamar a su secretario y escribió una carta de respuesta a Clara para sorpresa del incrédulo cardenal y del mundo entero.

9. Visiones

*Un cruzado de rodillas para siempre
ante una dama en su escudo,
que resplandecía entre los dorados campos,
cercanos a la remota Shalott.*

The Lady of Shalott, Alfred Lord Tennyson (1809-1892)

Asís. 1218

El llanto de un bebé la despertó sobresaltada. La noche estaba oscura. Una tímida luna proyectaba extrañas sombras en la habitación. El llanto y la tenue luz la guiaron hacia la cuna. No lo entendía. Su bebé aún estaba ahí. ¿Su muerte sólo había sido una horrible pesadilla? Caminó sigilosa. Al lado de la camita, en su antigua mecedora, alguien acunaba a su preciosa niña. Un escalofrío corrió veloz por su espalda y quedó clavada en el frío suelo de madera. El llanto se iba atenuando por la triste canción de cuna que aquel ser entonaba al oído del bebé. Sus ojos se iban acostumbrando a la luz hasta que dibujaron más claramente aquella silueta. Era una anciana, contrahecha, fea, arrugada. Tenía un macabro parecido con la nodriza que había amamantado a su pequeña. Como si aquel resto de ser se hubiera percatado de pronto de la presencia de Bona, dejó de cantar. El bebé se había dormido. Levantó la vista y un rostro indescriptible se mostró ante la horrorizada Bona. Era la muerte que mecía a su bebé en aquel frío y eterno regazo. Ahora era ella la que lloraba con tales espasmos que le costaba respirar. No se podía mover, aunque quería salir de allí corriendo. El llanto dejó paso a un grito de terror que la despertó de aquella terrible pesadilla.

Incorporada en la cama, Bona seguía llorando y gritando. De repente la puerta de la habitación se abrió y Bona dio un respingo en la cama. El corazón le latía con tanta fuerza que le iba a explotar.

— ¡Bona, querida! Soy María. ¿Qué os sucede, por amor del cielo?

María había entrado en la alcoba con una vela en la mano que, aunque pequeña, iluminó la estancia y devolvió a Bona de nuevo a un estado de conciencia más o menos tranquilizador. Rainiero aún no había llegado de sus tropelías nocturnas, así que María no dudó en dejar la vela en la consola que tenía más cercana y sentarse al lado de Bona.

— Estaba soñando, María...

Bona seguía sollozando y le costaba hilvanar las frases. Aún no sabía si estaba despierta o dormía. Ya no discernía entre sueño y vigilia.

— Tranquilizaos, mi niña — María la recogió entre sus brazos y dejó que Bona llorara sin consuelo en su regazo —. Ha sido una pesadilla. Respirad hondo e intentad calmaros.

Cuando Bona calmó ligeramente sus nervios, después de llorar densas lágrimas de dolor, se incorporó levemente y miró a María con ojos profundamente tristes.

— La pesadilla no ha desaparecido, María. No seré capaz de soportar más dolor en mi vida. He visto a mi bebé, a mi pedacito de carne inerte en brazos de la muerte. No lo podré soportar. No podré.

— Sí podréis, mi dulce ángel. El tiempo cura todas las heridas, incluso las más profundas de las almas rotas. Cerrad los ojos y pensad en vuestra dulce niña como un ángel del cielo. Es ahí donde está. No tengáis la menor duda.

Mientras hablaba, María no pudo evitar pensar en sus hermanos. ¿Jugarían ahora con el bebé de Bona? Se acordó de su madre, a la que vio también sufrir el desgarró indescriptible de ver morir a un hijo. Intentó recomponerse para no provocar más dolor a Bona. Además, quería volver a su habitación por miedo a que volviera el amo de la casa y la encontrara allí con su esposa.

— No te vayas, por favor. No puedo quedarme sola.

María vaciló unos instantes pero volvió a acomodarse en la cama y a recoger entre sus brazos aquel cuerpo torturado por la desdicha. No podía dejarla sola. Bona cerró los ojos y empezó a respirar cada vez más tranquila. María miraba hacia la puerta y aguzaba el oído atenta al menor ruido que pudiera indicar la llegada de Rainiero. Pero no tuvo que esperar mucho a que Bona se durmiera. El calor reconfortante del abrazo de María había calmado a Bona, quien había vuelto a caer en un profundo sueño. Con cuidado dejó la cabeza de Bona apoyada en la suave almohada y tapó su cuerpo con la sábana.

El caballero andante había tomado la cruz y se había marchado gallardo con su caballo y su espada a defender el reino perdido de Jerusalén. La dama quedaba en la torre divisando, a lo lejos, la silueta de su noble caballero que se había despedido de ella con un dulce beso...

Así debiera haber sido la despedida de Bona y Rainiero; así la soñaba aquella niña tonta con pájaros en la cabeza; así lo hubieran narrado los trovadores y juglares; así debía suceder entre los amados amantes. Pero ellos eran marido y mujer. No había sitio para el amor. Aquello era sólo un compromiso. Su corazón endurecido por la desgracia, el dolor y el desamor, no sentía ya nada por la marcha de Rainiero en la enésima peregrinación en armas que el Occidente cristiano se empeñaba en organizar. Bueno, quizás sí que sentía algo. Paz. Sosiego. Por mucho tiempo no oiría los desprecios de Rainiero, no sufriría los desencuentros de su marido. Por mucho tiempo. O para siempre. ¿Cuántos cruzados habían dado su vida por Jerusalén? Ante aquella idea, Bona quedó impasible. Su alma ya no iba a sufrir más, así que no iba a amarle más. Así de sencillo. Aquella decisión que hacía tiempo debía haber

tomado, por fin era capaz de tomarla sin tristeza.

Rainiero había marchado aquella mañana junto con otros jóvenes nobles de Asís para unirse al ejército de cruzados que el Papa Inocencio III había convocado para intentar recuperar la perdida Jerusalén. Hacía décadas, desde que en 1187 cayera en manos del Islam, que la cuna del cristianismo albergaba tras sus muros a ciudadanos pertenecientes a otra de las grandes religiones del libro. Ni el coraje del rey inglés Ricardo Corazón de León ni la muerte del temible Saladino habían cambiado la situación en Tierra Santa. Hacia aquellos santos lugares se habían trasladado miles de peregrinos y soldados portando en su pecho la cruz. Muchos de los caballeros que habían decidido salvaguardar la fe de Cristo en tierras levantiscas habían emprendido la marcha junto a sus esposas. Alguien había insinuado a Bona que hiciera lo mismo, que muchas de aquellas nobles damas seguían a sus gallardos maridos. No se había reído porque hacía demasiado tiempo que había olvidado lo que era ni tan siquiera sonreír. Pero a quien le había propuesto semejante opción le había contestado recordando las críticas recibidas por las mujeres que, junto a la reina Leonor de Aquitania, se habían embarcado en la aventura de los caballeros cruzados. Su presencia femenina en tan santos escenarios, había sido la causa, decían, de sus desastrosos resultados. No había obtenido contrarréplica. A pesar de la mala contestación al pobre que, seguramente con buenas intenciones, había hablado a Bona de la presencia de las mujeres en Tierra Santa, ella se guardó de recordar la bellísima estatua de la que su padre le habló un día de una Ana de Lorena. Una dama que permanecería llorando para toda la eternidad la llegada del cuerpo sin vida de su amado esposo, fallecido en Jerusalén.

Pero Bona y Rainiero no eran Tristán e Isolda, ni tan siquiera Erec y Enide... Tampoco iba a protagonizar una escena tan hermosa como la que permanecía para toda la eternidad en la lejana ciudad francesa de Nancy; allí, un mercader le explicó una vez que había contemplado la conmovedora estatua de una mujer que abrazaba a un hombre. Ella era Ana de Lorena, él Hugo I de Vaudémont. Él había marchado a Tierra Santa, donde había sido hecho prisionero. Ella, durante años, se negó a volverse a casar y esperó paciente la llegada de su amado. El mercader le había descrito el grupo escultórico como una de las representaciones más bellas del amor entre un hombre y una mujer. ¿Sería ella recordada igual que Ana de Lorena?

Se habían levantado como cualquier otro día, con un frío “buenos días”. Habían desayunado y Bona había esperado a que uno de los mozos que iban a acompañar a Rainiero le avisara de su marcha. Había bajado al patio del palacio. Rainiero se había acercado a ella e incluso en ese momento, tampoco la había mirado a los ojos.

— Señora — un beso gélido en su mano ante la atenta mirada de sus lacayos. Eso había sido todo. La humillación hasta el último instante. Antes de que hubiera cruzado la gran puerta de hierro y madera, Bona había girado y emprendido el camino a sus habitaciones.

Y Bona se sintió liberada. El vacío de su corazón continuaba lleno de tristeza, pero ahora podría estar tranquila. Se sentó con lentitud, pues los nervios de la última despedida aún estaban presentes, y

respiró hondo para tranquilizarse. Sola, otra vez, cogió el pedazo de tela que estaba bordando y empezó a dar lentas puntadas. La soledad y el silencio eran tales que el sonido del fino hilo atravesando la tela le reconfortaba. Continuaba sin dominar el arte del bordado. Recordó entonces aquellas veladas, de niña, con Clara y sus hermanas, cosiendo y escuchando las lecturas piadosas. Ahora sólo escuchaba su propia respiración y la aguja atravesando la tela. El rostro de Clara lo veía en su mente como si lo tuviera justo a su lado. Hacía tanto de aquellos días alegres... Aún ahora esbozaba una triste media sonrisa al pensar en la niña soñadora que fue, refunfuñando siempre por los nudos que se acumulaban en su labor esperando el momento de poder salir a las calles y los campos a pasear, a correr, a sentir el viento en su rostro. Y sentirse viva. Ironías del destino, ahora se sentía a salvo en aquella estancia solitaria.

Pasados unos minutos, la vista se le empezó a nublar. Levantó la mirada y se dio cuenta de que entraba muy poca luz en la habitación. Se levantó para abrir un poco más la ventana, pero antes de llegar a su objetivo tuvo que volver a sentarse. Un sudor frío recorrió todo su cuerpo. De repente tenía las manos húmedas y el rostro repleto de gotitas de agua. Apoyó las manos en sus rodillas temblorosas y respiró hondo. Tantos nervios la iban a matar, pensó. Suerte que ahora se podría recuperar de ese estado de angustia constante. Volvió a respirar hondo pero el sudor no cesaba. Un desagradable *dejà vu* atravesó su mente. ¿Cómo era posible? Su unión física con Rainiero después de la llegada de su primer bebé había sido prácticamente inexistente. Pero el destino parece ser que había querido que Bona engendrara un nuevo ser a pesar de que ella no estuviera aún preparada para ello. No, no. Con un poco de suerte serían sólo los nervios por la marcha de Rainiero o una indisposición por la cena de la noche anterior. Tenía que comer más lentamente, le recordaba una y otra vez María. Su cabeza seguía pensando en todas las posibilidades. Pero intentó volver a levantarse sin éxito. Las náuseas se acentuaban cada vez más. ¿A quién quería engañar?

Y ahora Rainiero se había marchado y quizás nunca sabría de la existencia de un nuevo heredero. Eso si el bebé sobrevivía. No soportaría otra pérdida. Antes moriría. Aunque sabía que aquello sería condenar su alma para toda la eternidad...

Suerte que la siempre acertada María entró en aquel momento por la puerta y alejó a Bona de todas aquellas elucubraciones.

— Señora. Venía a ver si queríais salir a dar un paseo. Hace una mañana espléndida. Creo que esto os animará...

— La marcha de Rainiero no es lo que me preocupa en estos momentos, si es a eso a lo que te refieres.

— Sí, mi señora. ¿Os sucede algo?

— Ay, María. Cuántas desdichas más me pueden ya suceder.

— *Madonna*, no os comprendo. Por el amor del cielo, ¿qué os aflige?

— Pues nada más que unas simples náuseas que creo que me anuncian la llegada de un nuevo bebé.

— ¡Pero mi señora! ¡Esa es una gran noticia!

— ¿Eso crees? — respondió Bona con amargura intentando superar aquellas náuseas cada vez más insoportables. María hizo caso omiso del gesto de hastío en el rostro de su señora y continuó hablando con risueña alegría.

— ¡Por supuesto! Los niños son siempre una bendición del cielo.

— Bendición... Yo que creía que mi vida estaba maldita.

— No digáis eso, mi señora. Es cierto que habéis sufrido desdichas, pero debéis estar agradecida por todo lo que tenéis.

— Da lo mismo, María. No quiero hablar del tema.

— Está bien, señora. Pero querría deciros que quizás sería buena idea enviar un mensajero a buscar a Rainiero. Aún no debe estar muy lejos de aquí y puede que la noticia le haga...

— ¡Ni pensarlo! Y te pido por favor que mantengas esta conservación en secreto. Que a veces sé que te gusta hablar más de la cuenta con las demás criadas.

María asintió y marchó de la habitación.

Damieta. 1218

Arena. Sudor. Fuego. Viento. Rainiero no sabía cómo su mano empapada enfundada en aquel guante metálico aún sostenía la espada firmemente. Símbolo de años de lucha, empuñada por sus ancestros en guerras contra bárbaros en Europa, infieles en Asia. Debía ser digno de ella. El dolor del brazo no le permitía pensar. Daba golpes aquí y allá. Huesos rotos, sangre, cabezas cortadas, miembros cercenados del cuerpo. El infierno en la tierra. Gritos. Dolor. Pero él seguía en pie. Luchaba, con dolor, pero luchaba. Dolor en el cuerpo, dolor en el corazón, dolor en el alma. ¿Aquello lo quería Dios? Seguía luchando. Espada en alto, junto a sus compañeros. Damieta debía caer. Gritos, dolor, odio. Espadas, hachas, cimitarras. Todo transcurría muy deprisa a su alrededor. Hasta que una espada infiel detuvo el tiempo. Ante él, la hoja ancha, afilada, curva, se levantó alzada por el poderoso brazo de un egipcio. Es el fin. Señor, perdona mis pecados. Alzada lentamente, o al menos así lo vio él, aceleró la bajada para dar el golpe de gracia. Pero una luz radiante emanó de pronto de aquel metal de muerte. Cerró sus ojos. Cayó al suelo. Era el fin.

El amor que no puede sufrir no es digno de ese nombre. ¿Quién había hablado con tanta claridad en aquel atonador escenario? Era una mujer. Intentó abrir los ojos pero la línea que consiguió dibujar ante sí era mínima. Golpes, pisadas, ruido metálico, más pisadas. Iba a morir. O quizás ya estaba en el más allá. Se encomendó a Dios.

Al cabo de unos minutos Rainiero no veía nada. Seguía en el campo de batalla pero la lucha había cesado.

Trozos de estandartes rotos, otrora erigidos orgullosos por gallardos caballeros, aleteaban contra

el viento emitiendo un triste sonido. Latigazos agónicos de la tela rota a golpe de espada. Nada más. Sólo su respiración. ¿Seguía vivo? ¿Estaba en el paraíso? ¿O a las puertas del infierno? Volvió a intentar abrir sus ojos. Esta vez lo consiguió. Mejor hubiera sido no haberlos abierto. Desolación. Muerte. Nada. Desesperanza. Desesperación. Una lágrima inició su camino por su rostro limpiándolo de sangre y polvo. ¿Aquel era el amor de Dios? Amos los unos a los otros. Cristianos, infieles, todos muertos. Cada uno estaría en su propio paraíso o en un infierno común.

Bona. De pronto pensó en Bona, en su hija perdida, en su hogar, en todo lo que había dejado atrás con su absurdo orgullo de caballero. Otra lágrima brotó de su corazón. Quería volver a casa, de repente tuvo una necesidad desesperada de estar en su hogar. Quería huir de aquel desierto de cadáveres ya putrefactos. El cielo con su calor asfixiante traía a los cuervos esperando un nuevo festín. Vio el rostro de su esposa como si estuviera delante de él. De repente le dio un vuelco el corazón. Miró aquel espejismo como nunca antes había mirado a su mujer. ¿Era porque sabía que nunca más la tendría delante?

Ya no había esperanza. Rainiero yacía en el desierto de arena y cadáveres mutilados esperando ser uno de ellos. Los cuervos, ávidos de carroña, sobrevolaban su cuerpo esperando ansiosos a que dejara de respirar. Su cuerpo estaba tan débil que el dolor había dejado paso a la insensibilidad de unos miembros magullados y heridos. Miró al cielo y pidió perdón. Perdón por sus pecados. Pidió a Dios por su mujer. La había despreciado, odiado, maltratado y aun así ella seguía fiel a su marido. ¿Hasta cuándo? Le había honrado y respetado. Le había querido. Lo había amado. Y ahora, en la distancia, lo veía todo claro, no era merecedor de todo aquel amor. Cegado por un capricho de juventud, había hecho daño a seres indefensos y había abandonado a su familia en pos de una gloria que no quería ni para sí ni para ninguno de los fieles que lucharon en aquel campo de batalla. Rainiero se había unido al ejército cruzado para huir de su vida y, al final, cuando lo había conseguido, se daba cuenta de que no quería perderla. Rainiero seguía esperando la muerte en aquel mar de cuerpos inertes. El calor y las heridas le hicieron caer en la inconsciencia. Sed, tenía mucha sed, ese fue su último deseo.

— ¿Dónde estoy?

— En San Damián.

Rainiero estaba sentado en un frío banco de madera en lo que parecía ser una pequeña iglesia. Estaba muy oscuro. Sólo podía ver la cruz del altar iluminada por una tenue luz. Era la misma cruz que había hablado a Francisco en el momento de su conversión. Tenía que ser esa, aunque él nunca la había visto. ¿Estaba recibiendo la misma llamada que el pobre de Asís? No. Por supuesto que no. Además, aquella voz que le había hablado era una voz de mujer.

— ¿Clara? — preguntó tímidamente.

— Sí, soy yo.

Rainiero miraba a su alrededor pero no veía a nadie.

— ¿Dónde estás? No puedo verte...

— No necesitas verme. Sólo oír lo que tengo que decirte. Cuando entré en estos muros, mi cuerpo murió para el siglo. Ahora soy una pobre alma al servicio de Jesús, por lo que sólo aquellas que han seguido mis pasos pueden verme.

— ¿Por qué estoy aquí?

— Al retirarme del mundo me olvidé también de sus problemas y preocupaciones vanas. Ya nada me importaba de lo que sucediera más allá de las paredes de San Damián. Pero una buena amiga, querida y amada, ha sufrido por tu culpa y ya es momento de que alguien termine con su calvario.

— Bona — susurró Rainiero con un hilo de voz.

— Exacto. Rainiero, tú no te enamoraste de mí. No me conocías, no sabías quién era la verdadera Clara. Te enamoraste de un rostro bonito que tuve la desgracia de tener; un hermoso cabello que fue cortado; un cuerpo que nunca será objeto de deseo para ningún hombre, pues está reservado a los más puros sufrimientos por el Altísimo. Te enamoraste de una belleza juvenil que, además, iba adornada de las más ricas joyas y una más que suculenta dote. Si hubiera sido pobre ¿hubieras mirado mi cuerpo? ¿me habrías dado de comer o de beber? Si hubiera tenido un rostro poco agraciado ¿te habrías preocupado de dirigirme la palabra? Ya te respondo yo. Seguro que no. Yo no estaba destinada a vivir en el siglo. Mi vida pertenecía a Dios desde el instante en que mi madre recibió aquel divino mensaje. Ni tú ni mi tío lo entendisteis, por lo que tuve que elegir caminos poco aceptables para vosotros pero totalmente de acuerdo con los dictados de Jesús. Él es el único que dicta mi camino. Después de mí, tuviste la gran oportunidad de desposarte con una gran mujer. Quizá no vieras a Bona hermosa; puede que no fuera tan rica como lo era mi familia pero tiene el corazón más hermoso que jamás podrás encontrar sobre la faz de la tierra. Te ha querido y tú la has odiado. Te ha amado y tú la has despreciado. Te ha honrado y tú la has insultado. Sufrió la muerte de una hija, una vida que llevó en su seno, que notó crecer minuto a minuto, para verla morir en sus brazos. Y tú no fuiste capaz de apiadarte de su dolor. Pero Dios es misericordioso y quiere darte otra oportunidad. No la desperdicies y continúes cegado por un fuego fatuo. Si no te das prisa, la perderás a ella y a tu nuevo hijo, y estarás condenado para siempre.

Rainiero levantó la cabeza al oír aquellas últimas palabras. ¿Un nuevo hijo? La voz de Clara prosiguió.

— Asúmelo de una vez, Rainiero. Clara murió para el mundo. Quiere a tu esposa. Hónrala como corresponde a un buen marido. Despierta de tu absurdo sueño. Despierta ya, despierta...

Una mano le daba palmaditas en las mejillas mientras seguía repitiendo aquella cantinela.

— Despierta, Rainiero. Maldita sea, despierta.

Ya no era la voz de Clara. Era un caballero que curaba con detenimiento sus heridas y se había empeñado en hacerle volver al mundo de los vivos. Un río de agua cristalina caía por sus sucios, agrietados y ensangrentados labios hasta caer dentro de su cuerpo. Una cascada de frescor recorrió todo su interior. Sintió un gran alivio pero no podía abrir los ojos. Seguía oyendo aquella voz que le exhortaba

a despertarse y otras voces a su alrededor. Voces conocidas que horas antes gritaban a su lado en el campo de batalla. Ahora daban órdenes aquí y allá. El agua empezó a despertar a Rainiero. Empezaba a huir del delirio. No estaba muerto, no estaba en San Damián. De algún modo había llegado al campamento del que cientos de caballeros habían salido al amanecer, gallardos, orgullosos, dispuestos a luchar para mayor gloria de Dios. Pocos habían vuelto.

—Rainiero — era la voz de un cruzado. Por fin pudo abrir los ojos.

— Gracias al cielo — ahora el que hablaba era *messer* Juan, uno de los caballeros que había llegado allí desde Asís junto a Rainiero.

Volvió a cerrar los ojos. Sus fuerzas aún estaban muy mermadas y cayó en un profundo sueño en el que sintió paz, mucha paz.

Al despertar, vio las luces del campamento que competían con las estrellas del desierto en iluminar los rostros de aquellos derrotados guerreros. Todos los anhelos, todas las fuerzas por luchar contra el infiel se habían desvanecido. Había aún quien creía que la cruz vencería, aplastaría a la media luna en un combate final apocalíptico. ¿Acaso nuestro Dios era más fuerte que el suyo? ¿Quizás no era el mismo Dios al que todos adoraban pero con nombres distintos? La esencia, la sustancia, era la misma, pero el hombre la había nombrado de múltiples modos. ¿Estaba perdiendo la fe? Todo aquello que pensaba podía ser una herejía de ser verbalizado. Podía ser condenado ante un tribunal de hombres. Seguramente ya estaba condenado en el juicio de Dios. Pero ese Dios del que dudaba le había dado una segunda oportunidad. Y tenía que aprovecharla.

A partir de aquella noche, Bona volvió a tener el horrible sueño en el que la muerte acunaba a su bebé. Noche tras noche recibía la macabra visita. A pesar de que su vientre crecía, su cuerpo se debilitaba por los nervios y el cansancio. Creía que la marcha de Rainiero traería paz y sosiego a su alma pero no fue así. Incluso en algún momento, sobre todo durante las noches oscuras en las que ni la luna la quería acompañar, y tenía que dormir sabiendo que aquel ser cruel en que se había convertido su marido volvería de nuevo a su habitación, deseó que él estuviera a su lado. Pero él era un hombre y, como tal, nunca sufriría las penas y las desdichas de aquellas que, además de mujeres, les había tocado ser madres.

Así que, a pesar de que pasó largas semanas en reposo, con su preocupada madre a su lado, al final el bebé llegó antes de lo esperado. A Bona le pilló por sorpresa pues, aunque sus cuentas no eran del todo exactas, no era el momento de nacer. Afrontó con ansiedad y tristeza el nacimiento de su segundo hijo del que temía, tendría un destino similar al de su primogénito.

Pero aquella vez, las palabras de aliento de María que siempre tenía preparadas para ella, no quedaron sólo en eso, en palabras. A pesar de su débil estado, Bona dio a luz un bebé rollizo y sonrosado que calmó su fuerte llanto al acercarse al pecho de su nodriza.

Aquella noche Bona se durmió enseguida. El parto había sido un éxito, pero estaba exhausta.

Pronto se quedó dormida y pronto de nuevo apareció aquella dama de la muerte sentada en el sillón en el que durante tantas noches había acunado a su primer bebé.

— ¿Por qué vuelves? — era la primera vez que Bona se sentía con la suficiente valentía como para hablarle.

— He venido a despedirme — cuando aquel ser extraño habló, lo hizo con una voz suave, dulce, incluso amable.

— ¡No te llevarás a mi otro bebé! — la voz de Bona sonaba extrañamente contundente pero tranquila. Era como si hablara otra persona.

— No — hizo una pausa y continuó —. Me despido de ti por mucho tiempo.

Y con una luz salida de ningún lugar, iluminó toda la estancia por un segundo para dejarla de nuevo a oscuras.

El pequeño Rainiero empezaba a caminar, o algo parecido. Aquella suerte de pequeños pasos indecisos y temblequeantes eran para el bebé una hazaña de la altura de las grandes justas caballerescas. Pasitos que hacían las delicias de Pacífica, Bona y las mujeres del hogar de los Bernardone. Bona había dudado mucho a la hora de bautizar a su pequeño, ceremonia que tuvo que realizar sin el padre de la criatura, del cual no sabían si estaba vivo o muerto. En su fuero interno no quería repetir el nombre de su esposo en su hijo pero como buena esposa sabía que debía seguir con la tradición de la familia paterna, cuyos miembros la presionaron para que se decidiera por el nombre de Rainiero. Si vuelve tu esposo, le adoctrinó su suegra, siempre recta y perfecta, estará orgullo de ti; si no vuelve... qué mejor manera que honrar su memoria.

Con sus palmadas y sus gritos de ánimo, las mujeres azuzaban al pequeño a seguir en su empeño por conquistar un muñeco de trapo en forma de gato que Bona había elaborado con la ayuda de Pacífica, ubicado en el infinito, al otro lado de la estancia. Para sus débiles piernas aquello era un abismo pero Rainiero no desistía en el empeño. Caía una vez y otra y otra pero seguía adelante para mayor orgullo de su joven madre. Tras un esfuerzo colosal, por fin consiguió tener entre sus brazos el ansiado trofeo. Sentado, giró sobre sí mismo en un gracioso bamboleo y espachurró al pobre muñeco que, de ser un gato de verdad, en aquel momento no podría respirar. Sus orgullosas admiradoras arrancaron en vítores y aplausos. Pero el pequeño mudó de pronto su semblante y arrancó a llorar en un desconsolado llanto. Bona fue corriendo a cogerlo entre sus brazos recriminando a las demás que lo habían asustado con tanto grito. El pequeño seguía sin soltar al gato de trapo. Giró su rostro para seguir riñendo afectuosamente a las demás cuando quedó mirando fijamente la puerta que se había abierto y ninguna de ellas se había dado ni cuenta. Sólo el niño se había percatado de la intrusión y aquella era la razón de su desconsuelo.

— Rainiero — consiguió hablar Bona.

Quedaron unos instantes en silencio. Pacífica y las sirvientas observaban a Rainiero como si

estuvieran contemplando a un fantasma. Después de las últimas noticias recibidas de ultramar, la esperanza de que los caballeros que habían tomado la cruz volvieran con vida, se había reducido a la fe en un milagro. Un caballero había llegado a Asís meses atrás anunciando la triste derrota del ejército cruzado en Damietta. No escatimó en crueles detalles de muerte y desolación. Quedaba un pequeño contingente de soldados pero eran muchos más los que habían ido directamente al cielo desde el campo de batalla.

Bona escuchó a aquel triste mensajero trayendo peores nuevas con una mezcla de sentimientos. Quizás se había librado para siempre de la crueldad de Rainiero; quizás a partir de ahora, siendo una viuda joven, tomaría el control de su vida y podría dedicarse en cuerpo y alma a su hijo y decidir sobre su destino. Pero aquellos sentimientos de practicidad salidos de su mente dialogaban con los sentimientos que aún emanaban de su corazón. Aún quería a Rainiero. Aunque los demás no lo entendieran, y por eso evitaba exponer sus sentimientos públicamente. Aún lo quería. Su amor era incondicional. No podía arrancarlo de su corazón, aunque su mente a veces se lo pidiera a gritos. En la distancia, en la incertidumbre de su regreso, no había dejado de amar a aquel hombre ni un ápice. Ten fe. Se repetía una y otra vez. Aquellas palabras de Clara eran su secreto. Su guía. Su luz.

10. Amor

*El amor mundano apega a esta vida;
el amor divino por la otra suspira.*

Santa Teresa de Jesús

Asís. 1219

Pacífica y las demás salieron de la estancia. A un lado, Bona cogía en brazos a su asustado bebé. El niño seguía espachurrando a su gato mientras apoyaba su pequeña cabeza en el pecho protector de su madre. Ambos miraban a Rainiero. Incluso aquel gato de trapo parecía que también miraba a aquel hombre demacrado, con larga barba y pelos descuidados. Era la sombra del gallardo caballero que un día marchó orgulloso hacia tierras lejanas buscando gloria y huyendo de su propia vida. Al otro lado, junto a la puerta ya cerrada, Rainiero miraba con ojos tristes a su mujer y a aquel pequeño ser que ni siquiera sabía que existía.

Después de las malas noticias llegadas de Tierra Santa, Bona no esperaba recibir a un victorioso caballero. En cierto modo sabía que si Rainiero regresaba vivo no sería con la cabeza bien alta. Pocos cruzados, a lo largo de más de cien años, habían vuelto orgullosos de sus gestas contra los infieles. Al final, todo aquello no iba a servir para nada más que para sembrar el terror, la tristeza y la muerte. Muchos, en su propio silencio protector, dudaban ya de la consigna dada. Dios lo quiere. ¿Realmente?

Allí estaban, como en un duelo, mirándose el uno al otro. Ninguno sin atreverse a hablar primero. Bona no sentía nada. Era extraño. Miraba a aquel ser para ella desconocido. Y él la miraba por primera vez en mucho tiempo. Ya no era el joven caballero del que un día se enamoró, ni el cruel marido al que había llegado incluso a odiar aun queriéndolo con toda su alma. Aquel era un hombre diferente. No sabía por qué, pero era diferente. Tras unos minutos que a Bona le parecieron eternos, y cuando su brazo empezaba a flojear por el peso del pequeño, Rainiero cayó con todo su peso sobre sus rodillas, derrotado, ahogado en su tristeza. Tal fue el ruido de su cuerpo al topar con el suelo que el pequeño Rainiero dio un respingo y empezó a sollozar.

— Bona — un hilo de voz salió de su boca y sus ojos se llenaron de lágrimas. Era la segunda vez que Bona veía llorar a aquel hombre. La primera fue tras la huida y el rechazo definitivo de Clara. ¿Ahora lloraba por ella, por su esposa, a la que nunca había amado? Bona seguía sin sentir nada. Ya no

había compasión ante aquel resto de caballero. — Lo siento—.

Bona miró a Rainiero sin expresar nada.

— Sé que te he fallado —. Ante el silencio de su mujer, Rainiero siguió hablando — Sé que te he hecho demasiado daño como para que ahora me perdones. Sé que ya no soy digno de tu amor, pero pido clemencia para esta pobre alma desdichada. Marché buscando qué sé yo a Tierra Santa. La gloria, la fama, la vanidad. Huyendo de ti aún no sé por qué.

Rainiero continuaba arrodillado ante su esposa, que lo miraba sin articular palabra.

— Por favor, Bona, te lo suplico, di alguna cosa.

El tono, las palabras, la mirada. Era como si se encontrara delante de un ser distinto. Continuaba sin entender nada. Su vida pasó por delante de ella como un recuerdo fugaz. Ya no sabía quién era el hombre que le suplicaba. Ya no sabía ni tan solo quién era ella misma. El niño se apretaba aún más al regazo de su madre. Sus ojos mostraban un corazón derrotado, un alma perdida. Estaba confusa. Respiró hondo. ¿Podía olvidar todo el mal que le había provocado en su cuerpo y su alma? ¿Por qué ahora se mostraba ante ella con aquella sumisión? Tenía miedo.

— Este es... — En un intento desesperado de hacer hablar a Bona, dirigió sus palabras hacia la presencia del pequeño. Ella recolocó al niño en sus brazos y suspiró. Con un tono serio, intentando ocultar su nerviosismo, respondió:

— Sí, es tu hijo.

— Dios mío, tengo un hijo —. Rainiero intentaba ordenar sus sentimientos a la espera de una respuesta de Bona que parecía no llegar nunca.

— ¿Cómo se llama?

— Rainiero.

— Rainiero. Dios mío, le has puesto mi nombre. No soy digno, oh Bona. No soy digno.

Bona reubicó por enésima vez a su hijo en su brazo ya dormido por el peso. Le miró a los ojos y oyó de nuevo aquellas palabras: “Ten fe”. Se le heló la sangre. No podía ser que aquella voz volviera de nuevo. Miró a Rainiero y a su hijo alternativamente. Ahora lo entendía todo. Con voz serena llamó a su sirvienta:

— ¡María! — No tuvo que gritar mucho. Sabía que siempre estaba al otro lado de la puerta, no con afán de fisgonear, ella no era así aunque a veces la acusara de ello, sino para estar siempre atenta a las peticiones de su dueña. Y así fue, porque al punto se oyó como el pomo de acero se movía lentamente y empujaba la puerta de madera con sigilo y prudencia. No quería interrumpir nada, aun habiendo sido llamada por Bona.

— Señora —. Dijo en un suave todo de voz sin llegar a entrar en la estancia. Bona le tendió a al pequeño Rainiero diciendo:

— Toma, llévatelo con el ama de cría, hace rato que no come y debe de tener hambre — María cogió con dificultad aquel pesado bultito que se separó a regañadientes de su madre, aunque no de su

pequeño gato de trapo —. Gracias, María. — Y Bona esbozó una sonrisa para hacerle comprender que todo iba bien, que no se preocupara. Este le devolvió la sonrisa agradecida.

María pasó por delante de Rainiero y lo esquivó exageradamente. Nunca había sido santo de su devoción, pero siempre le había temido. Menos en ese preciso momento, en el que toda posible autoridad o gesto amenazante se había desvanecido. Cuando hubo cerrado la puerta tras de sí volvió de nuevo el desagradable silencio. Rainiero respiró hondo, derrotado, pensando que todo había terminado para ellos.

— Todos estos años — por fin Bona habló —, me has hecho todo el daño que a una mujer se le puede hacer. El daño físico al final se ha curado, pero los insultos, los desprecios, las malas palabras, han quedado grabadas en mi corazón y ya no sé cómo borrarlas. Sabía que había mujeres que debían de soportar este calvario a lo largo de sus vidas, pero nunca pensé que me fuera a tocar a mí. Cuando te fuiste sentí un gran alivio. A pesar de que, tonta de mí, en algún momento llegué a echarte de menos. ¿Te lo puedes creer? Y cuando llegaron noticias de Damietta informando de un alto número de bajas entre las filas de los cruzados, no sentí nada más que un cruel deseo de que tú estuvieras en ella. Sólo sentí lástima por Rainiero, tu hijo, quien posiblemente nunca conocería a su padre. Esto es lo que sentía ayer. Pero hoy estás aquí, de nuevo, fingiendo ser otra persona y me asusta no saber por qué.

—¿Qué quieres decir, Bona? No estoy fingiendo nada. Te estoy diciendo lo que siento de veras. Aún no te he contado algo importante. Si me lo permites. Cuando me encontraba tendido en el campo de batalla, pensando que esa iba a ser mi última morada en la tierra, el final de mi camino, pues los cuervos estaban esperando en el cielo para su gran festín, el sol me cegó los ojos. Me los tapé con las manos y entonces la oí. Sí, a ella, a Clara, estoy seguro. Me dijo “Ten fe, porque el amor que no puede sufrir no es digno de ese nombre”. Te juro Bona que no fueron alucinaciones ni voces de un loco a punto de morir por las heridas y el calor del desierto. De repente sentí una enorme paz en mi corazón y al retirar la mano de mis ojos el sol ya no me cegaba. Tenía delante la imagen de una hermosa mujer que no era ella, eras tú. Ahora sé que tanto Clara como Francisco hacen milagros. Él también estuvo allí, como ya sabréis por las noticias que llegaron de Damietta. Quedó ciego tras un enfrentamiento con el sultán, pero eso no le impidió seguir adelante y ahora continúa con su particular cruzada pobre y pacífica en defensa de los más desamparados. Lo vi en una ocasión. Antes de perder la visión. Me miró a los ojos y mi cuerpo se sobrecogió. Yo he sido el que ha estado ciego todos estos años. He sido un ser vanidoso y engreído que he hecho daño a muchas personas, sobre todo a ti, Bona. Pero ellos me han cambiado. No te pido que me creas y no tengo derecho a pedirte clemencia. Así que si ya no me quieres, no te preocupes, me marcharé para siempre y no volverás a saber de mí. Dejaré que vivas en paz y la pérdida de mi hijo será mi penitencia y mi castigo.

Bona escuchaba atentamente las palabras de Rainiero. No podía creer que él hubiera recibido el mismo mensaje de Clara. Si ella estaba más que segura de que aquella era la voz de su querida amiga, ¿por qué iba a dudar de él? Rainiero por fin se levantó, como si hubiera terminado su plegaria. Viendo que Bona continuaba encerrada en su silencio, se dispuso a marchar de la habitación. Ya no tenía más

argumentos que darle. Estaba abriendo la puerta cuando por fin Bona exclamó.

— ¡Espera!

Rainiero se giró y vio que Bona le estaba sonriendo. Era una tímida sonrisa empañada con un halo de tristeza, pero era un principio. Empezó a andar lentamente hacia él y cuando lo alcanzó se quedó quieta ante su agotado cuerpo. Rainiero respiraba nervioso. Parecían dos jóvenes descubriendo el amor. ¿Era aquello con lo que Bona siempre había soñado? Levantó tímidamente la mano hasta que rozó los dedos de él. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Sus manos se juntaron. Con el otro brazo Rainiero la envolvió y escondió la cabeza de su mujer en su pecho. Y ahí, donde nadie podía verla, lloró. Lloró de felicidad por el amor recuperado. Lloró para expulsar de su cuerpo todo el drama sufrido. Como un exorcismo, debía limpiar su corazón. Rainiero la abrazó con fuerza y apretó su mano contra la de ella. Y allí quedaron, él consoló a Bona por todo el mal que le había hecho y el perdón quedó sellado.

¿Puede un corazón destrozado por el odio y el desprecio volver a amar, y amar a aquel que fue en el pasado su propio verdugo? ¿Existe un perdón sincero? ¿Se limpia como quien borra una mancha de una tela, o arranca una mala hierba de la tierra? ¿No queda ninguna sombra, ninguna semilla maligna?

Bona podría sentirse capaz de perdonar, pero era difícil volver a querer a Rainiero. Los días que siguieron a su llegada a Asís fueron momentos extraños. María aprovechó la turbación de su ama para devolver un poco de luz a su hogar. Retiró los tapices de las paredes y mantuvo los postigos de las ventanas abiertos. Puso al servicio de cocina a trabajar en nuevas comidas que satisficieran el apetito perdido de Bona y del recién llegado Rainiero.

En aquellos días él se sentía como un extraño en su propia casa pero se mantuvo alejado de Bona como un tímido amante que ronda en silencio a su amada. Le dejó el espacio y el tiempo suficientes para que ella volviera a confiar en él. Demasiada violencia física y verbal había incrustado profundamente el dolor y el miedo en el corazón de Bona. Aún cuando Rainiero entraba mansamente en la misma estancia que su esposa, ella daba un respingo temiendo nuevas amenazas y agresiones. Un miedo que había transmitido a su pequeño, quien seguía sin querer acercarse a aquel hombre al que desconocía aun siendo su propio padre.

Pero incluso el dolor más profundo, el odio más arraigado, pueden desaparecer con el amor más grande y sincero. Como una lluvia torrencial que consigue apagar un terrible fuego en verano, la paciencia constante de Rainiero, el respeto por el espacio de su esposa, consiguieron si no borrar, al menos sí compensar todo el dolor provocado.

Rainiero se presentó ante su esposa como un cordero sumiso, como un caballero adulador, como un hombre sinceramente arrepentido. En ningún momento le importó lo que el mundo pudiera decir de él. Malas lenguas que, si bien antes le habían acusado con murmullos detrás de las puertas, de tratar con absoluto desdén a su esposa, ahora se jactaban de aquel ser manso y sumiso sometido a la voluntad, ni

más ni menos, que de una mujer.

Ahora sólo le importaba ella. Aquella mujer que había mirado una y otra vez con desprecio y que ahora observaba con un profundo amor escondido hasta entonces. ¡Cómo había estado tan ciego! Un velo de orgullo y tozudez no había dejado ver lo que de verdad sentía por Bona. Pero, ¿y ella? Sí. Él sabía que su esposa lo había amado en secreto desde que las mujeres empezaban a tener sentimientos hacia el sexo opuesto. Pero sus ojos ya no lo miraban como entonces. Con dulzura y sumisión. Y era él mismo el que había matado aquel sentimiento puro, con su violencia, con su odio, con su frustración descargada contra ella.

Rainiero había ahogado el corazón de su esposa. Una flor machacada en medio del barro, ¿podía volver a brillar con todo su esplendor?

El silencio y la indiferencia de Bona, lejos de exasperar a Rainiero, como había sucedido años atrás cuando él, como esposo, se sentía ofendido por su esposa, lo sumían en una profunda tristeza de la que no creía que volvería a despertar. Ni tan siquiera la presencia del pequeño Rainiero conseguía arrancar a sus padres una sombra de alegría. Por suerte para el niño, aún demasiado inconsciente para su edad, tenía más que suficiente con pasarse horas y horas en el regazo de su madre, alimentándose con el calor de su abrazo, ajeno al dolor que rodeaba a sus progenitores. Rainiero pasaba como un fantasma a su lado, por miedo a su reacción, aunque esperando que algún día ella pusiera fin a tan penosa penitencia.

La tristeza y la melancolía se habían aferrado a las paredes de la casa. Era una carcoma que estaba afectando a todos los miembros de aquel palacio que un día parecía que iba a convertirse en el centro de la felicidad. Todos los sirvientes se contagiaron de la desesperanza. Solamente María no cejaba en su empeño de despertar a su señora del letargo que la tenía atrapada en cuerpo y alma. Su rostro ya no mostraba nada. Ni tan siquiera pesar. Pero María no perdía la esperanza. Al menos por el momento.

— Señora, despertad, el pequeño Rainiero está llorando. No consigo calmarlo. La nodriza tampoco.

Hacía rato que había amanecido pero Bona seguía tirada en la cama. Cada día que pasaba tenía menos ánimo para despertarse y enfrentarse a un nuevo día. Se había sumergido en una espiral de inactividad física y mental que la estaban convirtiendo en un ser cada día más débil.

Después de abrir las cortinas y los postigos de las ventanas para que la luz y el aire fresco zarandearan a su dueña, María cogió en brazos al pequeño que lloraba cada vez con mayor desconsuelo.

— Señora, por favor, el niño os necesita.

Bona soltó unas palabras ininteligibles y dio media vuelta, dando la espalda a María y al bebé. María, desesperada, hizo entonces algo que ninguna sirvienta se habría atrevido hacer nunca en su sano juicio. Con el niño en su cadera, agarró las mantas con la mano que le quedaba libre y las lanzó sobre el arcón que descansaba a los pies de la cama. Bona dio un respingo y se incorporó de repente mirando con perplejidad a la, hasta entonces, sumisa y obediente María.

— ¡Se acabó! ¡Basta ya! — María colocó a Rainiero en los brazos de su madre a la que espetó —

¡Haceos cargo de vuestro hijo!

Tanto Bona como el pequeño Rainiero quedaron sorprendidos de la reacción de la sirvienta. El niño, sobresaltado, dejó de llorar. Al verse cerca de su madre, se agarró a su pecho y se calmó.

Cuando María se hubo asegurado de que Bona se había despertado, se dispuso a decir algo que llevaba mucho tiempo quemándole por dentro.

— Bien. Ahora me vais a escuchar. Aunque lo que os tenga que decir me cueste mi futuro en esta casa. Os conozco desde hace muchos años. Vos erais una niña alegre, risueña, soñadora. Y yo, yo también era una niña, aunque hacía mucho tiempo que me habían prohibido serlo. Lejos de mi casa, de mi familia, del amor de mis padres y hermanos, me arrancaron de mi mundo por pura supervivencia y me puse a trabajar a vuestro servicio. Junto a vos, observé en la distancia, lo que era vivir una vida envidiable. Un hogar confortable, una familia que la quería, comida en abundancia, protección, educación. Cosas con las que yo nunca soñé poder experimentar en mi propia piel. Pero en estos años he visto como aquella Bona que crecía alegre como una hermosa flor, se iba marchitando con el paso del tiempo... hasta pudrirse. Y es cierto, me diréis, que en vuestro camino las rosas han tenido muchas espinas. Pero habéis tenido rosas. Yo sólo las podía contemplar. Ni tan siquiera oler. Queríais ser esposa y os casasteis con el hombre que os había robado el corazón; y aunque hubo un tiempo en el que sufristeis su terrible violencia, ha vuelto para curar todas aquellas heridas. Pocos hombres son tan valientes. Quisisteis ser madre y, a pesar del dolor por la pérdida de vuestro primer hijo, aquí tenéis la recompensa del cielo. Despertad, mi señora, no siempre nos dan segundas oportunidades. A muchos no nos dan ninguna. Perdonad de una vez a Rainiero y vivid la vida que aquella niña que conocí hace años soñó con vivir.

Bona observaba atónita aquella muchacha que se había hecho mujer a su lado y a la que nunca había visto de verdad. María tenía una voz distinta. Contundente. Su tono sumiso había desaparecido.

— Las mujeres vivimos y dependemos de los hombres — continuó —. De nuestros padres. Después de nuestros maridos. O de nuestros señores. Nos han enseñado que somos inferiores a ellos con argumentos que algún día alguien desmontará como un castillo de naipes con una simple razón por la que ahora quizás terminaríamos en la hoguera. Es cierto que las mujeres no somos dueñas de nuestro cuerpo. Tampoco de nuestro destino. Pero muchos hombres tampoco lo son. Rainiero no escogió su propio destino, no hizo su propia voluntad. Quería casarse con Clara, a la que creía amar por encima de todas las cosas y no lo consiguió. Quería ser todo un guerrero y emular a los caballeros andantes, pero su torpeza siempre se lo impidió. Sufriendo ser el hazmerreír por no parecer lo que los demás esperaban del hijo mayor de una de las familias más importantes de la ciudad, su corazón también ha llorado lágrimas de frustración. Que un hombre se vea rechazado por una muchacha insignificante es probablemente la mayor humillación que podría haber sufrido. Así que, mi señora, y con esto ya concluyo, no ganáis nada bañándoos en el mar alimentado por vuestras propias lágrimas. Tarde o temprano terminaréis ahogándoos. Perdonad mi osadía. Pero mi conciencia me lo pedía. Ahora me marchó para no tener que ponerme en la difícil situación de tenerme que echar de la que ha sido mi casa durante los últimos años.

María se disponía a salir de la estancia cuando se abrió la puerta. Era Rainiero, quien sin mirarla directamente, con la vista clavada en el suelo, dijo:

— Esto... mi señora... vengo a anunciaros que me marchó. Mi padre me requiere en Perusa... para cerrar el acuerdo matrimonial entre mi hermana y un conde de alta alcurnia. No sé cuánto tiempo estaré allí pero... esto... si no reclamáis aquí mi presencia, prolongaré mi estancia fuera de Asís.

De nuevo sola. Pero esta vez era su propia actitud la que alejaba a los pocos seres queridos que aún le quedaban a su lado. El pequeño Rainiero dormía plácidamente sobre su seno. Había llorado y había conseguido lo que quería, estar junto a su madre. Ella lloraba y lloraba pero su deseo de felicidad no llegaba.

Rainiero lo había intentado y se había dado por vencido. María, después de años viendo cómo se consumía la alegría de vivir de su señora, prefería morir de hambre a verse arrastrada por la melancolía de Bona. Volvía a su pueblo. No sabía si sus padres aún estarían vivos. Probablemente no. Quizás su hermana. No lo sabía. Lo que tenía claro era que la tristeza que se había apoderado de aquella casa amenazaba con consumirla. Prefería huir a lo desconocido aunque supiera que bien podía ser un suicidio. Una mujer sola por los caminos. Pero tal era su angustia que eso ya no le importaba. La protección de una casa no era suficiente consuelo para ella.

Bona, sumida en un pozo de desolación, no se dio cuenta de la marcha de María. Ella fue más silenciosa que Rainiero. Los cascos de su caballo y los de todos los sirvientes que lo iban a acompañar a Perusa, junto a la comitiva de sus padres y hermanas, despertaron levemente a Bona de su letargo. Estaba sentada en su salón, en penumbra. Rainiero seguía durmiendo y ronroneaba plácidamente en su cama. Se levantó lentamente y miró a través de los postigos medio abiertos de la ventana. “¡No te vayas, amor mío!” Una voz en su interior gritaba. La voz de aquella niña soñadora que había quedado atrapada en un corazón de piedra. La Bona de ahora era una roca imperturbable, incapaz de moverse a pesar de su tristeza. Un gesto bastaría. Una palabra y todo habría terminado. Imperturbable. O quizás no. Aún había lágrimas que verter. La niña que gritaba en su interior luchando por liberarse no consiguió mover aquella mujer consumida por la decepción. Pero aún había esperanza cuando una lágrima corrió por sus mejillas. Bona cerró las ventanas justo cuando el patio había quedado vacío y en silencio. Miró al interior de la estancia. Silenciosa. Oscura. Hubo un tiempo en el que allí moraba una mujer que soñaba con amar, con vivir, con sentir. Una mujer que había conocido el amor solamente en las palabras y en las vidas de aquellas otras mujeres que la habían abandonado.

Su hermana, Cecilia, quien había conocido la exaltación del amor entre hombre y mujer. Había amado de corazón a Felipe y él la había correspondido con su ternura y su pasión. Cuerpo y alma sublimados por el amor mundano más puro. Su madre, Pacífica, había amado a un hombre también y, en su soledad tras la muerte de *messer* Guelfuccio, hacía poco más de dos años, al que todos habían llorado con sincero pesar, había decidido dedicar el resto de su vida a amar a Dios sobre todas las cosas siguiendo los pasos de Clara, su amiga, su hermana, su luz. Aquella muchacha de ojos más azules que el

cielo más limpio jamás contemplado, había amado con pasión a Dios y lo seguía amando y alabando con una renuncia extraordinaria al mundo.

Pero todas aquellas mujeres ya no estaban con ella. Se habían marchado siguiendo su propio destino, voluntaria o involuntariamente. Qué más daba. Se habían marchado dejándola sola. ¿Y ella? ¿Bona había amado de verdad?

Bona deambulaba lentamente por la estancia. Perdida. Sola. Su mirada iba de un lado a otro, sin ver nada concreto. Hasta que sus ojos se fijaron en un baúl olvidado en un rincón. Se acercó arrastrando los pasos sin saber muy bien por qué sus pies la llevaban hacia allí. Abrió la tapa, que acompañó el movimiento con un ruido chirriante. Dentro había vestidos de su infancia; una tela a medio bordar de las que nunca había querido coser; al fondo, Isolda. Su Isolda, a la que hizo creer a todos que se llamaba Isabella. La cogió con cuidado. Sus pelos estaban enredados. Acarició con ternura una de sus manos de trapo. ¿Qué ha sido de ti, mi dulce Isolda? ¿Qué ha sido de nosotras? Volvió a dejarla donde la había encontrado, donde había dormido largos años.

Con los ojos acostumbrados a la penumbra vio sobre una mesita la cruz de madera que Clara le había dado la noche en la que había desaparecido del mundo. Se acercó y miró fijamente aquel sencillo pedazo de madera que tanto había cambiado el curso de la humanidad. No podía dejar de mirarlo hasta que, de repente, una fuerte luz salió del madero y, como en un sueño, como un fuerte y nítido recuerdo, vio, sintió, volvió a vivir aquellos momentos determinantes en la vida de las dos niñas que habían crecido juntas y habían soñado con amar para seguir vivas. Vio de nuevo cómo Clara se deslizaba en la oscuridad con gran determinación dentro de la capilla en la que cambió su existencia para siempre, sintió por un momento la valentía de una joven que se había rebelado contra la tradición familiar y, en cierto modo, contra el orden establecido por la Iglesia. De pronto sintió aquella valentía que tantos años atrás solamente había contemplado en su amiga. Ahora le tocaba el turno a ella.

Cogió con fuerza la cruz y se la guardó en un bolsillo. Salió aprisa de la habitación. A la carrera, ordenó a una de las sirvientas que se cruzó con ella en la escalera, que vigilara al pequeño Rainiero y aceleró el paso hacia el patio de la casa. En la caballeriza aún había un caballo recio y elegante que la miró desde su tranquila cuadra. También un sirviente que cepillaba los cabellos del animal con absoluta parsimonia.

— Señora... ¿qué deseáis? — preguntó el hombre sorprendido.

Ella miró al caballo y sin decir nada lo arrastró hasta el patio. “Voy a recuperar mi vida” se decía para sí. A la vista de algunos hombres y mujeres que trabajaban en la casa, Bona se subió con elegante agilidad al caballo, tal y como le había enseñado hacía años su hermano Juan. “Hay cosas que nunca se olvidan”, pensó esbozando una leve sonrisa. La primera en mucho tiempo.

— ¡Abrid las puertas!

Atónitos, los guardianes de la casa vieron al caballo avanzar con determinación hacia ellos y abrieron las puertas sin discutir.

“Ahora voy a ser tan valiente como tú”.

Después de recorrer las pocas calles que la separaban de la puerta norte de la ciudad, salió de las murallas y se dirigió hacia el camino de Perusa. Por primera vez en mucho tiempo su rostro borró el gesto melancólico. Sentir de nuevo el aire en su rostro, como hiciera siendo una niña, por la campiña que rodeaba la ciudad, fue como volver a nacer. El caballo, que parecía contagiado de la euforia de Bona corría cada vez a más velocidad, levantando una enorme nube de polvo a su paso.

No tardó demasiado en avistar la caravana que se dirigía a Perusa. Los carros, repletos de baúles con ricos vestidos y enseres femeninos, y la presencia de varias damas, hacían del viaje un trayecto lento. La comitiva se detuvo y todos fijaron su vista atrás alertados por el ruido del caballo que había aparecido como una visión a sus espaldas. ¿Quién era el jinete que con tanta velocidad se movía por los caminos? ¿Sería un mensajero de Asís?

Rainiero fijó la mirada en el jinete. Un rostro hermoso, con una negra melena ondeando al viento. Ningún recogido habría sobrevivido a semejante cabalgata.

Rainiero y los demás, sus hermanas, sus padres y los caballeros que acompañaban a la familia, no daban crédito a lo que veían sus ojos. *Madonna* di Bernardo se persignó y susurró unas palabras al oído de una de sus hijas. Al tumulto de hacía unos instantes siguió un incómodo silencio, roto solamente por el resoplido del caballo que aún se estaba reponiendo de la carrera.

Y entonces, sin mediar palabra, Rainiero bajó de su caballo. Ágil, esbelto, como nunca se había movido. Parecía salido de una vidriera de la más hermosa de las catedrales. Su semblante recio. Como un bellissimo Tristán encarnado en aquel hombre que ahora se dirigía con determinación hacia Bona. Ella, hermosa, con su cabellera salvaje ondeando al viento, su cuerpo delgado, fruto del sufrimiento. No hicieron falta palabras para despertar de la pesadilla en la que ambos llevaban demasiado tiempo sumidos. Un beso de amor sincero, profundo, rebotante de pasión, selló el vínculo de los amantes. Aquella era su verdadera unión sagrada.

Después del beso, un abrazo reconfortante. Como la madre que abraza a su hijo pródigo de regreso al hogar. El final de un camino plagado de rosas de las que sólo habían sufrido las espigas. Por fin estaban en casa.

— Te quiero, amor mío —. Y aquellas palabras borraron para siempre el profundo pesar del alma de Bona. Y la niña que no se había rendido por fin respiró aliviada.

Rainiero marchó a Perusa a concluir junto a su padre las negociaciones para el enlace de su hermana. Pero eso a Bona no le importó. Sabía que esta vez volvería pronto y todo sería diferente. Cuando dejó a la comitiva de la familia di Bernardo en medio del camino y volvió a casa cabalgando con desenfreno, volvió a sentir la libertad que de pequeña sentía corriendo por la campiña de Asís.

En su trepidante carrera para encontrarse con un nuevo y anhelado futuro, no vieron cruzarse un

pobre borrico que tuvo que apartarse del camino a toda prisa para no ser aplastado por las herraduras de unos caballos que pisaban tan fuerte el suelo que parecía que fueran a resquebrajarlo. Por un momento, aquella pobre alma infeliz, cubierta por el polvo que había dejado la estela de animales desbocados, estuvo a punto de maldecir, pero ante la tentación, se santiguó. Si quería ser un buen fraile y seguir los pasos del desaparecido, pero aún muy presente Francisco, debía cumplir con las órdenes encomendadas por la que dirigía la rama femenina de los hermanos menores. Así se lo habían ordenado y así debía cumplirlo. Aunque tuviera que llegar a la Ciudad Santa hecho un andrajo viviente.

Bona, ajena a la turbación provocada en el joven fraile, seguía cabalgando rebosando alegría. El viento en el rostro limpió definitivamente las lágrimas de tristeza vertidas durante años de dolor y sufrimiento. Cabalgó gritándole al sol que por fin era feliz, que había superado todas las angustias. Había llegado al final del camino, donde la niña inocente que un día fue creía que llegaría por senderos mullidos de hierba y flores. El trayecto había sido duro, muy duro, pero el final todo lo valía. Llegó hasta los muros de la ciudad que la había visto nacer. Ante sí, el lienzo de vetustas rocas que recogía y protegía a sus habitantes desde hacía siglos y que cada vez se iba haciendo más larga y más ancha. Al otro lado del camino, a lo lejos, Bona vio la destartada construcción de San Damián que, a pesar de la pobreza impregnada en sus paredes, parecía un remanso de paz. Pensó en Clara, en su fe, en su luz y después de mucho tiempo sonrió.

Y un día, de pie de nuevo en los campos, refrescando su cuerpo con la brisa de la primavera, observando un año más la vida renacer, los olivos revivir, las vides remover sus hojas con alegría, una mano suave pero recia recogió a la suya entre sus dedos. Rainiero había vuelto para quedarse. Con la otra mano abrazó su cuerpo y selló su amor con un beso.

La vida volvió al palacio de Bona y Rainiero. Poco a poco la herida cicatrizó hasta convertirse en un recuerdo que ya nadie quería evocar. Habían llegado al final del camino en el que los sueños de la pequeña Bona se iban convirtiendo en realidad. Había valido la pena luchar. Esperar. Tener fe.

En los días siguientes, Bona removié cielo y tierra para encontrar a María, instalada junto a un tío que aún vivía en la granja familiar situada al norte de Umbría. Volver a ver a su señora y reconocer de nuevo en su rostro la alegría de vivir, que un día había visto en Bona fue suficiente razón para volver al sitio que el mundo le había asignado. Con el tiempo, Bona ayudó a María a encontrar el amor en un joven que hacía poco había entrado al servicio de Rainiero. Con el tiempo, tendría la dicha de convertirse en madre y compartir su felicidad con Bona, quien empezó a tratarla como algo más que una sirvienta.

Rainiero empezó a acercarse a su hijo, su heredero, y con paciencia se ganó su amor. Cuando por primera vez oyó de su pequeña boquita decirle “papá” entendió cuál era el verdadero sentido de su vida.

Y respecto a Bona y Rainiero, unidos por la obligación familiar siendo unos desconocidos, y después de haber sufrido en su propia piel el dolor de la falta de amor que les quemó el alma durante

años, se convirtieron en los amantes más puros y pasionales que el mundo nunca hubiera conocido. Al fin, Bona supo lo que era amar con bellas palabras, con suaves caricias, en apasionados besos. Lo que un día experimentó como una agresión, se convirtió en el acto más sublime. Más hermoso.

Su amor fue bendecido con un nuevo hijo. Una pequeña a la que bautizaron con el nombre de Clara. Bona decidió que iba a tomar las riendas de su maternidad. Mientras cuidaba del pequeño Rainiero que crecía feliz, alimentó a su hija con su propio pecho. Se había convertido en la madre que siempre había soñado. No se separaba ni un minuto de sus hijos mientras su esposo observaba feliz aquella sublime manera de amar.

— Madre, al final caeréis enferma.

En San Damián, las hermanas de Clara también deambulaban por los precarios espacios del convento preocupadas ante el aspecto demacrado de su madre fundadora. Clara era una sombra de lo que había sido. Sus huesos casi no tenían carne que los cubrieran. Su pelo, que había lucido brillante como el oro, se había convertido en un manojo blanco que, aunque recogido en el denso velo, algún mechón dejaba entrever, mostrando al pequeño mundo en el que se había recluido que, aun alejada del siglo, los años también pasaban para ella.

Clara llevaba años atormentando a su cuerpo, privándolo de alimento y cebándolo de penalidades. Estaba demasiado preocupada, obcecada, en alejarse del mundo y en organizar como era debido la congregación de hermanas damianitas, que no le preocupaba en absoluto no comer, dormir sobre un tablón húmedo y carcomido o castigar sus rodillas enrojecidas con horas y horas de oración. No había llegado aún a cumplir los veinticinco pero parecía una anciana. Si aquellos que admiraron su belleza años antes por las calles de Asís la vieran ahora creerían estar delante de un auténtico espectro de lo que fue aquella niña hermosa.

Clara había conseguido el beneficio de la pobreza y había convencido a Francisco y al padre Ugolino de muchos aspectos concernientes a las hermanas que con ella vivían. Pero Clara no tenía suficiente. Iba a ir más lejos. Asumir la regla de San Benito no había sido su deseo, pero lo había hecho por el bien de sus protegidas. Sin aquel gesto de acatamiento del orden establecido hubiera sido muy probable que el Papa las hubiera disuelto, reincorporado a otra orden o, peor, condenado por alejarse de la ortodoxia. Pero Clara no era de las que se rendía. Había dado muchas muestras de eso, para desesperación de Francisco, quien hacía años que había dejado este mundo. Ahora llevaba tiempo sumergida en la escritura, en su pobre escritorio, de una regla que no se iba a quedar en una simple anécdota, en una locura de una monja iluminada. Clara estaba dispuesta a luchar hasta el final de sus días porque aquel compendio de normas escrito por una mujer y pensado para las monjas que habían escogido su opción de vida, fuera aprobado, por primera vez en la historia, por un Papa de la Iglesia de Roma. Hasta el momento, algunos conventos se regían por reglas pensadas para mujeres pero escritas por algún

religioso. La mayoría de conventos de mujeres que cubrían el orbe cristiano debían adaptar alguna de las reglas ya existentes pensadas para monjes. Así había tenido que hacer ella misma aceptando en San Damián la regla de San Benito. Pero aquella decisión no era ni mucho menos definitiva. Y aunque sus manos sostuvieran con dificultad la pluma, con lentitud pero sin rendirse, iba escribiendo una a una las palabras que durante años habían permanecido escondidas en su interior. Cuando al final consiguió terminar la que consideraba su gran obra, la dejó en manos de aquel frailecillo con mirada confusa y una orden directa. Presentarse ante el Papa y entregar aquel legajo por orden de la abadesa de San Damián. Sólo cabía esperar un milagro. Pero eso no turbó nunca el espíritu de la madre Clara. Aquel frailecillo era con el que se había topado Bona en su cabalgada frenética.

Con miras a todo lo dicho, las hermanas estén firmemente obligadas a tener siempre como gobernador, protector y corrector nuestro, al cardenal de la santa Iglesia Romana que haya sido asignado a los Hermanos Menores por el señor Papa, para que, siempre súbditas y sujetas a los pies de la misma santa Iglesia, estables en la fe católica, guardemos perpetuamente la pobreza y la humildad de nuestro Señor Jesucristo y de su Santísima Madre, y el Santo Evangelio, que firmemente hemos prometido. Amén

Así finalizaba la regla que Clara había redactado con gran esfuerzo y sacrificio. Una regla pensada exclusivamente para la vida de las mujeres dentro de un monasterio. Trece capítulos escritos con minuciosidad. Letra a letra, palabra a palabra. Trece capítulos que viajaron a Roma a la espera de que, algún día, el sueño final de Clara se cumpliera. Esperaba que fuera el último acto de amor hacia sus hermanas en este mundo.

Epílogo

Asís. 1236

Amanecía en Asís un nuevo día de primavera. Mayo se acercaba y los preparativos de las calendas inundaban comercios, hogares y lugares públicos. Mientras la ciudad se preparaba para la fiesta, los bailes y la alegría que lo inundaba todo, en el pequeño convento de San Damián la tristeza se había instalado en sus muros. Como siempre ajenas al mundo, las hermanas continuaban alabando al Señor llenando su vida con la oración y la renuncia a todo, pero ahora elevando una petición importante. Clara, la madre de todas ellas, permanecía postrada al fondo de la gran sala en la que dormían las hermanas. Ninguna de ellas había conseguido convencerla para que se trasladara a una celda individual con un jergón más o menos mullido. Clara, que a sus poco más de cuarenta años se había convertido en una anciana de aspecto físico peligrosamente frágil, seguía empeñada en dormir sobre una tabla con una losa como almohada.

Después de la visita de la hija de Bona, aquella que llevaba su mismo nombre, Clara se había sentido turbada como hacía mucho tiempo que nada del mundo conseguía. Su presencia había despertado recuerdos escondidos de un pasado remoto para ella y había descubierto toda la verdad que escondían las cartas que Bona le escribió durante mucho tiempo y que ella no quiso leer. Había renunciado al mundo y debía su vida a Dios. Debía alejarse del siglo y aquellas cartas eran una ventana abierta a él que debía cerrar. Un día las cartas dejaron de llegar y Clara pensó que Bona también se habría olvidado de ella y que había conseguido encauzar su vida. Nunca imaginó que hubiera pasado por todo aquel calvario y por un momento sintió que la había traicionado. Era parte del trato. Formaba parte de su propia decisión. Había optado por el amor divino. El amor mundano ya no podía tener cabida en su corazón. Fueran cuales fueran las consecuencias. Pero ahora ya nada importaba. Al final del relato, tardó unos minutos eternos en preguntar a la joven Clara cómo se encontraba su madre. No pudo formular su nombre en voz alta. Era demasiado doloroso.

— Mi madre dejó este mundo hace pocas horas. Me pidió que os trajera esta carta cuanto antes pero no quise alejarme de su lado hasta que no hubiera más remedio. Permanecimos todos a su lado, mi hermano, mi padre y yo. Al final no estuvo sola, algo que siempre la angustió...

Clara no pudo continuar y las últimas palabras se ahogaron en un sollozo infantil. Tras unos segundos de silencio en los que sor Catalina y su hermana lucharon por contener las lágrimas, la joven se

recompuso y continuó.

— Hace tiempo le pedí a mi madre que quería acompañaros en vuestro camino de pobreza y oración. Al principio no le dije nada porque sabía que para ella sería como si yo también la abandonara. Una vez me enumeró a todas las mujeres que formaron parte de su vida y que ahora permanecen tras los muros de este convento. Incluida mi abuela, a la que nunca conocí. Y lo hizo con una mezcla de añoranza y resquemor. Como si sintiera que todas la habían abandonado. Cuando me di cuenta que ya no se sentía sola, que estaba preparada para oír mi petición, me atreví a contárselo. Solamente me puso una objeción. Mi padre está muy débil y yo, como su única hija que permanece en Asís, debo quedarme a su lado. Mi hermano Rainiero vive ahora en Perugia y mi madre me pidió en su lecho de muerte que no le dejara solo. No sabe valerse por sí mismo, me dijo, con una media sonrisa en sus labios. No pude decirle que no. He decidido dedicar mi vida a mi padre, permanecer virgen y el día que el se reúna con mi madre, si vosotras me aceptáis, formar parte de vuestra comunidad.

Una vez hubo despedido a la joven Clara con la promesa de un futuro reencuentro, sor Clara se había encerrado en el oratorio para rezar por la salvación del alma de su amada amiga.

A la mañana siguiente se despertó más cansada que nunca.

— Ayudadme a mover este amasijo de huesos, hermana Julia, hacedme ese favor.

— Por favor madre, no habléis así de vuestra persona. Ahora mismo os ayudo.

Sor Julia dejó la hermosa tela que estaba bordando para el altar de una iglesia vecina y cogió a Clara por debajo de los brazos. Ciertamente no tuvo que hacer mucho esfuerzo para levantarla. Pocos a su alrededor entendían cómo un cuerpo maltratado hasta el límite, con largas jornadas de ayuno y penitencia, no había sucumbido aún a las leyes de la naturaleza.

— Quiero que me acompañes fuera de San Damián y que lo hagamos con la máxima discreción. A esta hora Sor Felipa se encuentra en el refectorio y la puerta de entrada no estará custodiada por su mirada inquisitiva.

Julia abrió unos ojos como platos. ¿Había oído bien?

— Disculpad madre. ¿Puedo preguntaros a dónde quiere ir? No ha traspasado los muros del convento desde que...

— Posiblemente desde antes de que tú nacieras. Y no rompería la clausura si no fuera por algo que sobrepasa cualquier razón entendible por vosotras y el mundo. Volveremos antes de que nadie note nuestra presencia. Después de la hora del almuerzo todas se dirigirán a sus tareas y nadie nos reclamará. Pero debes prometerme que este incumplimiento de la norma que yo misma he redactado y que espero que algún día se apruebe nunca saldrá de tu boca.

— Sí, madre. Por supuesto, no os preocupéis. Seré una tumba.

— Ahí precisamente es a dónde vamos.

El camposanto de la ciudad de Asís no se encontraba muy alejado de San Damián. Aun así, Julia

notó temblar sus piernas. La falta de ejercicio y de costumbre de realizar largas caminatas había hecho mella en su cuerpo. Aguantar el peso del cuerpo de Clara tampoco ayudaba. Cuando al fin llegaron, vieron a mucha gente. A buen seguro que se estaba celebrando un entierro. Sor Julia se santiguó y se sorprendió de ver cómo la madre Clara se acercaba a aquella última morada con gran determinación. Como si supiera que aquel entierro iba a tener lugar allí. Como si supiera quién había muerto. Se le erizó el vello de los brazos, sin saber muy bien si era por la brisa de la mañana o por estar en un cementerio, lugar al que nunca le había gustado tener que acudir.

Se quedaron apostadas tras un gran árbol que las protegía de cualquier mirada indiscreta y escucharon en silencio las palabras del párroco. Clara observó el ataúd cubierto de flores. Todas violetas. Como saliendo de la madera. Como si la caja fuera la tierra, el origen de aquella hermosura. Las mariposas revoloteaban alegres por encima, ajenas a la tristeza que se respiraba en el lugar. Como a ella le habría gustado, pensó Clara.

Entonces sor Julia vio como la madre abadesa esbozaba una triste sonrisa y una lágrima solitaria recorría su agrietado rostro. Sor Julia aguantaba su cuerpo sin entender lo que le estaba sucediendo a la imperturbable Clara. Sor Julia ni nadie en el mundo no podrían nunca entender lo que Bona había significado para ella. El amor fraternal más puro, incondicional, que nunca nadie habría podido sentir por un amigo. Una hermana, una amiga, un reflejo de su yo. Apasionada, impulsiva, querían distintas cosas, pero en verdad querían lo mismo. Amar con pasión y desenfreno. Amar con locura. Hasta las últimas consecuencias. Una escogió amar el mundo, la otra decidió amar lo divino. Pero la esencia era la misma. Por eso fueron inseparables y por eso tuvieron que tomar caminos distintos. Dos caras de una misma moneda. Dos maneras de amar. Pero amar al fin y al cabo.

Además, Clara nunca olvidaría la importancia que Bona tuvo en su destino. Había abandonado el mundo por la voluntad divina. Pero como toda acción del cielo necesita un mensajero o un hacedor de la Santa Voluntad, Bona fue el instrumento, el cayado que guió a Clara en su gran misión en la vida. Fue ella, su amiga desgarbada, insegura, pero llena de vida, la que allanó el camino hacia Francisco; la que cogió su mano por entre la oscuridad del bosque aquella noche del Domingo de Ramos, la que la entregó a su misión divina en la tierra. Sin ella no habría llegado hasta allí. Hasta San Damián. Hasta su destino.

A veces pensaba que fue por su culpa por lo que había vivido una vida de desdichas y se sentía culpable por ello.

— No estés triste. Mi amada hermana.

Clara miró al lado opuesto desde donde la aguantaba sor Julia. Una luz cegadora rodeaba una figura angelical. Era Bona. Su Bona. La muchacha soñadora que había dejado atrás a las puertas de la Porciúncula. Como si el tiempo se hubiera detenido en aquel momento. Y entonces su corazón se aceleró como aquella noche en la que todo cambió.

— Al final encontré mi luz. Encontré mi camino. No sé si fui digna ni merecedora de la dicha que viví, pero al final conseguí amar y encontrar sentido a mi existencia. Y sé que en buena parte fue gracias

a ti. Vuelve a tu hogar, mi amada Clara. A tu pequeño pedazo de cielo en la tierra. Allí es donde perteneces. Yo estaré bien. Reconfortada, como siempre, por tus oraciones. Adiós Clara. Y bendita seas por haber formado parte de mi vida.

Clara observó atónita como la luz se elevaba con gran calma al cielo.

— Adiós, mi querida Bona. Bendita seas.

Antes de marchar y volver de nuevo a San Damián, un hombre giró el rostro hacia el lugar donde Clara permanecía oculta. Tenía la mirada cansada. Había envejecido. Pero seguía teniendo ese porte elegante y a la vez inseguro. La miró directamente a los ojos. Y entonces creyó leer en sus labios una palabra: “gracias”. Y volvió a girarse. A seguir su propio camino, despidiéndose de Bona, su esposa.

— ¡Madre Clara, despertad! Ay santo cielo que se nos ha ido. ¿¡Qué vamos a hacer ahora!?

— ¿Qué es todo este jaleo?

— Perdonad, madre, es que, hace rato que estáis dormida... sor Julia, que bordaba a vuestro lado también se ha quedado dormida... — Sor Felipa lanzó una mirada de reproche a la hermana y la pobre supo que tarde o temprano le tocaría recibir reprimenda y castigo por haber descuidado su tarea de cuidar de la madre abadesa. — Deberías haber vigilado con más tesón a nuestra madre. Además, en vez de bordar debías haber estado leyendo el libro de oraciones que te dimos hace unas semanas, del cual yo diría que aún no has memorizado ni una de las plegarias. Así nunca serás una buena damianita.

— No le digáis nada a la muchacha. Dormirse tampoco es ningún pecado. He sido yo la que le he dejado que continuara con su labor. Sé lo mucho que le gusta coser a nuestra pequeña hermana Julia y lo hace verdaderamente bien. Os puedo asegurar, hermana Felipa, para vuestra tranquilidad, que entre puntada y puntada sor Julia decía sus oraciones. No la reprendáis que sí que terminará siendo una buena damianita — Clara miró con un gesto de complicidad a la monja, que permanecía compungida en un rincón de la estancia retorciendo el paño que bordaba entre sus manos sudorosas. — Y además, no me ha pasado nada. No sé a qué viene tanto escándalo. Hermana Julia, ayudadme a levantarme si sois tan amable.

Clara y Julia salieron al jardín de San Damián para tomar un poco de aire fresco. Sor Julia se sentía turbada porque en verdad no recordaba haberse quedado dormida y su salida del convento lo recordaba ahora como un extraño sueño. No habría sido capaz de dilucidar si había sido realidad o no.

El sonido de los pájaros revoloteando por encima de los árboles frutales lo ahogó de repente el lúgubre repicar de las campanas de San Rufino. Se oían a lo lejos, pero no había ninguna duda de que tocaban a muerto.

— ¿Lo oís? — Dijo sor Cristiana, que dejó por unos momentos la azada y se apoyó en ella mirando al cielo en dirección a la ciudad.

— ¿Quién debe haber muerto?

— Eso da igual. Ahora su alma descansa en paz en el abrazo eterno del Señor — las palabras de Clara evitaron cualquier disquisición acerca de quién había sido el llamado a las puertas del cielo. Sor Julia miró a la madre abadesa intentando encontrar respuesta a su turbación, pero Clara cerró los ojos y sus labios esbozaron una sonrisa. Supo entonces que había sido partícipe de un nuevo milagro de Clara. De la madre Clara.

NOTA DE LA AUTORA

Santa Clara de Asís falleció en el año del Señor de 1253. Días antes de su muerte recibía la confirmación de su regla para las hermanas de San Damián. Después de años de lucha y renuncia al mundo, Santa Clara conseguía su cometido, la creación de la orden religiosa de las clarisas. Fue en el año 1236, fecha en la que he puesto el punto y final a la novela, cuando terminó de redactar su regla y la envió a Roma para su aprobación. Casi dos décadas esperó pacientemente que el papa aprobara la primera regla monástica femenina de la historia escrita por una mujer.

El mismo año de su desaparición se iniciaba el proceso de canonización de Santa Clara. En él muchas mujeres y hombres que habían vivido con ella y que fueron testigos de su vida extraordinaria expusieron su testimonio en favor de elevar a los altares a Clara de Asís. Un año después, el Papa Alejandro IV procedía a su canonización.

He intentado reflejar la historia de Santa Clara de Asís de la manera más fiel a la realidad que la narración novelada me ha permitido. Todos los momentos clave de su vida que aparecen en el relato son veraces y documentados como tal.

Todos los demás personajes tienen nombres reales y existieron en tiempos de Santa Clara, pero algunos han sufrido alguna adaptación en la novela.

Empezando por la familia más cercana, su madre, Hortolana, sí que tuvo una visión estando embarazada de Clara, que le dijo que el ser que tenía en su seno iluminaría algún día el mundo. Terminó sus días junto a su hija en San Damián. La figura de su padre, Favarone, aparece en el proceso de canonización, la fuente principal de esta novela, de una manera muy transversal y en ningún momento se especifica si estaba vivo en el momento en el que su hija abandonó el mundo. El hecho de que la figura de *messer* Monaldo, su tío, apareciera en el proceso de canonización como garante de la familia, me hizo decidirme por el trágico destino de *messer* Favarone en la batalla de Collestrada, en la que muchos ciudadanos de Asís se dejaron la vida.

Sus hermanas, Beatriz e Inés, también existieron y también siguieron a Clara hasta la vida de clausura, siendo la historia de Inés, después convertida en sor Catalina, una de las más milagrosas de las que aparecen en el proceso de canonización y que he intentado recrear en un momento del relato.

El otro gran personaje de la novela junto con Clara es Bona di Guelfuccio. Bona efectivamente fue una pieza clave en la vida de la joven santa, siendo ella quien la ayudó a entrar en contacto con Francisco y a huir de su hogar aquel Domingo de Ramos de 1212. Me sorprendió, cuando leí el proceso de canonización de Santa Clara, ver cómo muchas jóvenes de Asís habían seguido sus pasos hasta San Damián mientras que Bona, quien más cerca de Clara estuvo en su época previa a la clausura, no aparecía como una monja más de San Damián. Esa fue la clave para dar a Bona el papel de la mujer que

decide amar lo profano mientras Clara decide amar lo divino. Pero la Bona de verdad no murió antes que Clara. La sobrevivió y formó parte como testigo del proceso de canonización. De ella se dice en dicho documento: *Madonna Bona de Güelfuccio de Asís declaró bajo juramento que conoció a Santa Clara de cuando ella estaba en casa de su padre, pues la trató y estuvo en casa con ella.* Pero cuando se citan los nombres de las mujeres que siguieron sus pasos, no aparece el de Bona.

Rainiero di Bernardo también aparece como testigo en dicho proceso, en el que asegura que él fue uno de los pretendientes de Clara para casarse con ella, algo que la joven siempre rechazó: *Y el testigo mismo le había rogado muchas veces que accediese, y ella no quería ni oírle; antes bien, ella le predicaba a él el desprecio del mundo.* Su relación con Bona es ficticia y es la que me ha servido para contraponer las dos formas de amor que se vivieron con gran intensidad en aquellos tiempos medievales. El amor de Rainiero por Clara bien pudo ser verdad.

Las palabras puestas en boca de San Francisco de Asís han sido extraídas de sus textos.

Respecto al tiempo histórico, he intentado ser fiel a las fechas con alguna variación leve para encajar las piezas del relato. He intentado reflejar un tiempo en el que el amor fue ensalzado desde las cortes de los trovadores hasta los conventos más herméticos del orbe cristiano. Mientras los trovadores escribieron versos de amor a damas inalcanzables, existieron mujeres que se encerraron en cuatro paredes y experimentaron arrebatos místicos que reflejaron en exquisitos versos de amor divino.

Abordar una de las figuras femeninas más grandes de aquellos siglos medievales no ha sido nada fácil. He pasado muchas horas pensando en cómo habría sido su vida, su difícil decisión y su valentía, pues siendo mujer en el siglo XIII y querer controlar su destino sin ser acusada de bruja o hereje, fue un auténtico logro. Su petición al papado del “Privilegio de la Pobreza” y la aprobación de una regla escrita por ella misma fueron reflejo, a mi entender, de una personalidad fuerte. Santa Clara vivió en un siglo en el que el orbe cristiano vio nacer distintas maneras de entender la fe. Las órdenes mendicantes masculinas y el nacimiento de las beguinas como una nueva forma intermedia de vivir la fe entre el laicismo y la clausura, obligaron a la jerarquía de Roma a replantear muchas cosas.

Santa Clara de Asís fue el puntal de la rama femenina de los franciscanos, creando una orden, las clarisas, que continúa viva en la actualidad con miles de monjas esparcidas por todo el planeta.

Espero haber tratado su persona con respeto, intentando entender su dura decisión de renunciar a todo habiendo tenido en sus manos riquezas e incluso poder.

En el caso de Bona, a pesar de haber cambiado ligeramente su biografía, totalmente desconocida a excepción de su relación con Santa Clara, también he querido plasmar en ella la vida de las mujeres seglares en una oscura Edad Media en la que la mujer poco tenía que decir.

Me he pasado muchas noches conviviendo con estas dos mujeres. Espero no haberlas defraudado.

Tampoco a ti, lector de este mi humilde relato.

